

BETZABETH SOLER



Seducida
POR MI JEFE

Familia Santoro - Mafia 2

Seducida por mi jefe

Familia Santoro - Mafia 2

Betzabeth Soler

Derechos de autor © 2024 Betzabeth Soler

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título	
Derechos de autor	
Seducida por mi jefe	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Capítulo 32	
Capítulo 33	
Capítulo 34	
Capítulo 35	
Capítulo 36	
Capítulo 37	
Capítulo 38	

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

Seducida por mi jefe

Segundo libro de la serie Santoro.

Renzo Santoro es considerado por muchas mujeres como un vividor, un gilipollas, un seductor..., pero lo que más lo destacan de él es su arrogancia.

Por supuesto, esto tiene un motivo, Renzo es consciente de su destreza con las mujeres, de su atractivo y de que puede tener a la que desee en su cama con solo un chasquido de sus dedos.

Sin embargo, no cuenta con que a su vida llegará una mujer, que no será igual a las demás y que se convertirá en un verdadero reto para él.

Grace conoce la fama de mujeriego de su jefe y no está dispuesta a caer en sus redes, así que hará hasta lo imposible para resistirse.

¿Podrá Grace resistirse o Renzo conseguirá llevársela a la cama? ¿Quizá sea él quién termine cayendo en su propia trampa y enamorándose de su reto?

Capítulo 1

Correr por las calles de Nueva York, con unos stiletos de quince centímetros, sin duda alguna podía ser considerado como un deporte extremo. Sobre todo, si tomábamos en cuenta que lo estaba haciendo en hora pico, cuando todos se dirigían a sus oficinas en pleno centro financiero de la ciudad.

—¡Maldita sea! —exclamo mientras corro por las calles, de camino a la compañía M4, y choco con los transeúntes—. ¡Lo siento... lo siento...! —grito mirando por encima de mi hombro, las malas caras que me hacen.

Debería llegar en cinco minutos a la oficina, pero aún me quedaban tres manzanas por recorrer. Y para terminar de empeorar mi situación, empieza a llover.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí de entre todas las personas? Me pregunté en pensamientos mientras luchaba por abrir el paraguas en medio de la multitud que intentaba hacer lo mismo.

Cuando finalmente entré en el edificio, mis zapatos estaban empapados y mis pies chapoteaban con cada paso que daba. Dejé un rastro de agua tras de mí mientras corría hacia el despacho de Lorenzo Santoro; miré mi reloj de pulsera al llegar a mi escritorio, ya no tenía caso, había llegado diez minutos tarde.

Me quité la chaqueta y la colgué en el perchero, luego tomé un par de servilletas del cajón y me las pasé por el rostro con cuidado, procurando no arruinar aún más mi maquillaje. Finalmente, acomodé lo mejor que pude mi ropa y mi cabello; si iba a llegar tarde, al menos debía estar presentable. Tomé aire para llenarme de valor y levanté la mano para llamar a la puerta. Qué gran comienzo de mi tercera semana de trabajo como asistente de uno de los hombres más poderosos de Nueva York.

—¡Entra!

Se escuchó desde detrás de la pesada puerta, solté el aire despacio y la empujé para abrirla.

—Siento mucho llegar tarde, señor Santoro, pero anoche me quedé dormida mientras terminaba el análisis del informe que me pidió para hoy —me disculpé, sin mirarlo porque me sentía muy avergonzada.

Estaba segura de que me despediría; después de todo, mi excusa se escuchaba como la de una universitaria, pero era la verdad, había estado trabajando en ese maldito informe hasta las tres de la mañana; solo esperaba que mi jefe fuese comprensivo. Aunque, el señor Santoro, no toleraba los retrasos, me lo había dejado claro desde el primer día que entré a su oficina.

—Tranquila... Seguramente Lorenzo no dirá nada al respecto, hoy no está aquí.

Al oír la voz desconocida, levanté la vista. En la silla del señor Santoro estaba sentado su hermano menor. Renzo Santoro y a quien apenas había visto por los pasillos un par de veces, pero nunca habíamos intercambiado palabra, aunque en las tres semanas que llevaba en ese lugar, ya había escuchado algunos rumores sobre él.

Todas las trabajadoras de la empresa decían que la fama de mujeriego que tenía se la había ganado a pulso y que pocas eran capaces de resistirse a sus encantos. Era un hombre atractivo, eso era cierto, pero no al punto que a ella le resultara irresistible; en realidad, consideraba así a pocos hombres, suponía que tenía gustos muy exigentes.

—Bueno, no dirá nada al respecto si no se entera... ¿Verdad? —continuó con un tono

provocador mientras me estudiaba de arriba abajo, con una sonrisa ladeada.

Tragué saliva ante su mirada lujuriosa que estaba descaradamente fija sobre mi pecho; que por supuesto se podía apreciar debido a que mi blusa blanca se había transparentado por la lluvia.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó, volviendo a mirarme a la cara.

—Grace Williams —le contesté, nerviosa, pero trataba de mostrarme segura delante de él.

Asintió, mojándose los atractivos labios con la lengua, mientras el brillo en su mirada se hacía más intenso, lo que resaltó su color dorado. Su mirada provocó que algo en mi interior se estremeciera y no supe cómo definir esa sensación, pues era la primera vez que me ocurría.

—Así que, Grace Williams, Lorenzo no sabrá que llegas tarde y podrás mantener el trabajo. Con una condición... —comenzó, dejando la frase en el aire, pero finalmente se levantó y caminó hacia mí con pasos seguros.

Se detuvo muy cerca de mi cuerpo y pasó delicadamente las yemas de sus dedos por mi brazo mojado. Su roce me hizo estremecer y de inmediato supe que no me iba a gustar esa condición; sin embargo, me mantuve quieta en el lugar mientras lo miraba a los ojos.

—Tú y yo desnudos, follando en ese sofá. ¿Qué te parece? —me dijo al oído y luego se alejó para estudiar mi reacción, al tiempo que me miraba con intensidad.

Tal vez él muy imbécil pensaba que una propuesta como esa enloquecía a las mujeres, pero resultaba todo lo contrario. Era repulsiva cuando venía de alguien a quien apenas conocía, por muy atractivo que fuese y por mucho poder que tuviera, no dejaba de hacerla sentir como a una puta que se abriría de piernas solo porque él lo deseaba.

Mientras todo eso pasaba por mi cabeza, mi cuerpo parecía haberse congelado ante esa propuesta tan directa y descarada, pero luego no hubo más que ira en mi interior.

¿Cómo se atreve esa escoria?

Me miró con una sonrisa de victoria, seguramente estaba creyendo que diría que sí, que me arrancaría la ropa y me tumbaría en ese sofá para que hiciera conmigo lo que le diera la gana. Pues estaba muy equivocado, ningún puesto de trabajo valía mi dignidad; sin embargo, le hice creer que aceptaría y me limité a sonreír falsamente.

—Sabe algo, señor Santoro... ¡Jódase! —grité justo en el momento en el que estrellé mi mano contra su cara.

Sorprendido, se sujetó la mejilla antes de mirarme con incredulidad y la boca ligeramente abierta; era evidente que ninguna mujer había reaccionado con él de esa manera, pues me alegraba mucho ser la primera, a ver si así aprendía a no ser un bastardo. Alcé la barbilla con orgullo y antes de que despertara de su estupor le di la espalda y me pavoneé fuera de la oficina.

Sin perder tiempo recogí mi bolso y las pocas cosas personales que había llevado, luego fui directo hacia el ascensor. Entré y me volví justo cuando las puertas estaban por cerrarse, vi al final del pasillo al señor Santoro, mirándome con intensidad y una sonrisa torcida, que hizo que el corazón se me agitara y el estómago se me encogiera.

Cuando salí del ascensor, las piernas me temblaban y el pánico me estaba envolviendo a medida que avanzaba hacia la puerta del edificio, la vista se me empezó a nublar y pensé que me desmayaría, en ese momento estaba cayendo en cuenta de lo que había hecho.

Había golpeado a Renzo Santoro, el hermano de mi jefe, quien era nada más y nada menos que uno de los hombres más poderosos del país.

—¡Maldición! —Inmediatamente empecé a lamentar lo que había hecho y solté un gran sollozo que atrajo varias miradas hacia mí.

Estuve a punto de darme la vuelta y regresar a la oficina, tal vez si le pedía disculpas y le decía que había actuado por impulso porque me había sentido ofendida, conseguiría mantener mi

trabajo, aunque después de lo que había hecho, seguramente él me pediría que pusiera de rodillas y no precisamente para pedirle perdón.

La imagen me hizo estremecer y cerré los ojos mientras negaba con la cabeza para alejar esa imagen, no era que Renzo Santoro fuese un hombre repulsivo y que no despertara algunas fantasías, pero darle sexo oral para conservar mi empleo, no era algo a lo que estaba dispuesta, prefería pedir limosnas en la calle.

Sollocé de nuevo ante esa perspectiva, había perdido un trabajo increíblemente bien pagado por mi precipitada acción. Podría haberme contenido, poner distancia entre ese estúpido arrogante de Renzo, y después haber hablado con Lorenzo Santoro.

Tal vez entonces habría tenido la oportunidad de mantener mi puesto, pero ahora nunca lo sabré; finalmente dejé correr mis lágrimas mientras extendía la mano para detener un taxi. A medida que el auto avanzaba por las calles de Nueva York, mi panorama se iba poniendo más negro porque hasta mi cabeza llegaban las deudas que debía pagar y tenía la esperanza de hacerlo con mi salario.

Sentí el pecho pesado cuando el taxi se detuvo frente a mi complejo de apartamentos, ese mismo que había rentado hacía apenas un mes. Con una sonrisa forzada, pagué al conductor y me bajé, me quedé allí un momento, mirando el alto y moderno edificio.

¿Cómo diablos iba a pagar así mi piso tan caro?

No podía pedir dinero a mis padres porque ya me habían ayudado bastante y no quería seguir siendo una carga para ellos; mi orgullo no me lo permitía.

Solté un suspiro cansado. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo, pero por desgracia no tenía ese superpoder.

Congelada y todavía mojada, subí en el ascensor hasta el segundo piso y finalmente entré en la vivienda. Sí, tomé el ascensor para llegar al segundo piso porque me daba pereza subir los pocos escalones. Había tenido un mañana horrible, no me juzguen.

Inmediatamente en el piso, me quité los zapatos y me deshice de mi ropa mojada, caminé hasta el baño y me di una ducha de agua caliente, eso me ayudaría a lidiar con el agotamiento que sentía en ese momento y con la tristeza.

Después de unos minutos, salí y me envolví en una bata de baño, me miré en el espejo y no me sorprendió ver mi expresión devastada. Había perdido por lo que tanto había luchado, y todo por un maldito idiota que solo pensaba con el pene. Suspiré una vez más y tomé el secador de cabello para secar mis raíces húmedas.

Luego de unos minutos estaba envuelta en mi pijama favorito, metida en la cama y abrazada a mi almohada, hoy dormiría y mañana buscaría un nuevo trabajo.

Quizá podría empezar en la cafetería donde trabajaba mi mejor amiga Julianne, al menos hasta que consiguiera otro empleo como asistente en una empresa.

Decepcionada conmigo misma por haber perdido mi primer trabajo de verdad y enfadada con el idiota que me había llevado a esta situación, cerré los ojos y me dejé llevar por Morfeo a su mundo.

Capítulo 2

Mi móvil sonó un par de veces hasta despertarme, ni siquiera estando desempleada podía darme el lujo de dormir hasta tarde. Con un gemido de fastidio y sin siquiera abrir los ojos para ver quién llamaba, tanteé sobre la mesa de noche para tomarlo y lo contesté.

—Sí, diga —mi voz estaba muy ronca después de haber dormido tantas horas.

—Señorita Williams, ¿puedo preguntarle dónde está? —llegó la voz severa de Lorenzo desde el otro auricular. Miré mi teléfono con confusión por un momento antes de volver a acercarlo a mi oído.

—En mi casa, señor Santoro —respondí un tanto desconcertada de recibir su llamada.

—¿Y se puede saber qué hace allí en lugar de estar en su puesto de trabajo? —cuestionó con molestia.

—Creía que me habían despedido por lo que hice ayer —expliqué y me levanté hasta quedar sentada.

—¿Qué le hace pensar eso? ¿Acaso le llegó una carta?

—No, pero... señor Santoro... Pensé que después de golpear a su hermano, no podría continuar trabajando en la empresa —dije con la voz temblorosa.

Al parecer mi jefe no sabía nada sobre lo sucedido. Tragué para pasar el nudo de angustia que me obstruía la garganta, mientras esperaba su respuesta. La línea quedó en silencio durante un rato y oí un murmullo de fondo, aunque no logré entender lo que estaban hablando.

—¿Señor? —pregunté pues la esperaba me estaba resultando insoportable.

—Renzo acaba de explicarme lo sucedido. Al parecer hubo un malentendido y comenzaron con mal pie, pero podemos pasar por alto lo sucedido, mi hermano insiste en que regrese a la empresa y que no le guarda rencor.

—¿Un malentendido? —pregunté desconcertada, era evidente que no le había contado la verdad.

—¿Y bien, señorita Williams, desea conservar su trabajo o me entregará su carta de renuncia? —preguntó con impaciencia.

—¡Sí, claro que deseo conservar mi trabajo! En unos minutos estoy en la oficina, muchas gracias, señor Santoro.

Totalmente despierta y llena de energía, salté de la cama, me metí a la ducha y apenas tardé cinco minutos. Corrí de nuevo a la habitación y saqué del armario una falda lápiz en color gris y una blusa blanca.

Me apliqué algo de espuma para peinar y dejé el pelo suelto, con mis ondas naturales, me hice un maquillaje discreto, tomé mi bolso y salí corriendo a la calle para tomar un taxi. No podría estar más que contenta. Estar en el paro no era lo mío.

Después de unos minutos que me parecieron eternos, por fin había llegado al lujoso e imponente edificio, con pasos rápidos llegué al ascensor y marqué el último piso. Las puertas se abrieron y casi corrí hasta el despacho del señor Lorenzo, llamé con un par de golpes entusiasmados. La puerta se abrió y me quedé mirando la cara sonriente de Renzo Santoro.

—Ah, aquí está mi nueva ayudante, por fin —dijo feliz y me miró provocativamente mientras me rodeaba con un brazo para guiarme al interior del despacho.

Me tensé al sentir su cercanía y una vez más la confusión cruzó mi rostro, miré al señor

Lorenzo que tenía su mirada seria puesta en nosotros.

—¿Su nueva asistente? —pregunté con un nudo en la garganta, temiendo a la respuesta.

—Renzo dijo que necesitaba un asistente e insistió en que fueras tú —explicó Lorenzo Santoro como si no fuera gran cosa, hojeando sus papeles. Fruncí el ceño hacia Renzo, que me devolvió una sonrisa.

—Le enseñaré a Grace su nuevo lugar de trabajo —informó a Lorenzo, que asintió sin mirarnos.

Renzo me llevó fuera de la oficina y una vez que estuvimos lejos de la mirada del presidente de la corporación, me solté de su brazo y me alejé unos pasos de él. Se limitó a mirarme divertido, lo que me molestó más.

El ascensor se detuvo en el piso 39. Un piso por debajo de la oficina de Lorenzo, que estaba en el piso 40. Le seguí hasta su despacho, cabreada, antes de echar un vistazo a mi nuevo lugar de trabajo.

La habitación estaba literalmente inundada de luz, contenía un gran escritorio blanco y un cómodo sofá de cuero. Frente al escritorio había dos sillas de oficina, probablemente para los clientes y ahora para mí.

Renzo se sentó en la silla de su despacho, conmigo de frente y con los brazos cruzados.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le pregunté, intentando que mi voz sonara lo más tranquila posible.

—No entiendo a qué viene esa pregunta, ya te lo dijo Lorenzo —respondió de manera natural.

—¿Por qué no le dijiste a tu hermano lo que realmente había pasado o que me despidiera? ¿Y por qué demonios me quieres como asistente? —quise saber.

Mi voz se hizo un poco más fuerte hacia el final e incluso me olvidé de usar la forma educada por mi enfado. Supongo que no le importó que lo tuteara, porque se limitó a sonreír ante mi pequeño arrebato.

—Por un lado, necesito un asistente. Por otra parte, eres interesante y un espectáculo hermoso —respondió sin pudor, desnudándose literalmente con la mirada.

—Si tienes segundas intenciones, te aconsejo que te despidas de ellas enseguida, porque no me voy a acostar contigo. Sólo quiero hacer mi trabajo —dije en tono mordaz y mirándolo a los ojos.

No sabía de dónde había sacado el valor para hablarle así a mi nuevo jefe. Pero algo de Renzo Santoro sacó ese lado de mí. No merecía mi respeto y tampoco lo veía como una figura de autoridad, se había asegurado de ello en nuestro primer encuentro.

En lugar de sentirse atacado, tenía una expresión divertida en su rostro, lo que me molestó aún más, estuve a punto de salir de allí, pero me recordé que no debía ser tan impulsiva. Respiré profundo para calmarme mientras cerraba los ojos, debía pensar con cabeza fría y no dejar que ese imbécil me provocara de nuevo.

—No te preocupes mi pequeña Fresa. Trabajaremos de forma profesional —dijo con una sonrisa, enfatizando la palabra «profesional» de forma que sonara ambigua.

Además, me guiñó un ojo después de la frase, lo que me indicó que con «profesional» no quería decir profesional en absoluto. Tal vez esta era su forma de vengarse de mí por haberlo golpeado, pero no dejaría que se saliera con la suya, yo podía ser más inteligente que él.

—Así que ahora que eso está resuelto, tráeme un mocaccino del café de enfrente y date prisa —añadió entonces antes de dirigirse a su PC e ignorarme.

¡¿Qué?! ¿Cómo pasó de gilipollas pervertido a gilipollas-imbécil tan rápidamente?

No podía detenerme a cuestionarlo; después de todo, era mi jefe. Rápidamente bajé al pequeño café y pedí su mocaccino. Cuesta creer que deba trabajar para el mayor playboy de Estados Unidos, verdaderamente no sé cuánto tiempo soportaré. Pero ¿qué puedo decir? Con la economía como está, no podía permitirme dejar el trabajo.

Lo único bueno de este día de mierda era que el camarero era guapo. Tenía unos impresionantes ojos azules que resaltaban aún más gracias al tono oscuro de su cabello, sus facciones eran fuertes y también tenía bonitas manos, rasgos que me atraían de los hombres.

—Serían cuatro dólares —dijo con una sonrisa encantadora, que yo también le devolví. Le entregué el dinero y corrí de nuevo a la empresa.

Una vez frente al despacho, llamé a la puerta un par de veces, pero después de dos minutos, me decidí a entrar ya que no tuve respuesta. Inmediatamente, mi agarre de la bebida caliente se tensó cuando una mujer rubia se sentó en el regazo de Renzo riéndose de algo.

—Su mocaccino, señor Santoro —hablé fríamente, y lo puse sobre su escritorio.

Sin dar las gracias, tomó un sorbo y me despidió con un pequeño gesto de la mano. En cuanto salí por la puerta puse los ojos en blanco. Realmente era un idiota, pero esas mujeres eran peores, no tenían autoestima cuando se metían en la cama con alguien como él.

Me senté en la sala de espera frente a la recepcionista, que me sonrió. Tenía alrededor de cuarenta años, lo revelaban las líneas de expresión alrededor de la boca. Su cabello oscuro tenía algunos mechones grises y estaba recogido en un moño apretado.

Contrasta mucho con el resto del personal femenino, que parecen todas jóvenes supermodelos, delgadas, altas y siempre de punta en blanco. Yo también estaba fuera de ese molde, por desgracia, era demasiado baja para ser modelo y, además, no era la definición de delgada y en forma.

Tenía algo de flacidez, pero estaba bien, al menos no tenía que dejar la comida rápida, que era más o menos, mi dieta diaria, ya que me ajeteado ritmo de vida me impedía dedicarme a cocinar; además, tampoco se podía decir que fuese muy buena haciéndolo.

Me senté en la sala de espera durante media hora, hojeando aburridamente las revistas; finalmente, la puerta se abrió y la mujer rubia salió del despacho de Renzo. Tenía el pelo desordenado, la blusa mal abotonada y el carmín rojo de sus labios se había corrido.

Lo único que faltaba era un cartel que dijera «Perdí todo mi amor propio y dejé que el señor Arrogante se aprovechara de mí», entonces hasta el más estúpido de la sala se daría cuenta de que se acostó con él.

—El señor Santoro desea verte —me dijo con algo de desprecio, mientras me miraba de arriba abajo.

Me puse de pie, alisando mi falda y con cara de asco, entré en el despacho de Renzo justo cuando se estaba abrochando los últimos botones de la camisa.

—En esas dos carpetas hay unos informes deben ser analizados y entregados hoy, así que será mejor que te pongas a trabajar de inmediato —me informó con indiferencia, estaba a punto de salir, pero cambió de opinión y se detuvo—. Si alguien llama, dile que tengo una reunión y que no estoy disponible hoy —le indicó.

—¿Y dónde estarás realmente? —le pregunté irritada.

—En el club Joy —respondió con su prominente sonrisa, mientras se ponía una americana.

—Oh, vaya... él de fiesta mientras yo hago el encargo que le dejó Lorenzo. Clásico —murmuré en voz baja y me volví hacia la pila de papeles.

—Eso es todo, Fresa —dijo antes de salir del despacho con un último guiño.

—Pajero —le insulté en voz baja cuando ya se había ido y me puse a trabajar.

Capítulo 3

Cuando llegué a casa esa noche estaba más que agotada, cerré la puerta detrás de mí con un suspiro, lancé el bolso y a las llaves sobre la mesita junto a la entrada. Tuve que hacer horas extras para terminar el papeleo, ya que no tuve ayuda de Renzo y debí leer el informe por mi cuenta. Finalmente había terminado y eso era lo único que importaba.

Mi nuevo jefe no había aparecido el resto del día y no sabía si alegrarme o enfadarme. Decidí dejar de pensar en el trabajo e irme a la cama. Mañana probablemente no sería diferente y necesitaba dormir para no arrancarle la cabeza a nadie por la mañana.

Con un mocaccino en la mano, entré en la oficina de Renzo al día siguiente y qué gran sorpresa, tenía a otra mujer masajeando sus hombros. Puse su bebida sobre la mesa y me quedé a la espera de alguna orden; sin embargo, una vez más se llevaba la bebida a los labios sin dar las gracias, esa actitud realmente me molestaba.

—Señorita Williams, ¿podría hacer diez copias de cada una de las hojas? —me preguntó, aunque era una orden.

Miré el montón de papeles sobre el escritorio. Con un rápido movimiento de cabeza asentí, los agarré y corrí hacia la impresora, eso me llevaría por lo menos media mañana, pero agradecía si me libraba de su presencia.

No iba ni por la mitad cuando Renzo salió y se pasó los dedos por el pelo para que pareciera más ordenado. No podía ser más repugnante; al menos, por esa actitud tan perversa y arrogante que siempre mostraba.

Por desgracia, su aspecto era de todo menos desagradable, tenía un cuerpo bien definido, se podía apreciar debajo del elegante traje italiano hecho a su medida. Sus ojos eran muy llamativos, su rostro parecía tallado por las manos de algún escultor famoso y su sonrisa causaba un efecto deslumbrante en las mujeres; por supuesto, no lo hacía en mí.

Por su sonrisa se notaba lo que había pasado dentro de la oficina, vi como despedía a la morena con una sugerente caricia en el trasero, y me costó no vomitar.

—Puedes parar. Nos vamos a comer ahora —ordenó de repente, echándome apenas un vistazo.

—Pero aún no he terminado —le dije sin dejar de hacer mi labor.

Quería terminar el puto trabajo lo antes posible para poder sentarme rato, ya tenías las piernas algo acalambradas por estar allí de pie durante tanto tiempo; sobre todo, por los tacones que me obligaban a llevar.

—No tienes que hacer eso. Sólo te encargué la tarea para que salieras de la oficina —confesó aburrido, mientras mi mandíbula caía literalmente.

—¿Así que me quedé aquí durante dos horas para que pudieras follarte a la tonta en tu oficina? —hablé incrédula.

Asintió con la cabeza con una sonrisa descarada y la mirada brillante. Miserable perverso.

—Ahora vamos, tengo hambre —cambió de tema.

—¿Quién dice que voy a comer usted? —le pregunté con las cejas levantadas.

—Tu jefe. Y deberías hacerle caso porque igual te despido —me chantajeó, dedicándome una sonrisa provocativa.

Exhalé con fastidio. Lo que daría por trabajar de nuevo para su hermano mayor Lorenzo. Él

sí era profesional y me tomaba en serio; por lo menos, no me hubiese hecho perder el tiempo por semejante estupidez.

—De acuerdo —acepté finalmente a regañadientes.

Fui hasta el despacho para recoger mi bolso, que había dejado en el sofá, y seguí al señor arrogante fuera del edificio. Caminé hacia el café donde siempre conseguía su amado mocaccino. Entró primero y no sostuvo la puerta para que yo pasara ¡Vaya, qué caballero!

Pasé el más rato cuando el camarero apuesto me recibió con una sonrisa, a la que por supuesto respondí con entusiasmo. Renzo se aclaró la garganta para atraer mi atención, cuando me volví a mirarlo tenía el ceño fruncido y me indicó la pequeña mesa con vistas al exterior. Inmediatamente se acercó una joven camarera de cabello rubio, que probablemente sólo tenía dieciséis años.

—Buenas tardes, señor Santoro. ¿Qué puedo ofrecerles a su novia y a usted? —preguntó, dedicándome una pequeña sonrisa.

—No estamos juntos —aclaré rápidamente, lo que hizo sonreír a Renzo.

—No, todavía no —dijo divertido, lo que hizo que yo le mirara mal y la camarera soltara una risita. Renzo lo ignoró y continuó con la orden—. Yo quiero una hamburguesa con queso y papas fritas, para Grace una ensalada.

—¿Cómo? —pregunté, mirándolo indignada porque quisiera decidir por mí; además, que fuera algo que no me gustaba para nada—. Quiero lo mismo que él —le indiqué a la camarera.

La camarera tomó nota de las cosas, aunque se mostraba un poco sorprendida, al parecer, nadie se atrevía a contradecir al señor arrogante.

—¿Y para beber?

—Un 7up, por favor —intervine antes de que Renzo pudiera volver a decir algo.

—Una Coca-Cola.

La camarera asintió y se marchó para entregarle nuestro pedido al cocinero.

—¿Qué? —le pregunté a Renzo, molesta porque me miraba con las cejas levantadas.

—No sabía que eras una chica de comida rápida.

Me reí de esa afirmación. ¿Qué pensaba? ¿Que sólo comería ensalada? Desde luego que no. No es que aborreciera las verduras; pero desde que entré a la universidad, la comida rápida ha sido mi principal dieta. Tal vez no lo parezca porque no estaba pasada de kilos, pero era debido a lo ajetreado de mis días, pues tampoco era de las que se mataban en el gimnasio.

—¿De dónde saca algo así? —me hice eco con una mirada de «¿Qué carajo?»

—No lo sé. ¿Acaso las mujeres no comen siempre ensalada cuando salen con un chico? —respondió con una contra pregunta.

Le miré como si fuera la persona más estúpida del mundo. Lo que probablemente era, mientras negaba con la cabeza y sonreía.

—Para su información no todas las mujeres somos iguales... Y, además, yo no estoy «saliendo con un chico» vine a almorzar con mi jefe porque él me obligó.

Renzo sonrió con suficiencia ante mi comentario, pero no cayó en mi provocación, solo le dio un gran sorbo a la coca cola que acababan de servirle.

Todo transcurrió normal durante la comida, ambos disfrutamos de nuestras hamburguesas que, a decir verdad, estaban deliciosas. De vez en cuando lo descubría mirándome divertido algo asombrado; a lo mejor pensaba que no conseguiría comer todo, pero se llevó una gran sorpresa, pues lo acabé completo.

Terminamos y quise pagar mi parte de la cuenta, pero él no me dejó, ese gesto caballeroso realmente me sorprendió; sin embargo, no se lo dejé ver. Volvimos juntos a la oficina y en

cuanto entramos, me indicó con la mano la silla frente a su escritorio, mientras él accedía a su laptop.

—Hay un baile el viernes —dijo casualmente.

—Lo sé, soy su asistente, ¿recuerda? —le respondí y puse mi bolso en el sofá.

—Me acompañarás, Fresa —decidió simplemente, pasándose una mano por el pelo, lo que atrajo mi atención hacia sus bíceps.

Si no fuera tan imbécil, hasta consideraría acostarme con él, pero sabía que no veía a las mujeres como personas sino como trofeos coleccionables. Dejó caer el brazo a su lado, se levantó y caminó unos pasos bordeando el escritorio, de modo que se situó directamente frente a mí.

—¿Te gusta lo que ves, Grace? —preguntó, su voz adquiriendo un tono de suficiencia.

Apenas desperté de mi estado de trance, el calor se disparó en mis mejillas y no tenía que ser adivina para saber que me había sonrojado. Mi jefe me había pillado comiéndomelo con la mirada y seguramente sabía lo que estaba pensando. Bueno, si eso no era vergonzoso, no sé qué más lo sería, quise que la tierra me tragara.

Se echó a reír, mostrando su perfecta dentadura y esa imagen me perturbó en un sentido que no debería haberlo hecho, por lo que desvié la mirada. El sonido ronco de voz también causó un efecto en mí que nunca había tenido, mi estómago se sintió como si estuviese repleto de mariposas y el corazón se me aceleró. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Acaso era una quinceañera?

—No te preocupes, Fresa, tengo ese efecto en las mujeres —dijo, tomando un mechón de mi cabello y lo acarició con suavidad entre sus dedos.

—Estaba pensando en algo. No te imagines cosas — intenté rápidamente convencerme de que no lo hiciera.

—¿Pensaste en algo? ¿Sobre qué? —preguntó, todavía divertido, y se notaba por su tono que no me creía.

—Por qué me llama, Fresa. Mi nombre es Grace —cuestioné, mirando sus ojos, que tenían un brillo intenso.

Una sonrisa adornó su rostro, provocando un ligero cosquilleo nuevamente en mi estómago. ¿Qué? Odiaba al tipo, ¿de dónde venía ese extraño cosquilleo y todas esas emociones que estaba sintiendo?

Era un mujeriego, arrogante y gilipollas. Pero tenía que admitir que era increíblemente atractivo. Especialmente cuando sonríe; además, que eso que hizo con mi cabello, fue un gesto tierno, pero también extraño viniendo de él.

—Tienes el pelo rojo fresa, simplemente encajaba —explicó encogiéndose de hombros y con una sonrisa.

—Prefiero que me llames por mi nombre, no por un apodo —aclaré, aunque admití que me gustaba.

—De acuerdo, Fresa —respondió con una sonrisa provocativa y soltó mi cabello.

Puse los ojos en blanco, tratando de reprimir una sonrisa. Comenzaba a descubrir que me gustaba mucho cuando se ponía en ese plan juguetón.

Capítulo 4

El tercer día me quedé atrapada en la selva de concreto que era Nueva York y tuve que rendirle pleitesía al tirano que era el tercero en la línea del trono de Santoro. Me ardían las manos por la lava que llevé hasta el hombre en cuestión en un recipiente de cartón.

No fue fácil abrirme paso por la selva, que estaba custodiada por serpientes y pirañas, que me veían con envidia y hambre en los ojos, vigilando cada uno de mis pasos y no me permitieron hacer nada brusco al entrar en el teletransportador que me llevaría a la guarida del león.

La voz automatizada de una mujer y la apertura de la puerta me confirmaron que había llegado a la cima de aquel lugar. Mis pasos resonaban en el suelo, mientras avanzaba sobre mis stilletos de quince centímetros, tan rápido como la ajustada falda que llevaba ese día, me lo permitía.

La ruta peligrosa había quedado atrás, pero lo malo acechaba detrás de la puerta. Exhalé profundamente antes de dar el primer paso hacia mi infierno personal.

—Llegas un minuto tarde —dijo Renzo de repente, sacándome de mis pensamientos.

—La fila de la cafetería era más larga de lo habitual —anuncié, dejando su bebida frente a él, luego me senté y abrí el portátil donde hacía la mayor parte de mi trabajo.

Se limitó a asentir brevemente con la cabeza, tomó su café y le dio un sorbo, luego se enfocó en su ordenador. Se quedó en silencio y parecía estar muy concentrado en lo que hacía; así que me dediqué a responder algunos correos y enviar otros que tenía pendientes.

—Bien, suficiente trabajo por hoy —dijo con una sonrisa de suficiencia, antes de inclinarse hacia atrás y cruzar los brazos detrás de la cabeza.

Vaya, hoy había trabajado una hora; sin duda, era un nuevo récord para él. Sin decir nada, me puse a revisar un informe que nos había traído el departamento de gestión de proyecto. Me concentré en estudiar a fondo cada detalle de este, mientras Renzo se limitaba a mirarme, aunque no lo estaba viendo, podía adivinar que tenía en sus labios esa sonrisa arrogante que odiaba, pero que, por algún motivo, también me resultaba atractiva.

—¿Fresa? —preguntó, mientras yo trataba de ignorar sus miradas—. ¡Hey, Fresa! —dijo de nuevo—. Fresa —repitió, pero yo estaba empeñada en seguir ignorándolo.

—¿Grace? —intentó finalmente, al ver que no le respondía—. ¡Eh, Williams! —habló más fuerte antes de que una bola de papel me golpeará.

—¿Sí? —cedí finalmente con irritación y le miré, lo que hizo que se le escapara una sonrisa.

—Nada —contestó y se encogió de hombros.

Luego empezó a reírse cuando me limité a lanzarle una mirada de fastidio. Sin responder, volví a concentrarme en mi trabajo, no estaba para perder el tiempo como él.

—Oye Fresa —empezó de nuevo.

Esta vez me propuse no reaccionar a sus estúpidos juegos, era una mujer adulta y no iba a rebajarme a su mismo nivel, odiaba a la gente que actuaba así.

—¿Fresa? —no se dio por vencido—. ¿Oye? Hola, Grace, mira —seguía insistiendo y ya me estaba resultando molesto en verdad—. Fresaaaaa... Oye —dijo antes de que me golpeará otra bola de papel.

Simplemente lo ignoraba con la esperanza de que al final se rendiría. Una tercera pelota se me enganchó en el pelo, luego una cuarta, una quinta, una sexta y finalmente una séptima, por lo

que le miré definitivamente.

—¿Qué?! —pregunté cuando ya no pude controlarme. Una vez más, empezó a sonreír.

—Todavía no hay nada —dijo entonces divertido.

¡Dios, estaba trabajando para un niño pequeño! ¿En verdad este hombre era el tercero al mando de una de las corporaciones más importantes del país? Cuestioné en pensamientos con creciente irritación, no soportaba más esa actitud tan infantil e irresponsable.

—¡Dios, si estás tan aburrido entonces, por favor consigue una chica, y al menos déjame trabajar que yo sí tengo mucho que hacer! —dije con frustración, sin darme cuenta de que había olvidado el tono formal que como empleada debía usar con él.

—¡Eso es lo que estoy tratando de hacer! —replicó.

—¿En qué clase de mundo, un hombre adulto conquista a una chica lanzándole bolas de papel? Eso solo lo hacen los niños —me burlé sin importarme que fuera mi jefe, pues no se estaba comportando como tal—. Y, por favor, elige otra víctima, ya he dicho que no me interesas en lo absoluto —respondí molesta.

—Pero tú eres la única víctima que quiero —dijo sonriendo y me miró con intensidad.

Dios, ¿podría ser más insufrible? Suspirando, saqué mi manojito de llaves del bolsillo con un cubo de Rubik adosado y lo puse en la mesa frente a él.

—Puedes jugar con esto y ahora, por favor, déjame en paz —traté de entretenerlo como a un niño pequeño.

—Pero prefiero jugar con tus balones —no respondió.

—No tengo balones —hablé confundida, mirándole con las cejas juntas.

Comenzó a sonreír antes de lanzarme una mirada descarada y lujuriosa al escote.

—Dios mío —pronuncié, dándome una palmada en la frente, en parte porque no había entendido antes y en parte porque Renzo era un completo idiota—. Dices cada cosa.

—Eso no es nada, soy bastante creativo... te lo demostraré cuando estemos en la cama, te asombrará mi lenguaje sucio —comentó divertido.

—¿En la cama? —pregunté entre incrédula y divertida.

—Así será, fresa —aseguró, sonriendo.

No pude evitar reírme a carcajadas, negando con la cabeza. Este tipo era increíblemente ocurrente y demasiado seguro de sí mismo, debía reconocerle eso. Sonrió al escuchar mi risa, que poco a poco se fue apagando, pero no podía desviar mi mirada de él.

El silencio nos alcanzó mientras Renzo seguía mirándome con una sonrisa. No pude evitar mirarlo también y sentir como si algo me atrajera hacia él con una poderosa fuerza. ¿He mencionado lo guapo que era? Si no lo he hecho, pues debería hacerlo en este momento.

Era increíblemente guapo con su pelo oscuro, su mandíbula prominente, sus labios carnosos y sus ojos marrones que brillaban de color verde a la luz del sol. Me aclaré la garganta y me removí incómodamente al darme cuenta de lo que estaba sintiendo por ese arrogante y atractivo estúpido.

—Bien, basta de tonterías. Volvamos al trabajo —dije para concentrarme en lo que debía.

—Sí, teniente —aceptó para mi sorpresa y por primera vez también hizo algo.

De vez en cuando intercambiábamos miradas fugaces y cada vez que nuestros ojos se encontraban, yo bajaba la vista hacia mi portátil o hacia la ventana para hacerle creer que no lo estaba viendo a él. Sin embargo, esto parecía divertirlo visiblemente, porque cada vez que lo hacía, las comisuras de su boca se movían hacia arriba.

Y cada vez que hacía ese gesto, un par de hoyuelos se dibujaban en sus mejillas, haciéndolo lucir sexy y travieso, lo que a su vez debilitaba mis piernas, así que me alegraba de estar

sentada.

Era un verdadero desperdicio que alguien tan odioso fuera tan irresistiblemente guapo y a la vez un completo gilipollas, pervertido y mujeriego. Que solo pudiera pensar en donde meter su miembro, y que viera a las mujeres como si fuesen fichas coleccionables de un álbum.

Era como esas manzanas rojas brillantes que siempre había en invierno. Su aspecto era lo suficientemente bueno como para comerlos por fuera, pero cuando los probabas, eran harinosos e insípidas.

Ante mi análisis mental de la comparación manzana con Renzo Santoro, mi estómago empezó a gruñir, pues apenas había alcanzado a tomar un café antes de salir de mi apartamento. El sonido hizo que mi jefe se riera a carcajadas, lo que me causó una gran vergüenza, hundí la mirada en el documento que leía y no lo vi levantarse.

—Toma —dijo, lanzándome una manzana de la cesta de frutas que estaba junto a minibar.

Podría haberme reído de verdad de la ironía, mientras veía la apetitosa manzana en mi mano.

—Todavía falta para la hora de comer.

Se lo agradecí con un leve movimiento de cabeza, sonriendo y con las mejillas sonrojadas. Si eso no era una coincidencia enfermiza, no sabía qué lo era.

Finalmente, mordí la manzana para calmar a mi estómago que parecía estar librando una batalla. Gemí de placer y cerré los ojos cuando la jugosa fruta se deslizó entre mi lengua y mi paladar, podía jurar que esa era la mejor manzana que había probado.

Capítulo 5

«Cody me miró por un segundo. Empieza a preparar la boda.»

Leo el mensaje de Julianne con una pequeña sonrisa. No entendía cómo Cody no se animaba a invitarla a salir todavía. Era una de las chicas más hermosas que conocía; tanto por dentro como por fuera. Es cierto que estaba algo loca, pero esas eran las mejores personas.

Era el día innecesario antes del viernes y me dirigía al ascensor con el mocaccino de Renzo, cuando una voz femenina me detuvo justo antes de subir al elevador.

—¡Hola! —me llamó, lo que me hizo girarme.

—Hola —la saludé con inseguridad, había interactuado muy poco con el resto del personal.

—Eres la asistente de Renzo Santoro, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa y yo sólo asentí —. ¿Podrías darle esto? —me preguntó, extendiendo un papel doblado.

—Ehm claro... ¿está tu nombre o se lo doy así? —pregunté mientras lo aceptaba.

—Oh, debe saber de quién es. No necesito escribir mi nombre en él —dijo orgullosa y amable al mismo tiempo.

—De acuerdo —dije con escepticismo antes de despedirme y subir al ascensor.

De alguna manera me dio pena la chica, parecía simpática, pero dudaba que Renzo supiera siquiera su nombre, seguramente era otra de sus conquistas, a las que después de una follada en el sillón, olvidaba por completo.

—Otra vez un minuto tarde —me dijo cuando entré en el despacho, mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—Es «buenos días» y me ha retenido una de tus groupies —le expliqué, entregándole su bebida y la nota.

—¿De quién es? —preguntó, con las cejas juntas. Leyó rápidamente las líneas sin mostrar ninguna emoción—. No importa —añadió, antes de tirarla sin más a la papelerera.

Abrí la boca algo ofendida por esa actitud tan indolente. La pobre chica probablemente se había esforzado en escribir y a él no le importaba lo más mínimo.

—¿Qué tal si le contestas? —sugerí y ocupé en mi asiento, luego encendí mi portátil para comenzar.

—No tengo ni idea de quién es —respondió con indiferencia y luego tecleó en su teléfono móvil.

—Piénsalo de nuevo. Estaba segura de que la reconocerías por la nota.

—Fresa, no tengo ni idea de cómo se llaman todas las mujeres aquí —dijo poniendo los ojos en blanco.

Qué imbécil podía llegar a ser algunas veces.

—Por supuesto, solo necesitas que sean lo suficientemente atractivas para tener sexo con ellas. ¿Por qué deberías saber los nombres de aquellas con las que te acuestas? —murmuré sarcásticamente para mí misma, sin pensar que él pudiera oírlo.

—¿Por qué estás tan molesta por ello? Después de todo, conozco tu nombre. Deberías sentirte honrada —dijo, divertido, dejándome saber que me había escuchado.

—Oh, sí, por supuesto. Gracias por acordarte de mi nombre, qué gran honor, ¿cómo podría compensarte por tal hazaña? —pregunté irónicamente.

—Me encantaría un beso —dijo con una sonrisa.

—¿De verdad? Yo más bien pienso que te mereces una patada en el..., En fin, no se puede tener todo —dije encogiéndome de hombros, lo que le hizo reír.

—Admítelo, te encanta que recuerde tu nombre, pero mucho más que te llame fresa —me instó con una sonrisa.

—Claro, cuando el infierno se congele —respondí, obligándome a mirar el portátil.

Dios, cómo odiaba su sonrisa. No se merecía tener una sonrisa tan bonita con dientes blancos y relucientes, siendo el hombre que era. Estaba a punto de decir algo cuando sonó su teléfono móvil, miró la pantalla para ver quien era y atendió de inmediato.

—Hola —respondió con un tono amable.

Yo empecé a revisar los correos electrónicos, aunque no pude evitar la curiosidad por escuchar la conversación, así que mantuve mis oídos atentos a lo que decía.

—Sí, ya tengo una acompañante —respondió a la persona que estaba al otro lado—. No es una prostituta.

Puso los ojos en blanco y traté de no reírme. Sé que no debería estar escuchando, pero no pude evitarlo cuando se sentó justo frente a mí.

—¿Por qué no torturas a Matteo? Todavía no tiene compañera —exhaló molesto—. No, no está bien. Quiero llevar una acompañante —habló rápidamente.

Se quedó en silencio mientras escuchaba a la persona al otro lado de la línea, yo lo miré de reojo y pude ver cómo fruncía el ceño, ponía los ojos en blanco y apretaba los labios para no resoplar. Al parecer, no estaba contento con lo que le decían, parecía un niño cuando era reprendido.

—Sí es buena. Vale, lo entiendo. Sí, no voy a beber esta noche. Muy bien. Bien, adiós. Sí, yo también te quiero —respondió a la persona antes de suspirar y colgar—. Era Lorena, la mujer de Lorenzo —me explicó sin que le preguntara.

—Vale —fue todo lo que dije, sin saber qué hacer con la información.

Después, ambos trabajamos en silencio. Y por trabajar los dos, quiero decir que yo lo hacía todo y él estaba con el móvil enviando mensajes, al parecer estaba en busca de la acompañante que había prometido llevar a la fiesta.

—¿Dónde deberíamos ir a comer hoy? —me preguntó al cabo de un rato, lo que me hizo levantar la vista hacia él.

—Puedes ir donde quieras. He quedado con una amiga durante el descanso —respondí, cerrando el archivo que estaba elaborando para la junta directiva.

—¿Así que me abandonas? —resopló, ligeramente ofendido, mientras me miraba con curiosidad.

—Ni siquiera entiendo lo que estás haciendo aquí. En principio, podrías irte a casa, ya que en realidad no trabajas —le dije sin temor a represalias, pues era la verdad.

—Soy consciente de ello —contestó, relajándose en la silla—. Pero si no vengo aquí no te vería —empezó a coquetear de nuevo con una sonrisa de satisfacción.

—Si eso es lo que me aleja de mi paz, puedo enviarte una fotografía y asunto resuelto. No tendrías que aparecer por aquí —respondí, poniéndome de pie.

—Una foto no es nada comparado con verte en directo; además, sé que me echarías de menos —continuó, divertido, levándose también y caminó hacia mí.

—No te preocupes, puedo prescindir de tu coqueteo por un día —intenté mostrarme casual, pero su cercanía comenzaba a inquietarme.

—Pero yo no puedo prescindir de verte un día, fresa —continuó con sus intentos de conquistarme y me acarició el brazo con la punta de los dedos.

Me estremecí en contra de mi voluntad y desvié la mirada de sus ojos que me sonreía, mientras el corazón se me aceleraba. Sabía que todo esto para él era un juego, que yo solo era una conquista más que deseaba sumar a su lista, así que no debía darles importancia a sus palabras. Tomé mi bolso y salí tan rápido como pude de la oficina.

Capítulo 6

El viernes por la mañana, mientras colgaba la chaqueta en la oficina, me detuve de repente por un fuerte ronquido. Me volví hacia el sofá de cuero, donde Renzo dormía plácidamente. Mi mirada se paseó por su rostro. Dios, ¿por qué era tan guapo? Aunque no me gustaba mucho por su carácter, no podía negar su atractivo. Quiero decir que parecía un modelo. Me acerqué lentamente a él y le toqué el hombro un par de veces.

—¡Ey, Renzo! —intenté, pero no se movió. Así que lo removí más fuerte. Todavía no hay nada. Un poco más difícil y nada—. ¡Renzo, levántate! —Dije más fuerte, pero el tipo estaba dormido como una roca.

Pues bien, recurramos a medidas drásticas, pensé con una sonrisa traviesa. Saqué mi botella de agua de mi bolso, me agaché un poco y dejé caer unas gotas en su cara. Se movió brevemente, pero seguía dormido. Justo cuando estaba a punto de echarle un poco más, sus ojos se abrieron de golpe y me agarró por la muñeca. Lo cual no fue una buena idea, porque me sobresalté y la botella cayó sobre su pecho, mojando toda su camisa.

Mis ojos se abrieron de par en par y comencé a temblar cuando su mirada se encendió literalmente de ira; sin duda estaba molesto por lo que le había hecho. Abrí la boca para disculparme, pero él me tiró sobre su pecho mojado y nos hizo girar para que yo estuviera debajo de él. Su cara estaba a centímetros de la mía y podía sentir su aliento caliente en mis labios. No podía moverme ni respirar, su cuerpo estaba apretado contra el mío y me nublaba la mente.

—Sabes, Fresa, desde la primera vez que te vi supe que estarías debajo de mí en algún momento. Pero me lo había imaginado de otra manera —dijo con una mirada lujuriosa.

Recreé en mi cabeza la imagen que seguramente él se había imaginado, jadeé cuando sentí los músculos de mi intimidad contraerse y sin poder evitarlo mis mejillas se llenaron de calor, sonrojándose ferozmente. Él soltó una carcajada y se removió haciéndome sentir los poderosos músculos que adornaban su cuerpo, al tiempo que gemía con una sensualidad varonil que me excitó.

—¿Qué dices, fresa? ¿Empezamos el día follando como tanto deseamos? —preguntó, frotando su erección contra mi pubis, mientras su mano libre se posaba en mi seno.

—Suéltame —le ordené cuando al fin pude reaccionar.

Apreté mi mano contra su pecho para empujarlo, lo que no pareció servir de nada, porque empezó a reírse de mis inútiles intentos. Bajo mi mano sentí su pecho vibrar y mi estómago se sintió extraño y mi corazón comenzó a latir más rápido cuando él deslizó un par de dedos por mi pezón, que para mi mayor vergüenza se podía apreciar debajo de la delgada tela de la blusa que llevaba.

—¿No traes sujetador? —preguntó con picardía y algo de asombro, para luego pasarse la lengua por el labio inferior, como si se dispusiera a probar un manjar.

—¡Por supuesto que sí! —exclamé indignada y una vez más intenté alejarlo—. Es solo que son unos bralette... y por tu culpa mi blusa también se mojó —intenté justificar que mis pezones estuvieran erectos, aunque si era sincera, estaban así por el roce de nuestros cuerpos.

—¿Bralette? —preguntó y la lujuria en su mirada se intensificó—. Son de mi lencería favorita, transparencias y encajes —dijo desviando la mirada a mi pecho.

—Es bueno saberlo, para tu cumpleaños te regalaré unos —bromeé mientras luchaba con la

excitación que cada vez era más intensa al sentir su cuerpo sobre mí.

—Mi favorita para admirar en las mujeres y quitárselos también —dijo con absoluto descaro.

—¡Ya quítame de encima! —exigí poniendo mayor fuerza en empujarlo. Me había molestado que me recordara que era un mujeriego, perverso y arrogante.

—Está bien... Está bien... Ya llegará el día en que me pidas todo lo contrario, vas a desear tenerme encima de tu cuerpo día y noche —expuso con una sonrisa que desbordaba arrogancia y finalmente se levantó.

—Te repito, eso será cuando el infierno se congele —dije también con arrogancia, suspiré aliviada y me levanté.

—Ya lo veremos, fresa —respondió encogiéndose de hombros—. Acompáñame, tenemos que buscar ropa seca y luego desayunaremos —dijo de repente con voz amable.

Así que podía ser amigable. Eso era totalmente nuevo y por supuesto un shock para mí. Sin esperar mi respuesta, salió de la oficina, odiaba cuando me imponía su voluntad, pero qué podía hacer, era mi jefe, cuando mis latidos volvieron a la normalidad, cogí mi bolsa y le seguí.

Subimos al ascensor y los dos ejecutivos que estaban allí nos dedicaron miradas suspicaces cuando vieron el estado de nuestras ropas. Yo bajé la mirada sintiéndose avergonzada, seguramente estaban pensando que era como todas las mujeres que se acercaban al tercero en la línea de poder de los Santoro.

Mi jefe pareció darse cuenta de mi tormento, por lo que me sujetó de la mano y me dio una suave caricia en el dorso con su pulgar, lo que provocó que una sensación reconfortante se extendiera por mi pecho y me brindara seguridad. Alcé el rostro para mirar a los hombres; después de todo, yo no había hecho nada malo y no tenía porqué esconder la cabeza como un avestruz.

Renzo sonrió con orgullo ante mi cambio de actitud, y cuando las puertas del ascensor se abrieron, me llevó tomada de mano hasta un BMW negro.

Abrió la puerta para mí y se senté en el puesto del copiloto, después se subió él y nos pusimos en marcha. No sé a dónde iba, pero no me importaba en ese momento, porque su gesto en el ascensor me había dejado flotando en una nube y con el estómago repleto de mariposas.

Mientras conducíamos en silencio, la escena en su oficina se reproducía como bucle en mi cabeza, provocando que mi cuerpo temblara. Me había sentido atraída por él en ese momento, lo que me molestaba mucho ahora, porque parecía haber olvidado que era un mujeriego, un imbécil y su arrogancia era más grande que todo Texas.

Miraba a través de la ventana las concurridas calles de Nueva York, cuando de pronto el interior del auto se llenó de una melodía que me hizo abrir los ojos con sorpresa y volverme hacia Renzo. Él sonrió al ver mi asombro y comenzó a mover su cuerpo al sensual ritmo de I feel it coming de The Weeknd, mientras la cantaba.

Aunque intenté ignorar su para nada sutil insinuación con lo que decía esa canción, no pude evitar sonreír y negar con la cabeza. Sin embargo, cuando llegó a una parte, puse cara de asombro por ese comentario tan perverso, pero también me sentí indignada de que él pensara que eso me sucedía cada vez que lo tenía cerca.

—Estás absolutamente equivocado, nada de eso me pasa a mí —alegué de inmediato, alzando la barbilla con dignidad y le dediqué una mirada retadora.

—¿No? —preguntó con una sonrisa arrogante—. ¿No sientes calor entre las piernas ni me mojas cuando estoy cerca de ti? —mantuvo su sonrisa mientras me miraba.

—¡Por supuesto que no! No te creas tan irresistible, Renzo Santoro —respondí con

seguridad.

—¿Ni siquiera hace un momento cuando te tuve bajo mi cuerpo y me rocé contigo? —preguntó con la malicia brillando en sus ojos y soltó una carcajada cuando me sonrojé como una tonta adolescente virgen—. No tienes que avergonzarte, fresa... Ya te dije que causo ese efecto en las mujeres, así que estoy acostumbrado —dijo con tal arrogancia, que sentía ganas de vomitar.

—Todo lo que ese momento me provocó, fue una gran incomodidad —dije frunciendo el ceño.

—Si tú lo dices —mencionó sonriendo y siguió bailando, haciendo sus los músculos de sus brazos, su pecho y sus hombros se marcasen debajo de la camisa.

Desvié la cara una vez más hacia la ventana, antes de que me pillara, devorándomelo con la mirada de nuevo; definitivamente tenía que centrarme en mi trabajo y dejar de jugar a su mismo juego. Se supone que soy una mujer madura, con experiencia y que sé lidiar con los tipos como él, así que no sería una de sus fichas coleccionables.

Giramos en una esquina, luego entramos al estacionamiento de un rascacielos, él puso su huella dactilar en el sistema de seguridad y llevó el coche hasta su plaza, bajamos y seguí a Renzo como una cachorra perdida hasta el ascensor, él marcó el ultimo piso y mientras los números avanzaban en la pantalla, el silencio se volvía insoportable, así como su intensa mirada sobre mí.

—Bienvenida a mi ático —dijo con orgullo mientras me sostenía la puerta abierta para que pasara.

Caminé lentamente mientras admiraba el interior del lujoso ático, decorado con un diseño industrial que iba muy acorde con la personalidad de Renzo. El piso era de cemento gris pulido y las paredes eran de ladrillo rojo con grandes ventanales que tenían una hermosa vista a la ciudad, mientras el techo tenía vigas de acero expuestas.

Un gran sillón de cuero era el protagonista en el salón, de inmediato imaginé la cantidad de mujeres que seguramente habían pasado por este y eso me provocó una sensación desagradable en el pecho. Desvié la mirada y me encontré con un comedor de seis puestos, detrás de la que estaba una hermosa cocina en madera oscura.

Se veía impecable y que supe enseguida que Renzo jamás la había usado; de lo contrario, estaría como la de mi apartamento que parecía un campo de batalla. La verdad, duda que siquiera supiera cocinar, de seguro pedía toda su comida a domicilio.

—¿Te gusta? —preguntó detrás de mí, haciendo que me sobresaltara, pues me había olvidado de que estaba allí.

—Sí, es muy bonito —respondí con una sonrisa.

—Podrías pasar muchas horas aquí, si quisieras —dijo sugerente, mientras me recorría el cuerpo con la mirada.

—Creo que será mejor que me vaya... —dije e intenté caminar hacia la puerta.

—Solo estoy bromeando, fresa —respondió poniendo los ojos en blanco—. La verdad es que no dejo que las mujeres estén en este lugar por mucho tiempo.

—Claro, lo imagino... Solo el tiempo que te tomes para follarlas en ese sofá y después las envías a su casa —dije con un resentimiento que no pude disimular.

—Tienes muy mal concepto de mí —respondió con una exagerada muestra de estar ofendido.

—Pues te lo has ganado a pulso. —Me crucé de brazos.

—Haré que cambies de opinión —dijo con una sonrisa encantadora—. Voy a darme un

baño...

—¿Y mientras tanto qué haré yo? —pregunté con una ceja arqueada. La verdad no sabía qué estaba haciendo en ese lugar, puede haberme quedado en la oficina.

—Puedes acompañarme —propuso con picardía.

—Regresaré a la oficina —Di un par de pasos, pero él me retuvo tomándome por el brazo, su contacto hizo que la piel se me erizara y que mi corazón se acelerara.

—Relájate un poco, fresa, solo bromeo —dijo mirándome a los ojos y sonreía de manera amable.

Su voz sonó como una disculpa, así que suspiré e hice lo que me pedía. Él asintió satisfecho y corrió hacia las escaleras mientras se desabotonaba la camisa.

Capítulo 7

Dejé mi bolso sobre la mesa de centro y caminé para apreciar la hermosa vista de Nueva York, desde allí se podía apreciar todo el Central Park y parte de la bahía de Hudson. No supe cuánto tiempo había pasado, de pronto, Renzo se puso delante de mí, solo llevaba una toalla alrededor de sus caderas, su musculoso torso me dejó sin aliento y me invadió un poderoso deseo de secar con mis labios las gotas de agua que salpicaba su pecho.

La curiosidad me llevó a bajar la mirada y pude apreciar la silueta de su miembro debajo de la toalla, tragué convulsivamente cuando noté lo bien dotado que estaba, con razón tenía a tantas mujeres detrás de él. Me imaginé arrancándole la toalla y poniéndome de rodillas, luego lo tomaría en mi boca y hundiría mis manos en ese perfecto culo que sabía que tenía, mientras lo hacía delirar.

No era que fuese una experta dando sexo oral, pero ninguna de mis anteriores parejas se había quejado, y bueno, tampoco era que hubiese tenido muchas, solo dos, pero eso contaba ¿o no? Pensé con una sonrisa mientras me mordía el labio inferior.

Desperté de mi trance cuando Renzo se aclaró la garganta, enseguida aparté mi mirada de su entrepierna y lo miré a la cara. Él me miraba con una sonrisa cómplice y en sus ojos destellaba la lujuria, lo que hizo que de nuevo mis músculos más íntimos se contrajeran y una ola de calor que nació justo allí se expandió por todo mi cuerpo.

«¿No sientes calor entre las piernas ni me mojas cuando estoy cerca de ti?»

Recordé sus palabras y me estremecí, él había tenido razón, su cercanía provocaba emociones y sensaciones en mí, era absurdo que lo siguiera negando. Sin embargo, debía obligarme a evitarlas, no podía sentir deseo hacia ese hombre, debía recordar que era mi jefe y que, además, solo me quería para una follada y nada más, pero no podía dejar de mirar sus hermosos ojos con destellos verdes.

—¿Has terminado de desnudarme con la mirada? —me preguntó con suficiencia, tensando los músculos de su pecho mientras se acercaba a mí.

—Yo... No estaba haciendo nada de eso, solo... me sorprendió verte así.

—Y no quisiste desaprovechar la oportunidad para verme... aunque si deseas te puedo dar una mejor visión —dijo llevando las manos a la toalla.

—¡Detente! —grité y le di la espalda.

—¿Acaso nunca has visto a un hombre desnudo? —preguntó con arrogancia.

—Claro que sí, no soy una chica inexperta... —alegué, ofendida—. Pero tú eres mi jefe y no es correcto.

—Creo que te has dado cuenta de que yo no sigo esas tontas reglas de que el personal y los jefes deben guardar las distancias —mencionó y deslizó un dedo por mi espalda de manera sensual.

—Pues yo sí prefiero seguirlos. Así que no debería estar aquí —respondí, alejándome de él.

—Grace espera, te traje aquí por un motivo.

—¿Cuál? ¿Seducirme para que por fin me acostara contigo? —Lo encaré volviéndome.

—Te lo diré más adelante, ahora ponte esto. —Me puso una camiseta en la mano—. Te puedes resfriar si sigues con esa ropa mojada.

Mi blusa estaba un poco húmeda, pero no era necesario cambiarme de ropa, ni mucho

menos ponerme algo suyo. Negué con la cabeza, sin recibir la prenda.

—No es necesario, puedo ir hasta mi apartamento y cambiarme allá, estaré en la oficina en media hora.

—Podrías dejar de lado la maldita desconfianza —dijo algo exaltado, pero luego inspiró hondo y se calmó—. Sé que tienes un concepto de mí y que como has dicho me lo he ganado a pulso, pero no soy un perverso ni un abusador de mujeres, no me aprovecho de mi posición de poder para acostarme con ellas, todas se me acercan por voluntad propia... Si lo que quieres es que tú y yo tengamos solo una relación profesional, perfecto, lo haremos.

Sus palabras de golpearon en el centro del pecho y me hicieron sentir culpable; a lo mejor había exagerado un poco, pero no sabía cómo lidiar con alguien como él ni con lo que me estaba provocando. Sentía que lo mejor era poner distancia entre los dos y actuar solo de manera profesional, pero imaginar que ya no bromearía conmigo, me resultaba profundamente triste y no quería eso.

—Lamento si te hice sentir juzgado... es solo que debo cuidar este trabajo, es todo lo que tengo y...

—No te preocupes, vas a conservarlo, eres una empleada muy diligente y los Santoro, valoramos eso —dijo con una seriedad que le veía por primera vez, lo que me hizo sentir más apenada—. Ahora ve a cambiarte, prepararé el desayuno y hablaremos de porque estás aquí. —Me extendió de nuevo la camiseta.

—Gracias —respondí, recibiendo—. ¿Dónde está el baño de invitados? —No iba a cambiarme delante de él.

—Por ese pasillo al final. —Señaló hacia el otro lado del salón, donde había una gran pintura abstracta.

Asentí y sin perder tiempo caminé hacia el baño, al entrar vi que seguía el mismo diseño del resto del apartamento. No había un solo toque femenino en este lugar, era la guarida de un macho alfa. Me puse la camiseta negra de cuello en V por encima de mis vaqueros oscuros de cintura alta y regresé al salón.

Me sorprendió mucho descubrir a Renzo cocinando, había jurado que no sabía ni freír un huevo, pero se desenvolvía como alguien con mucha experiencia. Un par de minutos después puso frente a mí un plato con una pila de panqueques con sirope, también huevos revueltos y tocino crujiente; todo se veía exquisito.

—Gracias. —Una sonrisa se dibujó en mis labios. Me encantaban los panqueques.

—Buen provecho —dijo mientras sacaba una botella con zumo de naranja de la nevera, obviamente no era natural, pero estaba delicioso—. Después del desayuno iremos a la tienda de una amiga, ha elegido ropa que luzcas esta noche —me informó, cortando su panqueque.

—¿Esta noche? —pregunté con la boca llena, luego tragué el bocado y le miré confundida.

—Esta noche es el baile que organizó mi cuñada y me acompañarás —me recordó y bebió de su zumo.

—¿Por qué quieres que te acompañe? —pregunté, interesada y desconcertada al mismo tiempo.

—Tú y yo nos vemos bien juntos. —Se encogió de hombros, masticando su tocino.

—¿Te das cuenta de que podrías ir con Kendall Jenner y que se vería más natural? —Levanté las cejas.

Una sonrisa cubrió sus labios mientras mis ojos se abrieron brevemente. Acababa de hacerle un cumplido indirecto. ¡Demonios! Ahora tendría que aguantar su ego que seguro llegaría a la estratosfera.

—Lo sé, pero prefiero ir contigo —dijo, sonriendo.

Me alegré de que no se burlara de mí. No sabía por qué, pero mi estómago se sintió de repente extraño, como si algo se anudara en él.

Capítulo 8

La amiga de Renzo, que debía prepararme para esta noche, tenía unos cuarenta años, con el pelo canoso, unas elegantes gafas de empujón y un cuerpo que no tenía nada que envidiarle a una veinteañera. Me miró con el ceño fruncido de pies a cabeza, antes de negar e indicarme con la mano que entrara al vestidor de nuevo.

—¡Merde! Renzo, ¿no podías haberla traído antes? —le preguntó desesperada.

—No —se limitó a responder mientras entraba en la sala con un traje negro, que le quedaba perfecto—. Creo que me pondré este —dijo mientras se miraba en el espejo.

Él acababa de probarse el primer traje y ya estaba listo, mientras que yo llevaba el quinto vestido y ninguno me quedaba bien. Madame Chevalier, ella insistía en que la llamaran Madame, parecía estar a punto de rendirse y la verdad era que yo también.

—Muy bien. Ahora ayúdame con ella, necesitamos encontrar algo ya mismo —dijo con frustración.

—Creo que ese le queda bien, ¿verdad? —dijo entonces encogiéndose de hombros, lo que hizo que ella le diera un golpe en la nuca.

—¿¿Bien?! ¡No quiero que parezca sólo bien! Quiero que parezca una diosa para que todo el mundo piense que es magnífica y sepa inmediatamente que yo, Madame Chevalier, la he vestido —refunfuñó, mirándolo.

Lo miré suplicándole que me sacara de allí, pero Renzo solo se encogió de hombros y me sonrió.

—Sé que conseguirás que se vea como una diosa.

—¿Podría hacerlo, pero mira! —Se puso delante de mí y me señaló la barriga, que estaba hinchada de comer—. No dijiste que iba a tener un bebé —refunfuñó, y se me cayó la mandíbula mientras Renzo intentaba reprimir la risa.

—¡Escúchame! ¡Yo también sigo aquí! Y no estoy embarazada —dije, ofendida. La mujer me hizo sentir más complejo que mi tía Bethany después de que se emborrachara y criticara todo de mí.

—¡Buenas felicitaciones! Entonces, ¡es hora de dejar las hamburguesas! —me gritó en la cara.

Estuve a punto de bofetearla, pero recordé que era una mujer mayor y que la violencia no era la manera de solucionar nada. Sin embargo, miré con rabia a Renzo, pues él me había llevado allí y todo lo que hacía era aguantar la risa mientras esa mujer me ofendía.

—Bueno, ¿sabes qué? Váyanse a la mierda —dije finalmente con rabia y entré en los vestuarios. Dolida, me quité el estúpido y carísimo vestido y me puse mi ropa.

—Nada de eso, yo nunca me rindo... Venga aquí, señorita, y métase la barriga antes de probarse otro vestido —ordenó Madame Chevalier, a la que aparté sin contemplaciones y pasé por delante de ella.

—Fresa, no te pongas así. No es nada personal, Madame Chevalier solo es un poco exigente. —Renzo intentó detenerme, sujetándome por la muñeca.

—Lo siento, pero será mejor que elijas a otra compañera. Quiero decir que no quieres que te vean conmigo y con mi «bulto de bebé» —dije enfadada e intenté en vano liberar mi brazo de su agarre.

Por alguna razón, inexplicable para mí, empezó a sonreír, lo que me molestó aún más. Esta situación no era tan divertida para mí como para él.

—No seas tonta, quiero ir contigo y no escuches a la vieja —habló y fue interrumpido un momento después por dicha vieja.

—¡Ya lo he oído! —intervino ella, ofendida.

—Estimada Madame Chevalier, déjenos solos y vaya a teñirse el pelo o algo así —respondió Renzo poniendo los ojos en blanco antes de volver a mirarme.

—¡Insolente! Pues bien, haga lo que desee, pero dudo que pueda solucionar este problema —dijo mirándome de pies a cabeza y salió con gesto indignado.

—Es una mujer insoportable —dije entre dientes.

—Sí, lo es... —Renzo me miró fijamente—. Te ves bien, tu figura es perfecta tal como es. No te preocupe por lo que ella diga —habló de repente con seriedad, lo que me dejó sin palabras y puso a mi corazón a latir emocionado—. Y si tu barriguita te molesta, conozco un ejercicio perfecto que podríamos hacer los dos —añadió, arruinando el momento o quizás mejorándolo, porque no pude evitar reírme.

—Eres un idiota —dije divertida y sonrojada.

—¿Me acompañarás al baile? —preguntó y yo asentí.

Su sonrisa se amplió antes de tirar de mi mano hacia el armario donde estaban colgados un montón de vestidos. Agarró uno estilo columna en color blanco, de inmediato comencé a negar con la cabeza, mirándolo horrorizada. Aunque no me quejaba de mi cuerpo, era consciente de ciertos aspectos que no me agradaban y ese vestido los expondría por completo.

Tomé uno negro, tenía el mismo corte del blanco, pero el ese color siempre me ayudaba a ocultar lo que no quería que se notara. Sin embargo, esta vez fue el turno de Renzo para negarse, me lo quitó de la mano y lo regresó al armario, escogió uno rojo, era la tela era suave y tenía una caída natural, el escote era profundo, pero no vulgar y la división en la cintura haría resaltar la mía.

—Estoy seguro de que éste es el indicado.

—Me parece hermoso —dije sonriendo, esperanzada.

—Perfecto, pruébatelo —dijo y se sentó, esperando que lo hiciera allí delante de él, sin duda estaba loco.

Corrí hasta el probador y sin perder tiempo me cambié, cuando estuve lista me miré en el espejo y sonreír con verdadera felicidad y alivio, a diferencia de los otros vestidos, no parecía una salchicha. Era sencillamente perfecto, llegaba hasta el suelo y era muy elegante, la caída era hermosa y hacía que mi trasero luciera espectacular, mis senos también se veían muy bien y mi cintura parecía más pequeña. Madame Chevalier podría besar mi trasero, porque me veía impresionante en ese vestido.

—¿Lista? —preguntó Renzo.

—Sólo un momento —respondí, mirándome de nuevo con satisfacción antes de salir de la cabina.

Sus labios se dibujaron en una sonrisa mientras me miraba. Abrió la boca antes de cerrarla e intentar decir algo de nuevo, parecía gratamente impresionado y eso me emocionó mucho; después de todo, que un hombre como él se quedara sin palabras al verme, era toda una novedad y le venía de maravilla a mi autoestima.

—Perfecto, lucirás casi tan bien como yo —respondió.

Justo cuando creía que iba a hacerme un bonito cumplido, me devolvió a la tierra, era un engreído. Definitivamente el señor arrogante estaba de vuelta.

Capítulo 9

La palabra «nerviosa» se queda corta para definir la sensación que me invadía en este momento. Quería correr a casa y enterrarme en mi cama con un té y un libro. El único problema era que estaba en una limusina con Renzo y su hermano. Y lo único bueno era que me sentí como una princesa con el vestido de Elie Saab que Renzo había elegido y me quedaba perfecto.

Después de salir del atelier de Madame Chevalier, mi generoso jefe me invitó a un spa donde me dieron tratamiento de millonaria, depilaron todo mi cuerpo, lo exfoliaron, también me dieron un maravilloso masaje y todo eso acompañado por copas de champaña. Al final del día, me llevaron con los estilistas, Charlie y Evangeline hicieron magia en mí, para cuando terminaron, apenas podía reconocer a la mujer que el espejo reflejaba.

—¿Nerviosa? —preguntó Renzo, mirándome con una sonrisa, también lo notaba algo tenso.

Negué sin mirarlo y seguí jugando con mis manos. Renzo tomó mi mano entre las suyas y me acarició el dorso de forma reconfortante con su pulgar. Mi cuerpo se estremeció y toda mi piel se erizó a su contacto, tuve que obligarme a apartar la mano.

¿Por qué mi cuerpo tenía que reaccionar así ante él? En serio comenzaba a preocuparme esa atracción que Renzo despertaba en mí. Definitivamente necesitaba sexo y preferiblemente con Channing Tatum.

—No hagas eso, esto no es una cita —dije para mantener las distancias. Solo hacía eso por trabajo.

La expresión de Renzo cambió de felicidad a confusión mientras me miraba a los ojos, haciéndome sentir mal por haberlo rechazado. Finalmente desvió la mirada, yo suspiré aliviada y también miré hacia otro lado, pero cuando lo vi de reojo de nuevo, estaba sonriendo con arrogancia. Cuánto me gustaría arrancarle esa sonrisa de la cara, odiaba que fuese tan arrogante y que yo no pudiera actuar de la misma manera.

Cuando llegamos, Renzo volvió a tomar mi mano y me sacó del auto; intenté liberarme de nuevo, pero esta vez no me soltó. Asumí que era parte de mi papel esa noche, así que solo miré hacia delante e intenté actuar de manera natural. Frente a nosotros estaba una alfombra roja y la gente de la prensa que esperaba a los invitados.

Cielos, me alegro de no ser famosa, porque este no era mi escenario en absoluto. Casi cegados por los flashes de las cámaras, entramos en una gran sala. Había enormes lámparas de araña y una banda de música que tocaba de fondo. Las mesas estaban a un lado y en medio del salón había espacio para bailar.

Me di cuenta de que Renzo seguía sujetando mi mano, así que esta vez la aparté con más firmeza y tuve éxito en liberarme. Pero apenas me soltó la mano, el calor de su contacto me abandonó y se sentí extrañamente triste, sacudí la cabeza para apartar ese pensamiento.

Seguí a los dos hermanos hasta una mesa en la que estaban cinco personas. Reconocí inmediatamente a Lorenzo, a su mujer Lorena y a Alessandro. Al lado de este último, se sentaba, la que sospechaba, debía ser su novia y junto a ella un hombre de cabello rubio oscuro.

—Hola a todos, les presento a Grace —anunció Renzo al llegar a la mesa.

Les dediqué a todos una sonrisa ligeramente tímida mientras Matteo tomaba asiento. Renzo rodó una silla y me indicó con la mirada que me sentara, pues yo seguía de pie como una estatua.

Dios, ¿por qué todas estas personas se ven tan bien? Verlos tan elegantes me ponía aún más

nerviosa.

—Soy Megan, pero puedes llamarme Meg —se presentó amistosamente la novia de Alessandro.

El chico rubio junto al que ahora estaba sentado se presentó como Jay, Lorena también se tomó la molestia de presentarse, aunque yo ya sabía quién eran, pues la había visto varias veces en la oficina.

—Por fin conocemos a la chica de la que tanto ha hablado Renzo —dijo Alessandro con una sonrisa.

Yo miré perpleja a mi jefe, sintiéndome más nerviosa porque no podía ni imaginar qué hablaría de mí con su familia. Renzo le lanzó una mirada asesina a su hermano mayor antes de volverse hacia mí.

—Sólo le dije que tenía una asistente —se justificó ante mí, ante lo cual Alessandro se rio.

—Sí, claro, también que tenía un cuerpo voluptuoso, un pelo estupendo y que estaba totalmente guapa cuando se enfada —añadió Alessandro, lo que provocó que Renzo mirara fijamente a su hermano con la mandíbula apretada y una mirada de advertencia en su rostro.

—Sólo dije que estaba buena y que sería interesante descubrir si era igual de intensa para follar —comentó Renzo, como si fuese lo más natural del mundo.

—¿Perdón?! —Inspiré bruscamente y le miré, entre furiosa y atónita.

¿Había oído bien? Este imbécil les dijo a todos que no me veía como una empleada eficiente sino como alguien buena para follar. ¡Quería matarlo! Estuve a punto de salir corriendo. Pero intenté recomponerme lo mejor que pude, porque no quería dejar una mala impresión a Lorenzo.

Dios, me cabreaba estar con tantas deudas, por eso tenía que depender de este trabajo de mierda. Nunca pensé que me sentiría tan humillada en mi vida. Respiré profundo para no dejar correr mis lágrimas.

Jay se echó a reír y Megan puso los ojos en blanco, Lorena miró con enfado a su cuñado.

—Renzo, modera tus palabras —le advirtió y su tono era sinceramente muy intimidante—. Lo siento, cariño, es sólo la forma retardada de mi cuñado de decir que te encuentra atractiva —se disculpó por el idiota.

Ya esperaba que Renzo me ofreciera al menos una disculpa, pero se limitó a cruzar los brazos frente a su pecho y no dijo nada. Yo asentí un poco con la cabeza y luego bajé la mirada, porque si miraba a Renzo lo mataría a golpes. ¿Podría la noche ser más desagradable?

Jay tomó un sorbo de su champán y luego se volvió con una sonrisa amable hacia mí, buscando mi mirada.

—Realmente no dijo eso. Alessandro dice la verdad. Solo que Renzo odiaba mostrar sus sentimientos, supongo que lo ve como una debilidad —me susurró en tono cómplice, seguramente para hacerme sentir bien.

—Gracias, pero conociéndolo, no me sorprendería, para él todas las mujeres no son más que cuerpos para follar —dije con amargura.

—No todas, tú estás aquí por algo —respondió y me guiñó un ojo al tiempo que sonreía con picardía.

Asentí ligeramente con la cabeza. Sinceramente, no sabía a quién o qué creer. En verdad esperaba que Renzo nunca hablara así de mí, pero el comentario sexista que había hecho era más propio de él.

Renzo nos miraba con cara de fastidio, supongo que se estará haciendo a la idea de que Jay estaba coqueteando conmigo. La verdad, me daba igual, yo no le debía ningún tipo de lealtad a

él, solo estaba allí porque mi trabajo dependía de eso.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Jay con una sonrisa encantadora, sacándome de mis pensamientos. Antes de que pudiera responder, Renzo se levantó.

—En realidad, los dos queríamos bailar —mintió con absoluto descaro, se levantó mientras me advertía con la mirada que no me negara

Le dirigí a Jay una rápida mirada de disculpa y luego me volví hacia Renzo, que ya tenía sus brazos alrededor de mi cintura y mostraba su sonrisa arrogante.

—Eso ha sido muy grosero de tu parte; además, ni siquiera quiero bailar contigo —le dije aún cabreada por su comentario denigrante.

—No seas tonta, otras mujeres matarían por bailar conmigo. —Renzo se limitó a reírse burlesco.

—Dios, ¿se puede ser más arrogante? —pregunté irritada y puse los ojos en blanco.

¿Cómo puede estar bien un momento y convertirse en un imbécil al siguiente? Definitivamente empezaba a creer que Renzo Santoro, era bipolar.

—¿Qué? Es un hecho y te consta —dijo encogiéndose de hombros, manteniendo su sonrisa.

—¿Te das cuenta de que tu arrogancia te vuelve insoportable? —le cuestioné y me sorprendía que no le hubiera estallado la cabeza.

—Lo dudo. —Una sonrisa se formó en sus labios.

De repente, su mano pasó de mi cintura a mi trasero, lo que hizo que mis ojos se abrieran de golpe.

—Renzo —le amonesté, estrechando mi agarre alrededor de su cuello.

—¿Sí, fresa? —respiró en mis labios.

—Quítame la puta mano de encima —dije con los dientes apretados, intentando no montar una escena.

Él se rio y me pellizcó el culo. Me sobresalté y, por reflejo, salté hacia delante quedando pegada a su pecho. Su agarre se hizo más fuerte, pero no incómodo.

—Me gusta más así —murmuró contra mi oído y me besó ligeramente en la mandíbula.

Algo se encendió en mi interior como respuesta, mis músculos íntimos se contrajeron y tuve que apretar los labios para no gemir al sentir el suave roce de sus labios. Inmediatamente me alejé de él y volví a cortar la sensación de raíz, recordándome que no debía ceder a su juego, pellizqué discretamente el cuello de Renzo.

—¡Ay, carajo! —salió de él y yo apreté aún más.

—Saca la mano de ahí antes de que te la arranque —amenacé en voz baja.

—Aguafiestas. —Renzo contorsionó la cara de dolor y su mano volvió a subir.

—Buen chico... Si vuelves a tocarme así sin mi permiso, puedes despedirte de tu pene —hablé con una sonrisa provocativa y dejé de pellizcarlo.

—Maldita sea, no sabía que pudieras ponerte tan agresiva —se quejó, con las comisuras de la boca ligeramente crispadas.

—No sé por qué te sorprende. La primera vez que nos vimos, te di un puñetazo en la cara —le recordé con las cejas levantadas.

—Así es, ¿cómo podría olvidar nuestro primer encuentro? —respondió con una sonrisa.

—No lo sé, tal vez debería haberte golpeado más fuerte para dejar una impresión duradera en tu memoria —dije ligeramente divertida.

—Oh, créeme, me la has dejado, fresa —dijo con una sonrisa antes de que su mirada se dirigiera a mis labios.

Un destello oscuro e intenso se reflejó en sus ojos, provocando que mis mejillas se

encendieron. No podía negar que él tenía un gran poder de seducción, pero yo también tenía mucha fuerza de voluntad; por lo menos eso esperaba. Me aclaré la garganta para atraer su atención hacia mis ojos.

—La canción ha terminado —dije un poco ronca.

Volvió a mirarme a los ojos y asintió con la cabeza, luego me rodeó la cintura con un brazo y me llevó a donde estaban los demás. En cuanto nos sentamos de nuevo, Megan movió las cejas con una sonrisa y los demás nos miraron con picardía.

Oh, vaya... La velada podría ser aún más desagradable después de todo...

Capítulo 10

Por fin era sábado y tendría dos días libres, podría descansar y ¿qué mejor manera que dormir hasta tarde y luego pasar el resto del día con mi mejor amiga? A quien no veía desde que comencé a trabajar con Renzo.

—Por Dios, Grace, no creerías lo bien que se veía Cody ayer cuando entró al café. Como un hermoso kebab caliente —dijo Julianne, con entusiasmo.

—Sí, te creo. Ya he visto a ese tipo y no está mal, aunque tampoco exageres —admití con una sonrisa y me metí un puñado de palomitas en la boca.

—Lo sé, e imagina cómo serán nuestros hijos —exhaló soñadoramente, y se desplomó en el sofá.

—Si se parecen a él, desde luego que serán muy guapos, pero si se parecen a ti, bastante menos —le contesté con malicia, y un cojín aterrizó en mi cara un segundo después.

—Cállate. Si salen a mí serán irresistibles. Sobre todo, si les doy mi aura de misterio —replicó inmediatamente, lo que me hizo reír.

—Pedazo de mierda engreída —comenté, divertida, y luego me volví brevemente hacia mi móvil, que se iluminaba por un mensaje.

Puse los ojos en blanco cuando vi que era de mi jefe. Ni siquiera me molesté en tomarlo, eran mis días libres.

—Hablando de pedazos de mierda engreídos, ¿cómo está tu jefe y cómo te fue ayer? —Julianne desvió el tema hacia el idiota que estaba ignorando.

—Su familia es simpática, me trataron muy bien, pero él sigue siendo un gilipollas —dije escuetamente.

—Bueno, el mundo necesita imbéciles. ¿Dónde más va a salir la mierda? —dijo, lo que me hizo sacudir la cabeza divertida. Julianne en verdad no tenía filtros—. Y al menos tu jefe está caliente. El mío está lejos de serlo e igualmente es un pajero —intentó animarme.

—Sí, pero desgraciadamente sabe muy bien que está caliente, lo que le hace aún más insoportable —deshice su argumento, comiendo más palomitas.

—Imagínatelo desnudo mientras habla. Así te molestará menos cuando abra la boca —sugirió, mirándome con picardía.

La miré con asombro, pero después solté una carcajada. Incluso pensé en seguir el consejo, pero entonces se me ocurrió que corría el riesgo de acabar follando con Renzo en el sofá.

—O... podrías atraerlo a mi café el lunes, así Aaron y yo podríamos dejarle claro con nuestros puños que tiene que tratarte bien —continuó con determinación.

—No, por favor, no se te ocurra hacer algo así, me sentiré como la chiquilla que necesita se defendida.

Conocía a Julianne lo suficiente como para saber que realmente lo haría. Especialmente si incluía a Aaron, nuestro buen amigo, y que casi compartía el cerebro con ella, pues los dos parecían pensar siempre lo mismo.

Tras unas horas de charla y ver un par de películas románticas, Julianne tuvo que marcharse porque debía trabajar el turno de la noche, ya que había pedido el lunes libre. La despedí, prometiéndole que iría a verla la próxima semana, me dejé caer en el sofá y finalmente cogí el teléfono y para leer el mensaje de Renzo.

«Te recogeré sobre las 8 de la noche de hoy»

No le contesté, estaba loco si creía que iba a estar a su disposición las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Le escribí a Julianne, avisándole que le haría compañía esta noche para que no tuviera que trabajar sola en el café hasta medianoche.

Renzo podría besar mi trasero, que buscara a otra tonta que atormentar. Ignoré sus llamadas toda la noche, también todo el día del domingo. Sí, era un gran asistente, pero no significaba que dejaría que me explotara laboralmente, conocía mis derechos muy bien.

∞∞∞∞

El lunes, lo primero que hice fue conseguirle su preciado mocaccino antes de correr a la empresa y subir a la oficina que compartíamos.

—Buenos días, señor —le saludé y puse su bebida sobre la mesa.

Ah, ¿Mencioné que luego de la velada con su familia había resuelto tratar con él profesionalmente en adelante? Quería establecer una estricta relación de empleada-empleador, igual que con sus hermanos. Porque, poco a poco, la línea de distribución de roles se iba desdibujando y yo me resistía a ello.

—Aquí están los informes. Los revisé durante el fin de semana y no tienen errores —le informé con una sonrisa cortés y coloqué el montón sobre la mesa.

—Bien... —Me miró con escepticismo.

Tras la breve conversación, me senté frente a él y me puse a trabajar. Mientras tanto, Renzo me observaba, lo que me hacía sentir incómoda.

—El sábado no estabas en tu apartamento cuando fui a recogerte, y el domingo ignoraste todas mis llamadas —empezó de repente, lo que me hizo levantarle la vista por primera vez en un rato.

—Lo siento, pero sólo uso el móvil los días de trabajo y he estado ocupada —me disculpé con una sonrisa forzada, que era una completa mentira.

—¡Dios, Grace! ¿Puedes actuar con normalidad? —dijo de repente molesto, lo que me desconcertó.

—¿Qué quiere decir, señor? Creo que me estoy comportando adecuadamente —respondí, tratando de mantener la profesionalidad.

Exhaló molesto, pasando las manos por el cabello, como si con eso pudiera contrarlar la rabia que sentía, y que yo no comprendía lo que la había motivado.

—Ya sabes lo que quiero decir —habló con seriedad.

—Lo siento, pero no lo comprendo —me hice la tonta, lo que le molestó aún más.

Tuve que reprimir mi sonrisa, que se extendería a mis labios en cualquier momento, así que busqué rápidamente mi botella de agua y me ocupé de beber. Eso me ayudó a controlar los nervios y la diversión que de un momento a otro me invadieron.

—Fresa, si no dejas de hacer esa mierda ahora mismo, te voy a poner sobre mis rodillas y te voy a dar unos azotes —amenazó de repente, haciendo que me atragantara con el agua y la escupiera a medias. Poco después, empecé a toser fuertemente.

Renzo empezó a sonreír antes de caminar hacia mí y darme una palmadita en la espalda para ayudarme.

—Estoy bien, gracias —dije cuando me calmé.

Todavía divertido, se sentó de nuevo frente a mí y me miraba como a la espera de que descubriera algo, lo que no tardé en hacer, pues cuando me enderecé, puede sentir que algo debajo de mi blusa se había aflojado y abrió los ojos con horror mientras lo miraba.

—Mi sujetador... ¡Lo has desabrochado, idiota! —grité y de inmediato busqué la manera de ajustarlo de nuevo, pero me era muy difícil sin quitarme la blusa.

—Lo siento, la costumbre —se disculpó con una fingida mirada de remordimiento, que poco después se convirtió en una impresionante sonrisa.

Era evidente que estaba contento de que hubiera abandonado mi postura profesional. No pude evitar lanzarle una mirada asesina, pero por desgracia, mi odio hacia él no duró mucho porque seguía sonriendo.

¡Malditos sean sus hoyuelos!

Antes de que mis traicioneros labios se convirtieran en una sonrisa, me levanté y corrí hacia el baño, que formaba parte del despacho, cerré la puerta tras de mí con un fuerte golpe, para que supiera que estaba molesta. Ahora, por culpa de este idiota, tenía que quitarme la blusa para poder acomodarme el sujetador.

Con un leve movimiento de manos, me dispuse a meter mis pechos en la prisión llamada sujetador y luego me vestí de nuevo antes de volver a la oficina.

—¿Así que todo vuelve a la normalidad? —preguntó divertido con las cejas alzadas, ante lo cual puse los ojos en blanco—. Lo tomaré como un sí —respondió entonces a su propia pregunta.

Odiaba a este tipo... un poco.

Capítulo 11

Al día siguiente, ocurrió algo extraño. Tenía una mínima expectativa de ver a Renzo. Una locura, lo sé.

La jornada de trabajo con él había sido divertida, si se dejaban de lado sus comentarios insinuantes. O quizás fue por esos estúpidos comentarios a los que me estaba acostumbrando. Empecé el día con la rutina habitual de llevarle la bebida.

—Buenos días —me saludó el apuesto camarero, que se llamaba Giovanni a juzgar por su etiqueta.

—Buenos días —le devolví el saludo de forma amistosa.

—¿Lo de siempre? —repitió con una sonrisa y yo asentí, devolviéndole el gesto.

Mientras preparaba el mocaccino, no pude evitar mirar la parte superior de sus musculosos brazos y, por alguna razón, mis pensamientos se desviaron de allí a la parte superior de los brazos de Renzo.

—Toma, son cuatro dólares. —Giovanni me sacó de mis pensamientos.

Pagué y me dirigí a la oficina. Tenía que dejar de fantasear con el cuerpo de mi jefe, pero ¿podría alguien culparme?

Mi expectativa cayó cuando le vi tumbado y roncando en el sofá, puse los ojos en blanco y me acerqué, pero inmediatamente recordé la primera vez que lo había encontrado así. No cometería ese error por segunda vez.

Así que me alejé y me senté en el escritorio para comenzar con mi trabajo, para ignorarlo, busqué mis audífonos en el bolso, puse una de mis listas de reproducción favoritas y me concentré en las labores.

Los minutos se convirtieron en horas, cerca del mediodía ya había hecho la mayor parte de mi trabajo. Todo iba mucho más rápido cuando no era molestada ni distraída por cierta persona. La lista de reproducción terminó y mientras buscaba otra, escuché un murmullo y de inmediato me quité los auriculares.

—Fresa —murmuró de nuevo, confirmando que lo que había escuchado era cierto.

Si la habitación no hubiera estado tan silenciosa, estoy segura de que no lo habría oído. Me giré para mirarlo, pensando que había despertado, pero grande fue mi sorpresa cuando vi que seguía dormido. Repitió el mote que me había puesto, al tiempo que sonreía aun en sueños. Inmediatamente el calor subió a mis mejillas, haciendo que se sonrojaran y mis latidos se aceleraron.

¿Estaba soñando conmigo?

No, eso sería demasiado tonto, probablemente estaba soñando con fresas de verdad. Al menos eso fue lo que intenté decirme a mí misma, pero una sonrisa se dibujó en mis labios al imaginar que el arrogante Renzo Santoro tuviera sueños conmigo.

Negué con la cabeza para alejar esa idea, puso mi música de nuevo y me concentré en el trabajo. Después de unos minutos, había terminado con los pendientes, así que me puse de pie para estirarme un poco y cuando me di la vuelta vi que Renzo ya había despertado y me miraba.

—¿Qué hora es? —preguntó con una sonrisa.

Su voz ronca provocó un cosquilleo en mi estómago y más abajo también. Oh, Dios, su voz sonaba aún mejor cuando se acababa de levantar. Y su cabello ligeramente desordenado le daba

un aspecto muy sexy.

—La una y media —le contesté como pude, pues me había atragantado y mis ojos se abrieron de par en par al ver el bulto en sus vaqueros.

¡Oh, Dios! Tenía una erección que mostraban la magnitud de su miembro, de verdad estaba bien dotado.

Los nervios me invadieron y me sonrojé, porque eso debía significar que cuando murmuró «fresa» estaba teniendo un sueño húmedo conmigo. Rápidamente aparté los ojos y tragué convulsivamente, pero luego traté de actuar de manera natural, como si no hubiese notado que él estaba excitado y que yo comenzaba a estarlo también.

Me miró un poco confuso mientras se levantaba hasta quedar sentado, en ese momento fue consciente del bulto en sus pantalones y de que lo que había visto. Pude ver una sonrisa que se extendía por sus labios, mientras se relajaba en el espaldar del sillón y se masajeaba un poco la erección, haciendo que yo lo miraba con asombro.

—Si quieres, puedes darme una mano —habló de forma insinuante, lo que hizo que mi encanto disminuyera y le miré a los ojos, molesta.

—Claro, así que sólo tienes que entrar al baño, abrir el agua hasta el final y ponerte bajo el chorro. Entonces no sólo debería desaparecer tu erección, sino también la ridícula idea de que alguna vez te tocaría —respondí con una sonrisa falsa, que le divirtió, muy a mi pesar.

—Quizá deberías meterte bajo el agua fría conmigo, tal vez te ayude a ti también, pues puedo ver que te excitó verme así —replicó con una sonrisa de satisfacción.

—¿De dónde diablos sacas eso? ¿Acaso sigues borracho de tu fiesta de ayer? —dije, divertida.

—No, estoy bastante sobrio, pero sí en algo soy bueno en esta vida, es en ver cuando una mujer me desea y cuando está excitada... —Se puso de pie caminando hacia mí—. Y tú lo estás, fresa —dijo parándose a un par de centímetros de mi cuerpo, haciéndome sentir su calor.

—Definitivamente te volviste loco... yo no estoy...

—Tus pupilas están dilatadas, tu respiración es irregular, tus labios lucen más oscuros y casi puedo ver tus pezones erguidos... te aseguro que si los acaricio también podré sentir lo duro que están —dijo con arrogancia, mientras me recorría con la mirada.

—Te odio —no supe qué más decir porque me sentía expuesta, él tenía razón, estaba excitada.

—No, no me odias, si lo hicieras ya habrías presentado tu renuncia —argumentó con una sonrisa.

—No te engañes, Renzo Santoro. La única razón por la que no he renunciado todavía es porque me pagan bien en este trabajo, porque mi alquiler es demasiado alto y tengo deudas estudiantiles, por desgracia —respondí con toda la arrogancia que pude reunir en ese momento.

Respiró con fuerza antes de ponerse la mano sobre el pecho, mostrándose indignado por mi respuesta.

—¿Así que te estás aprovechando de mí por mi fortuna? Nunca imaginé que fueras una arribista —dijo dramáticamente, como si fuese una telenovela.

—Bueno, no me conoces tanto como para hacerte una idea de mí... Ahora, por favor, ocúpate de tu emocionado amigo de ahí abajo —dije antes de darme la vuelta de nuevo y seguir trabajando. Oí sus pasos acercándose y mis sospechas se confirmaron cuando se inclinó un poco.

—Oh, pero nos conoceremos bien. En más de un sentido, te lo puedo asegurar, fresa —me susurró al oído y deslizó un par de dedos por mi nuca, provocando que la piel de mis brazos se erizara y un tirón en mi estómago.

—¡Olvídalo! No conseguirás nada conmigo con comentarios como ese —me obligué a decir.

Era claramente difícil para mí respirar con tranquilidad cuando lo tenía cerca, pero lo conseguí. Pude sentir su sonrisa junto a mi cara antes de que se levantara y saliera de la habitación.

Una respiración temblorosa se me escapó cuando se fue, cerré los ojos y me removí en la silla, sintiendo la humedad en mi intimidad. Odiaba que él pudiera leer mi cuerpo como si lo conociera, aunque suponía que esa ventaja se la debía la experiencia de haberse acostado con un montón de sus mujeres.

¿Cómo diablos iba a trabajar si me distraía con sus comentarios con insinuaciones sexuales todo el tiempo?

∞∞∞∞

El resto de los días de trabajo transcurrieron con el mismo patrón. Renzo hacía comentarios perversos y coqueteando mientras yo trataba de ignorar su insinuación y me concentraba en el trabajo.

Y aunque me molestó la mayor parte del tiempo, por otro lado, me pareció divertido cómo no se rindió. De alguna manera, incluso me aficioné a escuchar sus estúpidos comentarios una y otra vez. Perturbador, lo sé, pero al menos nunca fue aburrido.

No sabía cómo describir nuestra relación. Obviamente no éramos amigos, pero tampoco teníamos una relación estrictamente profesional. Renzo se aseguró de ello, pues cada vez que intentaba mostrarme profesional, él hacía algo que me exasperaba y una vez más terminaba tratándolo con informalidad.

El tiempo voló increíblemente rápido desde que empecé a trabajar para él; ya era viernes de nuevo y todavía estábamos en su oficina a las ocho de la noche haciendo horas extras.

¿Y adivina de quién fue la culpa?

Sí, de Renzo.

De hecho, había dormido todas las mañanas de esa semana porque siempre estaba muy cansado de estar de fiesta toda la noche, así que descuidando todas sus tareas.

Lorenzo llegó una mañana y lo descubrió durmiendo en el sofá, tuvieron una breve discusión y como castigo le impuso las horas extras para que recuperara aquellas que había perdido por dormir en su horario laboral. Como desgraciadamente yo era su asistente, Renzo me obligó a acompañarlo para que le ayudara a sacar a tiempo los pendientes, prometiendo pagarme cuatro veces más por cada hora que trabajara.

Suspirando, levanté la vista de la pantalla del portátil y me froté los ojos. Estaba increíblemente agotada, llevaba tres días sin dormir bien y el café que había tomado no ayudó mucho, ya quería llegar a mi apartamento.

—¿Cansado? —preguntó Renzo.

—En lo absoluto, no ves que estoy fresca como una lechuga. Aunque llevo trabajando desde temprano los tres últimos días —le contesté con sarcasmo.

—Bien, entonces puedes traerme otro café —replicó y yo estuve a punto de golpear mi cabeza contra la mesa.

—Odio mi vida —murmuré antes de levantarme.

—Estaba bromeando. Puedes irte a casa, yo me quedaré toda la noche y terminaré esto —

dijo con una sonrisa antes de bostezar.

Lo miré por un momento, sin saber si estaba hablando en serio, pues conocía bien su naturaleza de bromista, pero al parecer esta vez decía la verdad

—Bien. Nos vemos el lunes —dije encogiéndome de hombros, cosa que evidentemente él no esperaba.

—En realidad, esperaba que fueras tan amable como para negarte a dejarme solo con todo este trabajo —confesó, lo que me hizo sonreír.

—Lo sé, pero todo este trabajo se atrasó por tu culpa, así que asume las consecuencias. Después de todo, eres el tercero en la línea de mando de esta empresa y debes dar el ejemplo... Espero que le rinda la noche, jefe —respondí con una sonrisa de venganza y recogí mi bolso.

Salí casi corriendo de la habitación, pero antes de cerrar la puerta, me volví brevemente hacia Renzo, que había apoyado la cabeza en el escritorio y soltó un suspiro que reflejaba su cansancio.

Mi tonto corazón se encogió cuando lo vi así; sabía que debía dejarlo que se las arreglara solo para que aprendiera la lección. Sin embargo, mientras bajaba en el ascensor, la imagen de Renzo completamente exhausto se repetía en mi cabeza.

Al llegar a la calle, en lugar de tomar a un taxi, mis piernas me llevaron a la cafetería y antes de darme cuenta había comprado dos cafés y dos croissants de chocolate.

Odiaba ser una persona tan amable.

Molesta conmigo misma, volví a la oficina, y decir que Renzo se sorprendió y se alegró era quedarse muy corto. Literalmente sonrió como si se hubiese ganado la lotería cuando me vio, pero justo cuando él iba a decir algo, le interrumpí.

—Sin comentarios —le amonesté y le entregué su café y su croissant.

—Gracias —dijo, mirándome con una sonrisa feliz.

—Está bien —exhalé y volví al trabajo.

Era poco antes de la medianoche cuando terminamos, enviamos los dos informes por correo a los departamentos correspondientes y también a Lorenzo. Luego nos dejamos caer en el sofá y suspiramos con satisfacción por haber logrado todo a tiempo.

—Me lo debes —le dije, y aunque estaba tan agotado como yo, tuvo fuerzas para lanzarme una mirada ambigua.

—Estoy cansado, pero todavía tengo suficiente energía para un polvo rápido —respondió antes de subirme a su regazo con un rápido movimiento.

—No, idiota. Prefiero escuchar una disculpa —le dije, poniendo los ojos en blanco, y me levanté para volver a sentarme a su lado. Este hombre era incorregible.

—¿Una disculpa? ¿Por qué? —preguntó confundido.

—Por lo que dijiste de mí, delante de tu familia, en el baile, fue muy grosero —le aclaré y ya me estaba enfadando al volver a pensar en ello.

—Oh...—murmuró, rascándose la nuca.

No dijo nada mientras le miraba, tal vez estaba buscando las palabras. Su nuez de Adán se movió ligeramente mientras me miraba a los ojos. Las comisuras de su boca se movieron ligeramente hacia arriba, mostrándome una sonrisa de disculpas.

—Siento haber dicho eso. Bueno, en realidad lo pienso, Eh... quiero decir que me gustaría acostarme contigo para saber si eres tan intensa; además, estás muy buena y sé que disfrutaría mucho de tu cuerpo, pero no debería haberlo expresado de esa manera porque no eres un objeto... Y veo en ti algo más que eso... —dijo a trompicones, haciéndose más silencioso hacia el final, de modo que la última frase apenas se oía.

El calor se disparó en mis mejillas y mi corazón se aceleró cuando dijo eso, de inmediato giré la cabeza hacia otro lado. Avergonzada, me aclaré la garganta.

—Disculpa aceptada y ahora tienes el honor de llevarme a mi apartamento —dije y me levanté.

Por culpa de este tipo, el color de mi piel era casi permanentemente rojo....

Capítulo 12

—Gracias por traerme hasta aquí —dije cuando se detuvo frente a mi complejo de apartamentos.

Se limitó a asentir con una sonrisa, mientras yo me desabrochaba el cinturón de seguridad. Estaba a punto de salir del coche cuando su voz me detuvo.

—¿No vas a invitarme a un café?

—Sé que el café es una palabra clave para el sexo, así que no —respondí con las cejas levantadas.

—¿Qué, de verdad? Bueno, para mí, beber café es beber café —se hizo el tonto, así que negué divertida.

—Son las doce y cuarto. Si te tomas un café ahora, no podrás dormir en toda la noche —argumenté, mirándole desafiante. Sabía a lo que jugaba, no era tan ingenua.

—Entonces tomemos un té —sugirió con una sonrisa inocente, lo que me hizo suspirar.

—Si consigues beber el té en diez minutos, entonces puedes subir conmigo, porque quiero dormir, estoy muy cansada —cedí finalmente, suspirando.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios, salimos del coche y entramos a mi edificio, no quise parecer una perezosa delante de él, así que lo llevé por las escaleras, a pesar de que me sentía muy cansada. La verdad, me sentía bastante nerviosa al llevar a Renzo a la intimidad de mi hogar, se suponía que ese era uno de los límites que no podía dejarle traspasar; sin embargo, allí estábamos.

—¿De qué tipo quieres? —le pregunté mientras abría la puerta, no quería que se quedara más de lo necesario.

—Té de frutos rojos, si tienes —respondió con una sonrisa una de las sillas de la barra.

—Claro. —Asentí y me dispuse a llenar la tetera.

Renzo miró a su alrededor y, de alguna manera, me sentí incómoda porque mi piso era una caja de zapatos comparado con su ático. Aunque tenía cierto estilo y era bonito; había creado una decoración bohemio elegante con artículos de segunda mano en su mayoría, pero de muy buena calidad, lo que me hacía sentir orgullosa de mi hogar, pero no en esta ocasión.

—¿Tienes Netflix? —preguntó de repente, lo que me hizo girarme hacia él.

—Sí, tengo Netflix, pero ni creas que te vas a quedar a ver algo, antes de que eso ocurra, te echaré por la ventana.

—¿Te han dicho que eres una pésima anfitriona? —se burló de mí, tratando de parecer serio.

—Lo siento. Olvidé que eras de la clase alta de Nueva York —me uní, ya poniendo la bolsa de té en una taza.

—Eso no tiene nada que ver, pero no te vendría más ser un poco más hospitalaria con tu jefe —respondió con ironía; sin embargo, no caí en su provocación—. Bueno, voy a ir a elegir una película —habló y caminó hacia la sala de estar, que estaba frente a la cocina.

—Renzo, acordamos diez minutos —le dije, pero mi comentario cayó en saco roto.

¿Por qué había aceptado a que subiera? Suspirando, vertí el agua caliente en la taza antes de ir al salón. Ya Renzo estaba cómodamente sentado en el sillón, mientras buscaba con el mando la aplicación en la tv. Se escuchó el característico sonido de inicio y sin perder tiempo comenzó a

buscar algo en específico.

—Espero que te tomes el té sin azúcar, porque no tengo más en casa —hablé y se lo puse delante.

—¡No te preocupes, ahora siéntate y prepárate para ver la mejor película de la historia! —dijo emocionado.

Mis ojos se desviaron hacia el televisor, donde seleccionó la película El Rey León. Involuntariamente, las comisuras de mi boca se levantaron.

Podría ser un niño a veces...

Concentrado y con una sonrisa en los labios, miraba fijamente el televisor como si se estuviera proyectando la película más emocionante de la historia, a pesar de que acababan de sonar los créditos iniciales.

Es decir, vale, El Rey León fue una de las mejores películas de Disney, pero no fue ni mucho menos la mejor película de la historia y su reacción no era del todo comprensible, al menos no para mí. La verdad, nunca se me pasó por la cabeza que fuese de los hombres que se emocionaban por las películas animadas, iba totalmente en contra de su personalidad morbosa.

—¿Quieres palomitas para acompañar la película? —pregunté al cabo de un rato.

—¡Silencio! Esta es la mejor parte de la película —me amonestó y me tapó la boca con la mano, mientras sus ojos seguían fijos en la pantalla.

Había perdido la cuenta de las veces que me había hecho eso, cuando había comentado algo. Supuestamente, cada parte era lo mejor de la película. Divertida por su comportamiento, las comisuras de mi boca se movieron hacia arriba y aparté su mano de mis labios.

Definitivamente me gustaba más esta faceta suya que la de mujeriego arrogante. Sentía que podía relajarse y que él no intentaría nada pervertido mientras estuviese viendo una película infantil; sin darme cuenta, el sueño comenzaba a vencerme, así que me levanté y fui al baño para lavarme los dientes, cambiarme y desmaquillarme.

Cuando volví a entrar en la sala de estar preparada para ir a la cama, Renzo me miró por primera vez en mucho tiempo y al verme en pijama empezó a sonreír y el humor se reflejó en sus ojos.

—¿Pantalones cortos de Snoopy? ¿No eres un poco mayor para eso? —dijo con una sonrisa traviesa.

—Lo dice el tipo para quien El Rey León es la mejor película de la historia —repliqué, divertida, poniendo los ojos en blanco y me senté con él.

—Retira eso, nunca se es demasiado viejo para El Rey León. Es una obra maestra —dijo enfadado.

—Sí, tal vez para los niños —dije provocativamente, lo que hizo que me mirara atónito—. Estoy bromeando. Es una buena película —dije riendo.

—La mejor —repitió elevando la barbilla.

—No exageres.

—Queda usted despedida, señorita Williams —dijo, mirándome con seriedad.

—Está bien, es la mejor película, es la mejor —mentí rápidamente, aguantando la risa.

—Quedas reincorporada —dijo con una sonrisa antes de atraerme a sus brazos.

Mis ojos se abrieron de par en par y los latidos del corazón se me aceleraron, cuando mi cuerpo casi se fundió en fuerte y cálido de Renzo. Inspiré para recuperar el aire y el aroma de su perfume Costa Azzurra de Tom Ford, combinado con el natural de su piel, me embriagó y tuve que apretar los labios para no gemir.

—Y ahora vuelve a callar porque por tu culpa me he perdido casi toda la película —añadió

y apretó mi cabeza contra su pecho. Intenté liberarme de su agarre, pero no me dejó—. Deja de moverte. Me distraes —dijo, ligeramente molesto.

—Entonces deja de abrazarme —murmuré poniendo los ojos en blanco contra su pecho.

—No, y ahora cállate —fue todo lo que respondió.

—Renzo —exhalé molesta.

—Silencio, fresa —me amonestó.

—Suéltame, necesito ir a dormir... Y tú deberías irte, ya es tarde —ordené e intenté apartarme de él.

La posición no me hacía ningún bien, esa cercanía estaba provocando emociones en mí, que me había jurado no tener con él, pero contras las que cada vez me costaba más luchar, tenía que admitir que él me gustaba.

—Bien. Ahora acuéstate en tu cama mientras veo la película y te llamaré después —dijo, poniéndose de pie conmigo en brazos para llevarme a mi habitación.

—¡Renzo! Yo puedo caminar —dije, horrorizada.

—Cállate —fue todo lo que dijo mientras abría la puerta del baño de visitas.

—Es la puerta de al lado. —Puse los ojos en blanco.

Sonrió y abrió la que correspondía a mi habitación, entró echándole un vistazo a la decoración y finalmente me puso con cuidado en mi cama.

—Y ahora vas a ser una buena chica y me vas a dejar ver mi película —me ordenó como si fuese una niña.

—Sal de mi piso —le insté, cruzando los brazos.

—Una vez que termine la película —dijo con determinación, luego me besó la mejilla y salió corriendo antes de que pudiera reaccionar.

¿Qué fue eso? Sin palabras, me sujeté la mejilla.

Y así fue como Renzo Santoro había conseguido por fin que me callara y no le molestara. Porque cada vez que quería salir a darle una colleja, me sonrojaba y me dolía literalmente el estómago al pensar en el beso que me había dado y que me había provocado un torbellino de sensaciones y emociones.

Capítulo 13

Lentamente fui despertando de ese delicioso, profundo y reparador sueño en el que había caído casi a la una de la mañana. Me estiré bostezando, haciendo que cada músculo de mi cuerpo se tensara, solté un gruñido por la sensación y luego abrí lentamente los ojos.

—Buenos días.

La frase salió de la nada de golpe, por lo que el cansancio desapareció y me senté, sobresaltada, mientras me frotaba los ojos para despejarme la vista empañada.

—¡Dios, Julianne! —exclamé, todavía agarrándome el pecho del susto.

—Hola —fue todo lo que dijo mientras se sentaba en la silla de mi escritorio, comiendo cereales.

—¿Qué haces aquí? Sólo te he dado mi llave para casos de emergencia —dijo, ligeramente molesta, y me dejé caer de nuevo en la cama.

—¡Fue una emergencia! Aaron se comió todos mis copos de maíz y casi entré en pánico —respondió como si fuera lo peor del mundo.

—Tienes un supermercado enfrente de tu piso en el que... ¡Oh, no importa! —quise argumentar, pero dejé el tema. No se podía ganar una discusión con Julianne, aunque sus argumentos eran la definición de lo malo.

—Exactamente, no importa —dijo, comiendo otra cucharada y después sonrió con picardía—. Lo que sí importa es que un tío que se cae de bueno está durmiendo profundamente en tu sofá —cambió de tema y se llevó una cucharada de los copos de maíz a la boca.

—¿Un tío bueno? —pregunté, confundida al principio.

Luego recordé que Renzo se había quedado viendo su película, pero en algún momento de la noche cuando desperté para ver si se había ido, lo encontré dormido en el sofá. Me dio pena despertarlo, sabía que estaba cansado y que no era prudente que condujera, así que le eché una manta por encima y luego me había vuelto a dormir.

—Sí, un tipo que no solo bueno, sino también caliente —explicó moviendo sus cejas y sonriendo.

—Ese es mi jefe, Renzo Santoro —respondí con indiferencia y segundos después, mi mejor amiga se abalanzó sobre mí—. Ouch... ¡Julianne, quítate de encima, me estás ahogando! —me quejé dolorosamente.

—¡Oh, por Dios mío! ¡Tienes una aventura con tu jefe! ¡Chica mala! —se regodeó y apretando más el abrazo.

—No estamos teniendo una aventura. Somos... —quise responder, pero entonces me di cuenta de que no sabía muy bien cómo llamar a nuestra relación—. Amigos —me decidí a decir finalmente.

—¿Amigos? —preguntó con una sonrisa cómplice.

—Sí, amigos —dije seriamente y por alguna razón mis mejillas se calentaron.

—Vale... Cody y yo también somos sólo amigos —habló con un guiño.

—Julianne, ni siquiera sois amigos. Vuestra única conversación fue el primer día de universidad, cuando hablabas con su hermano y con Aaron, y él te saludó —le recordé, ella respiró bruscamente y se sentó sobre mí.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? Entonces supongo que tampoco somos amigas —dijo ella,

ofendida.

—Sí, lo somos. Mejor incluso, desde el primer día de instituto —respondí, divertida.

—¿Por qué piensas eso? —Cruzó sus brazos.

—Saltaste a mis brazos el primer día de clase después de que compartiera contigo mi KitKat Peanutbutter y dijiste, y cito: «¡Esta barra de caramelo lo sella, somos mejores amigas para siempre a partir de ahora!» —hablé, haciendo que ella frunciera el ceño.

—No puedes culparme por eso ahora. Sólo estaba eufórica y mi hilo de pensamiento se vio nublado por las hormonas de la felicidad del chocolate —argumentó, lo que me hizo sonreír poniendo los ojos en blanco antes de atraerla hacia mi pecho y medio asfixiarla.

—Ya cállate, me quieres —dije.

—No, sólo quiero a Emma —replicó divertida, refiriéndose a mi pecho izquierdo.

—Hola Emma, soy Mónica —fingió hablar desde su pecho derecho, moviéndolo hacia arriba y hacia abajo.

No pude evitar reírme por sus ocurrencias; de repente, la puerta de mi habitación se abrió, haciendo que nos sobresaltáramos. Renzo había entrado y se nos quedó mirando con algo de asombro. Yo estaba a punto de quejarme por su falta de educación, cuando una sonrisa perversa cruzó sus labios.

—Vaya, Fresa, no sabía que jugabas en el otro equipo —comentó mirándome a los ojos, antes de que pudiera volver a hablar, Julianne se enganchó a la conversación.

—Oh, no te preocupes. Está en tu equipo y le encantaría jugar con tu palo de golf —dijo, soltando una carcajada ante su propia broma.

Indignada, la empujé lejos de mí, lo que hizo que aterrizara en el suelo y se riera aún más. Me sonrojé, mientras Renzo se quedaba de pie, divertido, mirándome.

—La verdad, es que no me importaría hacer un trío, las dos están muy buenas —dijo Renzo, mirándonos.

—¡Pervertido! —exclamó Julianne, mirándolo.

—¡Por Dios! Es demasiado temprano para esos comentarios, señor Santoro, compórtese.

—Sólo trataba de ser amable y de incluirte —dijo Renzo mirando a mi amiga—. De todos modos, prefiero tener sexo Grace. No es nada personal, pero no eres realmente mi tipo, nena —respondió con una sonrisa, lo que hizo que Julianne se sentara inmediatamente.

—¡Eh! —Se fingió ofendida y se levantó—. Pues me da lo mismo porque tampoco eres mi tipo... Así que los dejaré solos, tortolitos —dijo divertida, moviendo las cejas de forma sugerente antes de coger el bol de cereales vacío y salir de la habitación—. Ah, y no hagan tanto ruido, por favor. Estoy en la cocina preparando un sándwich —gritó cuando ya había salido de la habitación.

—Era Julianne. Mi mejor amiga —le dije a Renzo, porque, ella no tenía ningún tipo de modales.

—Oh, pensé que se llamaba Mónica —respondió con una sonrisa traviesa.

—No, ese es el nombre de su pecho derecho —le corregí y en ese mismo segundo me di cuenta de que podía haberme ahorrado ese comentario.

—¿Y cómo se llaman tus pechos? —Me miró con diversión, luego desvió la mirada a mis senos.

—No es de tu incumbencia —dije encogiéndome de hombros, todavía no había nombrado a mis dos amigas. Eso era más bien cosa de Julianne.

—¡No sabía que hablabas tanto durante el sexo! Y no oigo ningún gemido, Renzo, ¡quizá deberías trabajar tu técnica! —gritó Julianne de repente, lo que me hizo dar una palmada en la

frente por la vergüenza y Renzo se limitó a sacudir la cabeza, divertido.

Minutos después, estábamos todos sentados en el salón desayunando y Julianne eructó de repente.

—Eres tan desagradable —se quejó Renzo.

Estaba acostumbrada a actitudes peores de ella; sin embargo, me pareció de mal gusto que lo hiciera delante de mi jefe. Aunque me divirtió la cara de asco de Renzo.

—Qué asco das —le imitó Julianne y volvió a eructar antes de soplarle en la cara.

—¡Baahh! —dijo con disgusto mientras la empujaba y fruncía la cara. Mientras tanto, yo observaba divertida lo que ocurría frente a mí.

—Lo siento bichacho, pero lo que tiene que salir, tiene que salir —se disculpó, sin sentirlo ni remotamente.

—Si no fueras una chica, te estrellaría contra la pared —dijo Renzo, molesto.

—¡SEXISTA! —gritó entonces Julianne a voz en cuello—. Levántate sin eres tan macho.

—Oh, Dios mío. Voy a matarla —murmuró para sí mismo, restregándose el rostro.

—Ahora tus posibilidades de conseguir la ropa sucia de Grace son remotas —replicó Julianne con una sonrisa.

Renzo no tuvo nada más que decir y en su lugar la miró con una expresión asesina en su rostro.

—Aww, tan tierno —dijo Julianne y le pellizcó la mejilla, lo que molestó aún más a Renzo, pero trató de no decir nada, así que lo miré con diversión.

—Sólo la soporto por ti —me informó al ver mi mirada sobre él.

—Awww —dijo Julianne de nuevo y le pellizcó la mejilla otra vez.

Renzo se limitó a exhalar molesto. La verdad, ni siquiera me preocupé, estaba segura de que los dos seguirían llevándose espléndidamente.

Capítulo 14

—Tengo hambre —se quejó Renzo por duodécima vez en cinco minutos cuando volvimos a la oficina el lunes y yo estaba trabajando.

—Pues vete a comer algo —respondí, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, me encantaría, pero dices que tienes que trabajar y no puedes venir —dijo copiando mi gesto.

—Así es, tengo que trabajar; sobre todo, porque tú no haces nada y todo recae sobre mí —dije molesta.

—No, no tienes que hacerlo. Sólo hay que pasar las tareas —dijo como si fuera factible.

—Para eso también necesito tiempo, no puedo salir en este momento, así que pide algo si no consigues comer sin mi presencia —sugerí y volví a concentrarme en los papeles que tenía delante.

—No sólo eres bonita y trabajadora, sino también inteligente. Cada vez nos parecemos más —me felicitó a su manera idiota.

Yo me limité a sacudir la cabeza divertida. Era insoportable.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó mientras marcaba un número en su celular.

—No, estoy esperando el descanso —le contesté.

La verdad había empezado a cuidarme, aunque eso no significaba que iba a renunciar a la comida chatarra, pero al menos evitaría comerla entre comidas. Julianne me dijo que era una buena forma de reducir las calorías, aunque me costara admitirlo, los comentarios de madame Chevalier me seguían atormentando cada vez que me paraba delante del espejo y observaba mi cuerpo.

—¿Hablas en serio? —preguntó con asombro, como respuesta rodé los ojos de nuevo y él sonrió—. Buenas tardes, Renzo Santoro. Dos hamburguesas con queso, dos patatas fritas grandes y dos cocas grandes, por favor —pidió y dio su número de cliente, por lo que le dirigí la misma mirada que me había lanzado antes.

—Dije que no quería —dije mientras colgaba.

—¿Quién dice que es para ti? Lo pedí todo para mí —respondió con una sonrisa, que ignoré.

Hoy tenía que ocuparme de todas las salidas, la buena logística en la entrega de nuestros productos era uno de los mayores beneficios que el consorcio ofrecía a nuestros clientes. Por lo que debía cuidarse cada detalle durante el despacho, el transporte y la entrega, así que si algo salía mal Lorenzo me decapitaría.

Al cabo de una media hora, llamaron a la puerta. Suspiré aliviada porque ya Renzo estaba a punto de enloquecerme con su andar de un lado al otro dentro de la oficina; en serio parecía que no hubiese comido en días.

—Adelante —ordenó Renzo a la persona que llamaba.

—Su comida, señor Santoro —dijo una voz femenina que me resultó familiar.

Levanté brevemente la cabeza del portátil para ver de quién se trataba. Tragué saliva al reconocerla, era la chica que me había entrado la nota para él, sí esa misma que apenas se molestó en mirar y luego tiró a la basura.

—Ponlo sobre la mesa —respondió él con frialdad.

Después de hacer eso, ella seguía mirándolo con una mezcla de inquietud y esperanza.

—¿Hay algo más? —preguntó Renzo al respecto, poniéndose a desempaquetar la comida en lugar de prestarle atención.

—Ehm... quería preguntarte si habías recibido mi nota —respondió nerviosa, haciendo que él levantara la vista, confundido.

—¿Qué nota? —preguntó, frunciendo el ceño.

—La nota que te di el otro día. Te dije que era de una chica que deberías conocer —intervine y vi cómo su cerebro hacía un clic.

—¿La nota innecesaria que tiré a la basura? —preguntó con las cejas juntas, haciendo que mis ojos se abrieran con asombro.

¿Por qué demonios era así? Odiaba con toda mi alma que tratara de esa manera a las mujeres que tenían la desgracia de cruzarse en su camino.

—¿La tiraste a la basura? —preguntó tristemente la chica y me hubiera gustado tirar a Renzo por la ventana.

El volvió a mirarla con indiferencia.

—Sí, no es apropiado que me envíes ese tipo de notas en el lugar de trabajo —dijo y pude ver cómo el rostro de la chica se ponía rojo.

Dios, ¿puede haber un agujero en el suelo para que pueda evitar esta incómoda conversación? Yo no quería enterarme de nada de esto.

—¿Pero tener sexo conmigo en este lugar si está bien? —casi chilló con indignación.

Genial, esto se ponía peor; además, quién sabía si la ofician había sido limpiada después de que ellos follaran allí. Contorsioné mi cara con disgusto.

—Sí, y si eso es todo. Mi comida se está enfriando —dijo Renzo con desinterés.

—¡No lo puedo creer! Yo... —gritó y caminó hacia él.

—Una palabra más y acabarás en la calle —le advirtió mirándola con una seriedad que nunca le había visto.

Mierda... Ya sabía que era un imbécil, pero nunca lo había visto tan malo. Definitivamente para él las mujeres solo eran cuerpos para follar y nada más.

Puede ver como la chica apretó los labios con fuerza, aunque sus lágrimas estaban a punto de desbordarse, lo miró con desprecio y luego salió del despacho dando un portazo que me hizo sobresaltar.

—Las mujeres... —Tuvo entonces la audacia de hacer ese comentario, poniendo los ojos en blanco, lo que me hizo levantar las cejas con desconcierto.

—Eres el mayor descarado que conozco —dije, decepcionada por alguna razón. Justo cuando creía que me gustaba, hacía algo así que lo arruinaba.

—Si lo quieres ver esa manera, pero yo siempre he sido claro con las mujeres con las que follo... Así que, ellas se hacen ilusiones es su problema —respondió con arrogancia y se dispuso a morder la hamburguesa.

Definitivamente no ganaba nada con discutir con él, no tenía el más mínimo respeto por las mujeres. Me limité a sacudir la cabeza con fastidio antes de levantarme y dirigirme a la puerta con el portátil y los papeles.

—Oye, ¿a dónde vas? —preguntó perplejo.

—A seguir trabajando, preferiblemente en un lugar donde los chicos no sean tan gilipollas —respondí secamente y abrí la puerta.

—¡Fresa! —me llamó, pero lo ignoré.

Entré en la sala de fotocopias y tomé asiento en la silla, puse todos los papeles en la mesa

que se usaba para ir organizando los documentos copiados.

—¿Fresa? —pude escuchar su voz mientras me buscaba—. ¿Grace? —intentó de nuevo.

Seguí ignorándolo, lo último que quería era ver su arrogante y descarado rostro. De pronto la puerta se abrió y él apareció con las bolsas con comida en la mano, mirándome con reproche.

—La comida se enfría —se quejó—. ¿De verdad? ¿Me estás ignorando? —preguntó molesto, poniendo la comida en la mesa, pero yo seguí en mi postura—. No puedes enfadarte en serio por haber soltado ese comentario —continuó hablando y esta vez decidí mirarle.

—No se trata solo de eso, idiota. Es por la forma en que trataste a esa chica —le dije, molesta.

—¿Qué podía hacer? Al menos no le di falsas esperanzas. Eso sería peor —se defendió, sin mostrar ningún tipo de remordimiento.

—Claro que sería peor, pero podrías haber prestado más atención a sus sentimientos y expresarte de otra manera —argumenté con rabia. Realmente necesitaba unas bofetadas, tal vez entonces se volvería más amable.

—Bien, discúlpame... Ahora vamos a comer —respondió, empujando una parte de la comida hacia mí.

—Discúlpate con ella, no conmigo.

—Más tarde. Lo prometo. Ahora come —respondió poniendo los ojos en blanco.

—No puedo comer ahora. No quiero dejar manchas de grasa en los papeles, por eso quería esperar hasta el descanso —expliqué entre dientes.

Suspiró antes de empujar su parte hacia mí también y sentarse a mi lado. Lo miré interrogativamente, a lo que él respondió sosteniendo la hamburguesa frente a mi boca.

—No hablas en serio —dije, divertida.

—Sí, lo digo en serio, ahora abre la boca —ordenó.

Un poco insegura, pero con mucho apetito, di un mordisco a la hamburguesa, lo que le hizo poner los ojos en blanco y sonreír. Mientras repasaba los papeles y añadía algunas cosas, un tío buenísimo me dio de comer patatas fritas, hamburguesa y coca cola. Supongo que los sueños se hacen realidad.

Sólo que en mi sueño estaba viendo la televisión y el tío bueno era Channing Tatum sin camisa, pero tampoco tenía nada que decir en contra de esa versión.

Capítulo 15

—¿Podrías dejar de hacer eso? —dije molesta, sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

Renzo dijo que tenía que hacer aviones de papel y luego lanzarlos por la habitación con «efectos de sonido» que producía con la boca.

—Pero estoy aburrido —argumentó, antes de lanzar un volante más al otro lado de la habitación.

—Dios, si tus aviones al menos planearan en el aire sería menos molesto, pero es penoso ver cómo no puedes doblar uno que no aterrice en el suelo a los dos segundos —me quejé, lo que hizo que me mirara indignado.

—Perdone, pero mis aviones duran más de dos segundos en el aire. Son de clase mundial —dijo, ofendido, y yo levanté las cejas en señal de desafío.

—De clase mundial en ser una mierda, tal vez —contraataqué, antes de agarrar también una hoja y doblarla en un plano—. Ahora mira cómo va a la derecha —añadí y lancé el avión al aire. Se deslizó por la mitad de la habitación antes de aterrizar en el suelo.

Con una mirada de suficiencia, miré entonces a Renzo, que miraba desconcertado al avión. Se volvió hacia mí cuando sintió mi mirada y cruzó los brazos frente a su pecho con un resoplido.

—Vuelve al trabajo. No te pago para hacer aviones —dijo y no pude evitar reírme burlonamente.

—¿Alguien es un mal perdedor? —le provoqué e hice un mohín para reforzar mi punto.

—No, pero no soy tan infantil como para empezar un concurso de vuelo —se defendió, lo que me hizo sacudir la cabeza con diversión.

—Corrección: un perdedor muy dolorido —sonreí y fui imitándolo, lo que hizo que fuera aún más gracioso. Finalmente, sacudí la cabeza con una sonrisa y volví a prestar atención a mi trabajo.

Pasó un cuarto de hora antes de que Renzo comenzara a doblar volantes de nuevo. Probó nuevas técnicas, pero no sirvió de mucho. De alguna manera, me encantaba la sensación de ser superior a él en algo.

Otros diez minutos y cincuenta suspiros después, se rindió frustrado.

—¿De verdad? ¿Te rindes tan fácilmente? Fueron sólo 25 minutos. Habría esperado más ambición de tu parte —me burlé de él con diversión.

—Cállate. Prefiero utilizar mi ambición para algo que realmente me importe. Como llevarte a la cama, por ejemplo —respondió devorándome con la mirada, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

—Sólo hay que ver cómo lo hace el maestro y aprender —hablé sin responder a su afirmación.

Le demostré mi inmejorable técnica de plegado y él trató de copiarla.

—Bien, ahora pruébalo —le insté mientras seguía mis instrucciones, ofendido.

Y he aquí. Voló. Le miré con las cejas levantadas y una sonrisa de satisfacción.

—Cállate —refunfuñó, aunque no dije nada.

—¿Te apetece una competición? El perdedor tiene que regalarle al ganador un mocaccino

—sugerí con la certeza de que ganaría.

—Pero no hay competencia para un mocaccino. Si gano, no me servirá de nada porque siempre tienes que conseguirme uno —dijo en respuesta a mi sugerencia.

Así que fue lo suficientemente infantil como para participar en una competición de vuelo después de todo.

—Bien, ¿qué quieres? Y los besos, los agarres o cualquier cosa que tenga que ver con el contacto físico está prohibido —dije, lo que le hizo poner los ojos en blanco y murmurar «aburrida» en voz baja.

—Pues entonces quiero una foto tuya en sujetador —contestó pensativo antes de soltar una sonrisa triunfal.

—Trato, pero entonces quiero cambiar mi precio. Mañana te ahorrarás tus comentarios sexuales durante todo el día y, si no lo consigues, recibirás un castigo del que no podrás librarte —negocié.

—¿Mi pequeña Fresa quiere encadenarme a su cama? —dijo inmediatamente, moviendo las cejas.

—Y eso es exactamente lo que no debes hacer después de haber perdido —le indiqué con un suspiro.

—Como si fuera a perder —replicó inmediatamente con arrogancia y por primera vez me alegré de que fuera un capullo tan arrogante.

Fue una ventaja para mí porque, aunque de seguro sabía que iba a ganar, me siguió la corriente pues era demasiado orgulloso y narcisista para dejar pasar una competición. Ignoré inteligentemente la afirmación y me dispuse a doblar la hoja de papel.

—El avión que esté más tiempo en el aire gana —dije y él asintió con una sonrisa de victoria.

—Eso no cuenta. Tu papel tiene una composición diferente a la mía —se quejó y tiró su plano a la papelería.

—Exactamente. De eso se trataba —respondí irónicamente, con una gran sonrisa.

De pronto, la puerta de la oficina se abrió y yo me sobresalte, dejando caer algunos papeles al suelo.

—Vaya, veo que se matan a trabajo —comentó Jay y yo exhalé aliviada porque no era Lorenzo. Él y Matteo entraron en el despacho.

—Lo dice el tipo que viene aquí en lugar de hacer sus cosas —replicó Renzo mientras tomaba asiento.

—Hemos terminado. Matteo trabaja con rapidez y eficacia —respondió Jay encogiéndose de hombros.

Luego dio una palmada cariñosa en la espalda del menor de los Santoro, que se obligó a esbozar una sonrisa avergonzada. Tuve que admitir que era una monada, a diferencia de su hermano.

—Estoy segura de que nosotros también habríamos terminado, si Renzo hiciera su parte por una vez —no pude evitar decir.

—Chivata —murmuró justo después y Jay me dedicó una sonrisa cómplice.

—Es exactamente por eso que nadie quiere trabajar con él. Tiene miedo de romperse una uña si se dobla una hoja —respondió, lo que nos hizo reír a Matteo y a mí.

—Cállate. Sabes que no es así. No veo esto como un trabajo lo suficientemente digno para mí —dijo Renzo, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Porque lo que hacíamos antes era mejor —dijo Jay con amargura, mirando a Renzo.

Inmediatamente pude sentir que el ambiente se tensaba. Había escuchado algunos rumores sobre cómo los Santoro habían amasado su fortuna, pero siempre pensé que no era cierto, aunque viendo la actitud de los tres ahora, comenzaba a sospechar que ciertamente habían formado parte de la mafia neoyorkina.

—Estoy hambrienta. ¿Vamos a comer algo? —cambié de tema y puse el ordenador en modo de ahorro de energía. Matteo asintió apresuradamente y ya estaba abriendo la puerta del despacho.

—Sí, vamos. Podría matar por una hamburguesa —asintió Jay, y Renzo también estuvo de acuerdo, aunque no parecía muy emocionado de que Jay y Matteo vinieran a cenar con nosotros.

Bajamos en el ascensor hasta el vestíbulo y Jay trató de aligerar el ambiente contándonos en qué estaban trabajando. Matteo era el técnico y gestionaba todos los ordenadores y dispositivos tecnológicos de la empresa, mientras que Jay era el responsable de recursos humanos y le aconsejaba sobre cómo facilitar las cosas al personal a través de diversos programas.

Justo cuando íbamos hacia la salida, vi a la chica que había escrito la nota a Renzo y le di un codazo para que se volviera a mirarla, pero solo la ignoró

—¿No ibas a disculparte con ella? —pregunté con las cejas alzadas y mirándolo fijamente.

—Oh, vamos. Acabo de decir eso —se quejó.

—Renzo —le amonesté y soltó un suspiro.

—Está bien. Espera un momento —cedió, suspirando.

Sonreí felizmente por haber conseguido mi objetivo. Lo criaría para que fuera un caballero.

—Maldita sea... sólo un mes y ya lo tienes envuelto en tu dedo —comentó Jay impresionado.

—Dame un mes más y será un hombre decente.

—Tienes que contarme tu secreto —dijo Jay, riendo.

—Es sencillo: simplemente no te acuestes con él —respondí, encogiéndome de hombros.

—No creo que eso sea un problema —dijo con disgusto, por lo que sonreí divertida.

—Vale, lo hice. ¿Podemos irnos ya? —dijo Renzo un poco después, mirándome molesto.

—Sí. Estoy orgullosa de ti —le animé con una sonrisa.

—Está bien —exhaló con cansancio—. Las cosas que se hacen para echar un polvo... —añadió en voz baja.

Lo que me hizo poner los ojos en blanco. Sin embargo, las comisuras traidoras de mi boca se movieron hacia arriba. Probablemente nunca se daría por vencido.

Capítulo 16

Entré en la oficina de buen humor. Renzo no podía hacer ningún comentario sexual hoy y yo iba a hacerle sangrar, porque si perdía, podría hacer lo que quisiera con él. Y créanme cuando digo que estaba deseando que perdiera. Porque, gracias a Julianne, había tenido la mejor idea para eso. Permítanme rebobinar para que puedan ser testigos de mi epifanía.

—¿Se puede saber por qué demonios tengo que ayudarte a limpiar tu armario? —me quejé mientras mi mejor amiga me llevaba a su habitación.

—Porque eres la mejor limpiando y organizando. Quiero decir que hasta tus horquillas están clasificadas por tamaños y no me hagas hablar de tu cajón de cachivaches, que está más organizado que toda mi vida —argumentó, empujándome a la habitación—. Y mientras tú arreglas mi armario, yo estaré acechando a Cody en Facebook, Instagram, TikTok y Twitter —añadió con una sonrisa antes de cerrar la puerta y alejarse a toda prisa.

—¡No voy a limpiar tu armario, yo sola! —le dije, molesta, abrí el armario encontrándome con un verdadero caos—Oh, Dios... —exhalé.

¿Cómo puede una persona dormir en paz cuando su armario parece Primark después de una gran avalancha de turistas? Suspirando, tiré toda la ropa al suelo para comenzar a ordenarlo desde cero.

—¿Lo quieres ordenado por color o por temporada? —grité antes de poder contenerme.

¿Por qué estaba así? Me gustaría poder cerrar su armario de golpe ahora mismo y decir: No Julianne, no voy a limpiar ese desastre. Pero no pude porque sabía que ella nunca lo limpiaría por encima de su propio cadáver y, sinceramente, no podría dormir en paz después de ver todo ese desorden. Se podría decir que tengo un TOC.

—Te dejaré con ello... ¡Oh, Dios mío! ¡LA PERRA! —gritó de repente, lo que me hizo sobresaltarme.

Oh, Oh, Julianne debe haber encontrado algo.

—¿Te lo puedes creer? —dijo con voz alterada mientras entraba en la habitación con su teléfono móvil y poco después tropezaba con su ropa y caía de boca. Me habría reído, pero para ser sincera, mi vida era demasiado querida para perderla a manos de She-Hulk.

—¡Demonios! —exhaló molesta antes de levantarse aún más enfadada—. Cody me está engañando —volvió al tema real, sin dejar de mirar su teléfono.

—¿Cody te engaña? —repetí con las cejas levantadas y no pude evitar sonreír.

—¡Sí! ¡Yo tampoco me lo puedo creer! —respondió ella, fuera de sí.

—¿En serio? ¿cuánto tiempo lleváis juntos? —pregunté, divertida.

—¡Son sólo detalles, Grace! —descartó mi pregunta.

Me limité a suspirar negando con la cabeza mientras doblaba una de sus camisas. Definitivamente ella no tenía remedio, vivía en su propia fantasía con Cody.

—Vale, ¿qué te hace pensar que te engaña? —salió de mis labios y en el mismo segundo me arrepentí.

—Muy bien, estaba en el Insta de Cody y a una perra que no conozco le dio me gusta a la foto que publicó hace quince días. Lo he revisado y llevan doce días siguiéndose. Además, en esta foto, Cody está en un bar con Castiel y Ben. En el fondo, si se amplía un poco, se puede ver a la Perra. Así que se reunieron en el bar. Estoy en el perfil de la zorra y a Cody le han gustado

tres fotos de ella. Y si lo piensas, el alcohol fluye en un bar y se conocieron allí, ¡entonces puedes concluir que esa pequeña descarada sedujo a mi hombre! —explicó con increíble rapidez.

—Vale... ¿O se han hecho amigos? —dije insegura.

—Exactamente —respondió irónicamente, antes de hacer algo que me sorprendió.

Dobló una de sus camisas.

Ok, Grace, ahora no puedes asustarte. Está actuando de manera extraña y eso no es bueno.

Después de una hora juntamos todo y las cosas que no usaba las echamos en una bolsa azul para donarlas.

—¿Tienes idea de dónde puedo conseguir camellos? —preguntó cuando habíamos limpiado la mitad del lugar.

—No quiero ni saber por qué necesitas camellos ahora —suspiré antes de dar con un tesoro. Saqué el traje negro y lo miré con las cejas juntas—. Julianne, sé que eres un bicho raro, pero no sabía que te gustaban los juegos de rol —cambié de tema, divertida. Sus ojos se desviaron hacia el escaso traje de sirvienta.

—Es de Aaron. Lo dejó aquí —respondió ella con indiferencia, como si no fuera nada importante.

—¿Por qué Aaron tendría... algo así? —pregunté, incrédula y confusa al mismo tiempo.

—Estábamos haciendo un vídeo —dijo de nuevo, con desinterés. Seguía enfocada en Cody.

¿Fui la única que pensó que era gracioso?

¡¿Habían hecho mis amigos una porno?!

—¿Un vídeo pornográfico? —continué, lo que hizo que ella contorsionara su cara.

—No —volvió a descartar mi teoría con indiferencia.

Eso es todo lo que descubriría. Mientras Julianne siguiera enfocada en Cody no pensaría en nada más. Suspiré y dejé la cosa a un lado hasta que se me encendió una bombilla en la cabeza.

—¿Me lo prestas? —pregunté mientras se formaba un plan en mi cabeza.

—Claro —respondió ella sin pensarlo.

Muy bien, ahora volvemos a la hora actual.

—Buenos días —saludé a Renzo con una brillante sonrisa, lo que hizo que me mirara con recelo.

—Buenos días —dijo con indiferencia antes de que su mirada se deslizara por mi figura.

Me había vestido especialmente para ponerlo a prueba. Mi falda lápiz ajustada y mi blusa blanca, tenía un aspecto profesional pero también provocativo porque acentuaba mis curvas. Él estaba a punto de decir algo, pero terminó callando y apartando su mirada de mí.

—Llevas treinta segundos de retraso —dijo entonces, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

Puse el mocaccino en su lugar, inclinándome más para que sus ojos se desviaran involuntariamente hacia mi escote. Murmuró algo en voz baja que no entendí bien.

—¿Disculpa? —pregunté hipócritamente.

—Nada —dijo con una sonrisa forzada.

Este día sería muy divertido, pensé mientras sonreía coquetamente y me sentaba para comenzar con mi jornada laboral de ese día. Mientras trabajaba, rozaba «accidentalmente» su pierna y veía cómo se tragaba su comentario cada vez.

Buen chico. A diferencia de lo habitual, Renzo estaba muy callado, lo que me hizo más que gracia.

—¿Y qué hiciste ayer? —pregunté mientras intentaba no sonreír. ¿Por qué se veía tan gracioso?

—Nada especial... ¿tú? —respondió con suspicacia y tomó un sorbo de su mocaccino.

—Nada tampoco, solo quise comprar un juguete por Internet —dije fingiendo inocencia y lo vi mirarme con intensidad—. Julianne dijo que me conseguiría uno, pero cuando cayó la noche no había regresado de su trabajo. Yo estaba tan desesperada, que tuve que entretenerme por mi cuenta —le entregué una sonrisa pícara.

—¿Usas juguetes? —volvió a preguntar con incredulidad, luego tragó para aclarar su garganta.

—Sí, empecé a usarlos hace poco tiempo, aunque todavía soy inexperta en esa área —continué.

—¿Inexperta? —preguntó, mirándome con asombro.

—Con los juguetes; la verdad, siempre suelo tener a otra persona que me ayuda con ello, pero hace mucho que no la tengo —respondí con descaro.

—Tengo que salir un momento —fue todo lo que logró y casi salió furioso de la oficina.

Sonreí saboreando la victoria, Renzo no sería capaz de mantener la boca cerrada por más tiempo. Le oí maldecir en voz alta desde el pasillo, lo que hizo que las comisuras de mis labios se movieran.

Terminado su berrinche, entró justo cuando se me cayó «completamente por accidente» una carpeta mientras la guardaba en el armario; por tanto, me agaché a recogerla y mi falda se apretó más en mi trasero, que quedó provocativamente expuesto hacia él.

—Joder —murmuró molesto y volvió a salir corriendo, dejando que la puerta se cerrara de golpe.

Y esta vez me reí en voz alta, disfrutando de esa cuota de poder que tenía sobre él. Pronto tendría un empleado doméstico, estaba segura de ello.

Durante unos diez minutos estuve solo en la oficina y conseguí hacer muchas cosas en tan poco tiempo. Era mucho más productiva cuando estaba sola. Renzo volvió a entrar, esta vez definitivamente más tranquilo que antes. Todavía tenso, se sentó.

—Sé lo que te propones —dijo irritado.

—No sé a lo que te refieres —respondí con una mirada de confusión juguetona.

—Sí lo sabes y muy bien —masculló, molesto.

—¿Estás bien? —pregunté, en mi papel de tonta—. Se te ve muy tenso —añadí con lástima.

—Cállate —se limitó a gruñir, lo que me hizo sonreír.

Trabajamos en silencio durante unas horas, sentía que estaba perdiendo ventaja, así que saqué algo de la bolsa de trucos que había llevado para ese día.

—¿Está bien si como algo rápido? No he desayunado.

Asintió con la quijada tensa y sin mirarme, nunca le había visto trabajar tan duro. Esto comenzaba a gustarme.

Desembalé el plátano que había empaquetado rápidamente por la mañana. Después de pelarlo, estaba a punto de dar un bocado cuando me di cuenta de que Renzo seguía concentrado en el trabajo.

—Dios, me encantan los plátanos —dije para atraer su atención.

Empezó a sonreír y quiso volver a decir algo, pero volvió a cerrar la boca con fastidio. En el momento en que me miró, le di un mordisco.

—Mmm —gemí provocativamente.

—¡Maldición! —Golpeó la cabeza contra la mesa en señal de frustración—. Te odio —murmuró.

—¿De verdad? Tú tampoco me gustas, pero me encanta este plátano. Es tan grande que casi

no cabe en mi boca y, además, tiene la dureza perfecta —no dejé que me detuviera. Cerró los ojos en señal de agonía—. Mmm —gemí de nuevo y el temperamento de Renzo lo abandonó.

—¡Bien! Me rindo. Deja de torturarme. Has ganado. Cualquier castigo es mejor que esta tortura —dijo con rabia y sus ojos podrían haberme asesinado.

—Bien —dije sonriendo y dejé el plátano a un lado, mientras me pasaba la lengua por los labios—. Te pondré el castigo el sábado —añadí triunfante.

El premio gordo.

Capítulo 17

Dormir no sólo era necesario para sobrevivir, sino también mi pasatiempo favorito. Sin embargo, se me negó este placer cuando alguien llamó al timbre a las cuatro de la madrugada. ¿Qué había hecho mal en mi vida para que me atormentaran así? Sobre todo, el fin de semana.

Cansada e irritada, me arrastré hasta la puerta de mi apartamento; sin pensar en mi aspecto, fui quitando los seguros. Probablemente era Julianne que no podía dormir y ahora quería molestarme, o Aaron que estaba borracho y había sido demasiado vago para ir a su casa, o podían ser las dos cosas a la vez; después de todo, las tres alternativas ya habían ocurrido antes.

Renzo sonreía de oreja a oreja mientras estaba en la puerta mirándome con mis pantalones cortos de Snoopy y mi camiseta de tirantes.

—Buenos días, Fresa —me saludó provocativamente.

Volví a dar un portazo y corrí a la cama. Sabía que el idiota había aparecido tan temprano sólo para castigarme por haber ganado la apuesta.

Durante media hora tocó el timbre hasta que por fin se dio por vencido. Para ser honesta, podría haber estado en mi puerta durante otra hora, pero aun así no lo dejaría entrar; no quería castigarlo hasta el mediodía. Le tenía reservada una sorpresa.

Una hora después, me despertó un fuerte ruido. Sonó como si se hubiera caído una vajilla.

—¡Joder! —maldijo una voz masculina.

—¿Qué...? —murmuré perpleja en voz baja, frotándome el cansancio de los ojos.

Era Renzo, ¿no? ¿O me he equivocado? Todavía buscaba algo que pudiera usar para defenderme de un posible ladrón. Lo seguro era lo seguro y aunque sólo fuera mi jefe, podría darle una paliza.

Entré en el baño y me hice con un arma adecuada. Luego corrí silenciosamente a la cocina, lista para atacar si era necesario. Ver a Renzo en mi cocina no me sorprendió, por supuesto que mi jefe accedería a mi piso sin mi permiso... ¿Por qué no lo haría? Era algo normal.

Estaba barriendo los fragmentos de un plato roto y silbando una melodía para sí mismo. Era imposible que siguiera viéndose guapo con una escoba en las manos, pero lo hacía; además, el delantal le quedaba muy sexy. Negué con la cabeza y me recordé que él había invadido mi propiedad y también había roto uno de mis platos.

—¡¿Cómo demonios has entrado?! —le pregunté enfadada. ¡El tipo estaba completamente trastornado!

Renzo levantó la cabeza y me mostró una sonrisa radiante, pero eso solo me molestó más.

—Tu cerradura era bastante fácil de forzar —habló con indiferencia, su mirada se desvió hacia mi mano, o más bien hacia mi «arma.»—. ¿Ibas a golpearme con la escobilla del inodoro? —me preguntó, divertido.

Mis mejillas se calentaron de vergüenza, si es que no estaban ya rojas de ira. Bajé mi arma improvisada.

—No, idiota —negué, sin mirarlo.

Maldita sea. Ahora no estaba tan segura de que fuera realmente un arma adecuada para defenderme de un ladrón. Él se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Pon la escobilla en su sitio y luego ven al salón —dijo, antes de pasar por delante de mí con una tableta como si fuera el dueño del mundo o, más concretamente, de mi piso.

Corrí indignada al baño, de pronto, me di cuenta de lo que él estaba haciendo, quería provocarme, pero este era mi juego. Después de poner la escobilla del inodoro en su sitio, marché furiosa al salón, donde Renzo ya estaba despatarrado en el sofá, bebiendo un café.

—Ahí estás, Fresa —dijo con una sonrisa inocente, el demonio con cuerpo de tío bueno.

—¡No me llames Fresa! ¿Y qué pasa ahora con mi cerradura? ¿Lo has roto? —le pregunté amargamente, lo que le hizo sonreír.

—No te preocupes, tu cerradura era totalmente basura. No tardé ni cinco minutos en abrirla, así que la cambié. Tus nuevas llaves están en la encimera de la cocina —respondió como si fuera lo más normal del mundo entrar en mi piso y sentirse como en casa.

Estaba literalmente hirviendo de rabia. ¿En qué estaba pensando?

—¡Renzo! Te voy a sacar los putos ojos. ¿Quién coño te crees que eres? No puedes entrar en mi piso sin más. Esto es violación a la propiedad privada.

Tuve que detenerme a mitad de la frase porque Renzo se había levantado y me había puesto el dedo en los labios. Mis ojos se abrieron de par en par y sentí el calor de su cuerpo, debilitando ligeramente mis piernas. ¡Qué demonios me pasaba con él!

—Silencio. Han puesto el Rey León y me estás molestando —dijo brevemente antes de volver a sonreír y sentarse en el sofá.

No podía creerlo. ¡¿Qué le pasa a este chico?! ¿Quién podría ver una película tantas veces seguidas?

—¡Renzo! —le advertí irritada.

—Te he preparado algo para comer, así que cállate y déjame ver mi película —se atrevió a decir.

—Eres tan... —empecé y estaba a punto de insultarlo cuando me interrumpió.

—Sexy —terminó Renzo mi frase.

—¡No! Iba a decir que tú...

—Haz que me caliente, dime una frase sucia.

—¡Renzo! —grité y estaba a punto de tirar una silla sobre su cabeza, pero respiré hondo y me contuve.

—¿Sí, cariño? —preguntó inocentemente.

Dios, no tenía sentido discutir con él, así que me senté y comí tranquilamente lo que había preparado, mientras me esforzaba por no cometer un asesinato. Sólo tenía que concentrarme en no matarlo a golpes ahora para poder hacer mi represalia adecuadamente más tarde.

Renzo estaba tan concentrado en la película que pude verle a escondidas. Sus brazos descansaban cómodamente sobre el respaldo del sofá y una leve sonrisa jugaba alrededor de sus labios.

Oh, Dios, realmente me odiaba en este momento; en realidad, debería seguir enfadada con él, pero la rabia se desvanecía cuanto más lo miraba. ¿Qué era lo que me pasa? Una persona normal probablemente habría llamado a la policía, pero allí estaba yo, admirando la belleza de este bastardo...Y luego tuvo que arruinar mis hermosos minutos de acecho y autodesprecio abriendo la boca.

—Fresa, si sigues mirándome así, no puedo garantizarte que no acabemos follando en este sofá —habló con una sonrisa.

Su voz era más áspera que de costumbre y se podía oír el deseo en ella. Involuntariamente, un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando me miró con lujuria y se mojó los labios. El repentino deseo de besarle me sorprendió y me volví rápidamente hacia la televisión.

¿Qué carajo? ¿Hace un minuto quería matarlo y ahora quería besarle? Eso sólo puede

deberse a mi falta de sexo.

Decidí echarme otra media hora de sueño mientras Renzo veía su película, pero en cuanto acabó, entró a mi habitación para molestarme de nuevo.

—¿Y cuál es el castigo? ¿Vas a encadenarme a tu cama y explotar mi cuerpo? —dijo con picardía, moviendo las cejas de forma sugerente.

—Casi —respondí con una sonrisa irónica. Me levanté y cogí el vestido de mi armario.

Las cejas de Renzo se juntaron al ver el atuendo.

—¿Juegos de rol, Fresa? —preguntó, y de nuevo una sonrisa adornó su rostro.

Era incorregible, pero le daría una lección.

—Sí. Ponte esto y sé mi criada el resto del día, mientras te trato como a una mierda —respondí seductoramente mientras me inclinaba y me apoyaba con mis manos en sus muslos.

Tardó un momento en registrar mis palabras y, cuando lo hizo, se le cayó la sonrisa. Ahora era yo la que sonreía. Me levanté de nuevo.

—Vamos, vamos... Hay que ordenar la cocina y luego te toca pasar la aspiradora —dije con fingido desinterés, sin mirarle siquiera, pues entré al baño para prepararme.

No pude evitar saltar y aplaudir, me sentía eufórica. Sí... así de contenta estaba yo, no me juzgues.

Después de ducharme, fui a la cocina y miré a Renzo con su escasa ropa. Era tan corto que sus calzoncillos asomaban un poco. No pude evitar silbar sugestivamente.

—Qué caliente te ves —dije, para rematar, lo que hizo que me mirara cabreado.

—No quiero oír nada —habló con amargura y siguió limpiando la encimera de la cocina.

—Ah, ah, ah. ¿Es esa la forma de hablarle a tu jefa? Un poco más de decoro, si no tendrás que ir de compras por mí y sabes que estarás expuesto al público con esa ropa —le amonesté con una dulce sonrisa.

Su mandíbula se tensó y se agarró con más fuerza al mostrador, mostrando sus bíceps de forma excelente. Le resultaba visiblemente difícil no decir nada, pero lo soportó y siguió limpiando.

—Sé bueno y prepárame un té verde —ordené contenta y caminé al salón. Mientras lo hacía, podía sentir su mirada furiosa que casi se clavaba en mi nuca—. No te olvides de aspirar también detrás de los armarios —le recordé mientras aspiraba el salón y yo le observaba cómodamente desde el sofá.

Renzo murmuró algo ininteligible, pero hizo justo lo que le dije. Tenía que admitir que lo respetaba un poco más, simplemente porque cumplió su palabra, eso hablaba muy bien de él.

—Cuando hayas terminado de pasar la aspiradora, limpia el baño. Encontrarás los artículos de limpieza en el pequeño armario —dije, bostezando.

No hacer nada y dar órdenes también era agotador, aunque la verdad todo era cansancio acumulado de la semana. Era mi momento de vengarme, así que como él respondió, le miré exigiéndole una respuesta. Molesto, suspiró y finalmente me miró.

—Como quiera, señora —se obligó a decir, lo que pareció bastante doloroso para él.

Sonreí satisfecha y volví a centrar mi atención en la televisión, me puse a ver una serie mientras esperaba que pasara el tiempo. Una hora después, finalmente sonó el timbre. ¡Ya estaban aquí!

—¡Renzo, la puerta! —llamé con entusiasmo.

Lo abrió y justo cuando iba a saludar a la gente con un «hola» se detuvo en las dos primeras letras. Me levanté para recibir a mis invitados en la puerta.

—Hola chicos, pasen —pedí a los cinco hombres de una banda de motoristas que entraban

en mi piso.

Eran amigos de Julianne. Había conocido a la banda cuando era adolescente y se escapó de casa porque su padre no le dejaba comprar un mono.

Resumiendo: se había hecho amiga de la banda y los chicos la habían llevado de vuelta a casa y le habían enseñado a no volver a desaparecer.

—Chicos, este es Renzo, mi criado. Renzo, ellos son Darío, Pablo, Lincoln, Rabbit y Mellow, unos amigos —les presenté a los hombres—. Renzo, nuestros invitados deben tener hambre, ¿por qué no les preparas algo? —dije con una sonrisa amable.

Mi jefe entró en la cocina, confundido y molesto. Darío me guiñó un ojo y se unió a los demás para entrar también en la cocina.

Que comience la diversión...

Mientras me pintaba las uñas en el salón, Renzo era acosado por los comentarios sexuales de los hombres y no pude evitar reírme para mis adentros. Mi jefe finalmente sintió una dosis de su propia medicina.

—Mierda, se me ha caído el tenedor, ¿puedes recogerlo, chico? —oí decir a uno de mis amigos.

Poco después, empezaron a vitorear, supuse que Renzo se había agachado para recogerlo, de inmediato surgieron afirmaciones como «culo caliente» y «puedes agacharte así sobre mi polla.»

Los moteros atormentaron al pobre hombre durante unos tres cuartos de hora, hasta que terminaron de comer y lo dejaron en paz. Después de que se despidieran, decidí liberar finalmente a Renzo de su tortura, aunque había sido increíblemente divertido.

—Puedes quitarte el vestido. Has terminado por hoy —le dije y cogí el plato que iba a meter en el lavavajillas.

—Oh, gracias a Dios —exhaló aliviado.

Sin esperar un segundo, se echó el vestido por encima de la cabeza, desgarrándolo en el proceso, y finalmente lo arrojó con desprecio a algún rincón.

Las comisuras de mi boca se movieron hacia arriba, ante su cara de alivio.

—Lo has hecho bien, Santoro —le felicité.

—Gracias, señora —respondió con ironía.

—Cállate —pronuncié, y con un divertido giro de ojos, caminé a la sala de estar, seguida por él.

En cuanto tomé asiento, se tumbó a mi lado y apoyó su cabeza en mi regazo.

—Renzo —suspiré para que bajara, pero en lugar de eso se acurrucó más cerca de mí.

—Por favor. Estoy cansado y me lo he ganado —dijo haciendo pucheros.

¿Por qué demonios pensé que eso era lindo? ¿Y por qué demonios mis entrañas se sentían tan cálidas al sentir su cercanía?

—Si no quieres irte todavía, veamos una película —hablé para distraerme de mis extraños sentimientos.

Entré en Netflix y pinché en Oceans Eleven, luego me senté, satisfecha. George Clooney y Brad Pitt en una película era como la guinda de un domingo perfecto.

En algún momento de la película, mis dedos se encontraron en el pelo de Renzo. Jugué con sus mechones, perdida en mis pensamientos.

¿Por qué él tenía el pelo tan suave mientras yo tenía que lidiar con las puntas abiertas?

A Renzo pareció gustarle porque exhaló satisfecho y cerró los ojos. Sonreí un poco y no podía creer que estuviera pensando seriamente en lo lindo que se veía en ese momento. Algo ha

ido muy mal en mi cerebro hoy....

Cuando ya no me apetecía jugar con su pelo, se lo solté y él hizo un mohín de protesta, luego volvió a poner mi mano en su pelo. Me reí un poco y continué durante un rato hasta que me detuve de nuevo. Volvió a tomar mi mano entre las suyas, pero en lugar de ponerla en su pelo, la besó ligeramente. Se me cortó la respiración cuando sus labios tocaron mi piel y un ligero cosquilleo se extendió por la zona de mi estómago. Oh, Dios...

¡No es bueno! ¡No es nada bueno!

Pasó su pulgar por mis nudillos con delicadeza mientras yo enloquecía por dentro. Entonces entrelazó nuestros dedos. Una cálida sonrisa adornó su rostro mientras miraba nuestras manos. Involuntariamente, el calor inundó mis mejillas y estuve segura de que mi cara se parecía a un tomate.

Vale... algo ha ido muy mal aquí.

Y aunque era lo más equivocado que había hecho, no podía negar que también era la sensación más hermosa que había sentido en mucho tiempo. Me sentí como una adolescente de nuevo, increíblemente emocionada y feliz de estar cogida de la mano con su chico.

Excepto que Renzo no era mi chico y tampoco estaba enamorado, era mi jefe, y yo ya no era una adolescente, sino una mujer adulta, pero que no tenía ni idea de lo que estaba pasando en ese momento.

Capítulo 18

¿Sabes cómo fue mi domingo después de eso?

Me quedé en la cama el resto de la tarde, con el recuerdo inquietante de Renzo y yo cogidos de la mano.

¿Qué pasará el lunes? ¿Haría como si no hubiera pasado nada? ¿Buscaría una conversación al respecto?

Sinceramente, no sabía qué era peor. No era que estuviera enamorada de él, pero algo había. No podía saber qué era exactamente, así que una vez más lo descarté como una atracción sexual, él era muy guapo y yo había pasado mucho tiempo sin estar con alguien.

Para dejar de pensar en Renzo, decidí leer un libro, eso siempre me sustraía de mi realidad; sin embargo, en esta ocasión cada cosa que hacía el protagonista me recordaba a mi jefe. No era que Michael fuese un perverso como Renzo, pero hacía cosas que exasperaban a la chica, tanto como Santoro lo hacía conmigo.

∞∞∞∞

El lunes había llegado y no sabía cómo iba a reaccionar cuando viera a Renzo. Por fortuna o mala suerte, tenía mucho trabajo porque hoy habría asamblea y debía preparar algunos informes. No hay nada en lo que el mundo esté más de acuerdo que en que esas reuniones apestaban, pero ¿Qué podría hacer que la asamblea fuera aún más mierda?

Por supuesto, un jefe que de repente se muestra distante y frío contigo, que casi te ignora y trata de no estar en el mismo lugar que tú. No podía entender su comportamiento en lo más mínimo, parecía otra persona completamente extraña.

Diablos, habíamos compartido en mi apartamento, incluso me había besado en la mejilla y me había agarrado el trasero. Y nunca se había comportado como ahora, no sé qué había de diferente, sólo nos habíamos cogido de la mano; no intentó nada más osado, así que no entendía.

Renzo mantuvo su actitud por lo que restó del día, no me invitó a comer con él como solía hacer y apenas me echó un vistazo cuando se despidió. No sé por qué ese gesto me llenó de tristeza, pero intenté hacerlo a un lado y me dediqué a terminar el trabajo pendiente, luego me marché hacia mi apartamento, sintiéndome exhausta.

Martes.

El martes era la hermana molesta del lunes; sobre todo, si tienes el mismo horario que el lunes y si tu jefe te sigue tratando con la misma indiferencia del día anterior. Por un momento, me vi tentada a preguntarle por qué se estaba comportando así, pero no quería darle a demostrar que su actitud me afectaba, así que actúe igual de indiferente que él.

El miércoles.

Fue el día en que ignorar a Renzo se convertía poco a poco en una rutina, aunque seguía resultándome dolorosa su indiferencia, fingí que no me importaba. Al menos podía hacer todo de forma eficiente y con rapidez porque él no estaba distrayéndome a cada momento.

En realidad, apenas lo veía cuando llegaba y le entregaba su mocaccino, pues de inmediato se marchaba y volvía un par de veces durante el día, por breves minutos.

El jueves.

El día innecesario antes de un viernes. Lo único emocionante que había sucedido era que me había reunido con Julianne, quien me había sugerido tener una cita con Castiel, el hermano de Cody.

Claro que había un motivo detrás de eso, ella quería que convenciera a Castiel de tener una cita doble para tener el pretexto de estar con Cody. Mi mejor amiga seguía empeñada en conquistar a su amor platónico, pero en todo este tiempo no había conseguido un avance y dudaba que tenderle una emboscada le ayudaría en algo, así que mi respuesta fue, lógicamente que no.

El tan esperado viernes, por fin había llegado.

Jay se encontró conmigo al final del día y me preguntó qué iba a hacer el fin de semana. Pensé enseguida: comer helado, ver Netflix, leer y dormir. En su lugar, respondí que iba a cenar con Castiel y que tal vez iríamos a bailar después; sólo para que no supiera lo aburridos que eran mis planes en realidad.

El sábado.

Por fin había llegado mi día favorito de la semana, podía dormir hasta tarde, pasar todo el día en pijama y relajarme en el sillón mientras miraba algo en la tv o leía un libro. Sin embargo, interrumpido por la tarde por una llamada sorpresa de Renzo.

—¿Sí? —contesté al teléfono con una ligera excitación en el estómago.

—Buenos días, Grace, necesito que vengas a la oficina, tiene una hora para llegar. Debemos repasar unos papeles rápidamente —dijo escuetamente y colgó sin esperar una respuesta de mi parte.

De un segundo a otro me dolió el estómago. ¿Iba a despedirme? ¿Había cometido un error con los documentos? Me pregunté mirando la pantalla en negro de mi teléfono. Negué con la cabeza para alejar esos pensamientos y me apresuré a prepararme.

Llegué a su oficina en el tiempo acordado, él ya estaba sentado en su escritorio, concentrado en su ordenador. Le miré con incertidumbre. No sabía si estaba de buen o de mal humor, pues la llamada había sido muy breve, pero si había percibido la urgencia en su tono de voz.

Por fin levantó la vista y en sus labios se reflejó una sonrisa que no había visto el sábado pasado; solo ese gesto hizo que la tensión que me envolvía se disipara y el nudo de mi estómago se aflojó de golpe. Le devolví la sonrisa y caminé hasta él, dispuesta a ponerme manos a la obra, pero antes de que pudiera sentarme, me hizo una señal con la mano.

—Espera, no te sientes... Hoy no estaremos aquí, vendrás conmigo —me informó con tono casual y se levantó tras apagar el ordenador.

—¿Ir contigo? ¿A dónde? Creía que querías repasar unos documentos importantes —dije, perpleja.

—Eso fue una excusa para que vinieras, fresa —me informó, poniéndose la chaqueta.

—¿En serio? —pregunté frunciendo el ceño, no tan molesta como debería, porque me sentía algo aliviada de que me hablara de nuevo.

—Sí, Lorenzo me llamó para decirme que Alessandro y Megan han vuelto de París y deben tener algo que anunciar —explicó rápidamente.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —pregunté aún confundida, no era parte de la familia.

Suspiró como si mi pregunta fuese tonta, pero luego se paró delante de mí para mirarme a los ojos. Mi corazón se aceleró cuando pude sentir su calidez y su aroma.

—Quiero que vengas conmigo. Probablemente estén Logan y Scott, son los hermanos de Megan, y yo no me llevo bien ellos —explicó rápidamente.

—Ya veo... ¿Y qué pasa si no quiero? —pregunté mirándolo con seriedad.

Quiero decir que me ignoró toda la semana y ahora, cuando necesitaba ayuda de mi parte, entonces sí me buscaba y esperaba que todo volviera a ser igual que antes. Pues no, conmigo no iban ese tipo de juegos.

Ante la pregunta, una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios y, sin previo aviso, me lanzó por encima de su hombro. Rápidamente cogió mi bolsa y mi chaqueta y corrió conmigo hacia el ascensor.

—¡Renzo bájame! —protesté, luchando por liberarme, pero él tenía mucha más fuerza. Le di varias palmadas en la espalda, a lo que respondió con una carcajada—. ¡No puedes obligarme! Eso no es parte de mi trabajo —dije y golpeé más fuerte. De repente, sentí una sensación de ardor en el trasero—. ¡Renzo! —grité horrorizada e indignada.

¡El idiota me había golpeado en el trasero!

Y para empeorarlo todo, seguía riendo como si lo había hecho fuese gracioso. Intenté tirar de su cabello, pero me era imposible por la posición en la que estaba, pensé en vengarme de la misma manera, pero no sabía que darle un azote en su perfecto trasero, sería prudente para mi cordura; pues había tenido un par de sueños húmedos en los que mis manos lo apretaban.

—Tranquila, fresa o me harás castigarte de nuevo —acompañó su amenaza con un nuevo azote.

—¡Imbécil! Te juro, Renzo, que en cuanto me ponga en pie te voy a hacer pagar esto —le amenacé.

—Buena suerte con eso —se burló de mí, divertido.

—Oh, no necesito suerte. Tengo a Julianne y sabes que es de armas tomar —respondí con ligereza.

—No le tengo miedo a tu mejor amiga —dijo entrando al ascensor, sin bajarme de su hombro.

Por suerte la torre empresarial estaba sola porque no era día laborable, sino hubiésemos dado un verdadero espectáculo. Llegamos al coche y Renzo abrió la puerta del pasajero, luego me metió con cuidado y la cerró poniendo el seguro con el control de su llave para que no pudiera escapar, obviamente había adivinado que lo intentaría.

Sonrió al ver que tiraba de la manilla un de veces y después resoplaba con frustración, él pasó por delante del auto derrochando arrogancia y sensualidad en su andar. Yo me crucé de brazos y lo miré con rabia; en verdad, me sentía molesta por su actitud, quitó el seguro para subir al auto, sin darme tiempo de abrir mi puerta y bajar.

—La vamos a pasar bien, no te amargues —me dijo con una sonrisa que quise borrarle de un golpe.

—Si tengo que ir contigo, quiero ir a casa y empacar algunas cosas antes —dije sin mirarlo.

Se quedó en silencio por un momento mientras probablemente pensaba en ello, finalmente cedió. Tuve que reprimir mi sonrisa. No me rendiría tan fácilmente, en mi apartamento podía encerrarme y él se cansaría de esperar, era mi día libre y no lo iba a sacrificar solo porque Renzo Santoro lo quisiera.

Capítulo 19

Se detuvo frente al conjuntos de edificios donde vivía y me bajé sin perder tiempo. Por desgracia, no era tan estúpido para quedarse en el auto, así que me siguió. Al principio caminé normalmente para que no sospechara nada, pero en los últimos escalones subí corriendo, abrí la puerta y la cerré de golpe en sus narices.

—Grace... Abre la puerta ahora mismo —exigió Renzo en tono tranquilo.

—No —respondí con determinación.

Luego caminé a la cocina a por un poco de helado de chocolate y luego me senté en el sofá. Perfecto, disfrutaría de mi día libre como había planeado. Nuestra relación volvió a la normalidad, no tenía que ir a ver a su familia y pasar más vergüenza como en el baile.

Después de unos minutos Renzo finalmente se rindió y dejó de llamar a la puerta. Suspiré aliviada, me relajé en el sofá y le di iniciar a la película que había escogido: sin embargo, poco después oí un ruido en la cerradura.

Vale... ¿qué coño está pasando?

De repente se abrió la puerta y Renzo entró como si fuese dueño y señor de mi piso, con su mirada y su sonrisa arrogante, parpadeé mientras lo miraba perpleja, con los labios ligeramente separados por la sorpresa.

¡El gilipollas tenía en serio una llave de mi piso!

Debe haber hecho uno cuando cambió mi cerradura.

—Oh, Grace... no sabes las ideas que me das —dijo amenazadoramente.

Lo que hizo que un escalofrío recorriera mi columna vertebral y olvidara lo de la llave por el momento. Justo cuando estaba a punto de levantarme y salir corriendo, Renzo se puso delante de mí, me empujó de nuevo al sofá y en un santiamén tuvo mi mano encadenada a la suya.

¿Por qué demonios llevaba unas esposas?

—¡Renzo?! —dije aturdida, mirándolo.

Se limitó a sonreír satisfecho, luego me puso de pie de nuevo y caminó hacia la puerta, arrastrándome con él. No pude evitarlo, después de todo estaba encadenada, pero no se la pondría fácil, así que me resistía todo lo que podía. Él se volvió para mirarme con tan determinación, que de nuevo un temblor me recorrió toda la espalda; sin embargo, no se lo dejé ver, alcé la barbilla y lo encaré.

—¿Te das cuenta de que podría denunciarte por esto? —Lo amenacé, mirándolo a los ojos, pero no tuve una respuesta de su parte; lo que realmente me enfureció, así que seguí—. No sólo por secuestro, sino también por acoso sexual y allanamiento de morada.

La verdad empezaba a preguntarme ¿por qué no lo hacía? Estoy segura de que habría mucho dinero para mí.

Se metió en el coche sin presta atención a mis amenazas, mientras yo me quedaba mirándolo como si se hubiese vuelto más estúpido de lo que ya era.

¿Cómo se supone que me voy a sentar? Su plan sádico no estaba bien pensado.

—Vamos. Supongo que puedes subir a mi regazo —dijo con las cejas levantadas, como si me leyerá la mente.

Lo miré como si fuera la persona más idiota del mundo. Lo que, en este momento, era.

—Desde luego que no —fingí con obstinación.

Al principio puso los ojos en blanco, pero luego tiró de mí para subirme a sus piernas.

—Podemos ir así si quieres —respiró contra mi oído y me acarició el costado, haciéndome temblar.

Mi piel se erizó por completo, lo que hizo que me enfadara mucho conmigo misma por permitir que él tuviera ese poder sobre mi cuerpo. Tampoco era tan guapo como para que reaccionara así cada vez que teníamos algún tipo de cercanía.

Sin decir nada más, me alejé con brusquedad de él y me pasé al asiento del copiloto, ni siquiera me molesté en disimular lo furiosa e irritada que estaba. Me volví para mirar por la ventanilla, decidida a ignorarlo, pero tal y como era Renzo, hacer algo así era muy difícil.

—El camino hasta la casa de Lorenzo es largo y por lo que veo, tú planeas ignorarme durante todo el trayecto. Así que pondré un poco de música —dijo estirando su mano hacia la pantalla del reproductor.

Ni siquiera me volví para mirarlo, si pensaba que iba a seguirle el juego estaba muy equivocado; cerré los ojos y fingí que dormiría. Sin embargo, la música que comenzó a salir por los altavoces del auto; hizo que los abriera de par en par y me volviese para mirarlo.

Conocía bien esa canción y no podía creer que él la pusiera, Dirty Mind de Boy Epic, era la indirecta más directa que Renzo podía dedicarme, pero claro, podía esperar eso y mucho más de su parte. Me sonrió con arrogancia, mirándome con tanta lujuria que me sonrojé, por lo que me volví de nuevo hacia la ventanilla, ya que mi traicionero cuerpo una vez más se excitaba gracias a él.

—Yes oh, yes... Do you want me, babe?... You wanna be stressed, I'd rather have sex. You and I and my dirty mind... And we could stay high or no

Su voz entraba por mis oídos, pero estaba viajando por todo mi cuerpo, llegando hasta mis lugares más íntimos. Demonios no podía soportar esto un minuto más, necesitaba algo con lo que distraerme, Suspirando, miré las esposas que estaban en el salpicadero, nos las había quitado para poder conducir.

—¿Por qué demonios tienes unas esposas en el coche? —rompí mi silencio sólo para que dejara de cantar.

—A algunas de mis conquistas les gusta lo pervertido —respondió encogiéndose de hombros.

Su comentario me hizo torcer la cara en un gesto de desagrado. ¿Significa eso que lo había hecho con ellas en ese coche?

Oh, Dios...

Siguió cantando cuando no salía nada de mí. Así que hice una segunda pregunta.

—¿Por qué me has ignorado toda la semana? —La pregunta pareció desconcertarle por un momento.

—¿Ignorado? —se hizo el tonto.

—Sí, ignorado. Y ahora actúas como si no hubiera pasado nada —insistí, mirándolo fijamente.

—No sé de qué estás hablando —dijo, mirando obstinadamente al frente.

—De acuerdo, te lo explicaré desde el principio. El sábado estuviste en mi apartamento y todo marchó normal, hasta nos cogimos de la mano, luego del lunes al viernes me ignoraste en la oficina y me evitaste todo lo que pudiste, pero hoy haces como si no hubiera pasado nada y me secuestras para llevarme con tu familia —le expliqué, mirándole desafiante.

Tragó saliva y desvió la mirada, pero no lo iba a dejar escapar tan fácil, así que continué.

—Si has estado actuando de forma extraña solo por tomarme de la mano, déjame

tranquilizarte. Sólo era una mano y no significa nada. —La incomodidad de antes fue sustituida por otro sentimiento: tristeza.

—¿Tal vez fue porque lo titulaste como sólo tomarse de las manos? —soltó, haciéndome callar esta vez.

El ambiente se volvió casi opresivo y no supe qué decir, parpadeé con nerviosismo, tragué para pasar el nudo en mi garganta y finalmente hablé.

—Renzo... —empecé para reparar lo dicho.

Sin embargo, él desestimó mi intento con un gesto despectivo de la mano y luego le dio más volumen a la música, que había cambiado a rock pesado.

Así pasó el viaje en coche más largo de mi vida, mientras yo dormitaba de vez en cuando, atravesamos la mitad de San Francisco, hasta que finalmente llegamos a la frontera con Los Ángeles, cuando ya era de noche. Renzo giró en una esquina y tomó una calle más estrecha que llevaba hacia una gran mansión, las puertas de la finca se abrieron y no podía creer lo que veía.

¿Allí era donde había crecido? Frente a la entrada de la villa había una gran fuente de agua, también había varios coches lujosos aparcados. Todo estaba iluminado por luces empotradas en el suelo que marchaban el camino e iluminaba la fachada de grandes ventanales.

Mi cansancio se desvaneció mientras caminábamos por el frío aire de la noche hacia la puerta, que Renzo desbloqueó con su huella dactilar. El interior estaba tranquilo, probablemente la mayoría de la gente ya estaba durmiendo, ya que era más de medianoche.

Seguí a Renzo hasta el enorme salón, mientras observaba todo con admiración, nunca había estado en un lugar como ese. Cuando llegamos vi a Megan y Alessandro acurrucados en el sofá mientras veían la televisión.

—Hola chicos —les saludó Renzo.

—Hola, hermano —dijo Alessandro, sonriéndole y me miró con diversión—. Hola, Grace, bienvenida.

—¡Grace! —Megan se levantó del sofá de un salto, radiante de alegría—. No sabía que vendrías —dijo emocionada, envolviéndome en un cálido abrazo.

Y agradecí mucho el abrazo, porque después de lo que sucedió en el coche, no sabía realmente si Renzo todavía me querría allí, pero después de ese amistoso saludo de Meg, no me importó.

—La verdad fue que me secuestraron —respondí medio en broma, mirando brevemente a Renzo sólo para ver cómo reaccionaba, pero ni siquiera me miró y en cambio le dijo algo a Alessandro, que no pude escuchar.

—Sí, es una especie de tradición en la familia Santoro —dijo Megan encogiéndose de hombros, y yo la miré interrogativamente—. Alessandro también me... —comenzó, pero fue interrumpida por Alessandro.

—¡Yo no te he secuestrado! Deja de decirle eso a todo el mundo. Tú misma viniste conmigo.

Ahora estaba aún más confundida.

—Está bien, cuéntate lo que quieras, Alessandro Santoro, mientras te ayude a dormir con la conciencia tranquila —se burló de él con las cejas levantadas.

—Princesa... —quiso empezar esta vez Alessandro, pero fue interrumpido por Megan cuando simplemente le puso la mano sobre la boca.

—¿Qué tal si ustedes dos se van a dormir? Alessandro y yo no queremos mantenerte despierta por más tiempo. Mañana tenemos algo grande que anunciar —nos dijo a Renzo y a mí, dedicándonos una sonrisa brillante.

—Hay una habitación de invitados arriba —habló Alessandro cuando Megan le quitó la mano de la boca, pero apenas empezó a decir la frase, cuando ella lo calló.

—¡No! Alessandro, cariño, las habitaciones de invitados están todas ocupadas, así que a Grace no le queda más remedio que dormir en la habitación de Renzo —dijo en tono de «no digas nada», a lo que Alessandro fingió que se le acababa de ocurrir y asintió.

—Cierto, me olvidé por completo debido a mi falta de sueño —le restó importancia.

Fingí que me lo creía, pero eran pésimos mintiendo.

—Bueno, entonces, subamos, Renzo —dije, lo que lo tomó completamente por sorpresa.

—¿De verdad? —preguntó incrédulo.

Ah, el señor habló de nuevo, pensé con una sonrisa, aunque en verdad me provocaba pegarle por esa actitud tan infantil que tenía. A veces me hablaba, a veces no, ya me estaba cansando.

—Sí. Sólo espero que el suelo no sea demasiado duro para ti —respondí con fingida indiferencia.

Alessandro se carcajeó y Megan le dio otro golpe.

—¡Ay! ¿Por qué tienes que ser tan violenta? —se quejó frotándose la cabeza de forma lastimera.

—No puedes. Renzo se pone enfermo muy rápido, así que es mejor que duerma en la misma cama que tú —mintió, o más bien supuse que mentía.

Me limité a alzar las cejas de forma crítica. Debe haberle encantado hacer de casamentera. Sin embargo, sus planes no funcionarían con Renzo y conmigo.

—Bien, pues guíame —le pedí a mi jefe.

Capítulo 20

Mientras Renzo me enseñaba su habitación, la conversación era escasa y, sinceramente, no sabía cómo aligerar el ambiente. Abrió el armario y sacó un pijama, que era suyo y que evidentemente me quedaría grande, pero era mejor a dormir en ropa interior.

Me indicó la puerta del baño y luego salió dejándome sola, así que me tomé mi tiempo, di una ducha de varios minutos, el agua caliente le sentó de maravilla a mi cuerpo, me envolví en una esponjosa bata de baño y me lavé los dientes con el cepillo que había encontrado en el armario, luego me cambié y me acosté en la cama.

Renzo había terminado de arreglarse en otro baño y se unió a mí, dejó una distancia respetable entre nosotros y me dio la espalda. Definitivamente estaba molesto si no aprovechaba esta oportunidad para insinuarse. Cada vez que quería abrir la boca, recordaba lo que había dicho y la volvía a cerrar. ¿Cómo iba a responder a algo así? Al final, no dije nada más sobre el tema y traté de dormir.



Cuando bajamos por la mañana para desayunar, todos estaban reunidos en el gran salón, les di los buenos días y me senté al lado de Jay y Matteo, mientras Renzo se quedó de pie. Todavía no me hablaba realmente, solo lo necesario; y apenas me miró cuando me presentó con los miembros de su familia que no conocía.

En el sofá a la derecha estaba Lorenzo junto a su esposa y sus sobrinos, Kelsey y Charlie, que me saludaron con entusiasmo. Frente a nosotros estaban sentados los hermanos de Megan, que se presentaron como Logan y Scott, ellos fueron más formales.

Pude sentir la tensión entre Scott y Renzo, que no paraban de lanzarse miradas fulminantes; era evidente que algo muy malo había pasado entre ellos. Tal vez los dos estuvieron enamorados de la misma chica. Mis pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Megan.

—Así que... Les hemos pedido que viniera por una razón —comenzó, mirando emocionada a Alessandro, que la tenía cogida de la mano.

Ambos estaban literalmente radiantes de alegría e intercambiaban miradas de vez en cuando que incluso para mí, como «forastera», eran un grito de amor. Al cabo de un momento, Megan levantó su mano libre y un anillo con diamantes brilló en su dedo anular.

—¡Nos vamos a casar! —dijo por fin con una gran sonrisa, pensé que estaba a punto de dar un salto de alegría seguido de una voltereta.

No pude evitar sonreír con alegría. No hacía mucho que conocía a Megan y a Alessandro, pero parecían tener una bonita relación. Kelsey chilló y se lanzó a los brazos de Megan, lo que la hizo reír.

Luego la abrazó Lorena y yo quedé en tercer lugar, mientras Alessandro era abrazado por sus hermanos. Todos se alegraron, excepto Scott y Logan, solo Lorena parecía pensar con lógica en ese momento.

Después de que todo el mundo los felicitara y la situación se calmara de nuevo, nos sentamos y Megan siguió contándonos sus planes para la boda.

—Hemos decidido celebrar la boda dentro de tres meses, el catorce de junio para ser exactos —dijo con una sonrisa, mirando a Alessandro que asintió.

—¿No es un poco ajustado para que se celebre una boda? —Lorena lanzó la pregunta que hizo que todos dejaran de sonreír.

—No, si todos colaboramos —respondió Megan, convencida de que podía conseguirlo—. Quiero algo pequeño y con pocos invitados. Ya estuve en conversaciones con una agencia de eventos que se encargará de la decoración y la comida. Tú serás nuestra madrina, Kelsey y Grace, ¿podrías ser mis damas de honor? —continuó en un tono esperanzador.

Decir que me sorprendió su petición era quedarse corto. Nunca pensé que me escogería, sólo nos habíamos visto una vez. Sin embargo, asentí con una sonrisa. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—Me encantaría —dije, y Renzo me miró.

Megan aplaudió con entusiasmo y nos abrazó a todas por aceptar. Dios, esta chica tenía un agarre bastante apretado, estaba segura de que iba al gimnasio, pues también tenía un cuerpo perfecto.

Pasamos al comedor y nos sentamos en la mesa para disfrutar de un desayuno italiano muy variado que se veía y estaba delicioso. Todos hablaban entre ellos, excepto yo, que me sentía un tanto extraña y preferí escuchar.

—Nunca pensé que te casarías —le dijo Renzo a Alessandro, que estaban sentados frente a mí.

Alessandro empezó a sonreír y miró con cariño a su futura esposa. Luego volvió a ver a Renzo y su mirada se desvió brevemente hacia mí, hasta que sus ojos brillaron repentinamente de forma cómica.

—Y yo que nunca pensé que te enamorarías —respondió antes de dar un sorbo a su café con una expresión de picardía en el rostro.

Mi corazón se detuvo por un momento. ¿Acaso se refería a mí? No eso no era posible, Renzo no era de los tipos que se enamoraban, él solo me quería para una cosa.

Renzo le dedicó a su hermano una mirada que no pude descifrar; era casi como si se comunicaran por telepatía, pero lo que sí supe era que hubiese dado todo lo que tenía por leer sus pensamientos.

—¿Grace? —oí decir de repente a alguien.

Me giré y era Kelsey, que estaba sentada a mi lado.

—¿Sí? —repetí, agradeciendo que me distrajera de la conversación de Alessandro y Renzo.

—Vas a venir con nosotras mañana a elegir un vestido de novia para Mel, ¿no? —preguntó esperanzada.

—Claro, si eso es lo que quieres —respondí con una sonrisa, pero entonces me di cuenta de que en realidad no podía—. Oh no, no puedo. Tengo que trabajar.

—¿Trabajar? —intervino Megan, que había estado hablando antes con su hermano Logan.

—Sí... —respondí algo apenada, mirándola

—Renzo, Grace estará libre una semana a partir del lunes. La necesito aquí —dijo Megan a mi jefe directo, con un tono de naturalidad.

—Lo que quieras, princesa —contestó Alessandro por su hermano, lo que hizo que éste le mirara cabreado.

—Da igual, iba a darle la semana libre de todos modos, me voy de viaje —dijo, sin siquiera mirarme.

—Perfecto —fue la respuesta satisfecha de Megan.

Así no era como me había imaginado mi semana de vacaciones, pero quizá era mejor que quedarme en casa tirada en el sofá viendo películas, comiendo helados, pizzas y hamburguesas. Además, me encantaban las salidas de chicas, hacía mucho que no tenía una porque Julianne siempre estaba ocupada con su trabajo o pensando en cómo atrapar a Cody.

—Matteo y yo tenemos que volver hoy al edificio M4, de todos modos, porque tiene que hacer una revisión del sistema. Podemos pasar por tu apartamento y recoger tus cosas si quieres —ofreció Jay amablemente.

—¿De verdad? Eso sería genial. Así no tengo que volver. Mi mejor amiga puede hacerme una maleta y dárselas —respondí, aliviada por no tener que viajar seis horas de vuelta y luego seis más de regreso.

—Con gusto, cariño —dijo Jay, guiñándome un ojo.

Le sonreí y miré de reojo a Renzo, que le dedicó una mirada de rabia al rubio. De verdad que no entendía su actitud y eso empezaba a molestarme. Decidí dejar de pensar en ello y le escribí a Julianne de inmediato.

Los chicos habían salido después del desayuno a hacer «cosas de hombres.» Logan y Scott se les habían unido; de alguna manera tenía un mal presentimiento. Había una cierta animosidad entre los Santoro y ellos dos.

Suspiré y miré por la ventana mientras Kelsey y Megan hablaban eufóricamente de la boda. Lorena escuchó y lanzó algunas ideas aquí y allá hasta que sus ojos se posaron en mí.

—Haré un poco de té para todas. Grace, ¿podrías ayudarme? —me preguntó, a lo que respondí con un movimiento de cabeza y la seguí hasta la cocina. En cuanto entramos, se volvió con una mirada severa—. Siéntate —ordenó con una voz que no era grosera sino de mando, y sin pensarlo me senté en una silla.

No sabía qué había sucedido para que dejara de ser la mujer dulce que encantaba a todos y se volviera casi una comandante de las fuerzas armadas. La miré a los ojos como si fuese un cachorro desvalido, mientras esperaba con el corazón latiéndome muy de prisa.

—¿Qué pasa entre Renzo y tú? —fue directa al grano.

—¿Eh? —fue todo lo que pude decir.

—Supongo que tendré que ser más específica. —Lorena exhaló y atrajo una silla para sentarse frente a mí—. Puede que los demás no se hayan dado cuenta, pero yo puedo oler cuando algo va mal con mis chicos —habló con las cejas levantadas.

—Lo... siento, pero... no entiendo —balbuceé.

—¿Hizo algo malo? —preguntó, pero no esperó una respuesta—. Por supuesto que hizo algo. Ya sabes... Estoy completamente en contra de la violencia; sobre todo, cuando se trata de criar a los niños, pero déjame decirte que con Renzo a veces me sentí tentada —continuó, y no pudo evitar sacudir la cabeza con una sonrisa al pensarlo.

—Bueno... Nos tomamos de la mano —me obligué a decir, lo cual sonó un poco extraño.

—¿Os cogíais de la mano? —pronunció incrédula, llevándose la mano a los labios en señal de sorpresa.

—Sí... —respondí con inseguridad.

—Dios mío, creí que no viviría para ver esto —dijo, sacudiendo la cabeza con total desconcierto.

—Lorenzo nunca me creerá... —exhaló, sonriendo.

¿Acaso tomarse de la mano con los Santoro era tan sagrado que resultaba sorpresivo para Lorena y tan importante para Renzo que dejó de hablarme porque lo había calificado como «sólo tomarse de la mano»?

—Eso fue el sábado pasado. Después de eso me ignoró desde el lunes hasta viernes, pero el sábado me llamó de la nada para ir a revisar unos documentos, cuando en realidad, deseaba que lo acompañara a venir y me trajo casi que contra mi voluntad... Y ayer cuando le pregunté en el coche por qué se había comportado así, solo me evadió, ah, pero cuando le dije que no debía sentirse comprometido de ningún modo pues «sólo nos habíamos cogido de la mano», se volvió a enfadar y ahora me vuelve a ignorar —me desahugué y casi quedé sin aire cuando terminé, pero sentía que había sido bueno hablar con alguien al respecto.

—Oh, nena, nena... ¿Le dijiste que cogerse de la mano no significaba nada? —cuestionó, mirándome sin poder creerlo—. Darle la mano a Renzo es como ponerle un anillo de compromiso —explicó, lo que me sorprendió.

¿Qué demonios...? ¡Claro que no! ¿Quién en su sano juicio pensaría que tomarse de la mano representa algún compromiso? eso era absurdo. Sin embargo, necesitaba que Lorena me aclarara ese punto.

—¿Eso quiere decir que en la mente de Renzo ahora estamos comprometidos? —repetí, perpleja.

Sacudió la cabeza con fuerza, dedicándome una sonrisa amable. Gracias a Dios, porque ya estaba asustándome que en verdad él pesara así.

—No, en la mente de Renzo, eres un rompecabezas que no puede resolver; eso le causa frustración y confusión. Probablemente ni siquiera entienda por qué está enfadado contigo, o lo entiende, pero no sabe cómo actuar —respondió como si fuese la psicóloga de su cuñado—. Quiero decir... Yo sabía que intentaba conquistarte porque estaba encantado contigo... No sabes cuántas veces te mencionó, pero pensé que tal vez era un pequeño enamoramiento porque no podía llevarte a la cama, pero esto... Dios, esto lo cambia todo —monologó completamente fascinada.

—¡Los chicos están de regreso! —gritó Kelsey.

Ni siquiera pasaron unos segundos, cuando la cabeza de Renzo asomó por la puerta de la cocina, cosa que agradecí un poco porque Lorena me había confundido por completo. Cuando me vio allí sentada, entró y se aclaró brevemente la garganta.

—¿Grace? Voy a salir de nuevo en un minuto. ¿Quieres venir conmigo? —preguntó, dudoso.

Miré con incertidumbre a Lorena, que actuaba como si sus uñas fueran lo más interesante del mundo, y luego volví a mirar a Renzo, que por primera vez parecía de todo menos confiado.

—Claro, por qué no. —Asentí con la cabeza.

Capítulo 21

Mi cabeza estaba a punto de estallar mientras seguía a Renzo hasta el coche. Todo lo que había dicho Lorena indicaba que yo le gustaba a mi jefe, y no el gusto de solo querer follar o amistoso, sino el gusto... de amor.

—¿Tienes hambre? —preguntó, entrando en el coche.

Asentí y me senté también en el asiento del copiloto, me entretuve en abrocharme el cinturón para no mirarlo a la cara. Me sentía muy nerviosa y no quería que él se diera cuenta de mi estado, eso sería muy vergonzoso.

—Bien, ¿qué quieres comer? ¿Pizza, pasta, tacos, hamburguesas...? —ofreció, encendiendo el auto.

—Sorpréndeme —dije con una sonrisa.

El viaje transcurrió en un incómodo silencio, me hubiese gustado tanto que pusiera algo de música, aunque con sus gustos, era mejor evitarlo. Sin embargo, eso me hubiese ayudado a no llenar mi cerebro con todas las preguntas que me estaba haciendo. Ni siquiera sabía si me gustaba de la misma manera.

¿Quería acostarme con él? Por desgracia, sí. Sería una hipócrita si negaba esa realidad, él era muy atractivo, era seductor, pícaro y tenía fama de ser buen amante... ¿Pero estaba enamorada de él? No. No lo sé.

Quizás me estaba preocupando innecesariamente. Ni siquiera estaba confirmado por Renzo, y Lorena no podía leer su mente. Además, era mi jefe, así que, aunque hubiera sentimientos de por medio, no significaba que fuera a actuar en consecuencia.

Paramos delante de un restaurante italiano, la elección no me extrañó ya que su familia era originaria de ese país, aunque hasta donde sabía, todos ellos habían nacido en Los Estados Unidos. Bajamos del auto y caminamos para entrar al local, que estaba decorado en tonos madera y arena; al fondo había una pared cubierta por una exposición de vinos que debían ser muy costosos, pues no reconocí ninguno de los que compraba en el supermercado, cuando podía darme ese gusto.

—Este es el restaurante favorito de Alessandro —me informó, a lo que respondí con un asentimiento.

—Señor Santoro, bienvenido. Por favor, acompáñeme —nos saludó amablemente un empleado.

Lo seguimos en silencio y guardando una distancia prudente entre los dos; sentía que Renzo estaba actuando muy extraño y eso me hacía sentir más angustiada. El hombre, que resultó ser uno de los propietarios, nos indicó una de las mesas con vistas a la calle.

—Espero que tu novia no sea proclive a derramar vino sobre nuestras camareras —bromeó Paolo, pero sólo él entendió su comentario, porque Renzo y yo intercambiamos una mirada confusa por un momento.

—Sólo si se lo merecen —me uní con una sonrisa forzada, que le hizo reír a carcajadas.

Renzo se sentó mientras el dueño del restaurante me retiraba la silla para que la ocupara. La verdad nunca había estado en un restaurante donde me atendiera así, se sentía extraño, pero en el buen sentido.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —preguntó.

Pedí algo que normalmente no pediría, ya que había tomado la costumbre de beber sólo con amigos cercanos.

—Una copa de vino, por favor —dije rápidamente antes de que Renzo pudiera abrir la boca.

—¿Alguno en especial, señorita? —preguntó el hombre, haciéndome entrega de una lista.

—Tiene... Brunello di Montalcino —pregunté algo dudosa, no lo había probado porque era algo costoso, pero había escuchado que era un buen vino.

—Por supuesto, señorita... Contamos con uno que viene del mejor viñedo italiano en producirlo, pero es un pecado tomar solo una copa...

—Solo deseo eso, gracias —dije con determinación porque tampoco deseaba emborracharme.

Solo tenía la esperanza de poder ahogar esa desagradable tensión con alcohol. Renzo me miró perplejo un momento, pero pidió lo mismo. Paolo tomó nota y, justo cuando se alejó dos pasos, Renzo empezó a hablar.

—Deberíamos hablar de...

—¡Cambié de ida, traiga la botella, por favor! —dije con pánico, el dueño por suerte aún escuchó y asintió.

Renzo me miró con cara de «¿Qué demonios?» antes de abrir la boca para retomar el tema, pero desvié mi mirada de la suya y tomé el menú.

—Dios, tengo mucha hambre —le interrumpí, no me sentía preparada para escucharlo.

—Grace... —dijo, soltando un suspiro.

—Oh, los Espaguetis con almejas y anchoas, suenan bastante bien —hablé por encima de él —. ¿O tal vez la pasta Amatriciana? Hace mucho tiempo que no la como, aunque quizás sean mejores los espaguetis al ragú. Tengo ganas de comer carne.

—Su vino, señorita —dijo Paolo, mostrándome la elegante botella por ambos lados, mientras un camarero ponía una copa delante de Renzo y otra delante de mí.

Paolo sirvió una pequeña cantidad para que la degustáramos, pero yo la bebí de un solo trago, ni siquiera supe si estaba delicioso, lo único que quería era que el alcohol me ayudara a aplacar mis emociones, le acerqué mi copa para que la llenara de nuevo. Él me miró algo desconcertado, luego vio a Renzo como pidiendo su autorización, mi jefe asintió y el maître me sirvió más vino. Esta vez me dediqué a degustarlo mejor; la verdad, estaba exquisito y no pude evitar relamerme los labios cuando le di otro sorbo a la copa.

—¿Qué le parece? —preguntó Paolo, mirándome con una sonrisa coqueta.

—Estuvo bien, muchas gracias —respondí al apuesto italiano de cabello castaño y ojos marrones.

—Así que, Grace, sobre...—Renzo intentó atraer mi atención, quizá le pareció que coqueteaba con Paolo.

—Me sirve un poco más, por favor —añadí rápidamente, haciendo que mi jefe se diera una palmada en la frente en señal de frustración—. De comer quiero espaguetis a la boloñesa y para Renzo una ensalada marinera, por favor —pedí sonriendo para mí misma, vengándome de lo que él me había hecho una vez.

Renzo estaba demasiado angustiado en ese momento y no dijo nada al respecto, o probablemente no se había dado cuenta. Mi pecho estaba lleno de calor por el vino, pero el nudo en mi estómago se había aflojado, así que me sentía satisfecha de haber conseguido relajarme.

Julianne siempre decía que rara vez bebía, pero que cuando lo hacía, era como un camionero. En este momento debía que discrepar de ella, porque estaba bebiendo como una dama. Tenía las piernas cruzadas y la copa en una mano. Vaya, alguien debería dibujar un retrato

mío, apuesto a que parezco una mujer de la alta sociedad, con delicadeza extendí la copa vacía hacia Renzo para que la rellenara.

—Fresa —dijo, lo que me hizo mirarlo con sorpresa.

¿Fresa? Fresa quería decir que no estaba enfadado conmigo. Parpadeé dejando la copa sobre la mesa.

—¿Sí? —pregunté, nerviosa, aunque ya no tanto.

—Deberíamos hablar de cómo vamos a hacer esto con las habitaciones. Logan y Scott se cambiarán a un hotel, así que habrá más habitaciones libres, no sé si quieres quedarte en mi habitación o mudarte a una de invitados. Yo no tendría problema.

—¿Era eso lo que ibas a decirme? —pregunté con las cejas juntas, él asintió y de repente me eché a reír.

Negué con la cabeza y cerré los ojos, sintiéndome tan tonta. Dios mío, me había emborrachado por nada, quise enterrar la cara en mesa. Renzo suspiró molesto, lo que me animó a calmarme. Dejé que sus palabras volvieran a pasar por mi cabeza y, de repente, mi labio inferior empezó a temblar.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, al borde de las lágrimas, lo que hizo que me mirara confundido.

—¿A qué te refieres? —me preguntó inseguro y las primeras lágrimas ya rodaban por mi mejilla.

—Dios mío —dije, llorando.

—¿Fresa? —dijo, turbado y preocupado al mismo tiempo, antes de arrodillarse frente a mí —. ¿Estás bien? ¿Por qué lloras? —me preguntó suavemente, lo que me hizo llorar aún más.

—Tú... ya no me quieres —dije junto a mi hipo.

La confusión cruzó su rostro antes de comenzar a sonreír y tomar mis manos entre las suyas. Me miró a los ojos con una ternura que nunca le había visto, de inmediato pude sentir que mi estómago una vez más se tensaba y el corazón se le aceleraba.

—Fresa... —dijo, acariciando mis nudillos.

—Ah, mi espagueti —dije cuando vi la comida y saqué mis manos de las de Renzo para aplaudir con deleite.

Oí a Renzo suspirar a mi lado, pero luego no le presté más atención, porque Paolo había puesto el plato delante de mí. Después de secarme la cara con la servilleta, suspiré y sonreí al ver el plato de pasta que lucía muy apetitoso, de inmediato empecé a meterme la comida en la boca y gemía con cada bocado.

Renzo se sentó de nuevo frente a mí y miró su ensalada antes de volver a mirarme con desconcierto. Estaba a punto de decir algo cuando levanté la vista hacia él y le sonreí con inocencia. Luego, simplemente sacudió la cabeza con una sonrisa y empezó a comer.

La comida transcurrió tranquilamente en su mayor parte; quiero decir, que yo hablé de caballos pues mis padres tenían varios en la granja donde crecí, Renzo me escuchó con cierto interés. Asentía donde había que asentir, emitía sonidos como «mhm, hmm, ah» cuando era necesario y sonreía todo el tiempo. Su estado de ánimo era definitivamente mejor que antes.

Después de mi cuarta copa de vino, estábamos listos para irnos, Paolo vino a nuestra mesa con la cuenta. Renzo pagó con su tarjeta MasterCard negra y yo le agradecí con una sonrisa por el almuerzo y el exquisito vino. Después de pasada la incomodidad de los primeros minutos realmente disfrute de la compañía de mi jefe.

Cuando me levanté, de repente todo giró y tuve que agarrarme a la silla. Cerré los ojos porque sentí que la cabeza me daba vueltas.

Santo Cielo... me levanté demasiado rápido.

Oí que Renzo se reía brevemente antes de ofrecerme su brazo, al que me aferré con gratitud.

—Deberíamos hacer esto más a menudo. Comer es divertido —le dije mientras me llevaba al coche.

—Quieres decir que beber es divertido —respondió, divertido, mientras me abría la puerta.

—Eso también —murmuré y el cansancio me invadió.

¿Por qué siempre me sentía como aletargada después de una comida abundante? ¿O tal vez era el vino que se me había subido a la cabeza?

Renzo me puso con sorprendente delicadeza en el asiento del copiloto, me dedicó una sonrisa y me abrochó el cinturón de seguridad.

—Puedo hacerlo yo misma —me quejé, desabrochándolo en señal de desafío.

—Impresionante —comentó con ironía.

Se sentó, luego abrochó el suyo y encendió el motor que retumbó en todo el lugar, empezó a conducir y cada vez que nos deteníamos en algún semáforo, su mirada se desviaba hacia mí con marchado interés.

—¿Qué? —pregunté, mirando también hacia él.

—¿Por qué lloraste al restaurante? —soltó.

—Porque quería —respondí lo primero que pasó por la cabeza, me encogí de hombros y volví el rostro a la ventana para esconder mi tristeza.

A veces me gustaría ser un guepardo y poder correr rápido. O Forrest Gump, que también era bastante rápido o al menos mucho más que yo.

—¿Qué querías decir con que ya no te quería? —siguió preguntando, mientras avanzábamos.

—Que ya no me quieres —esbocé apenas con voz, porque recordarlo me entristeció de nuevo.

—¿Y deseas que te quiera? —siguió indagando y me pareció que su voz se hacía más ronca.

—No quisiera desear que me quieras, pero lo hago... Quiero que me quieras, pero no quiero hacerlo yo... Es algo complicado, ni yo lo comprendo —dije sin saber muy bien que me había llevado a hacer esa confesión.

—¿Qué? —preguntó sorprendido y orilló el auto para poder mirarme a los ojos—. ¿Así que quieres que te quiera, pero sin tú quererme a mí? —preguntó, con las cejas juntas, pero también con un brillo intenso en la mirada como si la idea le resultara emocionante.

—Sí, ya te lo dije —expliqué molesta porque estaba haciendo que me expusiera y odiaba eso, no era de las personas que mostraban sus sentimientos.

—¿Pero te gusto? ¿Sientes algo más que amistoso? —Hizo la que parecía la milésima pregunta.

—Oye amigo, aquí no estamos en «Quién quiere ser millonario» así que no me hagas preguntas tan difíciles —le amonesté, con el ceño fruncido.

—Tranquila, no hace falta que respondas, ya lo hiciste... Te gusto —dijo de repente con una amplia sonrisa, que me hizo mirarle con las cejas entrecerradas.

¿Cómo se le ocurrió eso? Pregunté dentro de mi cabeza mientras parpadeaba con nerviosismo, separé mis labios para decir algo en mi defensa, pero no puede esbozar una sola palabra, así que me volví a la ventilla una vez más. Él puso el auto en marcha de nuevo y comenzó a silbar una melodía que no alcancé a reconocer, pero por algún motivo ese gesto me llenó de calidez el corazón.

Capítulo 22

—Dios mío, ¿y si Lorenzo me ve así? —susurré paranoica mientras Renzo aparcaba el coche—. Es mi jefe. No puede verme de una manera tan poco profesional —continué susurrando con pánico.

—Yo soy tu jefe —intervino Renzo, con las cejas fruncidas y apagó el auto.

—Pero él es el jefe-jefe —expliqué, todavía en voz baja, y salí con precaución.

—Bien, sólo escóndete detrás de mí. Te haré entrar sin que nadie te vea —me aseguró divertido.

—De acuerdo —acepté y le seguí al interior de la villa.

—¡Hemos vuelto y Grace está borracha! —gritó cuando estábamos dentro, lo que me hizo mirarle la nuca con desconcierto y luego darle una palmada en la espalda.

—Maldito imbécil —le insulté, lo que le hizo reír.

—¡Me encantaría también estarlo ahora mismo! —gritó Megan desde el salón.

Ella y Alessandro eran los únicos en casa, pues Lorena y Lorenzo habían ido a dar un paseo antes de que él tuviera que volver a la empresa, Jay y Matteo ya estaban de camino a Nueva York, Kelsey estaba paseando a caballo y no tenían ni idea de dónde estaba Charlie.

—¿Y cómo les fue? —preguntó mientras nos sentábamos con ellos en el sofá de enfrente.

—Bien —respondí, empujando a Renzo hacia la esquina con mis pies para poder recostarme bien.

Megan estaba en una posición mucho más cómoda, su cabeza estaba en el regazo de Alessandro, quien le acariciaba el pelo con ternura, lo que me puso celosa y de repente me encontré deseando lo mismo.

¿Podría alguien acariciar mi pelo también? ¿Preferiblemente Channing Tatum? ¿Te habías dado cuenta de que estaba loca por este hombre?

—Fue interesante —dijo Renzo con picardía.

—¿Interesante? ¿En qué sentido? —preguntó Megan.

—Tendrás que preguntarle a Grace —dijo con una sonrisa misteriosa.

—No me preguntes. No tengo ni idea de lo que está hablando —dije y cerré los ojos, seguía mareada por el vino—. Buenas noches —añadí en un murmullo.

Pude escuchar sus risas y un par de minutos después, sentí unos brazos que me rodeaban y el olor de Renzo me envolvía. Suspiré hundiendo mi rostro en su fuerte y cálido pecho, me gustaba la sensación de estar entre sus brazos, se sentía bien... familiar y seguro.

—Está bien, por una vez puedes llevarme —le permití, y sentí como avanzaba conmigo en brazos.

—Es un honor —respondió divertido.

Me metió en la cama, me arrojó y se sentó a mi lado, acariciándome el pelo como había deseado minutos antes, suspiré y una sonrisa involuntaria se formó en mis labios.

—Así que te gusto, ¿eh? —empezó, lo que me hizo gemir de fastidio.

Ni siquiera tenía que mirarle para saber que estaba sonriendo, y para ser sincera, ni siquiera quería mirarle, porque el deseo de tirar de él hacia mí se intensificaría. Pero, al parecer, ni siquiera tuve que hacerlo, porque simplemente se tumbó a mi lado, me rodeó con su brazo y me

dio un beso en la mejilla.

—Eh —murmuré en la almohada y sus labios me presionaron más fuerte—. Te odio —murmuré con sueño.

—No me rompas el corazón —susurró en mi cabello.

Mis latidos se aceleraron, mi cuerpo tembló y tuve que luchar para mantener los ojos cerrados y no volverse así él cuando escuché esas palabras. Combatí de inmediato esa emoción que comenzaba a despertar en mí.

—Déjame dormir —dije como respuesta para terminar la conversación.

Renzo me besó una vez más la mejilla y también la sien, justo donde nacía mi cabello, eso me hizo suspirar y sonrojarme. Se sentía bien ser tratada de esa manera por un hombre; finalmente, me quedé dormida.



¿Sabes qué es lo peor después de beber alcohol? No, no era la resaca, sino levantarse y darse cuenta de que el día anterior dijiste algo que no debías haber dicho.

Había admitido lo que realmente sentía, que Renzo me gustaba... más o menos. No de tal manera que pudiera imaginar un matrimonio y tener hijos con él, pero sí que no me importara pasar más tiempo juntos, que me agradara su cercanía y que comenzaba a ceder ante la idea de acabar teniendo sexo con él.

Todavía estaba oscuro cuando me levanté, me quité con cuidado el brazo de Renzo que me rodeaba la cintura, para no despertarlo. Con cuidado caminé hasta el baño para orinar, me lavé la cara y los dientes, todavía sentía en mi paladar el sabor del vino que bebí.

Luego fui a la cocina porque necesitaba con urgencia un vaso con agua helada, o tal vez un poco de zumo de naranja, eso me ayudaría con la sensación de resaca que amenazaba con desatarse. Según mi teléfono móvil, sólo eran las cinco de la mañana, así que me sorprendió que Megan siguiera despierta, aunque traiga un camisón, lo que quería decir que despertó temprano.

—¿También te has levantado antes? —pregunté en un susurro, llenando un vaso de agua.

—Ni siquiera he dormido todavía —respondió con una sonrisa y bebió un poco de su vaso de leche.

—Oh, ¿estás preocupada por los preparativos de la boda? —le pregunté, lo que la divirtió aún más.

—No es por la boda... Es más bien porque Alessandro quiere, ya sabes, hacer el amor más a menudo desde que nos comprometimos —me confesó con una sonrisa y un cierto brillo en los ojos—. Y yo no puedo negarme porque adoro descubrir todo esto junto a él... Fue mi primer amante —añadió con un ligero sonrojo.

—Oh... entiendo... Bueno... bien por ti; es decir, por ustedes que disfruten de su relación, la intimidad es muy importante para las parejas que desean comenzar una vida juntos, saber si son compatibles —dije algo insegura, pues tampoco era experta en el tema.

—¿Lo son Renzo y tú? —preguntó directamente.

—Yo... nosotros... —me atraganté con mi saliva y tuve que tomar un poco de agua.

—Tranquila, no tienes que entrar en detalles, eso es algo de ustedes... Aunque sí diré que hacen una bonita pareja —dijo con una gran sonrisa.

Yo no supe qué decirle, al parecer todo en esa casa creían que Renzo y yo teníamos una relación, lo que no era totalmente absurdo si tomaba en cuenta que estábamos durmiendo en la

misma habitación. Ante mi silencio, Megan se puso de pie, me dio un abrazo y regresó a su habitación, mientras yo me quedaba allí, pensando.

○○○○○

Megan apenas había dormido, pero todavía tenía mucha energía para probarse su decimoséptimo vestido de novia. Y sí, estaba contando porque me parecía increíble que una mujer dudara tanto para escoger un vestido. Comprendo la importancia y la relevancia de la ocasión, que era un vestido que solo se esperaba usar una vez en la vida y debía ser perfecto, pero yo no podría probarme más de quince vestidos de novia, creo que antes desistiría de casarme.

Una vez más salió, llevaba un pomposo vestido de princesa, era hermoso, pero tenía demasiados volantes para mi gusto. Ella debía de tener la misma opinión, porque apenas se echó un vistazo en el espejo y desapareció una vez más en el vestidor.

Su siguiente vestido era todo lo contrario, tenía un corte de sirena que se ajustaba perfectamente a su figura, haciendo resaltar sus curvas, y el escote en su espalda llegaba casi hasta el nacimiento de su trasero, haciéndola ver muy sexy. Definitivamente, Alessandro se iba a caer de espaldas cuando la viera.

Sí, ese era el indicado.

Lorena y Kelsey no podían respirar mientras admiraban a Megan, nos había dejado a las tres sin aliento, se veía bellísima y solo llevaba el vestido. Ella se giró emocionada frente al gran espejo y su sonrisa lo dijo todo, lucía radiante y feliz, como toda novia que se casaría con el hombre que amaba.

—Este es —dijo con firmeza y la voz ronca por las lágrimas de emoción mientras se miraba al espejo.

Todas nos acercamos y la abrazamos con cuidado, luego vino el diseñador por un hermoso velo y se lo puso para completar su imagen, de inmediato las lágrimas se hicieron presentes en todas. Aunque yo apenas la conocía, me sentía muy feliz por ella, era una chica agradable y se había ganado mi simpatía.

Mientras Megan arreglaba los detalles con el diseñador, nos sirvieron copas de champaña para celebrar que por había encontrado el vestido perfecto. Mi móvil sonó, lo cogí para ver quién era y me sorprendió ver que era mi jefe, se suponía que tenía el día libre.

—Hola, Renzo —lo saludé con tono casual.

—¿Estás lista? —preguntó sin saludar.

—Sí, ya encontramos el vestido. ¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas? —pregunté, con las cejas juntas.

No habíamos hablado desde ayer porque se había quedado dormida, y esta mañana tuvimos que salir temprano, lo cual agradecí sinceramente. No estaba preparada para hablar con él estando sobria. Se quedó en silencio un momento antes de continuar.

—Esperaré fuera de la tienda. Sal.

Colgó sin más. ¡Genial! Puse los ojos en blanco y suspiré con resignación. Sabía que no serviría de nada negarme. Me acerqué a las chicas que bebían y charlaban animadamente sobre la acertada elección del vestido.

—Chicas, Renzo está fuera para recogerme. ¿Está bien si voy? —les pregunté a Lorena y Kelsey, ya que Megan había ido a cambiarse.

—Adelante cariño, diviértanse. —Lorena comenzó a sonreír con conocimiento de causa.

—Pero no demasiado —añadió Kelsey, moviendo las cejas de forma sugerente.

En respuesta, puse los ojos en blanco en señal de fastidio. Esperé a que Megan saliera y me despedí de los tres antes de salir de la tienda para encontrarme con mi jefe. Sorprendentemente, no estaba en el coche, sino de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, dando patadas a unos guijarros.

—Hola —le saludé ligeramente nerviosa.

Levantó la cabeza y durante un momento no hizo más que mirarme antes de dedicarme una cálida sonrisa que me dejó literalmente sin aire. No era una sonrisa cualquiera de cortesía, no, era una sonrisa como la de Alessandro cuando miraba a Megan.

—Hola —dijo después de aclararse la garganta con disimulo—. ¿Vamos a comer algo? —preguntó entonces, dándose cuenta de que no iba a decir nada más.

Asentí con la cabeza y ambos caminaba por la acera, al mismo ritmo, pero manteniendo cierta distancia. No sabíamos a qué lugar iríamos, él no sugirió nada y parecía que estábamos caminando al azar.

—¿Y Meg encontró su vestido? —preguntó.

—Sí, gracias a Dios. De todos modos, no tendría mucho tiempo para encontrar otro —respondí, aliviada de hablar de la boda. Era un tema seguro—. Quiero decir, tres meses para planear una boda no es nada. La verdad, no entiendo por qué se apresuran —continué.

—Si encaja, simplemente encaja. Entonces, ¿por qué esperar? —dijo encogiéndose de hombros.

Me sorprendió escuchar esa frase de la boca de Renzo. Pensé que su actitud era más bien de los pensaban que el matrimonio era la fuente de todos los males.

—No creí que te gustara tanto el matrimonio.

—Yo tampoco —respondió con una sonrisa enigmática, lo que me confundió por completo.

—¿Cómo se conocieron realmente? —pregunté, sólo para seguir con el tema de Alessandro y Megan.

No quería que nuestra conversación volviera a mí y a mi alter ego borracho. Renzo se quedó pensativo y frunció el ceño, lo que provocó que mi curiosidad se despertara, sospechaba que esa rencilla con los hermanos de Megan tenía que ver con su repentino silencio.

—Por los hermanos de Megan —dijo vagamente.

—Es curioso, tenía el presentimiento de que no se caían bien, pero quizá me equivoqué —respondí, intentado averiguar más, pero esta vez guardó silencio.

Seguimos caminando por las soleadas calles de Los Ángeles, eran un cambio abismal comparadas con Nueva York; uno que ciertamente agradecía.

—Entremos aquí —dijo, señalando con la cabeza la dirección de un pequeño bistró.

Entramos y de inmediato nos recibió una chica que nos llevó a una mesa al fondo del local, donde un jardín vertical cubría toda una pared. Nos ofreció el menú, Renzo pidió un entrecot y yo un salmón a la parrilla porque había comido carne el día anterior; esta vez también evité el vino y pedí una soda de frutos verdes, mientras que Renzo se pidió una cerveza artesanal.

Para salvar el pesado silencio que quedó luego de que la camarera se marchara, hablé del vestido de Megan, lo que por alguna razón puso de los nervios a Renzo, lo noté cuando resopló y esquivó mi mirada, pero de inmediato la posó de nuevo en mí, haciéndome sentir intimidada.

—¿Por qué quieres hablar de Meg y Alessandro todo el tiempo? —se quejó irritado.

—¿De qué más quieres hablar? ¿El sector financiero? —pregunté sarcásticamente.

Me lanzó una mirada que, por desgracia, entendí demasiado bien. Gritó literalmente con los

ojos:

«¡Sobre nosotros, tonta!»

—Un entrecot y una cerveza para el señor... Un salmón a la parrilla y una soda para la señorita. Espero que disfruten de su comida. —La camarera interrumpió nuestra «conversación» con una sonrisa amable y dejó los platos delante de nosotros.

La intromisión de la mujer hizo que todo el ambiente fuera aún más opresivo. En realidad, quería mejorar la situación, pero Renzo me dedicaba una mirada tan intensa que me parecía imposible hacerlo.

Así que le agradecí brevemente a la mujer y luego volví mi mirada convulsivamente hacia mi pescado. Se me había quitado el apetito, pero me obligué a comenzar a comer para usar eso como excusa y evitar la conversación que él deseaba que tuviéramos.

Renzo suspiró con frustración, pero no dijo nada y también se dispuso a comer, descargando la rabia en corta su trozo de carne. Sin embargo, después de un rato, me miró fijamente una vez más, disparando mis nervios.

—¿Qué sucede? —pregunté inquieta.

—¿Qué sientes realmente por mí, Grace? —me preguntó de repente, y en ese momento me hubiera gustado saltar y correr hasta Tombuctú.

—¿Qué sientes tú por mí? —le di la vuelta a la tortilla.

—Yo pregunté primero —dijo con una expresión seria, incluso podía decir que parecía ansioso.

—Yo... creo que necesito una copa de vino —dije haciendo a un lado la soda.

Él suspiró mientras negaba con la cabeza, pero después me dedicó una sonrisa cálida, yo le devolví el gesto y el ambiente opresivo se esfumó.

Capítulo 23

—Pero no quiero —hice un mohín, cruzando los brazos delante del pecho.

—Tienes que hacerlo —dijo Renzo obstinadamente mientras tiraba de mí hacia su coche.

—Renzo, por favor... Ayer acompañé a Megan a buscar su vestido de novia, no me apetece ver cómo te pruebas trajes también —me quejé.

Hoy sólo quería quedarme en casa con Lorena y Kelsey y ver películas con ellas. Quiero decir que estaba de «vacaciones» y ni siquiera pude dormir bien.

—No me apetece estar a solas con Logan y Scott —respondió el egoísta.

—¡Tampoco estarás solo! Jay y Matteo también están allí —argumenté molesta.

Jay y Matteo habían vuelto anoche con mi ropa, que Julianne había empacado y dejado en casa de mi vecino para que la recogiera. Renzo hizo caso omiso de mis palabras y me empujó literalmente al asiento del copiloto.

—Tendrás un beso mío más tarde, si te portas bien —dijo con una sonrisa mientras me abrochaba el cinturón.

—Vale... esa es realmente la amenaza más dura que he oído nunca —respondí, lo que le divertió.

Sin ninguna inhibición y con una sonrisa en los labios, me dio un beso en la mejilla, dejando sus labios allí por un buen rato, lo que hizo que mi corazón se agitara.

—Eww —sólo pude pronunciar con asco fingido, sintiendo ya el calor en mi cara.

Odiaba que me sonrojara por cualquier cosa. Fue sólo un beso, así que, por favor, cálmense tontas emociones, tampoco es que este chico fuese tu amor platónico, la verdad ni siquiera se le parecía.

En la boutique, se tomaron las medidas de los cinco chicos y se anotaron, luego se les permitió probarse algunos trajes para ver qué estilo querían. Mientras los esperaba me senté en el pequeño sofá para clientes y tuve que controlarme para no babear. Así es, baba. Porque todos parecían putos modelos de pasarela.

Logan salió del probador y me sonrió, yo le respondí con el mismo gesto. No sé qué tenía Renzo en contra de él, me parecía bastante agradable. Se acercó a mí con una corbata negra en la mano.

—¿Podrías ayudarme? No sé hacerlo muy bien —preguntó, rascándose la nuca, avergonzado.

—Por supuesto —respondí amablemente y me puse a trabajar. Me habría encantado pellizcarle las mejillas. Se veía demasiado lindo.

Me observó con una pequeña sonrisa en los labios, que estoy segura de que ha roto el corazón de muchas chicas. Sí, Megan y sus hermanos definitivamente venían de una familia guapa.

—¡Grace! —gritó Renzo acercándose a nosotros. Ni siquiera había terminado la corbata cuando me apartó con algo de brusquedad—. Tienes que hacer la mía —dijo en tono irritado, lanzando a Logan una de sus infames miradas asesinas, que a su vez hizo que Logan levantara la ceja provocativamente. Sin embargo, sin comentar nada, se unió a su hermano, dejándonos solos.

—¿Por qué hiciste eso? Tú sabes hacer el nudo de la corbata —dije desafiante y lo miré con reproche.

—Eh, ¿no? No de este tipo —respondió Renzo con mala leche, evitando mi mirada para que no viera que estaba mintiendo, pero sé que lo hacía.

Resoplé juguetonamente molesta, aunque no me importaba arreglarle la corbata. Para ser honesta, y esto era realmente difícil de admitir para mí, anhelaba un poco su cercanía. Cuanto más estaba con él, más necesidad sentía de tocarlo. Sí, lo sé, estoy completamente perturbada. La mirada de Renzo ardía en mi piel mientras anudaba su corbata.

—¿Quieres hacer algo conmigo más tarde? —me preguntó con un tono más ronco.

—Si eso es lo que quieres —dije encogiéndome de hombros y luego sonreí a mi obra maestra.

—Claro que quiero, pero la cuestión es si tú quieres —aclaró, buscando mi mirada.

Levanté la cabeza para mirarle, perpleja. Renzo nunca me había preguntado si quería algo. Simplemente me daba órdenes y yo debía obedecerle, sino siempre terminaba obligándome a hacer la mayoría de las cosas.

—¿Desde cuándo te importa lo que quiero? Siempre decides todo por encima de mis deseos —pregunté, con las cejas fruncidas.

Esta vez miró al suelo por un momento, avergonzado, me sentía mal por haber dicho eso, aunque era la verdad, pero parecía que esta vez él deseaba hacer las cosas distintas. Estaba por decir algo cuando me miró de nuevo.

—No creo que sea apropiado forzar a alguien en una cita. Debería ser voluntario —dijo entonces con un ligero nerviosismo en su voz.

Mi cerebro pareció apagarse por un momento cuando pronunció esas palabras. Pero rápidamente se reactivó y no pude contener la sonrisa tonta en mis labios.

—Es bueno que al menos veas en ese aspecto que la coacción no tiene cabida —me burlé de él, con lo que puso los ojos en blanco, sin intención de hablar en serio.

—¿Y? —preguntó impaciente.

—¿Y qué? —me hice la desentendida.

—¿Grace Williams te gustaría tener una cita conmigo? —volvió a preguntar, con la mirada brillante.

—¿Por qué? —pregunté esta vez con curiosidad.

—Dios mío —exhaló con frustración.

—No creo que Dios tenga nada que ver con esto y tampoco que vaya a darte una respuesta —me burlé de él.

Sí, disfruté torturándolo, se lo merecía pues él lo había hecho conmigo muchas veces. Apretó la mandíbula con fastidio, pero después respiró hondo, tal vez para reforzar su paciencia que pendía de un hilo.

—Quiero llevarte a una cita porque me gustas mucho —dijo finalmente y suspiró como si le hubiese costado.

Luego ocurrió algo que no había esperado en toda mi vida. Renzo Santoro se sonrojó. Sin embargo, eso no hizo que me compadeciera de él, aún no había terminado con mi tortura.

—¿Cómo se define «mucho»? Quiero decir que mucha gente me gusta mucho, pero eso no significa que quiera tener una cita con ellos.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y miró desesperadamente al techo, yo me mordí el labio para no sonreír y provocar que su paciencia llegara a su límite.

—Fresa, ¿sí o no? —preguntó sin mirarme.

—No hasta que respondas a la pregunta —fingí con obstinación, lo que le hizo suspirar.

—Tú eres... —Me miró de nuevo y comenzó.

—La criatura más bella del mundo —completé su frase, pues ya sabía que quería decir eso al cien por cien.

Ahora se estaba riendo, debo admitir que tenía una sonrisa muy bonita y también era contagiosa.

—¿Puedes decir que sí, por favor? —me suplicó.

—Sí —respondí, sonriente, para aliviar su tormento.

—Estaba claro que aceptarías. Nadie puede resistirse a mí —dijo de repente con arrogancia, lo que hizo que se me cayera la mandíbula.

¡Ese hijo de puta!

Pero mientras corría de vuelta a los vestuarios, pude oírle murmurar «Gracias a Dios», aliviado.

∞∞∞∞

Nunca imaginé que la idea de Renzo de una cita era alquilar una pista de hielo durante dos horas para patinar. No es que me queje, pero sin duda me imaginaba otra cosa. Tras atarme los patines, comencé a patinar con cuidado, sin esperarlo, estaba ansiosa por sentir la adrenalina que me producía deslizarme por el hielo.

Hacía años que no patinaba, así que estaba tan feliz como una niña pequeña en ese momento, intentaba hacer algunas piruetas arriesgadas e ir más rápido a cada minuto. Poco después, Renzo también estaba en el hielo y patinábamos uno al lado del otro, tratando de impresionarnos con nuestra destreza sobre los patines.

—¿Tienes algún otro animal preferido, aparte de los caballos, obviamente? —me preguntó sin querer.

—¿Por qué? —Lo miré confundida.

¿En serio? ¿Por qué le importaba cuáles eran mis animales favoritos?

—¿No es eso lo que se hace en una cita? ¿Tratar de conocer mejor a alguien? —Se encogió de hombros.

—¿Y por eso es por lo que preguntas esto, entre todas las cosas que podrían interesarte, solo quieres saber qué animales me gustan? —Tuve que reírme.

—Con otras, sí, pero no contigo —respondió con una mirada indefinida y una pequeña sonrisa en los labios.

Oh, joder, no... por favor, no lo hagas.

Mis entrañas se calentaron y sentí algo que había sentido por última vez en el instituto con Aston Campbell, quien fuera mi primer novio. Si seguía siendo dulce conmigo, sería demasiado tarde.

—Los caballos son el número uno, seguidos de cualquier otro animal —respondí finalmente a la pregunta, evitando el contacto visual.

—El mío también —dijo emocionado.

Con el corazón encogido decidí mirarlo, parecía tan feliz en ese momento, que una sonrisa se dibujó en mi boca. Oh, vamos... tienes que estar bromeando.

¿Realmente ibas a enamorarte de Renzo Santoro, de entre todas las personas?

Necesitaba alejar esa idea de mi cabeza, así que busqué algo con lo que bromear.

—Ahora que estamos hablando de animales. Me recuerdas a un pinscher enano... —añadí y me reí al ver la expresión de su cara.

—¡Retira eso! Parezco un Rottweiler o un pitbull —dijo, ofendido, y me reí aún más.

—Sí, claro... —respondí sarcásticamente.

Al mismo tiempo, fruncí el ceño inconscientemente al darme cuenta, de que este chico me encantaba, y ni siquiera me había sé en qué momento había pasado de pensar que era un idiota, a que era encantador.

—¿Estás bien? —preguntó Renzo.

—Sí, todo está bien —mentí.

Entonces se puso delante de mí para que tuviera que parar y me miró con las cejas levantadas. Mi corazón que ya latía de prisa se desbocó cuando sentí que posaba sus manos en mis caderas.

—¿Tienes miedo de lo mucho que te gusto en realidad? —se burló de mí divertido, sin saber que había dado en la diana.

—Casi —mentí en tono irónico.

Sonriendo, me atrajo hacia su pecho, apoyando sus brazos en mi espalda para sujetarme allí también.

—Te prometí un beso, si no recuerdo mal —dijo con picardía, pero su mirada tenía algo de ternura.

El corazón se me salía del pecho y en la garganta se me hizo un nudo cuando me miró los labios, incluso pude sentir que mareaba ante la idea de sus labios rozando los míos. Estaba a punto de decir algo descarado, supuse, pero algo lo detuvo y volvió a cerrar la boca, tal vez consciente de que si decía algo equivocado arruinaría ese momento que parecía mágico.

Sus ojos se desviaron hacia arriba y miraron los míos, de repente noté que todo estaba increíblemente tranquilo y tan silencioso que me resultaba algo extraño, como si estuviésemos metidos en una burbuja. Parecía como si ambos hubiéramos olvidado respirar y como si el cuerpo de Renzo estuviera ahora aún más cerca del mío.

—Puedo sentir los latidos de tu corazón —dijo en voz baja, por lo que fue más bien un susurro.

No me pareció bien hablar en voz alta en ese momento. El calor subió a mis mejillas y aparté la mirada avergonzada. Sin decir nada, tomó mi mano entre las suyas y la posó sobre su pecho, justo sobre su corazón, en ese momento pude sentir que el suyo latía tan rápido como el mío, si no más.

Capítulo 24

—Bueno, quiero mantenerlo blanco y antracita. Bastante elegante y sencillo. No debería haber demasiado en las mesas. Preveo unos sencillos candelabros plateados con velas y rosas blancas en jarrones también plateados, colocados sobre un camino gris oscuro —explicó Megan a la mujer encargada de la decoración.

Kelsey, Lorena y yo nos sentamos junto a ella en la mesa de la cocina y le dimos algunas ideas. La mujer se llamaba Charlotte, y tenía un aspecto increíblemente hermoso, lo que sinceramente me hizo alegrarme que Renzo no estuviera aquí. Tuve que sonreír para mis adentros al pensar en él.

Después de ir a patinar ayer, me tuvo la mano entre las suyas durante todo el trayecto en coche, solo la soltaba para cambiar de marcha. Cuando volvimos a la mansión y comimos con los demás, se desvivió por ponerme todo lo posible en el plato y por rellenar mi bebida cada vez.

Por la noche, cuando estaba tumbada en la cama en la habitación de invitados donde había estado antes Scott. Escuché que llamaban a la puerta y era Renzo, se acercó con una segunda manta porque temía que una sola no fuera suficiente y yo tuviera frío.

Esa excusa fue tan tierna como tonta y me hizo sonreír. Me había mudado a una de las habitaciones de invitados, porque sería un poco incómodo para mí quedarme con Renzo delante de las chicas; sobre todo, porque las habitaciones estaban ahora libres.

Sin embargo, no nos habíamos besado, aunque por momentos pensé que ocurriría. Pero no, nuestros labios no se habían tocado. Habíamos hablado de todo y de nada, riendo y compartiendo como amigos, finalmente nos quedamos dormidos en la misma cama.

Como si lo hubiera conjurado, los chicos entraron en la cocina. Los ojos de Jay, Logan y Scott se dirigieron inmediatamente a Charlotte, mientras que los de Alessandro se fijaron en Megan y Matteo se limitó a dirigirse a la nevera. No quería mirar a Renzo, porque si la mirara de la misma manera, me dolería más que nada.

Así que me miré convulsivamente las manos, que estaban sobre mi regazo. Charlotte se levantó a mi lado y saludó a los chicos con un apretón de manos.

Con Renzo se detuvo más tiempo que con los demás y mantuvo su mano entre las suyas durante más tiempo del necesario. Mis entrañas se tensaron dolorosamente y tuve que morderme la lengua para no hacer un comentario inapropiado. Megan me miró con preocupación.

—Charlotte, ¿podríamos seguir adelante, por favor? —habló de repente con mala leche y tuve la sensación de que lo había hecho por mí.

—Eh, sí, por supuesto —respondió Charlotte casi como si hubiera despertado de un trance y le dedicó a Renzo una sonrisa bastante ambigua antes de sentarse.

La mirada de Renzo se dirigió entonces hacia mí y sonrió. El nudo de mi estómago se aflojó y el alivio ocupó su lugar; le devolví la sonrisa y luego me centré en la conversación entre Megan y Charlotte.

Había tardado más de lo que pensaba en resolver todos los detalles, pero por fin habíamos terminado y me dirigí rápidamente al baño para aliviar mi vejiga. También aproveché para ponerme un poco de brillo labial y cepillarme el cabello; no se traba de competir con la belleza de Charlotte, solo quería verme mejor.

En cuanto volví al vestíbulo, Renzo estaba de pie con Charlotte delante de la entrada. Ella

acariciaba la parte superior de su brazo y se podía ver claramente cómo coqueteaba. Él giró la cabeza un poco de lado y me sorprendió mirándolos a los dos, pero en lugar de actuar como lo haría un hombre que era sorprendido, se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Fresa, ¿puedes venir un momento, por favor?

Me hizo un gesto con la mano para que me acercara a ellos. Sin saber qué quería de mí, caminé con pasos dudosos hacia él. De la nada, me rodeó la cintura con sus brazos desde atrás y me atrajo hacia su pecho.

—Lo siento, Charlotte, pero tengo una relación —dijo amablemente, que era lo último que esperaba.

Luego me dio un ligero beso en el omóplato, que provocó que un delicioso temblor me recorriera todo el cuerpo y la piel se me erizara. Renzo, al darse cuenta, lo acarició con los dedos.

La cara de Charlotte se contorsionó indignada y sus mejillas se pusieron rojas.

—Oh... eso es muy fácil para mí. Si lo hubiera sabido... mejor me voy ahora. Tengo otro cliente... Adiós, dile a Megan que la llamaré —tartamudeó y salió a toda prisa.

De alguna manera me dio pena...

Aunque Charlotte ya se había ido, Renzo no parecía querer soltarme todavía, porque su agarre sobre mí se tensó un poco y apoyó su barbilla en mi hombro. No podía describir la sensación que estaba experimentando, pero sí sabía que me sentía más que cómoda en sus brazos y que me gustaría tenerlos a mi alrededor todo el tiempo.

—Hueles tan bien —murmuró contra mi cuello.

Su aliento me hizo cosquillas en la piel y me estremeció. Poco a poco me separé de él, aunque en realidad era lo último que quería.

Me volví para mirarlo a los ojos. La luz del sol le daba en la cara y hacía que brillaran con un suave tono caramelo. Realmente tenía ojos hermosos y no me extrañaba que tantas mujeres cayeran rendidas gracias a sus miradas... Y también a su cuerpo musculoso.

—¿En una relación? ¿Tú? —pregunté desafiante para aligerar el ambiente.

Se encogió de hombros y luego jugó con un mechón de mi pelo, perdido en sus pensamientos.

—Estoy trabajando en ello, pero la chica está siendo un poco indiferente —respondió con una sonrisa.

—¿En serio? —le seguí el juego divertido.

—Sí, siempre está haciendo preguntas molestas en lugar de besarme —dijo con un fingido movimiento de cabeza decepcionado y dejó escapar un suspiro.

—Trágico —hablé y tuve que recomponerme para no dedicarle la mayor de las sonrisas—. Buena suerte para ti —añadí antes de echar a correr.

—Esa chica eres tú —me llamó con una sonrisa cuando ya estaba en las escaleras.

—¿En serio? —fingí no estar impresionada, dando volteretas y saltos mortales por dentro.

Se rio, sacudiendo la cabeza, antes de correr hacia mí. No pude reaccionar lo suficientemente rápido y ya me había agarrado por la cintura y me llevaba al salón mientras yo me reía e intentaba liberarme. Me tiró en el sofá y empezó a hacerme cosquillas.

—¡Para! —chillé entre mis risas y gemidos, lo que le animó aún más a continuar.

Se rio mientras yo intentaba resistirme en vano, pero de repente se apagó. Cuando dejó de hacerme cosquillas, pude ver lo que era. Matteo se sentó en el sofá de enfrente y nos miró con una gran sonrisa.

¡Por Dios, esto es muy embarazoso!

Capítulo 25

—Fresa —la voz de Renzo me despertó suavemente.

—¿Hmm? —fue todo lo que pude sacar.

—Te he preparado el desayuno —me informó, por lo que finalmente abrí los ojos lentamente.

Y efectivamente, Renzo estaba frente a mí con una bandeja con comida suficiente para dos.

¿Qué era todo eso? ¿Acaso seguía soñando?

Lentamente me enderecé hasta quedar sentada y me estiré, frotándome los ojos para alejar el sueño.

—¿Gracias? —dije ligeramente confundida y cansada al mismo tiempo.

Él respondió con una sonrisa y dejó la bandeja sobre mi regazo, yo tomé inmediatamente un sorbo de café.

—Me gustaría llevarte a otra cita hoy —comenzó.

Lo miré con las cejas levantadas, reprimiendo mi sonrisa. ¿Qué le estaba pasando a este chico?

—Vaya, cálmate, sólo tuvimos nuestra primera cita anteayer —respondí, juguetonamente apagada, aunque por dentro podría haber estallado de alegría.

Entonces me miró con expresión de fastidio.

—Quiero decir, puedo entender tu obsesión conmigo, pero deberías intentar tomártelo con más calma —añadí con arrogancia antes de romper a sonreír cuando Renzo me lanzó una mirada de «¿hablas en serio?»

—Está claro que has pasado demasiado tiempo conmigo —exhaló sacudiendo la cabeza antes de empezar a sonreír también.

—Por eso no debería salir contigo esta noche —dije encogiéndome de hombros, lo era una completa broma.

Tenía muchas ganas de hacer algo con él. Vaya, nunca pensé que me sentiría así, pero entre más tiempo pasaba con Renzo, más lo conocía y más me agradaba quien era en realidad.

—Muy bien —habló y recogió la bandeja.

—Es una broma. Por supuesto que saldré contigo. Me encanta hacer el bien a los más necesitados —corregí rápidamente y volví a coger la bandeja.

—Tu nueva confianza te sienta bien —dijo con una sonrisa y sacudió la cabeza, divertido.

—Tu lado cariñoso y afectuoso también —respondí con una sonrisa antes de dar un bocado a mi tostada.

—Normal. Todo se me da bien —dijo con arrogancia, lo que me hizo atragantarme con la tostada y reír.

Desayunamos juntos y charlamos sobre cosas casuales; después, él salió de la habitación y me dejó para que pudiera prepararme para nuestra aventura de ese día.

∞∞∞∞

—Vale, dime la verdad, ¿a dónde me llevas, Renzo? —pregunté con suspicacia mientras

sólo aparecían frente a nosotros algunos árboles y campos vacíos.

—Te dije que a una fábrica abandonada para ser torturada y finalmente vendida —repitió la respuesta que me había dado antes.

—Es curioso —dije con ironía—. No pensé que la tortura y el tráfico de personas te divirtieran.

—Vamos, Fresa, déjate sorprender —habló tomando mi mano entre las suyas.

Ese gesto comenzaba a ser habitual y la verdad era que me encantaba, aunque nunca pensé que él fuese de los chicos a los que les gustaba estar de manos agarradas.

—Sé lo que haremos —dije de repente al ver algo en el cielo, que me emocionó muchísimo.

—Dispara —respondió Renzo, parecía seguro de que no lo adivinaría.

—Un paseo en globo aerostático —respondí con la emoción de una chiquilla.

La sonrisa de Renzo cayó y soltó mi mano con un resoplido. No se podía creer que hubiese adivinado.

—Te odio —murmuró, molesto porque tenía razón.

—¡Eres el mejor! ¡Siempre he querido hacer eso! —dije emocionada y sin pensarlo le di un beso en la mejilla.

Renzo se sorprendió al principio antes de sonreír felizmente y volver a tomar mi mano entre las suyas, luego se la llevó a los labios y me dio un beso en el dorso. Sin duda eso me sorprendió muchísimo, ir conociendo esas facetas de Renzo era extraordinario, pero también me resultaba aterrador lo que comenzaba a sentir por él.

Llegamos al lugar y nos acercamos a un gigantesco globo de varios colores que estaba listo para elevarse, los trabajadores nos dieron algunas indicaciones antes de subir. Me sentía algo nerviosa, pero mi deseo por vivir esta experiencia me ayudó a reunir el valor y el miedo fue quedando cada vez más en segundo plano, lo que probablemente se debió a que Renzo me rodeaba con sus brazos por detrás.

—Sólo quiero protegerte del viento frío. No quiero que te enfermes porque tendré que hacer todo el trabajo.

—Así que solo lo haces pensando en tus intereses... Y yo creyendo que eras un caballero, qué decepción, Renzo Santoro —fingí que le reprochaba.

—¡Soy un caballero! —se defendió, mirándome y me acercó a él—. Y sorprendentemente, también un hombre de detalles —añadió antes de señalar la cesta con fresas, dos copas y una botella de champaña.

Mi corazón saltó de felicidad al ver ese gesto, ¿de dónde había salido este hombre romántico y donde estaba el gilipollas que había conocido la primera vez que nos vimos? Me pregunté mientras lo miraba a los ojos, tuve un deseo enorme de besarlo, pero sentía que aun faltaba algo que me hiciera entregarme de esa manera, así que desvié la mirada hacia el horizonte para disfrutar del paisaje.

El globo vibró un poco cuando nos comenzamos a elevar, por lo que me apreté más al cuerpo de Renzo, pero después de un momento todo fue envuelto por una calma increíble. La brisa rozaba nuestros rostros y desordenaba un poco mi cabello que estaba suelto, escuché como Renzo inspiraba y luego me dio un beso en la nuca que me hizo temblar, ese gesto era demasiado íntimo para dos personas que se suponían eran solo amigos.

—Me encanta el olor de cabello, fresa —susurró en mi oído, aspirando una vez más.

—Te regalaré una botella de mi champú.

Intenté bromear para aligerar los nervios que me provocaban sus palabras y su cercanía. Pero obviamente no soy buena para los chistes y lo que hice fue quedar en evidencia, lo supe

cuando él soltó una carcajada y me besó en la mejilla, sacándome también una sonrisa.

Continuamos admirando el paisaje que cada vez se iba extendiendo un poco más, mientras los colores del atardecer lo pintaban con sus suaves y hermosos tonos. Renzo se alejó de mí para tomar la botella de champaña, la agitó un poco antes de abrirla y la espuma se desbordó, con una sonrisa le acerqué las copas en las que ya había puesto un par de fresas.

—Un brindis por nosotros —dijo, mirándome a los ojos, al tiempo que me daba su mejor sonrisa.

—Por nosotros —respondí con alegría y choqué mi copa con la suya, luego le di un pequeño sorbo—. Está deliciosa. —Tomé la fresa y la mordí, gimiendo de placer.

Renzo se acercó una vez más a mí, rodeándome la cintura con un brazo y me miró con sus intensos y hermosos ojos dorados, mientras bebía seductoramente de su champaña. Todo era tan romántico y hermoso, ni siquiera era consciente del hombre que maniobraba el globo, en ese momento solo existíamos mi jefe y yo, disfrutando de ese paseo como si fuésemos una pareja.

∞∞∞∞

—Fue la mejor cita de todas. Gracias —le agradecí, radiante de alegría, cuando habíamos aterrizado.

—Creo que eso merece un beso —respondió con una sonrisa coqueta.

—Yo no beso en la segunda cita —le informé con fingida indiferencia.

La cosa era que quería besar a Renzo todo el tiempo que estábamos juntos, pero él no tenía por qué saberlo; en realidad, no quería que supiera cuánto me estaba gustando, porque eso le daría poder sobre mí.

—¿Después de cuántas entonces? —preguntó con las cejas levantadas.

—Normalmente en la tercera, pero como eres tan gilipollas, esperaré hasta la décima —le respondí.

—¿Gilipollas? ¿Yo? —dijo teatralmente como si lo hubiese ofendido, agarrándose el pecho.

—Sí, sólo porque hayas estado siendo un hombre romántico últimamente no significa que hayas exorcizado las últimas semanas —respondí con seriedad.

—Así que crees que soy romántico, ¿eh? —dijo engreído, por lo que me di una palmada en la frente en señal de fastidio y rodé los ojos.

—Que sean quince citas —rectifiqué enseguida.

—Tienes muchas ganas de pasar tiempo conmigo —dijo con una sonrisa.

—Vale, supongo que esta será la última —bromeé.

—¡Oye! No, claro que no —se quejó inmediatamente como un niño pequeño.

Discutimos todo el camino hasta el coche hasta que me retracté de lo de la «última cita.»

∞∞∞∞

A la mañana siguiente, Renzo me despertó de nuevo, pero esta vez sin una tableta con comida. Cómo no le hacía caso, se tumbó a mi lado y comenzó a besar mi mejilla, lo que me hizo sonreír a pesar de estar agotada.

—¿Preparada para la tercera cita? —preguntó con un entusiasmo arrollador.

—¿No hablas en serio? —murmuré agotada, hundiendo la cara en la almohada.

Megan y Jay me habían tenido despierta casi toda la noche jugando con el Monopolio mientras Renzo, Matteo y Alessandro estaban en una «conferencia» con Lorenzo por Skype. Al parecer se trató de algo importante y grave, pues estuvieron más de dos horas y cuando salieron, todos se veían bastante serio y apenas charlaron antes de subir a sus habitaciones.

—Sí, así que levántate. No tenemos tanto tiempo porque hoy debemos que volver a Nueva York —insistió y me quitó la manta, dejando mi trasero expuesto—. ¡Vaya, Fresa! ¡esto está mejor que los pantalones cortos!

—¡Renzo Santoro! —lo reprendí, tirando de la manta de nuevo para cubrirme.

La noche anterior me había visto obligada a ponerme un sexy camisón con transparencias, porque mi «querida» amiga Julianne tuvo la brillante idea de empacarlo, en lugar de mis cómodos y decentes pijamas de algodón.

—Si me hubieses dicho que te ibas a poner algo así, te habría esperado despierto —dijo con una sonrisa coqueta.

—Pues no me lo puse para ti... Fue lo que la tonta de Julianne empacó —alegué en mi defensa, cubriéndome hasta la barbilla con la manta.

—Qué lástima, pensé que lo habíamos hecho para mí —dijo con cara de tragedia—. Bien, ponte de pie, tenemos dos horas para una cita.

—Todavía hay tiempo suficiente, puedes dejarme dormir un poco más —murmuré, no quería levantarme.

—Fresa, quiero salir temprano para Nueva York porque debo ir a trabajar el sábado, así que de todas formas no tenemos tanto tiempo —insistió, mirándome.

—¿Tenemos que salir? —me quejé, con un puchero.

Se quedó en silencio un momento antes de sacudir la cabeza y sonreír como si se le hubiese ocurrido una idea brillante. Me dio un beso intenso y largo en la mejilla, tal vez agradeciéndome porque la idea había sido mía

—Espera aquí —dijo, a lo que accedí completamente.

—Claro —accedí con alivio, rodé en la cama y me cubrí por completo con la manta, dispuesta a dormir.



Unos minutos después, entró con una cesta llena de emparedados, fruta, zumo de frutas y una manta. Lo miré sorprendida, de verdad no me esperaba algo así de un hombre como él. ¿Será que Renzo Santoro tenía otra personalidad cuando llega a este lugar? Me pregunté mientras envolvía con la manta y me levantaba de la cama.

—En realidad, quería hacer nuestro picnic en un bonito mirador, pero es tu decisión quedarnos aquí —dijo y extendió todo en el suelo.

—No me arrepiento de ello —respondí y me senté frente a él, acurrucada en la manta.

Lo primero que hizo Renzo fue servirme un café, cosa que agradecí mucho.

Los dos estuvimos en silencio durante los primeros minutos. Yo, porque estaba demasiado cansada por la desvelada de la noche anterior. Él también parecía algo agotado y preocupado, tenía ojeras y lucía algo pálido; sin embargo, seguía viéndose guapo como siempre.

—¿Esto cuenta como una cita? —preguntó, de repente, sacándome de mis pensamientos.

—Sí, ¿por qué? —le pregunté, cogiendo una fresa.

—Porque no es nada fuera de lo común —me explicó, lo que me hizo sonreír.

—No hace falta alquilar toda una pista de hielo o dar un paseo en globo para que se considere una cita, y no sé tú, pero yo no suelo hacer picnics en casa en pijama —le dije divertida y mordí la fruta.

—De acuerdo —exhaló aliviado, sonrió y dio un mordisco a su croissant.

Después de nuestro «picnic» Renzo me dejó para que pudiera prepararme porque debíamos regresar a Nueva York. Recogí todas mis cosas y me sentí algo nostálgica por tener que dejar ese lugar, me había gustado mucho estar allí. Bajé al salón y solo esperaban por mí, me despedí de las chicas con abrazos, mientras Megan me hacía prometerle que regresaría para ultimar detalles del vestido de dama de honor.

Después de eso salimos, Jay y Matteo subieron a un auto, mientras Renzo y yo a otro, durante el trayecto charlamos, escuchamos música y yo dormí un rato. Cuando llegamos eran las siete de la tarde y me bajé después de darle las gracias a Renzo. Sin embargo, volvió a tener otros planes, porque se bajó y me siguió.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté divertida mientras abría la puerta principal.

—¿No vas a dejar que tu amigo te lleve a casa a estas horas? —preguntó, juguetonamente sorprendido.

—Todavía tienes que ganarte ese título, pero tienes razón. Las siete de la tarde es demasiado tarde —respondí con una sonrisa.

—Créeme, lo haré —dijo con un guiño y una sonrisa antes de quitarme la bolsa de ropa y caminar tras de mí.

En el piso, se dejó caer directamente en el sofá y se desperezó, sabía que el viaje lo había dejado agotado, por lo que no le dije nada y lo dejé descansar.

—Voy a tomar una ducha. Te diría que te pusieras cómodo, pero ya lo has hecho —le dije divertido.

Era increíble que hubiera pasado casi tres días con Renzo y que todavía deseara estar con él; por lo general, siempre fui alguien que no tenía ganas de ver a una persona después de dos días. Sin embargo, él tendría que trabajar al día siguiente y yo todavía estaba libre hasta el lunes; me alegré de estar de vuelta en casa para disfrutar de los días restantes y reflexionar sobre los anteriores.

Capítulo 26

Había pasado todo el sábado con mi madre, lo que fue un buen cambio, ya que apenas la había visto últimamente. Fuimos al café de Julianne para desayunar, luego pasamos al centro comercial y charlamos durante horas mientras hacíamos unas compras que necesitaba.

—Yo me ocuparé del pollo mientras tú preparas el arroz y las verduras, ¿vale? —dijo mi madre mientras abría la puerta principal.

—De acuerdo —respondí, aliviada de no tener que tocar al animal.

Me encantaba comerla, pero prepararla o tocarla era una pura tortura para mí. Sin embargo, nada más entrar en el piso, noté el olor a comida.

Oh, Dios, no...

Sólo puede haber una razón para ello.

Renzo.

Había olvidado por completo que el idiota tenía una llave de mi piso. Se suponía que él debía trabajar hoy, al menos eso fue lo que me dijo estaba mañana cuando se marchó, seguramente solo fue hasta el mediodía, pero por qué no regresaba a su ático y me dejaba en sola.

—¿Fresa? —dijo en el mismo segundo en que mi madre me miró confundida.

Antes de que pudiera explicarlo, Renzo salió de la cocina. Sus ojos se posaron inmediatamente en mi madre. Una breve confusión cruzó su rostro antes de comenzar a sonreír y caminar hacia nosotras.

—Usted debe ser la señora Williams. Encantado de conocerla. Soy Renzo, el novio de Grace —se presentó y una vez más me hubiera gustado correr hasta Tombuctú, aunque ni siquiera sabía dónde estaba geográficamente.

—Ehm encantada de conocerte también... Renzo. Me gustaría decir que he oído hablar mucho de ti, pero me temo que no —replicó mi madre, sonriéndole, pero luego se volvió hacia mí, lanzándome una mirada venenosa.

¿Mi novio? ¿Cómo que mi novio?

—Ja-ja —fue todo lo que pude sacar de mis labios. Seguía impactada por la declaración de mi jefe.

—¿Oh? ¿Grace por qué no le hablaste a tu madre de mí? Creía que las cosas iban bien entre nosotros —intervino Renzo con fingida tristeza.

—Ja-ja —repetí, ahora más tensa—. ¿Cocinaste? Genial, porque tenemos mucha hambre —añadí y me apresuré a entrar en la cocina.

Renzo había puesto la mesa para dos y la había decorado con velas y pétalos de rosa; se veía muy hermosa y una vez más me sorprendía. Me recompuse rápidamente cuando vi la expresión de sorpresa y regocijo de mi madre, pensé en aclarar toda la situación.

Podía decirle a mi madre que Renzo estaba bromeando, que en realidad no era mi novio, sino mi jefe con el que había empezado a salir recientemente. Sin embargo, eso plantearía la cuestión de por qué tenía una llave de mi piso y esa era una pregunta que no podía ni quería responder.

—Lo siento, señora Williams. Me temo que no tenía ni idea de que iba a pasar el día con Grace, de lo contrario habría puesto la mesa para tres —se disculpó Renzo y sacó un tercer plato

con cubiertos para mi madre.

—La verdad es que Grace tampoco me dijo nada, algo muy mal hecho de su parte —dijo mi madre, lanzándome otra mirada envenenada.

—Yo nos sabía que lo vería hoy... —comenté, echando humo interiormente de rabia.

Por un lado, quería matar a Renzo; por otro lado, quería besarlo por la cena, de verdad todo se veía hermoso y muy romántico; además, que la comida olía deliciosa. Tomamos asiento mientras Renzo nos llenaba los platos con su pasta a la marinera y luego nos sirvió vino blanco para acompañarla.

—Delicioso —comentó mi madre impresionada por la comida, que le hizo sonreír.

—Me alegra que le guste, hice lo que pude —respondió, mirándome con una sonrisa.

Ese infeliz está jugando sucio. Me atiborré furiosamente con la pasta para no hablar.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó mi madre.

—En el trabajo —salió disparado de mí rápidamente, haciendo que me atragantara con la comida y que mi madre me diera una palmadita en la espalda.

—Grace es mi asistente personal —añadió Renzo, que realmente quería evitar.

—¿Así que es su jefe? —preguntó, sorprendida.

—Sí, pero sólo de lunes a viernes durante ocho horas seguidas, después cambiamos de roles —bromeó.

Esta vez me atraganté con el vino mientras mi madre se reía a carcajadas.

—¿No es difícil trabajar juntos y luego seguir conviviendo juntos? —preguntó, interesada.

—Oh, y qué difícil es. Me distraigo con su belleza todo el tiempo y no llego a trabajar porque no puedo apartar los ojos de ella —dijo mirándome como si estuviera enamorado realmente.

Dios... los días anteriores iban tan bien, pero ahora quería matarlo después de sólo media hora.

—Si me disculpa un momento —le dije y salí de la cocina sin esperar respuesta.

Corrí directamente al salón, donde Renzo había puesto su chaqueta sobre el respaldo del sofá, y rebusqué en los bolsillos, por suerte encontré las llaves. Las guardé en un cajón antes de volver corriendo a la cocina.

Mi madre se rio de algo que dijo Renzo, ella parecía completamente encantada con él, lo que por supuesto, no era conveniente, porque después no sabría cómo escapar del interrogatorio que me haría.

—Genial, los dos habéis terminado ya —hablé con una sonrisa fingida.

Sin decir nada más, recogí la mesa y esperé que Renzo entendiera mi método pasivo-agresivo y abandonara mi piso. Aunque al mismo tiempo, no quería porque su presencia retrasaría el interrogatorio de mi madre, pero intentaría que no fuese esa noche; después de todo, podía alegar que ya había pasado todo el día allí y que se le haría tarde para regresar a la casa.

—¿Más vino? —ofreció Renzo a mi madre.

—No —respondí por ella y le arrebaté literalmente la botella de la mano.

—Creo que alguien quiere terminar esta encantadora velada —dijo mi madre en broma.

—Sólo estoy cansada y tengo que levantarme temprano mañana —mentí, lo que fue evidente.

—Bueno, entonces. —Ella se puso de pie.

—Te llamaré un taxi —le informé.

—Tu padre también puede recogerme...

—¡No! Probablemente papá esté viendo el partido de fútbol y no creo que debas acabar un

sábado tan bonito con sus quejas —la interrumpí rápidamente.

Lo último que deseaba era presentar a Renzo a mi padre, porque sus interrogatorios serían muchos peores, además, que también Santoro sería víctima de ellos y era capaz que acabáramos comprometidos. Cuando metí a mi madre en un taxi, marché furiosa hacia mi descarado jefe.

—Eso no estuvo bien —le regañé, a lo que tuvo que reprimir la risa por alguna razón—. Renzo no me hace ninguna gracia. Mañana mi padre me llamará y me preguntará cada detalle de ti. Mi madre me dará un sermón y probablemente llorará porque pensará que no somos las mejores amigas, ya que no le dije algo tan importante como que tengo «novio». Y no me parece bien que te aparezcas en mi piso sin avisarme —continué hablando con frustración mientras Renzo se limitaba a sentarse en el sofá sonriendo.

—No sé por qué, pero de alguna manera te ves muy caliente cuando me das un sermón —dijo, lo que me hizo enfadar aún más.

—Sabes qué, Renzo, no tiene sentido esto si no vas a respetar mis límites —dije con molestia, y de un segundo a otro se puso mortalmente serio.

—Lo siento, supongo que todavía tengo que aprender mis límites. Nunca he tenido ninguno —se disculpó con una mirada sincera—. Entonces, ¿cuál es la acción disciplinaria? ¿Vas a ponerme sobre tus rodillas y darme unos azotes? —añadió, arruinando la disculpa anterior.

Tenía muchas ganas de reprenderlo, pero en ese momento, mi risa se interpuso y tuve que soltarla. Definitivamente no podía estar molesta con él por mucho tiempo, lo que realmente me frustraba.

—Te odio —dije sólo porque soy una perdedora.

—Sí, pero la cosa es que no lo haces —alegó, lo cual era tan descarado como cierto—. Y en el fondo sé que no te enfadarás conmigo si me presento así en tu piso, porque seamos sinceros, el sueño de toda chica es encontrar a un tío bueno que le tenga lista una deliciosa cena, a no ser que la chica sea lesbiana —dijo con arrogancia, se inclinó hacia atrás.

—Te crees bastante lo del tío bueno... aunque eso me da lo mismo —contesté finalmente.

La expresión de Renzo cambió de arrogante a sorprendida, y finalmente a divertida porque supo que mentía. Soltó una risa ronca mientras me agarraba por la cintura y me sentaba en su regazo.

—Fresa, no puedes decir eso en nuestra cuarta cita —se burló, apretándome la nariz.

—¿Nuestra cuarta cita? Esa fue honestamente la peor cita de la historia. —Ni siquiera estaba bromeando. Fue realmente una cita terrible.

—En mi defensa diré que: Mi plan no incluía a tu madre. Quería sorprenderte con una cena casera. Incluso decoré la mesa con pétalos de rosa y velas. El vino era excelente porque vi que te gustaba los buenos y todavía tengo tiramisú en la nevera.

—¿Comida casera? Renzo, he visto los paquetes del restaurante Giorgio en la papelería —dije desafiante.

—Bien, no era comida casera. Confieso que no puedo hacer nada más que preparar cosas para el desayuno. Demándame —confesó, ofendido.

—Si tuviera dinero para un abogado, lo haría —dije encogiéndome de hombros, por lo que Renzo me apartó jugueteonamente.

—He escuchado suficiente, mujer. Es hora de agasajar a mis oídos —dijo, bajándome de su regazo.

Habría recibido una bofetada por mandarme a callar, si no hubiera puesto la canción del Rey León.

Oh, Dios, este tipo me volvería loca si no lo había hecho ya...

Capítulo 27

¿Sabes cuál era mi peor defecto?

Que pienso en todo, pero realmente en todo.

Sin embargo, no me di cuenta de lo que me estaba pasando; o, mejor dicho, tal vez no quise darme cuenta.

¿Cómo fue que me enamoré tan rápido de Renzo? ¿Fue demasiado rápido o un tiempo razonable? ¿Por qué me había enamorado de él? ¿Estaba enferma? ¿Tenía un mal funcionamiento en mi cerebro?

Necesitaba respuesta a todas esas preguntas, así que me pasé el domingo pensando y buscando en Google: ¿Cuánto tiempo tarda una persona en enamorarse?

Las respuestas variaron y fueron diferentes de una persona a otra; algunos tardaron dos semanas, otros casi un año. A mí me ha llevado dos meses y unos días. Pero teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasamos juntos, ni siquiera fue tan rápido.

Nos habíamos visto cinco días a la semana durante ocho horas, compartiendo el mismo espacio. A veces incluso más de ocho horas, luego solíamos hacer algo los fines de semana y los últimos seis días habíamos estado juntos casi veinticuatro horas.

¿Y por qué precisamente Renzo?

Tal vez porque era el único tipo con el que había pasado tiempo... Tal vez porque mi cerebro estaba nublado por mis hormonas y quería desesperadamente acostarme con él y lo confundía con estar enamorada... O tal vez porque Renzo era bastante simpático cuando quería y su lado arrogante e infantil me resultaba extrañamente encantador y divertido.

Oh, Dios, realmente debía llamar a Julianne y que ella me ayudara a aclarar mis pensamientos. Sinceramente, no tenía ni idea de cómo iría las cosas entre Renzo y yo cuando nos viéramos el lunes.

La última vez que pasamos tiempo juntos, cuando nos volvimos a ver él se mostró indiferente, apenas me dirigía la palabra y eso, debía admitirlo, me dolió mucho. No sé cómo se comportaría esta vez, porque parecía que no era el mismo fuera que dentro del trabajo.

∞∞∞∞

Cuando llegó el lunes, esa preocupación fue cosa del pasado en el primer segundo que entré en la oficina y vi del lado de mi escritorio, un hermoso ramo de peonías.

De inmediato las comisuras de mi boca se movieron en una sonrisa, y mi mirada se encendió de luz por la emoción, nunca ningún chico me había regalado flores. Puse el mocaccino de Renzo en el escritorio y luego me acerqué hasta donde estaban las peonías azules.

—¿Tienes idea de quién son estas? —le pregunté en broma, tomándolos en la mano para olerlos.

—No lo sé —respondió Renzo sin apartar los ojos del ordenador, pero podía notar que estaba a la expectativa.

En el ramo había una pequeña tarjeta, que saqué para leerla y una vez más en mi rostro se dibujaba una sonrisa.

«Para la encantadora, señorita Grace «fresa» Williams... Del tío bueno que siempre se presenta en su casa sin avisar y que dices que no quieres»

El corazón me dio un vuelco inevitablemente y en mi estómago comenzaron a volar cientos de mariposas, ese tipo de cosas eran las que estaban haciendo que me enamorara de él. Sin embargo, no era algo que podía confesarle en ese momento, así que opté por bromear.

—Muy gracioso... —murmuré, sonriendo.

—Así es como me conocen —respondió, engreído.

—Ciertamente... Gracias, están hermosas —comenté sonriendo, aspirando su perfume una vez más.

—Me alegra que te gustaran —respondió con una sonrisa sincera y radiante—. ¿Qué te parece si desayunamos juntos? —propuso manteniendo el gesto.

—¿Eso contará como una cita? —pregunté con una ceja arqueada, porque sabía que estaba contando cada ocasión que compartíamos como una.

—Bueno, eso depende... —dejó la frase en el aire.

—¿De qué? —pregunté, cayendo en su trampa.

—De cuánto deseas que llegue el momento de darme un beso —respondió con arrogancia.

—Creo que mejor esperaré hasta el almuerzo —dije de inmediato y me senté para comenzar a trabajar.

—¡Oh, vamos, fresa! No seas así... Vamos a desayunar que me muero de hambre.

—Allí tienes tu café —dije, señalándolo.

—Eso no saciará mi apetito... —dijo con un tono lujurioso, mientras se ponía de pie y me ofrecía la mano.

No pude resistirme a su encanto, así que acabé aceptando, me puse de pie, tomé mi bolso y salí con él hacia el café frente al edificio. Comimos unos deliciosos croissants con mermeladas y mocaccinos, Renzo también se pidió unos huevos revueltos con tocino y yo no pude evitar la tentación de robarle un poco.

Al final, terminamos comiendo uno de manos del otro, entre risas y miradas cómplices, actuando como si fuésemos un par de enamorados. Me quedó claro cuando el joven que siempre había coqueteado conmigo, esta vez solo se limitó a darnos la cuenta y cobrar. Finalmente, regresamos a la oficina y trabajamos igual que siempre.

∞∞∞∞

El martes se me hizo un poco tarde, por lo que entré corriendo a la oficina, con el café de Renzo en la mano, pero me detuve de golpe cuando vi un hermoso ramo de narcisos en mi lado del escritorio.

—Qué ironía —dije divertida, mirando a mi jefe.

—Ironía, ¿por qué? —preguntó confuso de Renzo.

—El tipo más engreído que conozco me regala narcisos... —dije mientras aceptaba y miraba el ramo.

—¿Qué tiene eso que ver? —inquirió, aún confuso.

Hombre, al parecer alguien no era muy culto...

—Renzo... Esta flor es un símbolo de la vanidad y el amor propio. Según un mito griego, Narciso se enamoró tan perdidamente de su reflejo en el agua, que cayó y se ahogó cuando intentó unirse a su imagen —le expliqué con una sonrisa.

—Tampoco quise darle un significado tan profundo. Sólo las compré porque me parecían bonitas —me informó, ligeramente ofendido.

—Gracias —dije, divertida y quise agradecerle por el gesto de las flores—. Vamos, te invito a desayunar y esta vez contará como una cita —dije y no pude evitar sonrojarme cuando él me sonrió con picardía.

—Esta sería nuestra sexta cita, entonces —dijo y se puso de pie sin perder tiempo, caminó hasta mí y me rodeó la cintura con el brazo—. Cada vez queda menos para que me des ese beso que me prometiste.

—Yo no te prometí nada, dije que solía besar después de algunas citas —le recordé, pero sin mirarlo a los ojos.

—No, nada de eso, dijiste que me besarías en nuestra cita número diez... Una promesa es una promesa, Grace Williams —dijo con seriedad.

—¿Me obligarás a cumplirla? —cuestioné, mirándolo.

—No, eso no será necesario... Vas a darme ese beso por voluntad propia y con todo el gusto del mundo —dijo con una sonrisa arrogante y me besó la mejilla.

Esta vez fuimos a desayunar a otro café que quedaba un par de cuadras más abajo, para probar algo distinto. Comimos emparedados italianos de jamón, queso y verduras, con un aderezo de pesto que me fascinó; acompañados por zumos de frutas y café. Mientras una vez más compartíamos como una pareja y cada vez me resultaba más cómodo actuar así con Renzo, me encantaba la complicidad que teníamos.

∞∞∞∞

Los días siguientes continuaron los arreglos de flores. El miércoles fueron unos tulipanes rosados, el jueves me regaló unos hermosos lirios amarillos, y el viernes cerró con un bellissimo ramo de al menos cincuenta rosas rojas.

Tal vez estaba leyendo demasiado en las flores, pero los tres últimos tipos representaban el amor, el deseo y la pasión, por lo que mis mejillas se calentaban al pensarlo.

¡Por Dios! Estaba completamente perdida de amor por Renzo Santoro. Mis mejillas otra vez se sonrojaron y mi corazón se enloqueció. Necesitaba saber si lo que pensaba era verdad, así que me armé de valor.

—¿Sabes lo que significan los tres últimos tipos de flores que me has regalado? —le pregunté a Renzo en un tono juguetonamente desenfadado, mientras respondía los correos electrónicos de un cliente.

—Después del fracaso con los narcisos, busqué en Google todos los significados antes de comprarte las flores —me informó con un suspiro, estirándose con cansancio.

—Bien —dije escuetamente, pero por dentro estaba de fiesta y mi estómago una vez más se llenaba de mariposas que revoloteaban por todas partes.

Así que sabía exactamente lo que representaban, eso quería decir que lo hizo consciente y que era una señal de que estaba enamorado de mí.

Espera... ¿Estaba pensando demasiado otra vez?

Lo más probable era que solo estuviese bromeando, Renzo era así, no debía hacerme ilusiones.

∞∞∞∞

Almorcé con Jay y Matteo, porque Renzo tenía que hacer algunas llamadas más y me pidió que lo hiciera sin él. Ese día había estado comportándose algo extraño, ni siquiera quiso ir a desayunar conmigo, dijo que ya había comido algo. No quería mostrarme paranoica de nuevo, pero era como si siempre que tuviéramos un acercamiento importante, él tratara de poner distancia.

Decidí dejar de pensar en ello y lo largo de la comida, me esforcé por incluir a Matteo en la conversación, asegurándome de preguntarle sólo cosas que pudiera responder con solo asentir o negar con la cabeza. Aunque también me interesaba mucho saber por qué no hablaba.

¿Era mudo de nacimiento? ¿O había sufrido alguna especie de trauma durante su infancia?

No quería preguntar porque temía que no me correspondiera, y que incluso se molestara conmigo por inmiscuirme en algo que no era mi asunto.

—¿Así que Renzo y tú ya son novios oficiales? —preguntó Jay, moviendo las cejas con picardía.

—Sólo estamos saliendo —respondí con una fingida mirada de fastidio.

—Pero van a terminar siéndolo, estoy seguro —insistió con una sonrisa.

—Me temo que no puedo leer la mente de Renzo —dije encogiéndome de hombros. No quería dejarles ver que la actitud de mi jefe me confundía.

—¿Y tú y Matteo? ¿Tienes novias o estás saliendo con alguien? —cambié el enfoque a las dos.

—¿Yo? No... Hay una chica que creo que es bastante agradable, pero no me he propuesto avanzar con ella... Y Matteo... Hasta ahora sólo ha encontrado a una chica sexy, pero la vimos una vez y nunca más —dijo Jay vagamente.

Levanté las cejas, sorprendida. Matteo era igual de guapo que sus hermanos, ¿por qué no había tenido una novia, era por su problema de habla?

—¿Y quién es la chica que crees que es bastante agradable? —le pregunté a Jay, pero negó con la cabeza, sonriendo, así que me enfoqué en Matteo—. Quizás vuelvas a ver a la chica. En la vida siempre te encuentras dos veces —le dije y me dedicó una pequeña sonrisa.

—Lo mismo le digo yo —respondió Jay, lo que sonó sospechoso, pero lo dejé pasar.

Después del almuerzo, volví a la oficina donde Renzo seguía al teléfono. Sin embargo, cuando entré, colgó después de una brusca despedida.

—Te he traído un sándwich —le dije, dejándolo sobre la mesa, luego me senté en mi puesto para continuar.

—Gracias... No tienes ningún plan para mañana, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa.

—No —respondí, sin mirarlo.

—Bien, te recogeré a las 09:00 —decidió.

—¿Qué pasó con el Renzo que dijo que iba a respetar mis límites? —desafié, arqueando una ceja.

—Renzo se ha dado cuenta de que es innecesario hacer preguntas porque vas a estar de acuerdo de todos modos —replicó con una sonrisa.

—Touché.

Tonto arrogante, pero tenía razón, iba a salir con él porque era lo que más deseaba.

Capítulo 28

Renzo estaba en la puerta del piso a las nueve de la mañana como se había acordado. Ya había preparado el bolso que me había pedido que llevara, no sabía a dónde me llevaría, solo me pidió que empacara para dos días.

—Me has robado la llave —me acusó en lugar de saludarme.

—Buenos días, a ti también —le saludé divertida y cerré la puerta tras de mí—. Sólo he recuperado lo que era mío. La llave nunca ha sido tuya —añadí con una sonrisa.

—La llave nunca ha sido tuya —me imitó de mala gana, lo que me divirtió aún más.

—Qué encantadora introducción a nuestra séptima cita —dije con ironía, cruzándome de brazos.

—Cierto, lo siento... —se disculpó torpemente—. Y esta no es sólo nuestra séptima cita, esta va a ser una supercita, que va a valer por doce citas —me informó entonces con orgullo.

—Muy bien. Bueno, pues guíame —respondí con una sonrisa, recibiendo su brazo.

—Mademoiselle —dijo Renzo con acento francés mientras me abría la puerta del coche.

—Merci beaucoup —le agradecí con las únicas dos palabras que sabía en francés; además, de oui, non, bonjour, baguette, quiche y je ne sais pas.

Nuestra primera parada fue en el club de cazadores, que solo llevaba ese nombre, pero donde realidad no se llevaba a cabo esa práctica. Pudimos observar ciervos y venados durante nuestro desayuno y que fue realmente agradable, excepto por los molestos insectos.

—Háblame de ti, Renzo Santoro —empecé con la frase inicial de 0815 para cada cita.

Normalmente odiaba que los chicos me lo pidieran porque nunca sabía qué decir, pero ahora entendía por qué lo hacían. Era una entrada fácil para que la persona que preguntaba pudiera conocer más de la otra.

Renzo levantó primero una ceja, divertido, se relajó en el asiento y me miró fijamente.

—Bien, soy Renzo Santoro, tengo veintidós años y soy uno de los directores generales de la empresa M4. Tengo cuatro hermanos, pero uno de ellos no es de mis padres. Mi película favorita es El Rey León, mi animal favorito son los perros, sólo escucho música cuando hago ejercicio y mi sueño es tener un águila entrenada.

—Notable —dije con una sonrisa—. Vamos a seguir con tu familia. ¿Podría contarme más sobre ellos? —pregunté, porque admitía que no sabía mucho sobre sus antecedentes familiares.

Su expresión facial cambió bruscamente. Antes le había hecho gracia, pero ahora parecía incómodo.

—Eh... Claro —dijo antes de tragar—. Mi madre murió en un... accidente de coche cuando yo tenía cinco años, mi padre también murió diez años después de un... ataque al corazón —habló con fuerza.

Ahora entendía por qué su estado de ánimo había cambiado. Me sentí apenada por haber hecho esa pregunta, debía resultado doloroso para él responder.

—Ahora Lorena y Lorenzo actúan como si fuesen nuestros padres —añadió con una sonrisa forzada para aligerar el ambiente.

Sin saber qué otra cosa hacer, alcancé tímidamente su mano y la tomé entre las mías, mientras lo miraba a los ojos con una sonrisa tranquilizadora. Pasó la mirada de nuestras manos a la mía y me devolvió la sonrisa esta vez sincera, relajándose una vez más.

—Será mejor que nos vayamos, el segundo punto de nuestra lista de actividades ya está esperando —cambió de tema, recuperando su entusiasmo.

Me puse de pie y mientras caminaba con él hacia el auto, pensé que una cosa era segura, hoy no preguntaría nada más sobre su familia. Ese era un tema para otro día.

El segundo lugar al que Renzo me llevó estaba a unos diez minutos del restaurante del club. Fueron unas hermosas cascadas de varios metros de altura. No pude evitar sonreír en cuanto las vi y el rocío me mojó un poco, ya que era impresionantemente bello.

—Oye, hazme una foto —le insté mientras me ponía delante de una cascada y le entregaba mi teléfono.

—Ponte un poco más a la izquierda —me indicó como un profesional—. Vale, perfecto. Ahora sonríe.

También nos tomamos algunas selfis, en una me besó la mejilla mientras me rodeaba con su brazo libre, luciendo como un par de novios que estaban de paseo. Un grupo de visitantes al vernos se ofrecieron a tomarnos unas también. Renzo me sorprendió tomándome en brazos, luego me pidió que me subiera sobre su espalda y así nos tomamos otra, mientras reíamos divertidos.

Para la siguiente parada tuvimos que volver a la ciudad porque Renzo nos había reservado un sitio en uno de los restaurantes de moda. El lugar era muy lujoso y alardeaba de tener un par de estrellas Michelin, yo me sentí un poco cohibida por cómo iba vestida, pero Renzo me rodeó con su brazo y me hizo sentir segura.

Seguimos al elegante hombre que nos recibió y nos llevó hasta nuestra mesa, miré a mi alrededor con disimulo y puedo jurar que vi la parte de atrás de la cabeza de Robert De Niro.

Un camarero nos sirvió agua en hermosas copas de cristal, mientras el maître tomaba nuestro pedido; de toda la carta lo único que reconocí fue el Ratatouille, así que eso pedí. Pude ver que Renzo sonreía, tal vez recordando la película infantil; cada vez me quedaba más claro que era un fanático de estas.

Él por su parte pidió un Buey a la borgoñona, que era un plato de carne cocinada a fuego lento en vino de Borgoña, el que también escogió para acompañar la comida. Me recordé que esta vez tendría más control con la bebida, no quería que me ocurriera lo mismo de la otra vez cuando me embriagué.

—¿Te gusta el lugar? —preguntó Renzo, atrayendo mi atención de nuevo hacia él.

—Sí, es muy bonito... y elegante —dije rozando la tela del delicado mantel—. Me hubiese avisado que vendríamos aquí y me habría vestido mejor.

—No era necesario, así te ves hermosa —respondió con una sonrisa, que me hizo sonrojar.

—Creo que el hombre que está sentado allá es Robert De Niro —murmuré para cambiar de tema.

—Probablemente, muchos artistas vienen a este lugar, el otro día estaba aquí con mis hermanos y vimos a Selena Gómez y Taylor Swift —respondió con tono indiferente, luego bebió de su agua.

—¿Lo dices en serio? —cuestioné asombrada. Él asintió, sonriendo—. Imagino que se volvieron locos por ellas —murmuré, bajando la mirada.

—Son hermosas, pero no son nuestro tipo, así que apenas les echamos un vistazo y seguimos conversando.

—Pensaba que eran justamente las de su tipo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, sorprendido.

—¿No es evidente? —respondí con otra interrogante, pero él sinceramente parecía no

entender—. Lorena parece una muñeca Barbie, Megan también es muy linda y tiene una figura envidiable; las chicas con las que solías... pasar el rato en tu oficina eran en su mayoría atractivas; así que, en resumidas cuentas, solo se relacionan con mujeres que parecen modelos —dije con algo de amargura porque sabía que yo no entraba en ese prototipo, así que no entendía qué hacía Renzo conmigo.

—Ciertamente nos gustan las mujeres hermosas, como a la mayoría de los hombres, pero eso no quiere decir que sea en lo único que nos fijamos —explicó y ladeó la cabeza para mirarme a los ojos—. Nos atrae más que tengan personalidades fuertes, seguras, decididas, valientes... y lo más importante, que no tengan complejos de divas —añadió, mirándome fijamente.

No sabía que responder a sus palabras y por suerte no tuve que hacerlo, pues en ese momento apareció el mesonero con nuestros platillos y el vino. Después de todo el protocolo de servirnos nos dejó solos y yo me enfoqué en mi Ratatouille, para no seguir con la conversación.

—Creo que le gusto a tu mamá —dijo Renzo mientras comía un poco de su carne que se veía deliciosa.

—Sólo porque estabas haciendo la pelota. No tienes tantas posibilidades con mi padre, porque él puede ver a través de tus tonterías —le dije sin mirarlo.

—¿Mierda? Eso no era una tontería. Fui el mismo de siempre —negó, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

—Exactamente —respondí y alcé mi copa de vino en un brindis porque le había ganado.

Él sonrió aceptando su derrota, continuamos con nuestras comidas, aunque esta vez solo tomé una copa de vino y Renzo tuvo que beber tres para poder terminar la botella, era una pena dejarla casi completa.

Salimos del restaurante y nos dirigimos al zoológico del Central Park, era uno de mis lugares favoritos en la ciudad, así que de inmediato me dirigí al área que más me gustaba. Supongo que Renzo había escogido este lugar porque sabía que adoraba a los animales, pues a él no se le veía muy cómodo rodeado de cabras, cerdos y conejos, pensé sonriendo para mí.

—Me gustaría que Julianne estuviera aquí. Robaría a esta pequeña para mí —dije mientras acariciaba en mi regazo a la cabrita de la que me enamoré perdidamente.

—Ni pienses que yo haré algo así... Odio este lugar —murmuró Renzo, a quien había ignorado durante el tiempo que llevábamos allí.

Se negó amargamente a tocar las cabras porque una le había chupado su costosa chaqueta y también había pisado excrementos. Así que fue fácil ver quién se lo pasó bien y quién mal en el zoo.

El quinto punto del programa fue algo que pondría en el top tres de mis experiencias más memorables, justo después del paseo en globo aerostático.

¡Hicimos salto en bungee!

Fue increíblemente divertido, jamás había sentido tanta adrenalina en mi vida, estaba eufórica mientras mi cuerpo rebotaba unido a ese cable que lo sostenía. Mi pelo parecía un nido de pájaros cuando estuve de nuevo en la plataforma, lo que no me hubiese importado en lo absoluto; si a Renzo no se le hubiese ocurrido ir a cenar inmediatamente después a uno de esos restaurantes costos y elegantes del centro de Manhattan.

Me pedí un par de entradas y un gran plato de pasta porque estaba hambrienta ¿Qué puedo decir? La supercita, era muy divertida, pero drenaba mi energía.

Aunque ya estaba algo cansada, cuando llegamos a los bolos, le gané a Renzo, e incluso me mantuve despierta en el cine, quizás fue porque la película era muy buena.

A diferencia de la última vez, Renzo no alquiló una pista de hielo, sino una heladería en la

que se nos permitía atiborrarnos de helados y probar todo tipo de creaciones.

Era cierto que después de la cena y las palomitas en el cine, ya sentía mi estómago un poco pesado, pero ¿eso me impidió devorar mi peso en helado? No, no lo hizo.

—Ha sido la mejor supercita que he tenido hasta ahora —le dije feliz mientras caminaba junto a él—. Y, para ser sincera, la única —añadí pensativa.

La mayoría de los chicos de hoy en día, no te invitan a citas, sino a Netflix y Chill... Y por supuesto, quieren que tengas sexo desde la primera cita.

—Me alegro de haber sido yo quien te la diera —respondió él con una sonrisa satisfecha.

—Probablemente he engordado diez kilos hoy —dije, en parte divertida y en parte preocupada. Mañana definitivamente tenía que hacer una dieta.

—Entonces habrá más cosas que amaré de ti. —Renzo se encogió de hombros.

Mis ojos se abrieron de par en par en señal de sorpresa, que fue imitada por él segundos después, cuando cayó en cuenta de lo que había dicho.

—¡Quise decir que...! ¡Que me gustarán! —dijo inmediatamente con pánico y no pude evitar estallar en una risa dolorosa.

No sabía qué era lo que me hacía reír tanto. ¿Mi cansancio? ¿El choque del azúcar? ¿O porque las expresiones faciales de Renzo eran muy divertidas y las puntas de sus orejas estaban rojas?

La medianoche nos encontró en la terraza del ático de Renzo, envueltos en mantas, frente a una fogata que hizo con su parrillera. Él me había convencido de ir hasta su casa porque quería que viera lo que había conseguido, algo que yo siempre había deseado tener de niña.

Así que llevada por la curiosidad lo acompañé y vaya sorpresa cuando vi el telescopio en la terraza, me olvidé de todo y solo me concentré en el aparato. Esa noche parecía haberse vestido de gala para nosotros.

—¿Ves esa formación de estrellas? Ésa es la virgen y allí está el perro grande —me informó, sonriendo.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunté, asombrada.

—No lo sé. Yo sólo señalo las estrellas y digo tonterías —confesó con una sonrisa.

—Eres un tonto —le insulté, dándole una palmada en la parte superior del brazo en señal de diversión.

—Desde que estoy contigo, me temo que sí —se burló, riendo, antes de atraerme alegremente a sus brazos y apretar un beso en la parte superior de mi cabeza.

—Idiota —murmuré contra su pecho, lo que le divirtió aún más y me besó de nuevo.

Después de una hora decidimos entrar porque el fuego se había extinguido y estábamos algo cansados, había sido un día maravilloso, pero también largo y agotador. Yo usé el baño de visitas para darme una ducha, lavarme los dientes y ponerme el pijama que llevé, mientras Renzo iba al de su habitación para prepararse para dormir; sin embargo, él tenía otros planes.

Cuando salí lo vi sentado en el sillón, aunque parezca increíble, había puesto El Rey León, definitivamente este chico tenía una obsesión con esa película. Puse los ojos en blanco mientras caminaba hacia él y me tumbé a su lado; después de un rato Renzo se estaba quedando dormido. Sonreí para mis adentros mientras lo miraba y mi corazón comenzó a latir mucho más rápido, las mariposas regresaron a mi estómago y suspiré ante su imagen.

¿Podría alguien culparme por enamorarme de él?

Ciertamente, pero en ese momento poco me importaba, Renzo con sus detalles y su manera de ser había cambiado la percepción que tenía de él.

—¿Renzo? —le desperté suavemente.

—¿Hmm? —fue todo lo que dijo.

—Me he dado cuenta de que, la supercita ha válido por todas las que nos hacían falta.

—Mhm —murmuró, sin entender.

—Y yo dije que te besaría hasta nuestra décima cita —continué en un tono tímido.

Los ojos de Renzo se abrieron de golpe y empecé a reírme. En ese momento me recordaba a un niño que acababa de ganarse un chocolate.

—Estoy listo —dijo y se sentó, cargado de energía.

—Vale, cierra los ojos —le insté, sonriendo.

Cuando los cerró, me incliné hacia delante con una sonrisa y puse mis labios en su mejilla, la besé largamente y sonreír contra la piel suave y cálida.

—Tú eres más gilipollas que yo —se quejó, mirándome con el ceño fruncido.

Estaba a punto de alejarse cuando acuné su rostro con mis manos y lo atraje hacia mí, mientras lo miraba a los ojos. Él comprendió lo que haría y actuó con rapidez, tal vez creyendo que iba a arrepentirme o que le haría otra broma, me tomó de la cintura y me pegó a su cuerpo.

Entreabrió la boca y besó mi labio inferior, haciéndome probar el sabor de su aliento y de sus labios que era embriagante. Sentía la humedad de su boca y el roce cálido y reconfortante de sus labios que me invitaban a dejarlo conquistar mi boca, con un gemido entreabrí los labios y lo besé yo también.

Giró el rostro de forma que nuestras bocas se encontraron por completo; y pude sentir la profundidad de ese beso sin prisas, lento pero intenso, que me hizo sentir como si el tiempo se hubiera detenido. Una vez más gemí contra sus labios, mientras todo mi cuerpo temblaba y el corazón parecía estar a punto de saltar de mi pecho.

Renzo movió la mano que tenía en mi cintura para tomar mi mejilla, como yo tomaba su rostro. Eso me hizo separar los labios aún más. Entonces sentí su lengua saboreando mi boca y yo también saboreé con la mía sus labios. Eran deliciosos, suaves, cálidos y gruesos.

Lo escuché gemir muy levemente y me recorrió un escalofrío por toda la columna, provocando que también mi vientre bajo temblara. No sé cómo, pero acabé sentada a horcajadas sobre sus piernas y el beso se volvió más profundo e intenso. Lento, sugestivo, insinuante.

—Fresa... me encantas —susurró contra mis labios.

—Tú también a mí —confesé sin siquiera pensarlo, tenía la mente nublada por el deseo y el placer.

Él sonrió y retomó el beso una vez más, haciéndome temblar cada vez que su lengua rozaba la mía. Su respiración tibia y acompasada se mezclaba con la mía, sus húmedos labios en los míos, su lengua que me saboreaba, la mía que lo saboreaba a él; este beso se sintió como la gloria y se prolongó por largos minutos.

Cuando nos separamos con las respiraciones agitadas y nos miramos a los ojos, supe a qué se referían siempre los autores en sus libros cuando describían un beso como «mágico» o «electrizante», porque era exactamente lo que había sentido, así no dudé en repetirlo.

Capítulo 29

La necesidad de sentirlo en mi interior cada vez era mayor; sentía sus manos apretándome la espalda, acercándose cada vez más a él. Mientras nuestras caderas se movían acompasadamente en una danza que nos invitaba a dejarnos llevar por el deseo y la pasión.

Mi desesperación por tocar sus cálidos y poderosos músculos me llevó a quitarle a camiseta y lanzarla lejos, gemí satisfecha cuando sentí la dureza de sus hombros y de su pecho, eran mejor de cómo los había imaginado. Él me apretó con fuerza las nalgas, haciéndome jadear de asombro, pero también de placer y en respuesta comenzó a moverse para hacerme sentir su firme erección.

—Fresa... hacía semanas que me traías loco... imaginando con tenerte así —susurró mientras besaba y mordía ligeramente mi barbilla, enviando descargas de placer a todo mi cuerpo —. Dime que también me deseas.

—Te deseo... te deseo Renzo —confesé con la voz vibrando, mirándolo y sonrojándome.

Él volvió a besarme de la misma forma, así posesivo y furioso, como si quisiera meterse dentro de mi boca y yo lo dejé porque se sentía maravilloso. De pronto, lo sentí ponerse de pie, llevándome con él, lo que me sorprendió porque no era una chica liviana; sin embargo, me hizo sentir como si tuviera el peso de una pluma.

—Renzo espera... ¿A dónde me llevas? —pregunté, parpadeando con nerviosismo y con el corazón a punto de saltar de mi pecho, al ver que caminaba a las escaleras.

—No quiero follarte en ese sofá... Deseo hacerte el amor en mi habitación —respondió, mirándome a los ojos.

De repente sentí que entraba en pánico, no sabía cómo habíamos llegado a ese punto, se suponía que solo íbamos a besarnos, no que acabaríamos desnudos en una cama haciendo el amor. Aunque me había emocionado la manera en la que lo había dicho, no sabía si estaba lista para llevar nuestra relación al siguiente nivel.

La verdad, era que yo apenas contaba con destreza en el plano sexual, solo había tenido un novio en la preparatoria con quien viví mis primeras experiencias, y en la universidad un amigo con derecho con quien tuve algunos encuentros casuales era todo lo que podía contar, mientras que él había tenido una legión de mujeres.

—Grace... Fresa... mírame —me llamó, buscando mis ojos y suspiró—. Está bien si me dices que no quieres hacerlo ahora, esperaremos hasta que te sientas lista, sin presiones... Quiero que este momento sea especial para ti y que lo disfrutes —expresó con ternura.

—Yo... yo quiero que hagamos el amor esta noche —lo dije porque quise, porque lo deseaba y porque a mi edad tenía la madurez suficiente para decidir lo que hacía.

Renzo mostró una gran sonrisa, luego me besó con una ternura que alejó todos mis miedos y que reafirmó mi deseo de entregarme por completo. Le rodeé los hombros con mis brazos y lo besé de vuelta, queriendo que supiera que confiaba en él y que solo esperaba que no me rompiera el corazón.

Llegamos a la habitación y apenas me dio tiempo de mirar el decorado, porque él no dejaba de besarme y acariciarme. Lentamente me fue desnudando, aunque no era mucho lo que tenía que quitarme. Mi timidez no me dejó seguir su ejemplo, así que solo suspiraba y gemía con los ojos cerrados, sintiendo como mi piel se erizaba mientras las prendas abandonaban mi cuerpo.

—Eres tan hermosa —susurró, alejándose un poco para mirar con un ansia voraz, mi figura desnuda.

Sonreí sintiéndome de maravilla por su cumplido, le acaricié el rostro y lo besé con ternura en los labios, agradeciéndole que dijera eso. Renzo se quitó el pantalón de chándal, quedando completamente desnudo ante mis ojos, decir que tenía un cuerpo hermoso, sería quedarme corta, ese hombre era varonil, sensual... perfecto.

Se acercó a mí con una sonrisa arrogante, sabía que me había quedado embelesada con su figura, pero no hizo ningún comentario para molestarme; en lugar de ello, me rodeó con sus brazos y con una lluvia de apasionados besos, me llevó hasta la cama.

Me recostó con cuidado y luego buscó algo en el cajón de la mesa de noche, de reojo puede ver un paquetito plateado, eran preservativos; la imagen me hizo tragar convulsivamente, pero respiré hondo para relajarme. Renzo se posó sobre mí, lo hizo muy despacio al tiempo que sonreía para hacerme sentir confiada, entonces lo abracé, separando mis piernas y se acomodó entre ellas, al tiempo que apoyaba sus brazos a los lados de mi cabeza.

Nos miramos por un largo rato, como si quisiéramos ver dentro del otro, sonreíamos brindándonos besos lentos y excitantes que una vez más alimentaban nuestras ansias por unirnos. Él bajó despacio y comenzó a repartir besos húmedos en mis senos, haciéndome arquear la espalda en busca de más de esas sensaciones, mientras mis caderas se movían contra las suyas, provocando que nuestras intimidades se rozaran.

—Renzo... Renzo —su nombre salió de mis labios como una súplica, mientras me aferraba a su espalda.

—Vamos despacio, Fresa... quiero que esta noche nos dure mucho... me prometí que iba a hacerte el amor hasta el amanecer —susurró dejando que su aliento cubriera mis pezones húmedos por su saliva.

—Te necesito... te necesito ahora... ya —exigí, tirando de su cabello para que me viera a los ojos.

—Perfecto... voy a complacerte —murmuró contra mis labios, mirándome intensamente a los ojos.

Empezó a mover su cadera en un vaivén contra la mía; y aunque apenas se tocaban, sentí por dentro como si estuviera en mi interior, temblé y gemí con fuerza. Me aferré con las manos a su espalda y lo rodeé con mis piernas, sintiendo un calor abrasador en el vientre y una humedad que se deslizaba desde mi interior.

La sensación que me cubría el cuerpo era enloquecedora, ardiente, intensamente erótica, mientras se movía, haciéndome sentir la firmeza de su cuerpo contra el mío, mis senos desnudos contra su pecho firme y sólido. Sus labios entreabiertos sobre los míos me tenían casi hipnotizada, quería besarlos, morderlos, devorarlos por completo.

Los dos desnudos sobre la cama, en la posición en la que estábamos, con él moviéndose arriba de mí, era como si en verdad estuviésemos haciendo el amor; sin embargo, no llegaba a penetrarme todavía y deseé con todas mis fuerzas que él me poseyera con su cuerpo tan masculino, tan fuerte; seductor y viril. Quería que se adentrara en mí y me hiciera suya, y me mostrara entre sus brazos ese placer sexual que sabía era capaz de darme.

Lo necesitaba dentro de mí, así que dejando de lado el pudor, llevé mi mano hasta su pene y comencé a rozarlo, intentando atraerlo a mi interior. Renzo dejó escapar un gruñido al tiempo que temblaba, cerraba los ojos y tensaba la mandíbula, su expresión de placer me animó a darle mucho más y seguí masturbándolo.

Él no quiso quedarse atrás y comenzó a recorrer mi cuerpo hacia el sur, al mismo tiempo

que me besaba con una apabullante pasión. Llegó hasta el rincón más profundo de mi anatomía y un gemido lleno de sorpresa escapó de mi garganta, cuando sentí la invasión de su dedo que se abrió paso lentamente entre mis pliegues húmedos y calientes que de inmediato lo aprisionaron.

—Dios... será una locura estar dentro de ti —murmuró con su frente pegada a la mía.

—No nos hagás esperar más... Y llevamos a esa locura, ya quiero vivirla —pedí, besándole la mandíbula.

Renzo cedió ante mi petición, se movió para agarrar el preservativo, se puso de rodillas y sin perder tiempo se cubrió el pene, mientras yo le dedicaba una mirada ardiente y hambrienta. Porque sí, en ese momento quise tomar esa parte suya y llevarla hasta mi boca; sin embargo, había otra parte de mí que la necesitaba mucho más y se la ofrecí al separar mis piernas para él.

Lo recibí con un gemido que se prologaba a medida que entraba en mi cuerpo, haciéndome consciente de su gran tamaño que por un momento me hizo temblar, provocándome una leve punzada de dolor. Renzo debió notarlo porque se quedó quieto mientras me miraba, luego comenzó a darme suaves besos en el rostro, esperando a que me acostumbrara a su tamaño.

Me moví con suavidad para hacerle ver que estaba bien y que podíamos seguir, esta vez no sentía dolor, solo una leve presión que poco a poco fue reemplazada por la satisfacción del roce de nuestros sexos. Él tocó mis senos, volviendo a excitarlos, haciéndolos florecer de nuevo ante sus caricias, al tiempo que me besaba el cuello.

Volvió a embestirme, esta vez con mayor fuerza y mi respuesta fue una exclamación de placer que lo animó a entregarme toda su pasión, que como un torbellino me envolvió. Tomó mis manos y las puso encima de mi cabeza, entrelazando nuestros dedos y empujando dentro de mí, sin dejar de mirarme a los ojos.

Sentirlo besándome frenético con su lengua invasora, sentirlo tocándome posesivo con sus manos dominantes, tan masculinas, tan fuertes; sentirlo penetrándome sin descanso con eso que lo hacía hombre, imponente, fuerte y profundo; y que, por el momento, al menos mientras estuviera dentro de mí, lo hacía mío.

De esa manera nos dirigimos a un mundo donde no existía nada más que la satisfacción de envolver a nuestros cuerpos en un manto sudoroso, donde nuestros cuerpos danzaron al ritmo de la danza más primitiva jamás creada. Dónde, tomados de nuestras manos, alcanzamos la libertad y el firme reconocimiento de que estábamos ante algo maravilloso.



El día después de la supercita fue igual de genial, si no mejor. Renzo y yo estuvimos todo el día, acurrucados en la cama. Hablando, dándonos besos y haciendo el amor hasta que quedábamos sin fuerzas. Solo nos levantábamos cuando debíamos ir al baño o cuando nuestros estómagos nos exigían alimento.

Habíamos hecho el amor tantas veces que ya no sabía ni cuantas. Al principio llevaba la cuenta, pero la perdí en la sexta; tal vez porque luego de esa vez, tuve un orgasmo sólo con él besándome los senos y tocándome, así que no supe si debía contar esa como la séptima vez o si no contaba para nada, me confundí y perdí el hilo.

En ese momento estábamos hablando de nuestras infancias, de las travesuras que hacíamos y que enloquecían a nuestros padres, también de las mascotas que tuvimos. Él había tenido un hámster al que se llamó Gladiador; por mi parte, le dije que tuve una labradora que era tan traviesa como yo y se llamaba Lucy.

—¿Qué querías ser de pequeño? —le pregunté.

Me puse de lado para poder mirarlo. Él se giró quedando de lado también mientras me veía.

—Rey —dijo sin dudar, lo que me hizo reír.

—¿Tú? —preguntó, sonriendo.

—Princesa —tuve que admitir con una sonrisa—. Pero no quería ser una princesa normal a los seis años. No, yo quería ser una princesa guerrera que montaba un Pegaso y destruía a los villanos malvados con el poder del arco iris —expliqué, sonriéndole.

—Si realmente viviéramos en un mundo de ensueño, te habría convertido en mi reina —dijo con una sonrisa.

—Por encima de mi cadáver. En mi mente, no se necesitaban hombres y los bebés estaban hechos de algodón de azúcar —respondí con seriedad.

—Eras una niña extraña —me insultó, riendo.

—¡Oye! Sólo tuve una vívida imaginación. Pero Lorena dijo que eras un niño extraño —me burlé de él.

Estaba a punto de negarlo, pero sonrió cambiando de opinión. Acarició mi cabello y me dio un beso en la nariz.

—Es cierto —suspiró y su mirada se perdió—. Pero yo estaba..., ¿cómo que estaba? Todavía estoy acostado... espera que viene... ¡Dary! ¡Legendario! —citó Barney Stinson de Cómo conocí a vuestra madre.

—Siempre supe que Barney era tu modelo por seguir.

—Dime... ¿también te has acostado con más de doscientas treinta y seis mujeres? —pregunté.

—¿Esto es una trampa? —preguntó con desconfianza.

—No... —mentí, porque sí lo era.

—Es una trampa. Has adoptado el mismo tono que usa Lorena cada vez que le tiende una trampa a Lorenzo —dijo con una sonrisa. Suspiró y acarició una vez más mi cabello—. No quiero mentirte empezando nuestra relación. Me he acostado con muchas mujeres, Fresa. Y por mucho, quiero decir mucho, pero ¿doscientas? No, no soy tan promiscuo. Aunque, si no te hubiera conocido, seguro que lo habría hecho en algún momento... —dijo pensativo, lo que me hizo alzar las cejas de forma crítica.

—Bien, Uno: sólo estamos saliendo, esto no es una relación formal todavía. Dos: Ya sabía que eras un mujeriego, así que eso no me sorprende y tres...

Cogí una almohada en la mano y le golpeé en la cara con todas mis fuerzas, lo que no pareció hacerle daño porque empezó a reírse. Me cogió de la mano y me atrajo hacia su pecho, provocando que nuestras pieles desnudas se chocaran y que una electrizante sensación me recorriera, haciendo que liberara un sonoro jadeo.

—Odio que tengas que enterarte así, pero que hiciéramos el amor ya lo selló. Tú, Grace Williams, eres ahora oficialmente mi novia —dijo con picardía, abrazándome tan fuerte que apenas podía moverme.

—No me digas que hice un pacto con el diablo cuando te entregué mi cuerpo —exhalé, juguetonamente angustiada, y tuve que reprimir mi sonrisa.

—No me llamaría a mí mismo el diablo, pero debo decir que a menudo he escuchado de las mujeres «eres el diablo, Renzo Santoro, ¡no quiero volver a verte!» —dijo con una sonrisa—. ¡Ay! ¿Por qué me muerdes? —gritó un momento después y me soltó.

—Iba a golpearlo de nuevo con la almohada, pero desgraciadamente, no podía moverme, así que tuve que recurrir a ese método —expliqué con una sonrisa falsa.

—Dios... ¿por qué mi novia tiene que ser tan agresiva? —fingió hablar consigo mismo.

—Dios... ¿por qué Renzo cree que soy su novia? —le imité, lo que esta vez me valió un golpe con una almohada.

Yo también empecé a reírme, antes de devolverle el ataque y nos vimos envueltos en una pelea de almohadas, que acabó con los dos haciendo el amor una vez más. Nuestros encuentros eran cada vez más intensos y excitantes, comenzábamos a descubrir lo que nos gustaba, cómo acariciarnos y besarnos, cómo complacerlos para llegar más alto cada vez que el orgasmo nos envolvía.



Alrededor de las siete de la tarde, le pedí a Renzo que me llevara a mi apartamento, accedió de mala gala, pues deseaba que me quedara esa noche a dormir con él. Sin embargo, necesita de mis cosas, estar en un lugar que me fuera conocido; sobre todo, necesitaba poner en orden mis sentimientos, lo que no haría teniéndolo cerca.

—Muchas gracias por traerme —dije una vez que me abrió la puerta y luego me ofreció su mano para bajar.

—Me hubiese gustado más no hacerlo —refunfuñó.

—Ya te dije que necesito descansar o mañana no rendiré en el trabajo y tenemos muchas cosas pendientes.

—Podías haber descansado en mi ático.

—¿Lo dices en serio, Renzo Santoro? —pregunté riendo con incredulidad al escuchar eso.

Él sonrió a sabiendas de que no lo haríamos, porque solo una mirada, una sonrisa, un beso o un roce nos llevaba a hacer el amor; era algo a lo que no podíamos resistirnos. Me rodeó con sus brazos y me acercó a él para luego atrapar mis labios en un beso lento que poco a poco se fue haciendo más intenso y acabó por adueñarse de mi boca por completo, haciéndome temblar y gemir.

—Te veré mañana. Sé puntual, que ahora seas mi novia no significa que puedas llegar tarde al trabajo —me dijo una vez que nuestras bocas se separaron.

—Le prometo que seré puntual, querido jefe —dije poniendo los ojos en blanco, divertida.

Luego le di un beso rápido y escapé hacia el edificio, antes de cambiar de opinión. Al entrar en mi piso me encontré con una sorpresa de la que podría haber prescindido. Aaron y Julianne me estaban esperando y me miraron con suspicacia, mientras sonreían.

—Te vimos besar a tu jefe desde la ventana —me aclaró Julianne con los brazos cruzados.

—Sí... Vaya coche que tiene. ¿Puedes preguntarle si puedo conducirlo algún día? —dijo Aaron entusiasmado.

Solté un suspiro cargado de cansancio. ¿Por qué todos piensan que estaba bien presentarse en mi piso sin avisar? Me arrepiento de haberle dado la llave a Julianne.

—Enhorabuena por tener tan buena capacidad de observación. ¿Tengo que preguntarte qué hacían en la ventana? —Cambié de tema discretamente.

—Hay un gato en la ventana de la casa de enfrente y es tan gordo que su cuerpo parece una tortita cuando se tumba —explicó Aaron claramente emocionado.

—Espera, querida Grace... Ya sé lo que pretendes... intentas distraernos del verdadero problema —me llamó la atención Julianne, chasqueando los dedos.

—¿Y cuál era el tema real? —planteé estúpidamente.

—¡Que Renzo y tú se besaron! ¡Y con lengua! —contestó ella con un gesto de disgusto.

—Oh... eso... Sí, bueno supongo que de alguna manera estamos juntos ahora... —dije con incertidumbre.

—¿Significa eso que podré conducir su coche alguna vez? —preguntó Aaron, una vez más.

—¡Dios mío, Dios mío! —fue todo lo que dijo Julianne al principio, antes de empezar a chillar y saltar a mis brazos—. ¡Felicidades! Eso significa que no morirás sola, qué maravilloso —me felicitó, abrazándome muy fuerte.

—Vale... volvamos al coche —intervino Aaron.

Sin duda, esa iba a ser una noche larga...

Capítulo 30

Ayer me había dormido con una sonrisa luego de leer un mensaje de Renzo y me había despertado con el mismo gesto adornando mi cara, cuando vi que me había escrito para darme los buenos días. ¿Qué hacía despierto a las cinco de la mañana? ¿Será que no había conseguido dormir? Me pregunté intrigada.

Entonces recordé que alguna vez me dijo que se entrenaba en el gimnasio por las mañanas, por eso tenía ese cuerpo tan fuerte y musculoso. Definitivamente, yo nunca podría hacer algo como eso, no sacrificaría mis horas de sueño para hacer ejercicio.

Me levanté de buen humor, caminé hasta mi armario y busqué una de las faldas que mejor me quedaba, pues se amoldaba perfectamente a mis curvas, también una blusa blanca de escote profundo que hacía lucir mis senos de manera provocativa y una chaqueta de sastre para darle un toque ejecutivo a mi atuendo.

Entré al baño y solo me llevó unos minutos darme una ducha, pues la noche anterior me había lavado el cabello y Julianne lo había alisado para que luciera más brillante. Cuando me miré al espejo me sentí satisfecha con mi apariencia; en verdad, lucía radiante y tal vez se debía al hecho de que dentro de poco vería a Renzo.

Como estaba bien de tiempo, decidí ir caminando hasta la torre, pasé por el café de mi jefe y cuando llegué a la oficina lo puse en el escritorio, él no había llegado, así que tendría de tiempo para hacer mi trabajo.

Justo cuando estaba a punto de sentarme, algo me agarró por el tobillo, sobresaltándome. El corazón casi se me salió del pecho y empecé a chillar mientras intentaba apartar lo que sea que me sujetaba, dando patadas de pánico y me alejé tan rápido como pude.

De pronto escuché la risa de Renzo y juro que tuve ganas de matarlo; por fin salió de su escondite, que estaba debajo del escritorio, y se rio un poco más.

—¡Maldito gilipollas! —le reclamé con rabia y le di un puñetazo en el pecho—. Casi me muero del susto. ¿Qué clase de adulto hace eso? —continué, aturdida.

Intenté que mi pulso volviera a la normalidad con respiraciones profundas, llevándome la mano al pecho que subía y bajaba debido a mi respiración errática.

—Este —respondió, sonriendo con orgullo.

Me atrajo hacia él cogiéndome por la cintura para besarme, pero conseguí apartar la cabeza a tiempo para que lo hiciera en la mejilla y comencé a zafarme.

—No, estoy enfadada —dije con firmeza.

Realmente tuve que controlarme para no saltarle al cuello y comérmelo a besos. Se veía muy lindo cuando imitaba la mirada de cachorro.

—Vamos, Fresa... Sólo era una broma —se defendió con voz quejumbrosa.

—Sin embargo, no me pareció divertido.

Era la oportunidad perfecta para darle un poco de su propia medicina y que aprendiera a no jugarse así. Me abrazó y enterró su cabeza en el hueco de mi cuello, dándome pequeños besos que me hacían temblar.

—Por favor... he tenido que esperar trece horas y treinta y seis minutos para recibir otro beso —murmuró contra mi cuello.

—Mala suerte —fingí con obstinación.

Suspiró dramáticamente, soplando aire en mi nuca, lo que me hizo reír. ¿Qué puedo decir? Sólo tenía cosquillas...

—¿Acabas de reírte? —Levantó la vista, divertido.

—¿No? —negué avergonzada.

—Qué bonito, la pequeña Grace acaba de reírse —bromeó, acariciando mi mejilla.

Lógicamente, esto provocó mi mirada asesina porque no lo iba a dejar salirse con la suya tan rápido. Sin embargo, mi gesto le hizo sonreír a su vez y acercarse para atrapar mi boca en un beso. Pero no lo consiguió porque justo en ese momento, mi teléfono móvil empezó a sonar, lo que me sirvió como excusa para salir de sus brazos y poder contestar.

Sin embargo, este plan fue desbaratado por Renzo, que me tiró hacia atrás con un rápido movimiento y se inclinó hacia delante, con la esperanza de conseguir un beso, pero rápidamente me puse la mano delante de la boca y me besó el dorso de la mano. Me eché a reír por la cara de perplejidad que puso.

—Me estás torturando literalmente, Fresa —se quejó melodramáticamente.

—Ese era el plan para hacerle pagar por lo que hizo, jefe —dije, sonriendo y al fin pude contestar—. Hola Megan. —Era a quien estaba en la otra línea.

—No hay tiempo para «holas». ¿Hay algo que quieras decirme? —exigió en un tono que oscilaba entre la agitación, la suspicacia y la alegría.

—Hmm... no lo sé, ¿qué debo decirte? —me hice la tonta, aunque sólo podía aludir a una cosa.

—Hmm... No sé, ¿quizás que lo tuyo con Renzo ya es oficial? —casi gritó en el auricular, lo que me hizo reír.

—Oh... eso, ¿cómo te enteraste? —dije con la mayor calma posible, como si no fuera gran cosa.

Mientras hablaba, Renzo se acercó a mí y trató de besarme de nuevo, pero lo detuve poniendo mi mano sobre su boca una vez más, sin poder ocultar la diversión en mi mirada. Resopló molesto y se dio por vencido.

—Renzo llamó ayer a Alessandro y se lo dijo. Si hubiese esperado por ti, probablemente no me habría enterado de nada —dijo Megan con amargura.

—Lo siento, pero he estado ocupada.

—Ya lo imagino —dijo con picardía.

—¿Qué ha dicho? —pregunté, curiosa y divertida al mismo tiempo.

Renzo ya se había sentado en la silla de su despacho, era evidente que se sentía frustrado, pero estaba bien porque eso le enseñaría a ser más maduro.

—Se reía al teléfono como una colegiala, diciendo cosas como «por fin estamos juntos» y «tengo la novia más guapa de todo el mundo» —exageró Megan.

Incluso imitó su voz al contar la historia, que honestamente no sonaba para nada como Renzo. Sin embargo, me reí con diversión y le seguí el juego, o quizá era mi corazón que deseaba creer en esas palabras.

—Aunque eso tengo que negarlo. Alessandro tiene la novia y futura esposa más hermosa del mundo —continuó, con una sonrisa evidente.

—Oh, vaya, Renzo debe haberse contagiado de ti —bromeé, mientras lo miraba concentrado en su ordenador.

Ella se echó a reír mientras Renzo me miraba confundido. Le di un rápido beso al aire y le guiñé un ojo, lo que hizo que él frunciera el ceño y desviara la mirada.

—¿Oye Meg? Tengo que colgar. Te llamaré más tarde, ¿vale? —le dije porque si no me

tendría allí por horas.

—De acuerdo, hablamos después.

Después de colgar la llamada, corrí hacia mi novio y me senté en su regazo, rodeándole el cuello con mis brazos, de verdad deseaba besarlo, pero no podía ceder.

—¿En serio? —preguntó divertido.

—Eh... Sí... Puede que no consigas un beso, pero eso no significa que no me vaya a sentar en tu regazo —respondí con las cejas levantadas.

—Tomaré lo que pueda —dijo con una sonrisa antes de rodear mi cintura con sus brazos—. ¿Me dan al menos un beso en la mejilla? —preguntó esperanzado.

—Seguramente no. Vi el episodio de Hannah Montana en el que Rico decía lo mismo y de repente giraba la cabeza para que le diera en la boca —dije desafiante.

Sin embargo, a Renzo le hizo menos gracia, ya que soltó un suave «joder» antes de plantarme un pequeño beso en el hombro.

—Así que... Hablemos del hecho de que ayer después de dejarme en casa, llamaste a tu hermano para contarle lo nuestro y te expresaste como un colegial enamorado —empecé con un tono provocador.

—Mejor hablemos del correo electrónico que recibí de Julianne en el que me felicitaba por lo nuestro, pero también me amenazaba con varios métodos de tortura si alguna vez te rompía el corazón. Incluso envió una foto adjunta en la que aparecía sosteniendo un machete de juguete —replicó con las cejas levantadas.

Mierda... Al menos no tenía un machete de verdad, porque eso no acabaría bien.

—Deberías eliminar tu dirección de correo electrónico de la página web de la empresa —le sugerí, aunque ya era demasiado tarde.

Julianne tenía ahora pleno acceso a la mensajería de Renzo, el pobre ya tenía mis condolencias....

Capítulo 31

¿Era creíble afirmar que Renzo, además de ser un amante extraordinario, tierno y generoso, también se había convertido en mi mejor amigo en una semana?

Creíble o no, era la verdad.

Me había prestado toda su atención durante la semana, sorprendiéndome con detalles como flores, chocolates y hasta me regaló una cabrita de peluche. En la oficina había trabajado a la par conmigo, lo que era realmente increíble. También me había recogido todos los días y me había llevado de nuevo a casa.

Se acurrucaba conmigo en el sillón para ver películas; por suerte, no todas eran animadas, ya que eran su obsesión. Comenzaba a creer que él no había tenido una infancia como la de los otros chicos, pues a momentos actuaba de manera muy infantil, aunque debía confesar que me encantaba esa parte de su personalidad.

Llenó mi despensa de bocadillos y la nevera de helado para disfrutar de esos momentos frente a la televisión. Ni siquiera me había dejado comenzar la dieta, pero no podía quejarme porque en las noches hacíamos un cardio muy intenso, así que suponía que eso compensaba de cierto modo, las calorías que consumíamos.

Cuando me desperté el sábado por la mañana, lo primero que hice fue mirar a mi novio, que dormía a mi lado. Estaba bocarriba y su pecho desnudo era un verdadero espectáculo, pero lo que realmente atrajo mi atención fue su erección matutina.

Me mordí el labio inferior mientras una idea se cruzaba por mi cabeza; hasta el momento, él me había dado sexo oral varias veces y había sido maravilloso. Sin embargo, yo no lo había hecho porque no me sentía con la suficiente experiencia como para deslumbrarlo, lo que era difícil pues estaba segura de que había estado con mujeres con mucha destreza en ese aspecto.

Cerré los ojos y recreé en mi cabeza la imagen de lo que podía hacerle, enseguida el deseo se encendió en mi interior y me dio el valor que me faltaba para llevar a cabo eso que anhelaba. Despacio metí la mano por debajo de la sábana hasta alcanzar su miembro grueso, tenso y caliente, que tembló al rozarlo, lo que me animó a continuar masajeándolo, Renzo gimió y yo sonreí.

Sin darle más vueltas, me metí debajo de la sábana y me puse justo en medio de sus piernas, dejando mi rostro muy cerca de su altiva erección. Primero dejé que mi aliento lo cubriera y después pasé mi lengua muy despacio, humedeciendo su aterciopelada piel hasta alcanzar el glande, que palpitó contra mis labios.

—Fresa... ¡Oh, Fresa! —murmuré, despertando de su sueño, al tiempo que alzaba las caderas—. Sí... así... bésame así —habló él entrecortado.

Sabía que estaba actuando correctamente al ver como el cuerpo de Renzo se estremecía bajo mis caricias, eso me llenó de seguridad y quise probarlo.

—¿Cómo quieres que lo haga? —miré hacia arriba y me percaté que el rostro de su estaba en tensión.

—Como mejor te... plazca, pero quiero verte hacerlo —respondió con la voz ronca y lanzó lejos la sábana.

Me sentí algo nerviosa al estar así expuesta, pero ver la lujuria en su mirada mientras recorría mi cuerpo desnudo, liberó una parte de mí que no conocía. Abrí la boca y me adueñé de

aquella parte de su anatomía que tanto placer me había dado en las pasadas noches.

Mientras devora sin inhibiciones su poderoso miembro, disfrutando de sus gemidos ronc, su calor, su sabor salobre y sus temblores; sentí cómo Renzo envolvía sus dedos entre mi cabello, instándome a no parar, así que apresuré el ritmo y lo llevé casi al fondo de mi garganta.

—No puedo... —dejó libre un grito casi agónico.

—¿Qué no puedes? —Levanté la mirada para descubrir si había hecho algo mal.

—¡Soportarlo más...! —exclamó, temblando.

—¿Qué quieres entonces? —pregunté desconcertada.

—Estar dentro de ti —suplicó, mirándose.

Sonreí satisfecha de haberlo llevado a ese punto, luego me incorporé, sin alejar mis manos de su virilidad y le di un par de toques de labios, antes de sentarme a horcajadas sobre su vientre, viéndolo a los ojos, tomé sus manos y las acomodé en mis senos.

En nuestro poco tiempo juntos, había aprendido que eso lo volvía loco, y era precisamente lo que quería, volverlo loco, que me deseara, que me estrujara fuerte con esas manos grandes y masculinas, que me hiciera suya. Dejó una mano en mis senos, apretándolos como me fascinaba; y la otra la apoyó en uno de mis muslos para levantarme. Le ayudé a su anatomía a acoplarse con la mía y cuando sentimos el contacto los dos temblamos.

—¡Renzo! —grité de placer, cuando lo sentí hundirse por completo en mi sexo húmedo y caliente.

Se movió como sólo él sabía hacerlo y su cuerpo entraba en el mío profundo y rudo, invasor, hondo; tan adentro que no sentía nada más.

—¿Te gusta? —preguntó, jadeando con voz ronca.

—Me encanta —respondí de inmediato.

Tenía los ojos cerrados y me movía ayudada por él, sintiendo los vaivenes de su cuerpo debajo del mío. Cada vez iba más rápido y llegaba más profundo, causándome una sensación maravillosa y dolorosa a la vez.

—Repíte eso —pidió, empujando con fuerza.

Que alguien les diga a los hombres que cuando se dan de esta forma, pueden también pedir lo que sea. Su exigencia me excitó mucho más, así que apoyé mis manos en las suyas que estaban en mis caderas y comencé a moverme hacia delante y hacia atrás, haciéndolo gemir.

—¡Me encanta! —exclamé, empujando a contra golpe, mientras sentía mi cuerpo en llamas—. ¡Me encanta! ¡Me vuelvo loca! ¡Más! ¡Dame más, Renzo!

Él me complació tomando mi cadera con fuerza y me jaló hacia abajo para que nada pudiera separarnos, luego empezó a moverse todavía con más furia. No dejaba de moverse adentro de mí, haciendo rebotar en cada embestida, mis caderas, mis muslos y también mis senos.

—Mírame —exigió con la voz más profunda y gutural—. Abre los ojos y mírame, Grace.

Yo tenía los ojos cerrados y hasta eso se me había olvidado, era tanto el placer que casi me había hecho olvidar mi nombre. Los abrí encontrándome con la visión de su torso desnudo, fuerte, recio, sus labios sensuales, entreabiertos con su lengua que se asomaba inquieta y húmeda. Sus ojos entrecerrados fijos en mis senos, en mi vientre, en mi mirada.

Todo eso me llevó tan alto que no podía soportarlo ni un minuto más. Me acerqué a sus labios y los besé, mordiéndolos hasta que lo escuché gemir en mi boca.

—Te quiero encima de mí —jadeé, temblando.

Renzo giró sin perder tiempo, tumbándose de espaldas, luego se arrodilló en la cama, separando mis piernas al extremo y tomó con sus manos enormes mis caderas; las jaló hacia él y empezó a embestirme una y otra vez, más rápido y más adentro. Con la mirada fija en mis senos,

se mordió ligeramente los labios y después asomó un poco su lengua como si saboreara esa parte de mi cuerpo a la distancia.

—¡Más! —grité a punto de estallar—. ¡Más!

Él lo hizo, de rodillas entre mis piernas abiertas, empujó muchas veces, tan adentro, tan hondo y fuerte que me volvía loca. Empecé a gritar cada vez más fuerte, y era como un aliciente para él, que lo hacía embestirme enloquecido, sin darme tregua, mientras un orgasmo enorme crecía en mi interior.

Gemí largamente, mientras él daba un último empuje que me lanzó muy alto; también se dejó ir, gimiendo y temblando dentro de mí. Segundos después cayó rendido a mi costado; completamente exhausto y con una sonrisa que hizo que yo también sonriera, feliz y satisfecha.

Me deleité con su desnudez, era un hombre magnífico, con un cuerpo alargado, masculino y fuerte; pero en ese momento no me inspiró el menor mal pensamiento, tenía los instintos por completo saciados.

—Buenos días —le saludé absolutamente extasiada de pura delicia y apreté mis labios contra los suyos.

—Buenos días —dijo con una voz rasposa matutina, que fue como música para mis oídos.

Me incliné y le besé esta vez con más suavidad. Me rodeó con sus brazos y me devolvió el beso con la misma ternura, haciéndome sentir tan especial... Y amada.

—¿Podemos quedarnos en la cama todo el día? —murmuró entre mis cabellos y luego me besó la parte superior de la cabeza.

—Aunque eso suena genial, no es posible. Todavía tengo que comprarle a Meg un regalo de boda —respondí mientras dibujaba corazones en su cuerpo desnudo con el dedo. Se estremeció brevemente bajo el contacto y pude ver cómo sus tetillas se endurecían.

—Está bien —suspiró, pero no hizo ningún esfuerzo por soltarme; por el contrario, me apretó más.

—Renzo Santoro, eres realmente insaciable, será mejor que nos levantemos o se nos hará tarde.

—Mira quien lo dice, la mujer que me despertó para que tuviera sexo desenfrenado con ella —fingió que se quejaba, pero seguía acariciándome la espalda.

—Bien, lo admito... tampoco puedo saciarme de ti, pero entre más rápido cumplamos con los pendientes, más rápido volveremos aquí y podremos hacer el amor.

—Viéndolo de esa manera, será mejor darnos prisa entonces —dijo con determinación.

Saltó de la cama y me tomó por la cintura para ponerme sobre su hombro y llevarme con él hasta el baño. No hace falta decir que mientras nos duchábamos, intentó hacerme el amor de nuevo. Sin embargo, reuniendo toda mi fuerza de voluntad logré resistirme, aunque igual tuve que prometerle que esa noche nos quedaríamos en su ático, donde nos esperaba una gran bañera.

Una hora después estábamos en un pequeño café y nos sentamos en una mesa para dos. El camarero se acercó con una brillante sonrisa y yo le devolví la sonrisa de forma amistosa.

—¿Qué puedo ofrecerte? —preguntó, mirándome.

—Una magdalena de arándanos y un latte macchiato, por favor —hice mi pedido.

—¿Y a usted? —Miró con desinterés a Renzo, y sólo le dedicó una sonrisa forzada.

—Un mocaccino, con una baguette de tomate y mozzarella. Por favor.

—De acuerdo, ahora mismo —dijo de nuevo con una encantadora sonrisa dirigida a mí.

Era evidente que prefería la clientela femenina, que la masculina. La mandíbula de Renzo estaba tensa mientras lanzaba una mirada mortal al camarero.

Eso me hizo sonreír, pero no comenté nada para no molestarlo. Mientras esperábamos la

comida, recibí un mensaje de Megan, lo leí con una sonrisa.

«Kelsey ya tiene listo su vestido de dama de honor, sólo tienes que probarte el tuyo para que la costurera le haga los ajustes necesarios.»

Le respondí de inmediato, porque sabía que los preparativos comenzaban a hacerla sentir ansiosa.

«No te preocupes, estaremos allí el próximo fin de semana. Besos»

Cuando llegó la comida, había una pequeña nota en mi plato junto a la magdalena de arándanos, lo que me causó confusión. Perpleja, la tomé en la mano para ver lo que decía, pero antes de que pudiera desdoblar la nota, Renzo me la arrebató literalmente, la hizo una bola y se la lanzó al camarero, que estaba atendiendo otra mesa.

—¡Renzo! —le regañé en tono bajo.

Pero ni siquiera le importó, ya que había golpeado al camarero en la nuca y ahora sonreía con suficiencia. El hombre miró perplejo a su alrededor, frotándose la cabeza, se volvió hacia nosotros y sus ojos finalmente se cruzaron con los de Renzo.

Mi novio sonrió provocativamente, se inclinó sobre la mesa y me dio un beso apasionado en la boca. Satisfecho consigo mismo por haber dejado claro que yo era suya; finalmente se comió su baguette mientras el camarero se quedaba con la cara roja. Involuntariamente comencé a sonreír, aunque esta situación había sido más que infantil.

—Por lo menos tus bolas de papel son mejores que tus aviones —me burlé de él con las cejas levantadas.

—Mi puño es aún mejor, pero no quería hacer un escándalo en público. —Renzo se encogió de hombros con indiferencia.

No se me ocurrió ninguna respuesta, así que empecé a comer con diversión.

En cuanto Renzo y yo entramos en la tienda de Victoria's Secret, todas las miradas de las mujeres se fijaron en él. Supe de inmediato que había sido una mala idea ir con él, pero necesitaba un regalo para Megan.

¿No podría ser un poco menos atractivo?

Le dirigí a cada uno una mirada que decía «si no apartas la vista ahora mismo, te voy a meter la ropa interior por la garganta hasta que te atragantes.»

Muchos miraron hacia otro lado, mostrándose avergonzadas, pero algunas me ignoraron y siguieron devorándolo con los ojos, a pesar de que íbamos tomados de la mano. Renzo parecía muy divertido con la situación, porque empezó a reírse a mi lado.

—¿Por qué te ríes? —le pregunté en tono de perra.

—Te ves demasiado linda cuando estás celosa. — Sonrió y me pellizcó la mejilla.

Le miré con cara de «¿hablas en serio?» con lo que me apretó las mejillas para que pareciera un pez y me dio un beso tierno en los labios.

—Te espero fuera, quiero ir a la tienda de Nike. Pasa por delante de la entrada cuando hayas terminado.

Asentí, sonriéndole y salió de la tienda.

Después de buscar durante un buen rato, finalmente me decidí por un espray corporal Very Sexy, la loción corporal a juego, el pijama de seda y la lencería sexy. Sorprendentemente, terminé antes que Renzo, así que caminé de prisa a la tienda de Nike donde él se estaba probando zapatillas.

—Fresa, ¿qué te parecen? —pidió mi opinión.

—Sí, están bien —respondí, sonriendo.

No era de las que les gustaban las zapatillas, aunque podía apreciar cuando alguien llevaba unas bonitas. Mientras él se probaba otro par, yo me entretenía mirando las fotos que nos habíamos tomado.

Capítulo 32

—Así que todo encaja en la parte inferior, sólo lo quiero un poco más ajustado en la parte superior —le expliqué a la costurera, que estuvo de acuerdo y modeló el vestido hasta que se ajustó.

—Vale, quítate el vestido con cuidado y empezaré enseguida —me pidió amablemente.

—Kelsey y tú se verán muy guapas —me felicitó Megan con entusiasmo, lo que me hizo sonreír.

Hasta ahora, todo iba bien con la planificación de la boda y, aunque la boda se celebraría dentro de dos meses, no había señales de estrés en ella. Divertida, bajé a la cocina mientras Megan seguía hablando con la modista. Lorena había creado una sala para la planificación de la boda en la villa, para no tener que salir de casa.

Me detuve frente a la puerta de la cocina. Lorena y Renzo estaban sentados en la mesa y parecían tener una conversación seria. No podían verme porque estaban de espaldas, abrí la boca para saludarlos, pero entonces ella dijo algo que me hizo guardar silencio.

—Es mejor que le cuentes toda la verdad. No lo alargues tanto —dijo Lorena con un tono maternal.

Renzo había enterrado la cara entre las manos y asintió un par de veces, parecía muy angustiado, lo que me extrañó mucho pues había estado de buen humor durante el viaje, hasta habíamos tenido sexo en el auto.

—Lo sé, pero no es tan fácil —dijo estresado y se pasó la mano por el pelo, mientras miraba hacia la ventana.

¿Qué demonios estaba pasando? La preocupación surgió en mí y decidí que ya había escuchado suficiente. Si estaba pasando algo no quería enterarme de esa manera sino escucharlo directamente de Renzo, por si consideraba oportuno hablarme de sus problemas.

—Ya estoy lista —les informé, fingiendo que acababa de unirme a ellos.

Renzo se volvió para mirarme y sonrió ligeramente, pero no era una sonrisa feliz, no llegaba hasta su mirada y seguía estando tenso. Lo que sea que le estaba molestando tenía que ser algo malo.

De pronto comencé a sentir como si tuviera una roca en el estómago. La angustia me crispó los nervios y lo miré a los ojos en busca de respuesta, pero él solo rehuyó mi mirada, preocupándome aún más.

—Bien, ¿nos vamos ya? Tengo otra sorpresa para ti —dijo, y esta vez su sonrisa adquirió una nota más alegre.

—Claro... Nos vemos, Lorena —respondí, todavía con una sensación de inquietud.

Sin embargo, intenté disimular y me despedí de ella con besos y abrazos; también lo hice de Megan que justo en ese momento se unía a nosotras. Subimos al auto y emprendimos el camino de regreso, Renzo puso la lista de reproducción que habíamos creados, dejando de lado todas aquellas canciones que solo hablaban de sexo; bueno solo puse un par que me gustaban mucho.

Mientras avanzábamos por las calles sin tráfico, recordé la escena que había visto en la cocina, de inmediato mi cabeza se llenó de posibles teorías sobre lo que podía estar sucediendo, pero todas me parecían muy absurdas. Necesitaba saber qué preocupaba a mi novio.

—¿Estás bien, fresa?... Te noto muy callada.

La voz de Renzo interrumpió mis pensamientos, haciendo que me sobresaltara. Había puesto su mano en mi pierna y me acariciaba lentamente.

—Sí, sólo estoy... tratando de adivinar cuál es la sorpresa —mentí, forzando una sonrisa en mis labios.

Quería decirle que había escuchado su conversación con Lorena y que alcancé a oír que algo le preocupaba. Pero él empezó a sonreír y a cantar, mientras movía su cuerpo al ritmo de Calm Down de Selena Gomez y Rema. Se veía tan sexy que olvidé toda la incertidumbre que sentía y solo me dediqué a disfrutar de ese momento junto a él; ya después buscaría la manera de averiguar todo.

En adelante el trayecto estuvo más animado, cantábamos, reíamos, nos besábamos y acariciábamos. Después de estar un par de horas en la carretera, no reconocía el camino, sólo se veía granjas, así que junté las cejas mientras me volvía para verlo.

—Por favor, no me digas que vamos a ordeñar vacas en alguna granja —expresé mi aprensión.

—No, no te preocupes. Llegaremos pronto y no tiene nada que ver con vacas —me aseguré y exhalé aliviada.

Minutos después entrábamos por un camino de tierra que llevaba a una granja, nos estacionamos y bajamos, yo seguía desconcertada, no podía ni imaginar qué hacíamos en ese lugar. Renzo me ofreció su mano con una sonrisa y caminamos hacia la casona de estilo campestre; apenas habíamos puesto un pie en el pórtico cuando una mujer mayor nos recibió con una cálida sonrisa.

—¡Qué maravilla! Por fin llegó la pareja. Soy Margaret, pero puedes llamarme Maggy —se dirigió a mí con entusiasmo, envolviéndome en un inesperado abrazo—. Me alegro mucho de que estés aquí.

—Renzo, sabes a dónde ir, ¿no? —preguntó con una sonrisa cómplice.

—Claro. —Él asintió con una sonrisa amistosa.

—Bien, tengo algo en el horno, así que estaré dentro. Avísenme si necesitan algo —nos informé.

—No te preocupes, estaremos bien —la despedí.

—Esa una dama muy amable —dije, cada vez más curiosa; sobre todo cuando él se puso detrás de mí.

—Me temo que tengo que vendarte los ojos —me informó antes de atar una cinta alrededor de mis ojos.

—¿Es necesario? —pregunté porque no me gustaba andar a ciegas, me daba algo de pánico.

—Sí, confía en mí —respondió y puso las manos en mi cintura para guiarme.

Ni siquiera tuve que ver lo que teníamos delante, porque ya los había escuchado. Mi mano se fue a la boca y tuve que controlarme para no gritar. Renzo me quitó la venda y mis sospechas se confirmaron, tenía a seis cachorros de labrador delante de mí.

—¡Dios mío! —chillé encantada e inmediatamente me arrodillé para acariciar a los cachorros.

Así era como me imaginaba el paraíso. No sabía por dónde empezar, quería abrazar a todos, incluido a Renzo, que también se sentó en el suelo y jugó con los perros. Cuando me aseguré de que había abrazado a cada uno al menos dos veces, fue el turno de mi novio. Me senté en su regazo y lo abracé con fuerza.

—¡Gracias, gracias, gracias! Me encantan —dije extasiada, repartiendo besos por toda su cara, lo que le hizo reír—. Eres el mejor novio que cualquiera podría desear —le dije y le abracé

de nuevo.

—Dígame algo que no sepa ya —dijo con arrogancia, pero después me dedicó una cálida sonrisa y me besó.

—No podrías haber respondido con «Y tú eres la mejor novia que cualquiera podría pedir», ¿verdad? —cuestioné con una ceja arqueada.

—Para qué decirte algo que ya sabes —me besó de nuevo, apretándome las mejillas con malicia.

Lentamente me separé de él y me volví una vez más hacia los cachorros. Ellos merecían mi amor más que mi engreído novio.

Después de unas dos horas, Renzo tuvo que apartarme literalmente de los perros para mostrarme su otra sorpresa. Cambiamos el establo lleno de cachorros de labrador por una manta de picnic en un prado.

Todavía con una sonrisa radiante, comí algunos sándwiches, fruta y agua mineral; me extrañó un poco que él no comiera, e incluso parecía algo nervioso. Comprendí la razón cuando sacó una pequeña caja del bolsillo de su pantalón. Con las cejas levantadas, miré primero la caja y luego a él. Sus mejillas se sonrojaron ligeramente y tuve que recomponerme para no pellizcar una.

Me entregó el estuche y lo recibí con dedos temblorosos, cuando lo abrí, me quedé literalmente boquiabierta. En la caja había un collar dorado con dos colgantes de corazón entrelazados. Lo saqué con cuidado y lágrimas de alegría llenaron involuntariamente mis ojos.

Dios, ¿primero los cachorros y ahora este collar? Una chica sólo podía emocionarse ante tantos detalles.

—¿Te gusta? —preguntó Renzo con incertidumbre, rascándose ligeramente la nuca.

—No, lloro porque es fea —respondí con sarcasmo mientras las primeras lágrimas rodaban por mi cara.

—Ven aquí, te lo pondré. —Sonrió aliviado.

Me giré de espaldas a él, con suavidad apartó mi cabello y me puso la cadena. Después de cerrarla, me dio un suave beso en el omóplato tan largo y sutil que me hizo suspirar. Me volví para poder agradecerle.

—Gracias... Gracias por hacerme tan feliz —me sinceré con una pequeña sonrisa y los ojos vidriosos antes de posar mis labios sobre los suyos.

Capítulo 33

—Renzo, nadie normal celebra aniversarios de un mes de novios —me quejé mientras mi maravilloso novio me llevaba con los ojos vendados a mi propio piso.

—Pues nosotros sí... Además, no somos normales, somos extraordinarios —dijo con arrogancia.

—Touché —admití, sonriendo.

Me quitó la venda de los ojos y lo que vi fue realmente impresionante. Había decorado el piso con pétalos de rosa que desprendía un exquisito aroma y velas blancas, que iluminaban tenuemente todo el salón de mi piso.

—¿Quién iba a decir que Renzo Santoro era un chico romántico? —me pregunté más para mí.

—Y por romántico, espero que te refieras al mejor y más guapo, Fresa —me corrigió con suficiencia.

—Realmente eres la definición de arrogancia —dije y sacudí la cabeza con una sonrisa.

—Nunca lo he negado —admitió, parándose detrás de mí y rodeándome la cintura con los brazos, al tiempo que me daba un beso en el hombro—. Feliz mes de noviazgo.

—¿Este es tu plan para llevarme a la cama? —me hice eco con las cejas levantadas.

—Yo... solo quise hacer algo especial... —dijo con una timidez que solo había visto en él dos veces.

—Te lo agradezco muchísimo, me encantó, Renzo... Y te digo algo más. —Me acerqué a su oreja—. No necesitas hacer nada de esto para llevarme a la cama, porque yo siempre estoy deseándote —confesé, sonrojada.

—Me alegra mucho escuchar eso —dijo, sonriendo y me dio la vuelta para besarme en los labios con pasión.

Renzo me fue desnudando lentamente, primero me quitó el abrigo y lo lanzó sobre el sillón, luego se dedicó a soltar los botones de mi blusa gris, revelando el bonito y sexy brasier que me había puesto para él, pues sabía que pasaríamos la noche juntos. Yo gemía arqueando mi cuello para que lo besara con total libertad, mientras acariciaba su fuerte espalda, rindiéndome a su poder de seducción y al arte de sus caricias.

Después de un momento, me animé a participar y comencé a desvestirlo también, quitándole la elegante gabardina, para luego encargarme de su chaqueta que dejé caer y seguí con el chaleco. Me encantaba cuando se vestía con esos trajes de tres piezas que lo hacían ver tan sofisticado; como todo un caballero poderoso, sensual e inteligente, el tipo de hombres que me enloquecía.

Renzo me besó con tal intensidad que parecía estar a punto de devorar mi lengua y mis labios, reclamándolos como suyos, haciéndome perder por completo la cabeza. Me envolvió con sus brazos para pegarme a él, mis manos se posaron sobre mi pecho, sintiendo el calor de su cuerpo a través de la delgada tela de su camisa.

Sin perder tiempo deshojé todos los botones para exponer su pecho y mis manos lo acariciaron con ansias, un gemido lleno de placer salió de su garganta y se estrelló contra mi boca, animándome a darle más. Bajé mi mano hasta su cinturón y con rapidez lo abrí, hice lo mismo con el botón y la cremallera de su pantalón.

Sin embargo, antes de que pudiera bajarlo por completo, Renzo me tomó en brazos y me acostó sobre la alfombra cubierta de pétalos con mucho cuidado, mientras me miraba a los ojos. Luego se inclinó sobre mí y su boca se apoderó de uno de mis senos; succionándolo y mordisqueándolo hasta hacerme enloquecer.

Después me liberó de su tortura por un segundo, para apoderarse de mi otro seno; su boca se cerró contra mi piel rosada, aprisionándola hasta hacerme sollozar de pura necesidad. Luego comenzó el camino por mi vientre tembloroso, hasta posarse justo frente a mi sexo que palpitaba desesperado por sentirlo.

Arqué mi espalda cuando sentí su lengua acariciar lentamente mis pliegues húmedos, un temblor me recorrió todo el cuerpo y cerré los ojos con fuerza al tiempo que soltaba una exclamación de placer. Mis dedos se perdieron en su cabello, alborotándolo e instándolo a que no parara, a que se quedara justo en mi rincón más íntimo y que lo saboreara con mayor intensidad.

—Renzo... Renzo... Renzo... —supliqué, moviendo mi cabeza mientras temblores me atravesaban con tanta fuerza que sentía que me terminarían rompiendo.

—Podría besarte así por horas... tu sexo es tan delicioso, húmedo, caliente... me enloqueces, Fresa —murmuró con la voz tan ronca que apenas la reconocí.

Sus palabras hicieron que mi cuerpo estallara en un orgasmo tan poderoso como abrumador, ni siquiera fui consciente de las cosas que dije en medio de éxtasis, pero debí haberlo hecho, porque al regresar mi garganta ardía. Tal vez solo había gritado de placer, quizás fueron jadeos y gemidos; o, a lo mejor le había confesado que estaba perdidamente enamorada de él.

Me sentí aliviada al ver que Renzo me sonreía igual que siempre, con la misma complicidad que había construido, así que no había motivo para preocuparme por haberle hecho alguna confesión sobre lo que sentía. Lo recibí con una gran sonrisa, mientras separaba mis piernas para él, deseando tenerlo en mi interior; un segundo nos uníamos para darle riendas sueltas a la pasión, en esa danza sensual y maravillosa que nos llevaría una vez más hasta la cumbre del placer.

∞∞∞∞

Al día siguiente invité a Aaron y Julianne, a mi casa para cenar pizzas y cervezas, así como para charlar un poco. Era la primera vez en semanas que Renzo no se quedaba a dormir conmigo, había tenido que viajar a último momento a Chicago por algo de trabajo; así que aproveché para compartir con mis amigos, a quienes tenía un poco abandonados.

—No te lo vas a creer, Grace, ¡pero Cody me ha sonreído hoy! —me dijo Julianne emocionada.

—Después de saludarnos a Castiel y a mí y de que tú tropezaras delante de él, se rio brevemente —corrigió Aaron sobre ella, lo que le valió un puñetazo en el hombro.

—Traté de olvidar esa parte. Gracias por recordármelo, cabeza de chorlito —lo regañó antes de tomar un trozo de pizza y darle un mordisco.

—Vale... Pero al menos ahora es consciente de tu existencia —intenté animarla.

—Sabía de mi existencia —dijo con amargura.

—Sí, como la rubia que siempre lo mira con cara de tonta enamorada —intervino Aaron, divertido, ganándose así otro puño en el hombro.

—Espera, ya llegará el momento en que me invite a salir. Mi aura de frialdad es difícil de

resistir —se jactó.

Aaron y yo le dedicamos una sonrisa enfática y decidimos no molestarla más con ese tema. Aunque era agradable que fuera tan optimista, a veces parecía que vivía su propia realidad alterna con respecto a Cody.

Me encantaría emparejarla con otra persona con la que tuviera más posibilidades, pero temía que nadie pudiera ocupar el lugar de Cody tan fácilmente, porque mi amiga estaba obsesionada. Aunque, realmente no conocía a muchos chicos, mis únicos amigos eran Julianne, Aaron y la familia de mi novio.

—Y Aaron, ¿cómo está tu situación amorosa? —pregunté con curiosidad.

—Se ha acostado con casi todas las chicas del campus —respondió Julianne por él.

—No exageres. No me he acostado con casi todas. Sólo me he enrollado con algunas —se defendió, lo que no le sirvió de mucho.

—Realmente no entiendo cómo puedes seguir siendo popular —dijo Julianne sacudiendo la cabeza.

—Soy honesto y trato a todas las chicas como un caballero —reveló su secreto—. También ayuda el hecho de que soy muy atractivo —añadió, sonriendo.

—La verdad... es que no lo eres mucho. —Julianne golpeó su ego para vengarse.

—Oh, vamos, te acostarías conmigo si no fuéramos mejores amigos —aseguró de inmediato.

—¡Por supuesto que no! —gritó y en ese momento realmente pensé que Julianne iba a vomitar sobre la mesa.

—Oh, de acuerdo, si crees que soy tan malo, ¿por qué tenemos ese trato de que si seguimos solteros cuando tengamos cuarenta años, nos casaremos? —argumentó Aaron enfadado.

—Amigo, si sigo soltera a los cuarenta, entonces no puedo ser exigente; además, la mayoría de los matrimonios ya no tienen sexo a esa edad —rebatí Julianne, alzando la barbilla.

—Si tú lo dices... —Aaron se encogió de hombros con indiferencia—. La verdad, no sé por qué estoy discutiendo sobre esto. Quiero decir, que sólo me acostaría contigo por encima de mi cadáver —dijo divertido, lo que hizo que Julianne inspirara bruscamente.

—Eres un gilipollas —dijo, roja de la rabia.

—Puede que a veces lo sea, pero la cosa entre nosotros es que yo te agarro el pelo cuando vomitas, tú eructas en mi cara y viceversa. Aúllas delante de mí mientras te orinas encima. Una vez tuve que encerar tus piernas velludas después del invierno porque no podías hacerlo por ti misma. Y después de todo eso, no puede quedar ninguna tensión o deseo sexual —explicó y su punto pareció bastante lógico.

—Tienes razón. —Julianne asintió, comprendiendo su punto, mientras yo fruncía el ceño en señal de disgusto.

—Saben, estoy muy feliz de no ser parte de esta extraña amistad entre ustedes. A veces me ponía celosa porque yo también quería tener ese tipo de conexión, pero ahora doy gracias a los dioses por no haber llegado nunca tan lejos —informé a mis amigos con angustia.

—Vaya, todo lo que he oído son celos, Grace —respondió Julianne con las cejas levantadas.

—Sí, celos porque ni con tu novio eres tan unida, como lo somos nosotros —añadió Aaron con arrogancia.

Después de esas palabras, ambos aplaudieron y luego chocaron sus manos, mientras yo me daba una palmada en la frente con la mano, porque no entendía cómo podía tener por amigos a un par de locos.

Capítulo 34

—Renzo nadie normal celebra dos meses de noviazgo —me quejé mientras mi maravilloso novio me llevaba con los ojos vendados a su ático esta vez.

—Recuerda lo que te dije antes, no somos personas normales, somos extraordinarios —repitió las palabras que también había pronunciado al cumplir un mes.

—Touché —respondí, divertida.

Me dio un beso en el cuello que me hizo estremecer y a él sonreír; luego me quitó la venda con cuidado, y lo que vi fue de nuevo impresionante. Había decorado el piso con luces de navidad y guirnaldas de flores que colgaban de una columna a otra, mientras de fondo sonaba una música suave en un tocadiscos.

—Tengo vino y lasaña —me informó con una sonrisa.

—Y si nos saltamos directamente al postre —sugerí con una sonrisa coqueta y me quité la blusa.

—No vas a creer lo mucho que te quiero —dijo, tomándome de la cintura para pegarme a él.

—¿Te refieres a lo mucho que te gusto? —pregunté insegura, pero él negó con una sonrisa.

Le miré sorprendida, era la primera vez que me decía que me quería sin sustituirlo rápidamente por un «me gustas». Mi corazón se desbocó y empecé a temblar.

—No... Me refiero a lo mucho que te quiero, Grace —respondió con seguridad, tomando mi mano entre las suyas con una sonrisa y me besó en dorso al tiempo que me miraba a los ojos.

Inconscientemente, contuve la respiración mientras mis piernas se convertían literalmente en pudín, tuve que sujetarme de sus brazos para no terminar en el suelo. Había esperado tanto por esas palabras que no podía creer que al fin las hubiese escuchado, mi corazón cantó de felicidad, al fin era libre de expresar mis sentimientos hacia él, sin el temor a ser rechazada.

—Yo también te quiero —respondí finalmente con una sonrisa en los labios.

Nos abrazamos muy fuerte, emocionados ante nuestras declaraciones, comenzamos a besarlos y la pasión era más poderosa esta vez, porque ahora sabíamos que el amor que sentíamos era mutuo. Sus manos tocaron la piel desnuda de mis piernas, subiendo hasta posarse en mis muslos y un jadeo salió de su garganta al sentir la delicada tela de mi braga.

Sonreí con satisfacción al ver su reacción, la había comprado precisamente para seducirlo. Renzo supo que eso era invitación y se lanzó a poseerme en ese instante. Sus dedos encontraron mi centro húmedo y comenzó a jugar con mi clítoris, mientras sus labios besaban, chupaban y mordían mi boca. Introdujo un dedo en mi interior, haciéndome gemir de placer.

Su boca comenzó a besar la piel nívea de mis hombros descubiertos y siguieron el camino de mi pecho, con la otra mano bajó un tirante y mi seno quedó al descubierto, temblé ante la imagen de él succionando con fuerza mi pezón, era tan erótico y excitante.

Un sonido gutural escapó de mi garganta, y mis manos se perdieron en su cabello al tiempo que sentía cómo mordisqueaba y saboreaba mi pezón erecto. Su otra mano, dejó de jugar con mi intimidad y que ya estaba preparada para recibirlo y bajó el otro tirante.

—Renzo... me estás volviendo loca —confesé, sintiendo que era capaz de darme un orgasmo solo así.

—Y apenas estoy comenzado, Fresa —murmuró contra mis labios, dejando ver en su

mirada que hablaba muy enserio, esa noche me volvería loca de placer.

Se alejó un poco de mí para ver mis senos excitados y luego los aprisionó con sus poderosas manos, haciéndome jadear por esa mezcla de placer y dolor que me había provocado. Mi mirada se oscureció y mis labios temblaron cuando apretó mis pezones con sus pulgares, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás.

—Te deseo tanto, Grace... no puedo esperar para hacerte el amor —dijo con la voz ronca.

—Yo también te deseo... Te deseo... y te quiero —Sonreí porque se sentía bien poder decirlo.

—Vamos a la habitación... Te amaré toda la noche.

Puso sus manos en mis glúteos y me elevó para llevarme cargada, yo me estremecí al notar su erección cuando su cuerpo se pegó al mío. Abrazándome subió las escaleras y llevó hasta la cama que nos esperaba, lista para recibir nuestros cuerpos ardientes.

Con delicadeza me dejó sobre la manta, luego se incorporó para quitarse la chaqueta y la corbata; yo no quise permanecer allí sin hacer nada, así que con manos temblorosas le abrí los botones de la camisa para desnudarlo sin perder tiempo.

Glorioso, me mostró su erección en todo su esplendor, después se inclinó sobre mí y con una lentitud casi comenzó a bajar el cierre de mi vestido, y cuando vio mi cuerpo apenas cubierto por un pequeño triángulo de encaje negro, se volvió loco.

En un solo movimiento, me lo quitó y lo miró con una sonrisa lujuriosa durante unos segundos, para después llevarlo a su nariz e inspirar con fuerza. Juro que estuve a punto de estallar de placer cuando lo vio hacer eso, la lujuria se apoderó de mi ser y lo agarré por los hombros para que me cubriera con su cuerpo y entrara en mí.

Nuestros cuerpos se tocaron a lo largo y a lo ancho. Nuestras piernas se entrelazaron en aquel juego amoroso mientras las bocas jugaban a un solo ritmo, dando y recibiendo placer. Nuestras manos temblorosas se deslizaron por nuestras pieles sudorosas hasta que no pudimos postergar por más tiempo lo inevitable.

Nuestras miradas se encontraron, reconociendo el sentimiento de amor que nos unía y finalmente se hundió en mí, llegando tan profundo que me hizo jadear y temblar. Me aferré a su espalda con mis brazos mientras mordía ligeramente su hombro, al sentir como su grueso miembro se deslizaba en mi interior, a veces con secuencias rápidas y en otras más despacio.

Me envolvió con sus brazos y hundí su rostro en mi cuello, podía sentir su respiración caliente y acelerada, los besos que a momento dejaba caer allí o en mi hombro. Pero fueron sus palabras de amor susurradas, las que hicieron que emocionaron de tal manera, que ya no pude seguir conteniendo lo que sentía y mi orgasmo estalló con una fuerza que nunca había sentido.

Renzo no tardó en acompañarme, tensando todos sus músculos explotó, expulsando y derramando su semilla dentro de mi cuerpo que seguía estremeciéndose entre sus brazos. Por unos segundos nuestras miradas se encontraron, perdiéndonos en la profundidad de ellas y alargando ese momento sublime.

∞∞∞∞∞

—La ceremonia de la boda tendrá lugar en la iglesia a la 13:30. Después habrá una recepción con champán. A continuación, nos dirigiremos al lugar real, donde cenaremos y bailaremos a las 16:00 horas. Por la tarde, a partir de las 19:00, se cortará la tarta —repitió Megan el programa de la boda.

La única respuesta fue un gruñido molesto por nuestra parte. Habíamos vuelto a la villa durante el fin de semana para que Megan pudiera discutir los últimos detalles con nosotros. Pero habíamos escuchado toda la planeación por décima vez.

—Amiga, cállate ya —vino de Kelsey, que se había recostado en el sofá, molesta.

Alessandro se rio un poco, lo que provocó que Megan le lanzara el bolígrafo.

—¡Maldita sea, Princesa! —maldijo sobándose donde la punta lo había herido.

Megan le mostró el dedo corazón, pero él le respondió con una sonrisa encantadora. Sacudí la cabeza con una sonrisa, los dos eran muy cómplices, me gustaba esa relación que tenían, aunque la mía con Renzo no estaba mal, no solo éramos parejas, también éramos amigos y un buen equipo de trabajo; por que sí, lo había enseñado a colaborar en todo lo de la oficina.

—Siento aburriros, pero todo tiene que salir perfecto, así que continuamos... Alessandro será el primero en ser escoltado a la ceremonia por Lorenzo, luego vendrán Lorena y Matteo, después Jay y Kelsey, seguidos de Renzo y Grace. No olvidéis que tenéis que enlazar los brazos y que cuando estéis delante, las chicas se pondrán a la derecha y los chicos a la izquierda. Cuando todo el mundo esté listo, Scott y Logan me acompañarán al altar. —Megan suspiró al terminar.

—Lo tenemos e incluso practicamos, así que tranquila —habló Renzo molesto e impaciente.

Llevábamos dos horas queriendo regresar a Nueva York, pero Megan tuvo que volver a repasar todo con detalle porque según ella, sentía que algo se le olvidaba.

—Cállate y no olvides que tienes que estar aquí unos días antes —contestó ella, poco impresionada.

—Sí, sí —se sacudió Renzo con un gesto de la mano antes de tomar la mía y llevarme fuera del salón.

—¡Chicos, nos vemos en tres semanas! —les dije y les saludé hasta que estuvimos en el pasillo.

—Esperen... Renzo, olvidé decirte algo, puedes acompañarme un momento, por favor... —dijo Lorena, mirándolo de manera insistente.

—¿No podemos hablarlo por teléfono? Ya vamos tarde —intentó zafarse de esa conversación.

—No, debe ser ahora, vamos... —le exigió y luego se volvió para mirarme—. Cariño, no tardamos, si quieres puedes ir al auto y esperarlo allí —dijo con una sonrisa.

Era evidente que ella no deseaba que escuchara la conversación, no voy a negar que eso me molesto, pero intenté mostrarme casual y salí para subirme al auto. Solo pasaron pocos minutos cuando lo vi salir por la puerta, su semblante había cambiado por completo y desde momento todo fue cuesta abajo.

Renzo no habló durante la mayor parte del viaje en coche, aparentemente iba concentrado en la carretera, pero yo sabía que no era así. Algo lo atormentaba y yo estaba cada vez más desesperada por descubrir qué era; sin embargo, no tenía el valor de encararlo y preguntarle directamente lo que era, simplemente me dediqué a esperar a que él estuviera listo para contármelo.

Capítulo 35

Los días siguientes me evitó todo lo posible o sólo me daba respuestas cortas cuando le preguntaba si todo estaba bien. Se excusaba en que teníamos mucho trabajo, que también algunas obligaciones con su familia, pero yo sabía que eran mentiras, o al menos la parte del trabajo, porque no habíamos tenido más flujo que el habitual.

Mis temores se acrecentaban cada día, pensaba que a lo mejor se había cansado de mí, que luego de obtener lo que deseaba, iba a dejarme como lo había hecho con todas las demás. Y todo eso lo confirmé cuando una noche me llevó hasta mi casa, me miró como si quisiera decirme algo importante, pero luego desistió, me besó y se despidió de mí sin siquiera acompañarme a la puerta del edificio.

Esa noche no conseguí dormir, la pasé llorando y recriminándome por haber sido tan estúpida, por entregarme por completo a un mujeriego consumado. Necesitaba acabar con esta incertidumbre, había tenido suficiente, ya no podía jugar a ser paciente con él y dejar el tema de lado solo para respetar su espacio.

Entré con decisión en su despacho y me incliné hacia delante con las dos manos sobre la mesa.

—¿Qué demonios está pasando?! —pregunté, haciendo que se estremeciera del susto.

—Grace no ahora —respondió con cansancio.

—¡Oh, sí, ahora! Algo te está molestando y como tu novia es mi deber saberlo... ayudarte si es que necesito hacerlo —dije con obstinación.

—Es que no sé si querrás seguir siendo mi novia después de contarte todo, o incluso mirarme —habló y mi corazón se detuvo por un momento.

Lo primero que pensé fue que me había engañado, mi corazón se rompió y mis ojos se llenaron de lágrimas, pero en lugar de salir corriendo como un animal herido, me volví una fiera y lo enfrenté.

—¿Cómo se llama ella?! —pregunté con enfado en lugar de con ansiedad.

—Fresa no te he engañado —respondió, perplejo.

—¿Qué es entonces? —dije con los brazos cruzados.

—¿Podemos hablar de ello esta noche? Te prometo que te lo contaré todo —me pidió, mirándome a los ojos.

Asentí con la cabeza, sin saber a qué se refería con «todo». Pero presentía que debía ser algo grave, no sólo porque me había ignorado durante los últimos días, sino porque me había enviado a casa justo después, aunque eso significara que tenía que hacer todo el trabajo solo.

Pasé el resto del día, confundida, preocupada y con una punzada en el pecho que se hacía peor con cada hora que pasaba. Intenté distraerme con alguna película o serie, pero fue imposible, todo lo que tenía en la cabeza eran las palabras de Renzo diciéndome que no querría seguir siendo su novia.

Al final de la tarde, me di un baño de agua caliente para relajarme porque estaba muy tensa, me puse un pijama cómodo y me senté en el salón a esperar a mi novio. El baño no me había servido de mucho, estaba tan nerviosa, que rasqué la etiqueta de mi botella de agua y miré incesantemente el reloj.

Cuando Renzo entró, con la llave que había recuperado gracias a una apuesta, su expresión parecía que acababa de volver de la guerra en la que había estado en el bando perdedor.

—Hola —me saludó con una sonrisa forzada y se sentó frente a mí tras quitarse la chaqueta.

—Hola —le devolví el saludo. Estaba muy ansiosa así que hablé sin perder tiempo—. Bien, te escucho —comencé tras un momento de silencio.

Así que empezó a contar todo el pasado de su familia, que por supuesto, también lo incluía a él, con cada revelación que hacía, mi mente parecía que iba a explotar. Aunque trataba de ser comprensiva, no era fácil enterarte de que tu novio había pertenecido a la mafia y que todo lo que su familia había conseguido fue mediante negocios ilegales, venta de narcóticos y lavado de dinero.

—¿Me estás diciendo que tú y tus hermanos formaban parte de la mafia, eran líderes de una banda de criminales y que todo lo que tienen es producto de eso? —pregunté, incrédula y confusa al mismo tiempo.

Todo eso ya me lo había dicho, pero necesitaba que me lo confirmara para saber que no había entendido mal. En ese momento sentía que mi cerebro no podía procesar toda la información y debía explicarme con peras y manzanas; o tal vez era que no deseaba creerle.

—Sí, así es... fue un negocio heredado de nuestro abuelo a nuestro padre y de este a Alessandro... —explicó mirándome a los ojos—. Los hermanos de Megan también eran líderes de otra pandilla, pero más pequeña... La cuestión es que Scott mató a un miembro de nuestra banda... Y cómo represalia por su crimen, Alessandro fue hasta su casa para darle una lección, pero conoció a Megan y le aseguró que no matarían a sus hermanos si ella se iba con él... Con el pasar de los días se enamoraron y ahora se van a casarse, pero nuestras familias no están del todo bien, todavía hay mucha desconfianza hacia Logan y Scott —a partir de ahí sólo divagué.

¿En qué me había metido, por favor? ¿Esto era una broma de mal gusto? Sí, debía serlo, tenía que serlo.

—Pero todo eso pertenece al pasado, Fresa. Nos hemos retirado desde que tenemos la empresa. No hacemos nada ilegal y la banda está completamente desintegrada. Algunos miembros siguen trabajando para nosotros, pero eso es sólo por seguridad. Somos gente honesta que sólo hace trabajo honesto ahora. Tienes que creerme —casi suplicó, mirándome desesperadamente.

Asentí ligeramente mientras sus palabras se repetían en mi cabeza como un bucle continuo. Después se hizo un silencio tan pesado que podía oír la sangre en mis oídos, mientras mi corazón latía con esfuerzo, lo sentía como si estuviese aprisionado en una jaula; tenía tantas emociones que no sabía cómo explicarlas.

No supe cuánto tiempo estuvimos sentados así, yo sumida en mis pensamientos, tratando de ordenarlos y de entender, mientras Renzo miraba avergonzado el suelo. Quizás fueron unos segundos, quizás unos minutos o incluso horas. No tenía ni idea de cuándo decidí hacer la pregunta, pero cuando por fin reuní el valor y busqué sus ojos, el tiempo pareció detenerse literalmente.

—¿Has... has matado a alguien?

Sus ojos marrones se encontraron con los míos, pero enseguida los desvió y su pierna izquierda se golpeó nerviosamente hacia arriba y hacia abajo. El sudor era visible en sus sienes y tragó convulsivamente antes de apretar la mandíbula con fuerza; la tensión que ya existía aumentó desmesuradamente, de modo que podría haberla cortado con un cuchillo.

—¿Mataste a alguien? —repetí la pregunta, esta vez en tono firme.

Su mirada se volvió suplicante y esa fue la única respuesta que obtuve y la única que

necesitaba.

—Vete —hablé todavía con un tono de voz firme.

—Grace... por favor... —Me miró brevemente con dolor en los ojos e intentó agarrarme de las manos.

—¡Solo vete! —grité sintiendo que mi pecho iba a explotar, me puse de pie y caminé hacia la puerta.

Él se quedó mirándome un rato, pero al ver que mantenía mi decisión de echarlo de allí, tomó su chaqueta y salió del piso. Apenas cerró la puerta tras de sí, me derrumbé en mi interior y mi mundo parecía hundirse bajo mis pies, mientras mi cerebro aún no podía comprenderlo del todo.

Mi corazón comenzó a doler terriblemente y las lágrimas corrían por mis mejillas de forma continua, casi imparable. Desearía no haber preguntado nunca, desearía que él jamás me hubiese hablado de su pasado, seguir creyendo que solo era un hombre arrogante y mujeriego, no que era un criminal.

Ni siquiera supe cuánto tiempo pasé tirada junto a la puerta, con la mirada perdida en algún punto, con el corazón y la mente echo un caos. Las lágrimas ya se habían agotado, y por dentro sentía que me había quedado vacía, pero estaba segura de que habrían más, que cada vez que recordara todo lo que había vivido con Renzo, las lágrimas llegarían y me desbordarían de nuevo.

¿Cómo se debía reaccionar ante una revelación como esa? ¿Qué posibilidades había de que algo así me ocurriera precisamente a mí de entre todas las personas? ¿Por qué tuve que enamorarme de Renzo Santoro?

En algún momento, de la madrugada me sentía tan agotada que lo único que deseaba era dejar de pensar, ya me dolía la cabeza, así que decidí irme a la cama. Tenía la esperanza de levantarme por la mañana y que todo esto no hubiera ocurrido, que solo fuese una pesadilla; sin embargo, eso sería demasiado bueno para ser verdad.

Mi despertador sonó después de una noche de insomnio, así que lo apagué y me giré hacia mi otro lado. Dejaría mi trabajo no podía regresar a ese lugar después de lo que me había enterado.

La expresión suplicante de Renzo se había grabado a fuego en mi mente y se reproducía en mis pensamientos todo el tiempo; apreté los ojos con fuerza, pero la imagen no desaparecía. Casi como un zombi, me levanté hacia el mediodía; no había comido desde ayer por la mañana y, sin embargo, no tenía hambre.

En el pasillo, cuando me dirigía a la cocina para prepararme un café, vi algo que brillaba sobre la barra. Era su llave de mi piso. Mi labio inferior empezó a temblar y de nuevo se me formaron lágrimas en los ojos, que traté de ignorar, pero terminaron venciéndome y no pude hacer más que dejarme caer en el piso mientras mi cuerpo se convulsionaba por los sollozos.

∞∞∞∞

Estaba sentada en el sillón, con la mirada perdida en la pantalla negra de la televisión, cuando la puerta de mi piso se abrió y Aaron entró corriendo en el salón.

—¡Mierda! —se sobresaltó—. ¿Qué haces aquí? —me preguntó perplejo, agarrándose el pecho.

—Aquí vivo —respondí monótonamente.

—¿No deberías estar en el trabajo? —preguntó, rebuscando en un cajón hasta encontrar los condones y sacar dos—. ¿Estás bien? —preguntó después de que me mirara mejor y se diera cuenta de mi estado.

Apenas me preguntó si estaba bien y mis glándulas lagrimales comenzaron a desbordarse. Me miró un momento, sorprendido, antes de guardarse los condones y sentarse conmigo. Me abrazó y me acarició el pelo.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó ansioso, a lo que yo negué ligeramente con la cabeza, no me sentía lista para hacerlo—. Bien, porque no tengo ganas de llorar contigo —bromeó y durante mis sollozos se me escapó una pequeña risa que me hizo doler la garganta.

Me acarició la espalda de arriba abajo y me abrazó hasta que me calmé, y entonces me dedicó una sonrisa triste mientras ladeaba la cabeza para verme.

—Tengo una idea de cómo podríamos animarte —dijo antes de sacar los dos condones de su bolsillo.

Automáticamente, contorsioné mi cara en un gesto de disgusto, no podía creer que él estuviese pensando que me animaría, acostándonos. Además, jamás haría algo como eso, todavía tenía una relación con Renzo, que quizá terminaría la próxima vez que lo viera, pero hasta entonces le sería fiel.

—Así no —dijo inmediatamente como si pudiera leer mi mente—. Ponemos un poco de crema o jabón blanco y lo ponemos en la cama de Julianne —explicó, sonriendo.

Tuve que sonreír un poco, aunque era evidente que me resultaba difícil hacer otra cosa que no fuera llorar, pero su idea me causó gracia; sin embargo, hacerle maldades a mi amiga no iba a aliviar mi tristeza.

—Lo siento, pero no estoy en condiciones de hacerlo —le informé con voz ronca.

—No tienes que hacer nada. Puedes ver cómo lo hago y luego ver cómo me grita Julianne. Es divertido ser solo una testigo —trató de convencerme.

—Te lo agradezco, pero realmente, no estoy para bromas. Prefiero estar sola —respondí con tristeza.

—Vale. —Asintió en señal de comprensión—. Si necesitas algo, siempre puedes llamar —se ofreció.

Asentí agradecida y recibí otro pequeño beso en la sien, acompañado de una sonrisa, antes que se levantara.

—¿Aaron? —Estaba a punto de irse.

—¿Sí? —Se dio la vuelta con una mirada interrogante.

—¿Lo haces a menudo? ¿Vienes a mi piso a robar condones? —pregunté, pero mi voz no alcanzaba a ser ni siquiera un reproche.

—Sólo cuando estoy en la zona y no tengo ninguno. La mayoría de las veces, las chicas con las que salgo están en el campus —respondió con una sonrisa.

—Eres incorregible. —Sacudí la cabeza, ligeramente divertida, luego pensé en algo—. Oh, ¿y puedes por favor no contarle esto a Julianne? —le pregunté con una mirada mortificada. Necesitaba tiempo a solas para entender realmente lo que estaba pasando.

—Tranquila, te guardaré el secreto... Intenta descansar, te ves agotada —dijo con cariño y salió.

Eso significaba que podría tener otro día antes de que Julianne irrumpiera en el piso para colmarme de amor, pero también de cientos de preguntas.

Cuando Aaron se fue, me obligué a comer algo, debía estar bien y ser fuerte. Además, tampoco era para tanto, sólo llevábamos dos meses juntos, no debería hacer tanto drama. Sin

embargo, hice y lloré en mis fideos.

Capítulo 36

Exhausta, me miré en el espejo del baño. Mis ojos estaban rojos e hinchados, mi nariz se parecía a la del reno Rudolf y el color del resto de mi cara combinaba perfectamente con mi pared blanca.

Inspiré y espiré profundamente para comprobar que seguía viva, porque me sentía como si estuviese en el limbo. De pronto, mi mirada fue atraída por la cadena de oro que llevaba al cuello y sentí ganas de llorar, pero luché contra esa emoción y puse los ojos en blanco.

—Uf, joder —me quejé mientras intentaba quitarme la cadena, pero mis dedos estaban muy torpes.

Cuando al fin lo conseguí, la puse en un pequeño cuenco sin siquiera mirarla, luego me lavé la cara para aliviar la hinchazón, también me cepillé los dientes y salí al salón. La televisión estaba encendida de fondo mientras yo estaba sentada frente a mi portátil buscando un nuevo trabajo, pero no estaba teniendo éxito. ¿Quizás podría trabajar temporalmente con Julianne, en la cafetería?

Mi mirada se dirigió de nuevo a mi portátil y, por alguna razón, busqué en Google el nombre de Basil Karagiannis, el hombre que había sido propietario de la empresa M4 anteriormente. Aparecieron artículos sobre su muerte. Supuestamente había muerto de ataque al corazón, pero ahora sabía que no era así.

Renzo me había contado lo que había pasado. Todavía no podía creer que la familia que había conocido tuviera ese pasado. Que él podía tomar la vida de otra persona.

Al igual que el día anterior, este transcurrió entre llantos, mirando espacios vacíos y esperando que todo fuera un mal sueño. Me había quedado dormida en el sillón y me arrepentí increíblemente cuando sentí el dolor en mi cuello, suspiré con cansancio cuando hasta mi mente llegó lo que había ocurrido hacía dos días.

Me puse de pie y caminé hasta el baño, alterné el chorro de agua entre fría y caliente para relajar los músculos de mi cuello adolorido; me tomé un analgésico y luego me metí en mi cama. Quisiera que la pastilla también adormeciera el dolor que sentía en el pecho cada vez que pensaba en Renzo.

Las lágrimas se acumulaban en mis ojos hasta correr por mis mejillas y los sollozos volvían haciéndome estremecer como si estuviera a punto de romperme, mientras recordaba todos los momentos hermosos que había vivido con ese hombre que ahora sentía como un completo extraño. Ni siquiera podía describir lo molesta que estaba conmigo misma por sentirme de esta manera, darle tanto valor a alguien que no lo merecía.

Aaron sólo había conseguido ocultar mi estado a Julianne durante dos días, lo que fue un récord para ambos y que se debió más a que mi amiga estaba en parciales en la universidad. Estaba acurrucada en el sillón, redactando mi renuncia por décima vez, cuando de repente se abrió la puerta y Julianne entró corriendo en el salón, lo que me hizo dar un breve respiro.

Se paró frente a mí sin aliento, me miró brevemente antes de sentarse y tomarme en sus brazos.

—Me estás ahogando —me quejé, sollozando.

—Subí corriendo las escaleras para verte —dijo con poco aliento. Sus palabras y el esfuerzo que había hecho fueron el detonante para que empezara a llorar de nuevo—. ¿Qué pasa? —

preguntó entonces preocupada y se me escapó un sollozo aún más grande.

—Me siento... fatal —confesé apenas con voz.

—Shh, sshh, estoy aquí —intentó tranquilizarme, acariciando mi espalda de forma reconfortante—. Así que, como es obvio que no puedes hablar ahora, me limitaré a adivinar —continuó hablando—. No puedes tener la regla porque siempre la tenemos juntas... Hablé por teléfono con tu madre ayer, así que no es una muerte familiar... espera. ¿Es por Renzo? —adivinó con incertidumbre.

La respuesta fue evidente, ya que en cuanto lo nombró comencé a sollozar más fuerte. De repente, se levantó de golpe y su semblante cambió por completo.

—¡Voy a matar a ese gilipollas! —gritó y estaba a punto de salir del piso, pero entonces se volvió hacia mí y su semblante se suavizó—. Después de que te llene de helado, por supuesto —dijo, sonriendo para animarme.

Caminó hasta la cocina y abrió el refrigerador; sacó un pote grande, luego cogió una cuchara y algunas servilletas. Yo ni siquiera había querido comer helado, lo que era asombroso, pues me encantaba. Una leve sonrisa adornó sus labios cuando se sentó a mi lado, sacó una gran cucharada y me la ofreció como si fuese una niña.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó.

Sacudí la cabeza mientras me metía el helado, esa era mi primera comida del día, no había tenido mucho apetito y estaba tan deprimida que no quería cocinar, tampoco podía pedir a domicilio porque no sabía cuánto tiempo estaría desempleada. Era evidente que sufrir por amor era la dieta que más funcionaba, debía haber perdido unos cuantos kilos en estos días.

—Vale... si te hace sentir mejor, hice el ridículo delante de toda la clase por tu culpa —cambió de tema, lo cual agradecí. La miré interrogativamente y ella continuó con una pequeña sonrisa—. Me estuve mandando mensajes con Aaron todo el tiempo preguntando qué le pasaba porque se comportaba de forma extraña delante de mí, después de diez amenazas me di cuenta de que eras tú la que estaba mal. Sin pensarlo dos veces, me levanté y quise salir corriendo de la clase, pero justo antes de llegar a la puerta me detuvo el profesor, que es realmente el tipo más molesto —calló un momento para tomar aire y luego continuó hablando—. Me confrontó sobre lo que realmente estaba pensando y que no podía salir corriendo del seminario de esa manera e interrumpir la clase. Y me puse tan nerviosa; es decir, tenía a treinta personas mirándome y sólo estaba concentrada en llegar a ti lo más rápido posible, así que dije delante de la clase que tenía diarrea y que iba a explotar si no me dejaba ir.

—Julianne. —Empecé a reírme un poco, lo que hizo que sus ojos brillaran de verdad.

—Pero eso no es lo peor. Cody, que nunca se presenta a los seminarios, sino que sólo acude a las clases, también estaba allí hoy, de entre todos los días —terminó la historia, contorneando su rostro en una sonrisa de dolor y dando dos pulgares hacia arriba.

—Oh, Dios, lo siento mucho —dije, limpiando mis lágrimas. Después de tres días, estaba sonriendo.

—Pues yo no, al menos la historia pudo animarte.

—Gracias —dije con una sonrisa y la abracé.

—No hay problema, tú harías lo mismo por mí.

∞∞∞∞

Pasó una semana sin que me diera cuenta. Julianne y Aaron habían estado conmigo casi

todos los días, se turnaban para acompañarme y que no me deprimiera; me cocinaron para que no me muriera de hambre, o me traían comida del café. También me animaron a ver comedias que nada tuvieran que ver con romance, películas de acción y de terror, lo bueno fue que dejé de soñar con Renzo y comencé a hacerlo con asesinos y monstruos.

Sin embargo, cuando tuvieron que ausentarse para atender sus obligaciones, todo volvió de nuevo para atormentarme. Renzo no había hecho el intento de comunicarse conmigo, y no sabía si eso me hacía sentir molesta, triste o aliviada.

Era increíble lo equivocada que se podía estar con la gente, pensé con amargura, pero sacudí la cabeza antes de levantarme para ducharme. Julianne me había convencido para que saliera con ella, dijo que el aire fresco me haría bien y, además, quería pedirle un lugar en su café.

Hoy entregaría mi renuncia en la empresa M4 y luego vendría directamente a recogerme. Mi corazón parecía contraerse sólo de pensarlo. Cielos, realmente necesitaba ordenar mis cosas. Quiero decir, sólo habíamos estado juntos durante dos meses, no podía dejar que me afectara de esta manera, debía liberarme de Renzo Santoro.

Julianne

—¿Por qué demonios no puedo verlo y yo misma darle la carta?! —regañé a la mujer de forma agresiva.

—Lo siento, pero no tiene una cita, señorita. No puedo dejar que vea al señor Santoro. Él está muy ocupado en este momento —me informó la recepcionista con una forzada profesionalidad.

—Ocupado ese gilipollas —murmuré molesta.

—¿Perdón? —repitió ella, inclinándose un poco.

—¿Puede llamarle, por favor, y decirle que estoy aquí y que se trata de la señora Williams? —intenté, esta vez forzando lo que esperaba que fuera una sonrisa amistosa.

¡Aun así le pondría las manos encima a ese tipo y le arrancaría las uñas! O quizás algo que le doliera más, como su jodida polla.

—Deme un minuto —dijo de mala gana y se volvió para hablar por teléfono. Colgó mientras yo la miraba con impaciencia—. De acuerdo, puede subir, es el piso 39, el señor Roy la acompañará.

—Perfecto. Muchas gracias. —Le dediqué una sonrisa diabólica antes de que un guardia de seguridad me escoltara hacia arriba.

—¿Qué? —le pregunté al viejo calvo con mala leche, porque me había estado mirando todo el tiempo.

—No hagas ninguna tontería —me advirtió.

Como si alguna vez hubiera hecho algo estúpido, pensé poniendo los ojos en blanco.

—De ninguna manera, Joe —respondí, ofendido.

—Me llamo Roy —refunfuñó.

—De acuerdo entonces, de ninguna manera, Roy —rectifiqué con una sonrisa.

Resopló, pero aun así noté cómo su labio inferior se había movido hacia arriba por un pequeño momento. Nadie podría resistirse a mi aura relajada; miré los números avanzar en la pantalla sobre las puertas, mientras en mi mente iba repasando todo lo que le diría a Renzo Santoro, y ningún guardia me detendría.

—Como he dicho, no hagas nada estúpido. No quiero sentirme obligado a echarle. Al menor de los Santoro no le gusta que trate a las mujeres con rudeza —dijo cuando nos detuvimos

frente a una gran puerta.

—Lo entiendo —dije, poniendo los ojos en blanco.

El menor de los Santoro podía besar mi trasero. Además, no estaba aquí por él, sino para acabar con Renzo con mis movimientos de Jackie Chan. Calvo llamó por mí y después de que Renzo diera la orden, entré.

Roy me echó una rápida mirada antes de cerrar la puerta tras de sí. Mis ojos se posaron en el infeliz que le había roto el corazón a mi amiga, e inmediatamente se dibujó en mi cara un gesto de asco.

No sólo asqueado porque era un imbécil, sino asqueado porque tenía un aspecto bien asqueroso. No se parecía en nada al tipo apuesto que había conocido; este se veía desaliñado, se notaba que llevaba la misma ropa desde hacía días, tenía con ojeras bastante marcadas, que hacían ver su rostro desencajado.

—¿Qué demonios te ha pasado? —se me escapó de la boca, mientras lo miraba y caminaba hacia él.

—No es evidente, estoy hecho mierda —exhaló con cansancio y luego me miró—. ¿Cómo está ella? —me preguntó, un tufillo a alcohol me dio de lleno en la cara.

Sólo eran las once y el hombre ya estaba borracho, aunque por su aspecto, parecía que llevaba días bebiendo. No podría usar mis movimientos de Jackie Chan contra alguien tan indefenso. Eso sería deshonroso, así que suspiré y me propuse hacerle daño de otra manera.

—Mejor que tú. Ahora está casada y tiene dos hijos —mentí con los brazos cruzados, mirándole desafiante, lo que le hizo enarcar las cejas con confusión.

—¿Casada? ¿Con dos hijos? —repitió mis palabras con voz rasposa—. Sólo llevamos nueve días separados —me recordó de nuevo, haciéndome sentir estúpida.

—Bueno, su nuevo chico... Josh... lo tiene claro y le dijo que quería todo eso, casarse con ella y que tuvieran dos hijos. Por algo es astronauta —mentí de nuevo—. Y para que sigas emborrachándote, aquí está su renuncia —añadí y la arrojé sobre su mesa.

Ni siquiera lo miró, en su lugar, tiró la cabeza hacia atrás y miró al techo, me pareció ver que su pecho se estremecía como si estuviese a punto de llorar, lo que de cierto modo me causó un poco de pena. Quería llegar hasta allí y montar un espectáculo, recriminarle por haberle roto el corazón a Grace, pero el tipo tenía peor aspecto que mi padre cuando su equipo favorito perdió contra los Broncos.

—Vale, no sé qué mierda has hecho o por qué han roto, es evidente que tú también estás sufriendo. Quería entrar aquí y romperte la cara, pero no puedo hacerlo porque ya pareces muy jodido —murmuré enfadada con él porque había destruido mi plan.

—Lo siento —se disculpó con pesar.

—Solo... ¡No vueltas a acercarte a ella! —dije antes de salir furiosa del despacho.

Roy me siguió para asegurarse de que no hiciera ninguna estupidez, lo miré con rabia a él también.

—¿Todo bien? —me preguntó Roy.

—Podrías haberme dicho que estaba así. Pensé que éramos amigos —dije mientras caminábamos al ascensor.

—¿Amigos? —dijo divertido y asombrado.

—¿Sí? Lo siento si ya te has enamorado de mí, pero estoy prácticamente comprometida —le dije con énfasis.

—¿Prácticamente? —preguntó divertido.

—Sí... ya estamos juntos, pero él aún no lo sabe —le expliqué mi estado sentimental.

—Ya veo... —respondió Roy, divertido.

—Sé que lo entiendes... por eso somos amigos —asentí, dedicándole una pequeña sonrisa.

Se limitó a sacudir la cabeza, antes de salir conmigo del ascensor y me acompañó hasta la puerta del edificio.

—Vuelve a casa sana y salva —se despidió.

—Gracias, grandote... Cuídate —respondí con una sonrisa, el guardia había sido amable; después de todo.

Dios, ¿por qué Renzo estaba así? Se veía más jodido que mi amiga, ¿qué los habría hecho terminar?

Sacudiendo la cabeza, me dirigí a Grace. La misión Cheer Up estaba a punto de comenzar.

Capítulo 37

—Las chicas son tan agotadoras —se quejó Aaron mientras daba un mordisco a su hamburguesa.

—No es cierto en absoluto. Los chicos lo son más —defendió Julianne la reputación de todas las chicas.

—No sé los demás, pero ustedes dos son igual de agotadores —intervine encogiéndome de hombros, y ambos respiraron bruscamente en sincronía.

—¿Disculpa? —volvieron a decir al mismo tiempo, por lo que se miraron molestos—. Cállate —repitieron de forma sincronizada.

—No, cállate tú —dijo Aaron, al fin.

—Sujétalo fuerte, que voy a golpearlo —lo amenazó Julianne, intentando pasar por encima de mí.

—¡Loca! —gritó mi amigo y se levantó.

—Como he dicho, igual de agotador —dije divertida y me eché una patata frita a la boca.

—Tonta —murmuró Julianne, mirándome antes de volver a su comida.

Habíamos pedido la comida porque no quería cocinar y todavía no tenía energía para salir a la calle, pero a Aaron y a Julianne no les importaba porque eran los mejores amigos del mundo y me seguían consintiendo.

Sin embargo, nuestro almuerzo juntos fue interrumpido por el timbre de la puerta. Miré asombrada a mis amigos, que también me miraban confundidos. Un poco insegura, me dirigí a la puerta, que abrí sólo después de divisar al cartero a través de la mirilla.

—Una entrega para Grace Williams —anunció monótonamente.

—Sí, soy yo —respondí, perpleja. Después de firmar, me entregó el paquete y siguió su camino. Era extraño, no recordaba haber pedido nada...

—¿Está todo bien? —preguntó Julianne.

—Eh sí... todo bien. Sólo era el cartero —le aseguré y me reuní con ellos en el salón.

—¡Oh! ¡Me encantan los paquetes! ¿Qué has pedido? —respondió inmediatamente Julianne con entusiasmo.

—Por favor, dime que es cinta adhesiva. No aguanto más sus tonterías sobre Cody —suplicó Aaron esperanzado, ganándose un golpe en la nuca.

—La verdad... es que no he pedido nada en absoluto —hablé con nerviosismo.

—¡Oh, Dios mío! Deja el paquete en el suelo ahora mismo y ven con nosotros —gritó Julianne, aterrada.

Esto provocó la misma expresión de desconcierto en los rostros de Aaron y mío.

—¿Chicos, en serio? ¿Podría ser una bomba? Los atentados terroristas existen... —dijo con voz alarmada, mirándonos a su vez como si fuéramos idiotas.

—¿Y para qué sirve un golpe contra Grace? —le preguntó Aaron desafiante.

—¿Ni idea? ¿Cómo puedo saberlo? ¿Soy una terrorista? Tal vez tengan algo contra ella —dijo Julianne como si fuera muy probable que yo hubiera sido elegida víctima de un ataque terrorista.

Esta vez Aaron y yo la miramos como si fuera la más idiota, lo cual, lo admito, ha sucedido muchas veces.

—¿Alguna vez pensaste que el paquete podría ser de Renzo? —le preguntó retóricamente.

—No, porque Renzo vendría en persona; quiero decir, ¿qué podría haberle enviado en el paquete? —respondió con seguridad antes de inspirar con fuerza.

—¡Oh, Dios mío, ¿crees que le ha enviado una bomba? —salió histérica de ella.

—La vida de Grace no es tan emocionante. Sé realista —dijo Aaron, sacudiendo la cabeza.

—¡Eh! ¡Mi vida es muy emocionante! —intercalé ahora en la discusión con enfado.

—No, Aaron tiene razón. Tu vida no es tan emocionante —dijo Julianne, divertida.

Ellos tenían razón de cierto modo, lo que no sabían, era que mi exnovio había resultado ser un mafioso, según él, reformado. Qué toda su familia también lo era y que su «forma de ganarse la vida» eran negocios criminales que habían pasado de generación en generación.

—Entonces... ¿a qué esperas para abrir el paquete? —me incitó Aaron, señalando la caja.

—Pero... no sé lo que tendrá dentro. —Miré con incertidumbre la caja que tenía en la mano.

—Mejor Aaron y tú se emborrachan, mientras yo me voy a trabajar y cuando reúnan el suficiente valor, lo abres —sugirió Julianne, lo cual no era una mala idea.

—¡Es una maravillosa idea! No hay más que decir que hacer —dijo Aaron entusiasmado.

—No necesito emborracharme para abrir una caja —dije con el ceño fruncido.

—¡Entonces hazlo de una vez! —me presionó Julianne, mirándome a los ojos.

—No... Lo haré después —sentencié y la puse sobre la mesa, luego me senté y seguí disfrutando de mi comida.

Un par de horas después, Julianne se había ido al café, mientras Aaron estaba dormido en el sofá; yo había me había encerrado en mi habitación para no tener que escuchar sus ronquidos. También había traído el paquete conmigo y no sabía si abrirlo o no. Contuve la respiración mientras lo destapaba con cuidado, sólo cuando vi el contenido empecé a respirar de nuevo.

El vestido de la dama de honor estaba dentro y encima había un sobre blanco con mi nombre. Era obvio que la carta procedía de Megan, podía reconocer su letra de todas las veces que la había visto tomando notas. Con los latidos acelerados, empecé a leer.

Hola, Grace...

Yo... supongo... Sinceramente, no tengo ni idea de cómo empezar la carta, simplemente porque el tema es difícil y escribir sobre él me parece casi imposible.

Debe ser muy complicado para ti, lo cual puedo entender completamente. Tal vez pienses ahora que somos malas personas, lo que es comprensible. Especialmente porque no sé cuánto te dijo Renzo o cómo lo hizo.

Lo único que puedo decirte es que no todo es tan blanco o negro como crees, somos personas grises, pero no somos desalmados. Y tal vez esta carta no sirva para hacerte cambiar de opinión, pero tienes que saber que todo es pasado y que Renzo no te lo habría dicho si no confiara plenamente en ti y no te quisiera.

Espero que no pienses que estoy tratando de manipularte para que perdones a Renzo y a nosotros, con esta carta. Esa decisión es sólo tuya, pero quiero que sepas que la ruptura también lo afectó mucho. No sé cuándo fue la última vez que comió, porque todo lo que hace es tomar alcohol día y noche. Casi no habla con nosotros y si duerme, lo hace durante pocas horas.

Supongo que lo que quiero decir con esta carta es que, aunque no te atrevas a perdonarle del todo o a darle una segunda oportunidad. Al menos vuelve y habla con él, aunque sea para terminar su relación, pero que sea bien esta vez, porque conociendo a Renzo, no va a superar esto y probablemente tú tampoco, si no tienen una última conversación y dejando todo por la

paz.

En el paquete también encontrarás tu vestido de dama de honor. Seguramente te habías olvidado de que me voy a casar con toda la información nueva que te ha inundado la cabeza, pero aun así me gustaría que fueras mi dama de honor. Probablemente también me esté pasando de la raya al pedirte esto, pero sólo espero que tu amor por Renzo sea tan grande como el de él por ti y aparezcas.

Y sí, eso suena muy manipulador... y tal vez lo sea... ¿Sabes qué? Toda la carta es definitivamente manipuladora y sé que no está bien que me involucre en sus asuntos, pero sinceramente los quiero demasiado y prefiero manipularte para que seas feliz que no hacer nada y tener que vivir con el zombi Renzo, llorando por ti por todos los rincones.

Eso es todo de mi parte... Bueno, espero verte pronto, con cariño,

Meg.

Cuando terminé de leer, me costó pensar con claridad. Nunca esperé que Renzo estuviera tan mal, que nuestra separación lo haría sufrir de esa manera. Él siempre se había mostrado tan arrogante, creí que a estas alturas ya había retomado su vida y andaría follando a todas las empleadas de la empresa; sobre todo, porque no había hecho el menor intento por contactarme.

Así que al final, la carta no cambiaría nada.

¿O sí?

Capítulo 38

Incluso unos días después, la carta no me dejaba ir. Quizá Megan tenía razón y debería a hablar con Renzo, aclarar algunas dudas que tenía, tratar de entender cómo había formado parte de un mundo tan oscuro. Sin embargo, no sabía si estaba lista para afrontar esa conversación, no sabía si al tenerla quedaría más afectada de lo que ya estaba; además, que probablemente rompería a llorar en cuanto lo viera.

Suspirando, me levanté de la cama y caminé al baño para prepararme para el día. Hoy no tenía ningún plan, pero había sido más productiva en los últimos días, por lo menos me había quitado el pijama y había salido a caminar para despejar mi mente y respirar aire fresco. Una vez que regresaba del parque, me ponía a limpiar mi piso y ordenar algunas cosas; mantenerme ocupada era la mejor manera de no pensar en Renzo.

Dos horas más tarde, ya había terminado de acomodar todo, me tiré en el sofá para descansar, pero unos segundos después sonó el timbre de la puerta. Confundida, miré mi reloj de pared, Aaron y Julianne solían estar en sus clases a esa hora del día.

Me puse de pie y me acerqué con cuidado a la puerta, vi a través de la mirilla y quien estaba al otro lado de la puerta era Lorena Santoro. Abrí de inmediato y la miré durante un rato, notando que parecía diferente, no lucía tan radiante y perfecta como siempre, tenía unas leves ojeras y su semblante reflejaba preocupación.

—Hola, Grace... Sé que no está bien por mi parte aparecer aquí, pero ¿puedo entrar? —preguntó.

—Sí, claro —respondí y me aparté para que pudiera entrar. Sacudí la cabeza para despertarme de mi estado de trance, la verdad me sorprendió muchísimo verla allí.

—Te he traído flores —dijo con una pequeña sonrisa.

—Gracias. —Todavía atónita, acepté las flores y me obligué a sonreír—. ¿Deseas agua, té? —le pregunté.

—Té, gracias. —Ella aceptó amablemente.

La invité a pasar al salón mientras ponía las flores en un jarrón y preparaba el té. Tenía que admitir que, de todas las personas, Lorena era la que menos esperaba.

—¿De qué tipo te gustaría? —pregunté.

—Té verde, si tienes —me respondió desde el salón.

Serví las dos tazas de té y me senté frente a ella, tenía cientos de preguntas rondando por mi cabeza, pero la primera que quise hacer fue la que me pareció más lógica.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —pregunté, mirándola con curiosidad.

—Hice que Matteo me diera tu dirección —respondió encogiéndose de hombros—. Y antes de que me preguntes lo más importante; es decir, qué hago realmente aquí, ya puedo decirte que no tengo ni idea —continuó.

—Bien... esa hubiera sido la siguiente pregunta.

—He salido un rato con Lorenzo y he pensado que, ya que estoy por la zona, podía pasarme a verte. Por supuesto, sólo Matteo sabe que estoy aquí. Los demás me habrían detenido —explicó antes de dar un cuidadoso sorbo a su té.

—Entiendo —dije, aunque no lo hacía en absoluto.

—Grace... hace años, yo estuve exactamente en la misma situación que tú ahora —dijo

pensativa.

Sin saber qué decir, la miré interrogativamente, sentía muy curiosidad por lo que iba a contarme, asentí y eso fue suficiente para que ella continuara.

—La única diferencia fue que no me enteré por Lorenzo... —recordó con tristeza—. A veces sigo pensando en lo que dice de mí el hecho de que viva con un hombre que ha segado las vidas de otros. ¿Es una persona malvada? ¿Lo soy yo también por quedarme con él? No sabes cuántas noches de insomnio he pasado pensando en esas preguntas. Desde el punto de vista moral, la respuesta sería «sí»... Lorenzo es una mala persona. En general y moralmente hablando, también soy una mala persona. Debería denunciar todas estas fechorías, meterlo en una celda. Pero la vida es más complicada que eso. No todo se puede agrupar en una sola categoría. La moral y el comportamiento de una persona están influidos por las circunstancias externas. Las tribus, por ejemplo, que han practicado el canibalismo de por vida en algún lugar de un mundo paralelo lo verán como algo normal, mientras que aquí serían despreciados y vistos como crueles. Vale... quizás este ejemplo no sea el mejor, pero espero que sepas a dónde quiero llegar... y esto tampoco es una excusa para sus acciones. Lo que hizo sigue siendo imperdonable... Sin embargo, le he perdonado —después de hablar enterró la cabeza entre sus manos—. Dios... realmente no sé por qué estoy aquí. Es que... oh, no lo sé —dijo desesperada, sacudiendo la cabeza.

Tragué con fuerza viendo su angustia y todos los cuestionamientos que se hacía, no era fácil para ella tener que lidiar con el pasado de su marido, pero lo había conseguido y también parecían feliz junto a él.

—¿Por qué te quedaste con él? —pregunté con la voz temblorosa, mientras la miraba.

—Yo... —Levantó la vista de sus manos y me miró a los ojos—. Por la misma razón por la que me lanzaría delante de una bala por él —respondió sin titubear. Sacudió la cabeza—. No me imagino una vida sin Lorenzo, me volvería loca si no estoy a su lado.

Una vez más me resultó difícil decir algo, así que volví a asentir mientras tragaba para pasar el nudo que me cerraba la garganta. El silencio nos rodeó mientras ella parecía estar pensativa y yo me quedé analizando sus palabras, parecía que ella necesitaba hacer esa confesión.

—Bueno... Ya tengo que irme, probablemente te haya molestado aún más con mis tonterías... Solo quería decirte que no estás sola. Sé cómo te sientes y lo que estás pensando... Todo esto es una situación de mierda. Espero que sea cual sea la decisión que tomes, te haga feliz —dijo con una sonrisa triste, enderezándose—. Que tengas un buen día, Grace... gracias por el té —dijo, levantándose.

—Gracias a ti por venir, Lorena... me alegró verte y hablar contigo —respondí con una sonrisa un poco forzada porque todavía estaba perpleja.

Incluso varias horas después de que Lorena se marchara, sus palabras no dejaron de resonar en mi cabeza. Intenté salir para distraerme, así que fui al café de Julianne, le ayudé un poco y charlamos, pero omití la visita de Lorena, porque evidentemente me iba a preguntar de qué habíamos hablado y no podía contarle.

Tomamos un taxi y en el camino, pasamos por el edificio M4. Ni siquiera quería mirar, pero mis ojos se dirigieron al edificio de todos modos. Lorena y Lorenzo estaban de pie frente a la entrada, riendo juntos, mientras él la abrazaba por detrás e intentaba quitarle un poco del helado que ella comía. Involuntariamente, mis labios se dibujaron en una sonrisa triste.

Ellos tenían su para siempre, a pesar de todas las dificultades que habían atravesado. Y tal vez, yo también pude tenerlo, pero sentía que lo había perdido.

Capítulo 39

No sé qué me pasó. ¿La carta de Megan? ¿La conversación con Lorena? ¿Verla junto a Lorenzo sonriendo felices? ¿Quizás habían sido las semanas que había pasado preocupada por Renzo?... Tal vez todo eso se había unido y había jugado un papel importante para que tomara la decisión de ir a la boda de Megan con Alessandro. Aunque presentarme allí no significaba que me lanzaría a los brazos de Renzo y olvidaría todo; solo era una muestra de que quería hablar con él.

Vale, puede que la última frase fuera una justificación para esta acción incomprensible, pero mi Dios... Ya no podía más, necesitaba hablar con él para por fin decidir lo que haría, si lo entendía o si me alejaba definitivamente.

—¿Qué demonios estás haciendo?

La voz de Julianne me interrumpió en medio de mi crisis o como quiera que deba definir lo que estaba pasando por mi cabeza en este momento.

—Hago la maleta —respondí casi de forma maníaca.

—Vale, ¿y por qué demonios estás haciendo esa maleta? —me preguntó una vez más.

—Voy a la boda de Megan —murmuré, sin mirarla.

—¿Y por qué lo harías algo como eso? —inquirió ella en tono de reproche, acercándose a mí.

—¿Cómo demonios has entrado? —le di la vuelta a la pregunta, mientras cerraba la maleta.

—Grace Williams... —Ella formó sus ojos en rendijas—. Llamé al timbre cuatro veces y no contestaste. Sabía que estabas aquí y temí que hubieras resbalado en el baño y golpeado la cabeza. Porque si no, ¿por qué no ibas a abrir la puerta? Así que utilicé la llave que me entregaste para usar en caso de emergencia —explicó con molestia—. Y ahora tú. ¿Por qué decidiste ir a esa boda? ¿Qué ha cambiado? —volvió al tema actual.

—No lo sé, Julianne, ¿vale? No lo sé. ¿Porque tengo que hacerlo? ¿Porque quiero? ¿Porque le quiero? —dije entre molesta y desesperada.

—Está bien —respondió en voz baja.

—¿Está bien? —pregunté, desconcertada.

—Sí... está bien, creo que debes hablar con él —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Así que no quieres detenerme? ¿O darme un sermón sobre lo idiota que soy? —pregunté, confundida.

—No serviría de nada y no necesitas una razón para todo. Si crees que tienes que ir a la boda entonces ve a la boda y si crees que tienes que hablar con Renzo entonces hazlo. No todo tiene que ser lógico y bien pensado, si no la vida sería aburrida —dijo antes de sentarse en mi cama.

Esta era toda la confirmación que necesitaba. Exhalé aliviada y me preparé para lo que probablemente era la idea más estúpida de todas.

Renzo

Matteo y Jay habían intentado distraerme con un juego de ajedrez, pero la verdad era que no tenía cabeza para nada. Ya habían pasado casi cuatro semanas desde que le conté todo a Grace y

que me echara de su vida haciéndome sentir como una basura. Ni siquiera podía culparla por la manera en la que reaccionó, ninguna mujer esperaría que su novio le confesase que fue un matón.

—Y te tiene cogido por las pelotas otra vez —dijo Jay encantado de que Matteo volviera a ganarme la partida.

—Enhorabuena —dije con desinterés y di un último sorbo al whisky.

Mi hermano se limitó a dirigirme una mirada enfática mientras Jay negaba con la cabeza y sonreía con tristeza.

—Todo esto por una chica... —murmuró antes de colocar las piezas de ajedrez para otra partida.

—Cállate —dije con amargura antes de levantarme de la silla para tumbarme en el sofá poco después.

—¿Por qué se lo dijiste? Era obvio que Grace reaccionaría así, ella no es de nuestro y no iba a entenderlo —continuó Jay con molestia—. ¿Acaso esperabas que te abrazara después de la historia y te dijera que no había problema o que entendía todo?

Le miré molesto, pero ni siquiera tenía fuerzas para enfadarme con él. Tenía razón en todo lo que decía; sinceramente, no sabía lo que esperaba. Una pequeña parte de mí posiblemente creyó que ella estaba tan enamorada de mí que no le importaría mi pasado.

—Quiero decir... No conozco a Grace tan bien, pero a diferencia de Meg, ella nunca ha tenido nada que ver con la mafia... Y a diferencia de Lorena.

—Jay cállate —le interrumpió finalmente Alessandro al entrar en el salón.

—Sólo estoy diciendo que... —Jay levantó las manos inocentemente, tratando de llegar a su punto.

—Todos vimos lo que sucedió entre Lorena y Lorenzo. Lo correcto era decírselo a Grace desde el principio para que no tuviera que sufrir tanto como le pasó a nuestra cuñada —le sermonéó Alessandro.

—Sigo opinando que no debió decirle nada, porque todo está en el pasado y no tenemos nada más que hacer. Nunca habría salido a la luz —dijo Jay, molesto.

—Podemos terminar con el tema de una maldita vez... —exigí mirándolos a los tres—. Alessandro se va a casar, toda la familia debe centrarse en eso y no en la mierda que estoy viviendo —suspiré molesto y me puse de pie—. Mejor hablen de la boda... Yo me voy a dormir, estoy agotado —les dije y cogí la botella de whisky medio vacía y subí a mi habitación.

Solo emborrachándome podía conciliar el sueño; sin embargo, siempre pensaba en el pelo rojo fresa y los ojos verdes brillantes de Grace... Y cada noche me dormía con la esperanza de que pudiera verlos de nuevo.

Capítulo 40

Renzo

¿Conoces la sensación de que tu corazón late casi fuera del pecho? ¿Te cuesta respirar? ¿Puedes oír tu propio pulso? ¿Las manos empiezan a temblar mientras todo parece mucho más lento? ¿Como si el momento durara una eternidad? ¿Como si nunca fuera a terminar?

Tuve esta sensación momentos después de quitarle la vida a Basil Karagiannis, cuando acabé con lo que Alessandro había empezado. Justo ahora volvía a tener esa sensación, pero esta vez no quería desaparecer y era tan poderosa que tenía ganas de vomitar.

Tenía muchas ganas de tirarme al suelo y romper a llorar, sacar de mi pecho todo lo que me había estado guardando durante las últimas semanas, o quizás desde la muerte de mi padre. Era la misma sensación, pero al mismo tiempo no lo era. La primera vez que me sentí así fue porque había hecho algo terrible y que a veces me perseguía en pesadillas, pero esta vez era lo contrario; ahora, todas esas emociones eran porque tal vez tendría la oportunidad de recuperar a la mujer que amaba.

Al principio sólo había visto sus piernas y sus tacones altos cuando bajó del coche, pero eso me bastó para saber que era Grace. Había venido a la boda, sus pasos resonaron en el asfalto mientras caminaba hacia mí, y solo rogué a Dios que no estuviera soñando.

Se me hizo un nudo en el estómago y me flaquearon las piernas. Se veía increíblemente hermosa y no podía dejar de mirarla. Tenía miedo de quitarle los ojos de encima y que fuera a desaparecer en cualquier momento. Veinte horas de sueño a la semana no eran suficientes, porque de momento no sabía si era una alucinación o no. Se me secó la boca y temblé cuando vi la expresión de incertidumbre que adornaba su hermoso rostro.

—Creo que tenemos que llegar al altar antes que la novia —dijo con sarcasmo, pero pude notar que no tenía tanta seguridad como antes.

Como si estuviera en trance, asentí y le ofrecí mi brazo para que enganchara el suyo. La sensación de calidez que siempre tuve cerca de ella se extendió por todo mi cuerpo y agradecí a los dioses por poder sentirla de nuevo junto a mí.

No era consciente de nada, lo único en lo que me fijaba era en Grace y lo hermosa que se veía, parecía que habíamos pasados años separados. Llegamos al altar y tuve que soltarla para que ocupara su posición junto a Kelsey, aunque el calor de su cuerpo me abandonó, podía sentir la excitación que corría por mis venas cada vez que ella me tocaba y no pude dejar de mirarla.

Ignoraba todo lo que estaba sucediendo, como Megan caminando por el pasillo o el sacerdote dando su sermón. Mi mirada se desvió hacia el cuello de mi Fresa y exhalé aliviado al ver que llevaba el collar. Ella sintió mi mirada, lo que le hizo desviar la suya hacia el suelo.

Sin embargo, cuando volvió a levantar el rostro, me miró directamente a los ojos y los suyos tenían un brillo que no sabía cómo identificar. Inconscientemente, contuve la respiración por un momento; deseaba tanto saber lo que pasaba por su cabeza en ese momento. Pero el hecho de que hubiera venido sólo podía ser una buena señal. ¿Verdad? Dios eso esperaba.

De repente, sonaron los aplausos de los invitados y salí de mi estado de trance, pude ver a mi hermano besando a Megan y me sorprendió que todo hubiera sucedido tan rápido. No pude evitar sentir algo de culpa porque me había perdido el mayor momento de la vida de Alessandro.

Al menos tendríamos un vídeo que podía ver para no parecer un completo retrasado cuando todo el mundo hablara de la boda en un futuro.

Los invitados se retiraron a un salón contiguo para la recepción con champán y tomarse algunas fotos dentro de la iglesia. Grace me miró por última vez antes de salir con el cortejo; me hubiese gustado ir tras ella, pero mis piernas, siguieron clavadas en el sitio durante un rato.

Ella había venido, estaba aquí. Después de todo, no la había perdido para siempre.

Exhalé aliviado y esperanzado, sonreí y de inmediato me obligué a actuar, me dirigí al salón donde se habían reunido los invitados. Al entrar escudriñé a la multitud en busca del pelo rojo fresa; la vi junto a Alessandro y Megan, abrazándolos con una sonrisa; sin embargo, antes de que pudiera llegar, Megan anunció una foto y todos salieron hacia la fachada de la iglesia.

—Joder —murmuré molesto mientras todos se reunían en las escaleras, dejando lejos de Grace.

Joder, joder, joder.

Me abrí paso entre los invitados que se interponían en mi camino, ¿por qué ha venido tanta gente? Por fin conseguir ubicarme a su lado, Grace me miró confundida, yo estaba sin aliento, pero intenté disimular; quiero decir, que eso no quedaría bien.

Sus labios se levantaron ligeramente. Sí, bueno, probablemente se había dado cuenta de todos modos. Pude ver cómo intentaba parecer seria de nuevo y ocultar su diversión, cosa que no hizo muy bien; yo estaba feliz de verla tan de cercana una vez más.

Ella giró la cabeza en dirección a la cámara mientras toda mi concentración seguía plenamente dedicada a sus labios. No podría describir lo mucho que los había echado de menos, aunque no solo extrañé sus labios, también lo hice con su cuerpo, con sus besos, sus caricias, sus miradas, sentía como si hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que le hice el amor.

Ni siquiera después de las fotos tuvimos la oportunidad de hablar, porque Kelsey la alejó de mí. Y por mucho que amara a Kelsey, en ese momento imaginé innumerables formas de torturarla.

En coches separados nos dirigimos al lugar donde pasaríamos el resto de la celebración. El viaje duró quizá diez minutos, pero tuve la sensación de que no terminaría nunca. En cuanto el coche se detuvo, me apresuré a salir; la mayoría de la gente ya estaba allí y me resultó difícil encontrarla, Misión Imposible era un juego de niños comparado con esta situación.

Me apresuré entre la multitud como un loco y giré en círculos probablemente quince veces, pero no había rastro de ella. El miedo y la paranoia de que lo había imaginado todo, surgieron en mí, así como el dolor paralizante que había sentido durante semanas. Pensé que estaba perdiendo la cabeza mientras la falta de sueño y la sensación de hambre adormecida no me ayudaban. Me agarré la cabeza con desesperación porque mis sienes empezaron a palpar terriblemente y tuve que sentarme.

—¿Podemos hablar?

Cerré los ojos por un momento y escuché su voz, de golpe los abrí de nuevo y allí estaba ella, parada frente a mí, luciendo tan hermosa como un sueño, de inmediato, tanto el miedo como el dolor se atenuaron.

—Sí, por favor —respondí, moviendo la cabeza. Mi propia voz me resultó extraña. Sonaba desesperado y esperaba que no se hubiera dado cuenta.

Sin pensarlo mucho, tomé su mano entre las mías y la llevé a un lugar algo apartado. Su mirada se desvió hacia nuestras manos unidas y en su rostro se reflejaba una expresión indefinida que me volvía loco. Odiaba no saber lo que sentía o que estaba pensando en ese momento.

Cuando llegamos a ese rincón, ella retiró la mano y cruzó los brazos con inquietud frente a

su pecho, como si fuesen una barrera que pudiera protegerla de mí.

Ese gesto me lastimó y mi mente pareció quedarse en blanco. Suspiré y de pronto no tenía ni idea de qué decir y mis sienes empezaron a palpar de nuevo.

—¿Cómo estás? —preguntó con preocupación.

Como una mierda y una maravilla y unas cuantas emociones intermedias. Aunque la verdad no sabía cómo poner en palabras todo lo que estaba sintiendo.

—No lo sé, ¿cómo estás tú? —salió de mis labios, por lo que ella me miró, perpleja y luego comprendiendo.

—Similar —admitió con algo de vergüenza—. ¿Cómo están los niños? —dijo de pronto.

—¿Qué? —pregunté confundido y divertido al mismo tiempo, mientras parpadeaba.

—No sé, me pareció bien preguntarlo como si fuéramos amantes que tuvieron que romper por diferentes motivos... Que ahora se vuelven a ver después de años y ambos están casados con otras personas y tienen hijos —explicó negando con la cabeza al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

Yo, en cambio, no pude evitar reírme a carcajadas.

—Te he echado mucho de menos, Fresa —dije antes de que pudiera pensarlo.

Ella se limitó a asentir, bajando la mirada.

—Guau, atraviesa mi corazón con un cuchillo —bromeé, lo cual no era realmente una broma.

Esta vez las comisuras de su boca se movieron mínimamente hacia arriba y me miró.

—Yo también te he echado de menos, Renzo —respondió finalmente.

¡El premio gordo! Ella también me había echado de menos. Podría haber hecho un baile de felicidad en ese momento, pero en lugar de eso mantuve mi fría reputación, tampoco podía demostrarle todo ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

Inmediatamente, su expresión cambió a la de fastidio y me miró con un «¿Hablas en serio?»

No pude evitar una sonrisa. No podría haber descrito lo mucho que la he echado de menos, aunque quisiera.

—Renzo... —Dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza—. No estoy aquí para decirte que todo ha vuelto a la normalidad y que podemos seguir donde lo dejamos —habló ahora con seriedad.

—Grace... —Mi corazón se detuvo por un momento.

—Por favor, déjame continuar —pidió y yo asentí para que lo hiciera—. He pensado mucho. Sobre ti, tu pasado, sobre nosotros y no puedo olvidar lo que me dijiste. Pero puedo intentar escuchar de nuevo cómo fue todo y veremos qué más se desarrolla. Puede que todo vaya bien y puede que no. No obstante, quiero volver a intentarlo. Como amigos para empezar.

Eso era suficiente. ¡Dios, era suficiente! Cualquier cosa era mejor que no tenerla en mi vida.

—Amigos —confirmé, sabiendo que haría todo lo posible para volver a ganármela.

Epílogo

—Renzo es la cuarta vez esta semana que vemos El Rey León —dijo molesta y cansada, metiéndome palomitas en la boca.

—Silencio, la película está empezando —dijo como un niño emocionado.

—Renzo...

No pude continuar porque había presionado su mano sobre mi boca. Puse los ojos en blanco y le lamí la mano. No pareció darse cuenta porque sus ojos seguían fijos en el televisor y se pasaba inconscientemente la mano que había lamido por el pelo. Empecé a reírme suavemente. Oh, Dios, estaba con un niño. Espera, eso me convierte en un pedófilo entonces....

Rápidamente me sacudí el pensamiento y escribí a Julianne.

«Hey, Julianne, ¿qué estás haciendo?»

Poco después recibí un mensaje.

«Estoy en el baño y viendo videos de gatos tú»

Oh Julianne, tan loca como siempre. Me eché a reír y negué con la cabeza.

—¿Qué pasa? —inquirió Renzo, su atención finalmente atraída hacia mí.

—Oh, nada, Aaron se está haciendo el gracioso —dije, burlándome un poco de él.

Ahora se volvió completamente hacia mí y se olvidó de la película, me miró con una ceja alzada.

—Ah, sí, ¿y qué te escribió? —preguntó entre una mezcla de curiosidad y celos.

—Nada importante... —Me encogí de hombros e intenté no sonreír, pero lo miré de reojo.

Su mandíbula se tensó y su mirada se oscureció antes de sonreírme forzosamente. Sabía que no tardaría en dejar ver su lado posesivo y celoso.

—Pues bien —habló de forma controlada, aunque se notaba que estaba cabreado.

Hice clic en el nuevo mensaje de Julianne.

«Nunca más comeré burritos, siento que me voy a ir por el inodoro, no sé cómo puede caber tanta mierda en mi pequeño cuerpo...»

Se me escapó una segunda carcajada, definitivamente Julianne no tenía ningún tipo de filtros. Además, decía lo mismo todas las semanas y siempre acababa comiendo unos cinco burritos los jueves por la noche.

—Bien, ¿qué escribió Aaron ahora? —Esta vez no pudo ocultar sus celos.

—Oh, ya sabes Aaron, es un depravado.

Eso fue todo lo que pudo aguantar, cogió de repente mi teléfono móvil, pero pude reaccionar con la suficiente rapidez y se lo quité. Sin embargo, él lo alcanzó por segunda vez, pero una vez más fui más rápida y me senté en el extremo del sofá, para poder también estirar las piernas y mantenerlo alejado.

Molesto, me agarró por el tobillo y tiró de mí hacia él para que estuviera tumbada debajo de su cuerpo. Con una mano se apoyó y con la otra intentó quitarme el teléfono. Me reí por lo bajo,

lo que él aprovechó, y finalmente lo consiguió. Todavía tumbado sobre mí, leyó las noticias. Juntando las cejas y miró la pantalla con disgusto.

—¿Qué le pasa a esa chica? —preguntó, lo que me hizo reír a carcajada—. Realmente está más loca que tú, Meg y Kelsey juntas —continuó con cara de asco.

—¡Oye! —Le di un puñetazo en el pecho—. Yo no estoy loca, tal vez Kelsey y Megan si estuvieran un poco, pero yo no —le reclamé, frunciendo el ceño.

—Está bien... me retracto. —Lentamente, se inclinó y depositó un suave beso en mis labios.

—¿Sabes qué? Eres el tipo más celoso que conozco—, volví a sonreír.

—No es cierto —se defendió rápidamente y volvió a mirar mis labios antes de poner su boca sobre la mía. Le aparté un poco para poder seguir hablando.

—Por supuesto, incluso te pusiste celoso cuando el portero trató de mantener la puerta abierta para mí. Aunque sea su trabajo —argumenté, sonriendo.

—Sólo te mantuvo la puerta abierta para poder mirarte el culo —continuó defendiéndose.

—Ah, sí... así que por eso amenazaste con hacer que le despidieran y luego me abriste la puerta tú mismo. —Puse los ojos en blanco con una sonrisa.

Asintió como si estuviera convencido de la buena acción que aparentemente había hecho por mí.

—Eres un idiota —dije, divertida, y puse mis brazos detrás de su cuello para tirar de él hacia mí.

—Sí, pero tu idiota —respondió con una sonrisa antes de besarme.

Llevábamos un año juntos y todavía actuaba como si tuviera que conquistarme. Planeaba citas sorpresa y prestaba atención a pequeñas cosas como asegurarse de que siempre tuviéramos mi helado favorito en la nevera y por eso lo amaba.